

*Sin ninguna duda, el mejor escritor
del género de intriga.*

Graham Green

motivo de alarma

eric ambler



Lectulandia

Lectulandia

Eric Ambler

Motivo de alarma

ePub r1.0

Titivillus 02.02.16

Título original: *Cause for alarm*
Eric Ambler, 1938
Traducción: M. Pais
Diseño de cubierta: J. Gracia

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

Nick Marlow, un ingeniero que acaba de perder su empleo, acepta una tentadora oferta para dirigir la sucursal de una empresa británica en Milán. El halo de misterio que rodea la muerte de sus predecesores en el cargo no supera las expectativas de ganar una buena suma de dinero que le permitirá, finalmente, casarse con su prometida. Pero al llegar a la Italia fascista de 1937, a las puertas de una nueva guerra mundial, todo lo prometedor de su nuevo trabajo se torna turbio y hostil: de repente, Marlow se ve atrapado entre dos mundos que se encuentran al borde del conflicto, con una red de espionaje y contraespionaje tejiéndose sordamente a su alrededor, amenazado por la mafia, la represiva policía italiana y agentes secretos al servicio de las principales potencias del planeta.

Prólogo — Muerte en Milán

El hombre que estaba en la oscuridad del portal se subió el cuello del abrigo mientras, sin moverse, marcaba en las húmedas losas la débil huella de sus pies entumecidos.

Podía oír en la lejanía el ruido de un tren que salía de la *Stazione Centrale* y sintió deseos de ir en él, recostado en un compartimiento de primera clase, camino de Palermo. Tal vez después de que este asunto hubiera terminado, podría disfrutar de unas vacaciones al sol. Esto, si Ellos le dejaban. Daba la impresión de que nunca pasaba por sus mentes la idea de que a un hombre, en un momento determinado, podía gustarle regresar a casa. Milán era poco agradable. En verano demasiado seco y polvoriento; en invierno la maldita niebla de las praderas y de los arrozales mezclada con el humo de las fábricas cubría la ciudad con una capa de frío y humedad. En este momento empezaba ya a nublarse. Dentro de una hora nadie podría distinguir su mano extendida hacia delante y mucho menos otra cosa. Esto significaba que Bonometti y Orlandi no podrían ver lo que hacían. Habría que pasar otra noche a la intemperie vigilando y esperando. No tenía paciencia para tanto. Si había que matar a ese inglés, debían hacerlo sin tantas complicaciones, con rapidez. Un rincón oscuro, un cuchillo en las costillas, un leve giro de muñeca para que el aire entrara en la herida y listo. Sin alboroto, sin dificultades, sin ruidos, prácticamente. Y no esto...

Su mirada recorrió la negra fachada del edificio de oficinas que estaba al otro lado de la calle y se detuvo en la única ventana iluminada del cuarto piso. Se encogió de hombros con resignación y se apoyó contra la pared. Una hora o dos, ¿qué más daba? ¿Les importaba acaso a Ellos que cogiese una pulmonía?

Solo se movió una vez durante los veinticinco minutos siguientes. Resonaron en medio de la calle desierta las pisadas de un peatón errante que le hicieron retroceder en la oscuridad. Pero el paso de un policía no le preocupaba en absoluto, y se sonrió para sí cuando el hombre del uniforme pareció evitar adrede dirigir la mirada hacia donde estaba. Esta era una de las ventajas de trabajar para Ellos. Nunca le molestaba a uno la policía. Por esa parte se podía estar tranquilo.

De pronto se enderezó. Se había apagado la solitaria luz. Estiró sus entumecidos músculos, arregló el ala del sombrero y se dirigió con paso tranquilo hacia la cabina telefónica situada al final de la calle.

La puerta del edificio de oficinas se abrió y salieron dos hombres. Uno de ellos se volvió para cerrar la puerta. El otro no le esperó, murmuró un *arrivederci* y, cruzando la calle, desapareció en dirección a la estación. El que había cerrado la puerta se quedó mirándole hasta que le perdió de vista.

Era un hombre corpulento y más bien joven, de hombros redondos y un modo muy particular de mantener los brazos en una leve inclinación hacia delante, como si

siempre tratase de pasar con dificultad a través de una entrada muy estrecha. Esta postura había sido su vida. Se había abierto camino solo, con trabajo, incluso un poco turbiamente; un hombre poco práctico, pero inteligente, que había basado su dignidad en sueños y siempre los había hecho realidad.

Metió la mano en el bolsillo de la chaqueta, encendió un cigarrillo, se abrochó el abrigo y echó a andar hacia el lado opuesto. Al llegar a la primera esquina, titubeó. A la derecha, en una callejuela que arrancaba de la calle principal, a través de la niebla brillaban, en tubos de neón, las palabras *Caffè Faraglio*. El titubeo duró solo unos segundos. Giró a la derecha y se dirigió al *caffè*.

Encontró una mesa al lado de una cálida estufa y pidió un *caffè latte* y un *Strega*. Se bebió el aguardiente de un trago.

A continuación sacó un sobre del bolsillo y, dejando las manos por debajo del nivel de la altura de la mesa, extrajo del mismo un grueso fajo de billetes de cien liras. Las contó cuidadosamente —había veinticinco— y las pasó a la cartera. Luego se bebió el café, pagó y salió.

La niebla era cada vez más espesa. Eran jirones tan densos que, por momentos, se veía obligado a caminar con cuidado pegado a las casas, aunque a ratos podía andar bastante ligero. Se encontró con un gentío que salía de un cine y, para evitarlo, se introdujo en una callejuela lateral.

Iba en dirección al barrio del Monte di Pietà, donde vivía. Cuando estaba cruzando el Corso Venezia para doblar por Vía Monte Napoleone vio una furgoneta negra que giraba pegada al bordillo de la acera. Pero había más coches por allí y no prestó atención al hecho. Solo cuando estaba atravesando el laberinto de callejuelas que hay detrás de los jardines públicos se dio cuenta de que el coche parecía seguirle. Podía oír el ruido del motor a medio gas, justo detrás de él, y ver los destellos amarillos de sus faros a través de la niebla. Siguió andando, diciendo para sí que seguramente el conductor se había equivocado de camino. Fue entonces cuando ocurrió.

La niebla se había disipado hacía unos breves momentos. Nuestro hombre avanzaba por el medio de la calzada para atajar un ángulo. Una fracción de segundo más tarde el coche aceleró violentamente. Volviéndose súbitamente, pudo ver como se abalanzaba sobre él. Los faros aumentaron de repente su intensidad, deslumbrándole. Gritó y trató de saltar para ponerse a salvo. En el segundo siguiente el coche le alcanzó.

Sintió un terrible golpe, doloroso, desde las piernas hasta la cintura, y un segundo impacto al chocar contra el bordillo. Se quedó en el suelo, estirado, en silencio por un momento. Estaba débilmente consciente de que había sido atropellado contra el bordillo de la acera. Intentó arrastrarse un poco y entonces el dolor le subió al tórax. La cabeza le silbaba con un ruido fino y agudo. Se dio cuenta de que estaba perdiendo la conciencia y levantó una mano para agarrar la cartera que llevaba en el bolsillo interior. Fue su último movimiento consciente.

El coche se había detenido unas yardas más adelante. El hombre que iba junto al conductor descendió; llegóse hasta el atropellado e, inclinándose, entreabrió un párpado del herido. Luego regresó al coche.

—*Sta bene?* —dijo el conductor.

—No. Todavía vive. Vuelve y asegúrate.

El conductor dio marcha atrás y, mirando a través de la ventanilla trasera, condujo el coche de nuevo hacia el bordillo.

—¡Ahora! —dijo el que iba a su lado.

El coche saltó hacia atrás. Dos veces chocaron las ruedas contra el bordillo hasta que no retrocedieron más. El que iba junto al conductor bajó de nuevo y fue otra vez junto al atropellado. Mientras regresaba al coche, se limpiaba los dedos con el pañuelo.

—*Sta bene?* —dijo el conductor.

—*Bene.*

Volvió a sentarse y cerró la portezuela.

—Tan pronto como hayamos informado al cuartel general —dijo mientras el coche marchaba lentamente sobre los carriles del tranvía por una de las calles principales—, me beberé media botella de coñac. Esta niebla se me mete en el pecho.

Veinte minutos más tarde un niño corría hacia su madre gritando que en la calle había, sangrando, un hombre caído.

1 — *Primeros motivos*

He pasado casi diez semanas de este año, 1937, en Italia. Es acerca de estas diez semanas de lo que quiero hablarles. Tengo que contarles por qué fui y por qué, o para ser más exacto, cómo salí de allí.

He dicho que «tengo que» contárselo. Esto requiere una explicación. Desde luego, no me siento dispuesto a emprender mi propia defensa; ciertamente no estoy orgulloso de lo que hice. Tal vez piensen que mi comportamiento ha sido bastante estúpido; y de lo que me ha ocurrido nadie más que yo tiene la culpa. Me gustaría preguntarles qué demonios hubiesen hecho ustedes en mi lugar. Ya se habrán dado cuenta de que no soy una persona muy serena. Estoy completamente seguro de que, aunque soy yo el que cuento la historia, mi papel en ella no resulta muy heroico; y a nadie le gusta que le recuerden que es un pobre diablo. Nunca hubiera intentado trasladar estos hechos al papel si no fuera por un motivo: he querido dejar constancia de lo que se refiere al profesor Beronelli, antiguo catedrático de la Universidad de Bolonia.

Tengo la oportunidad de contarles esta historia porque Simona, la hija del profesor, nos la confió a Zaleshoff y a mí la noche antes de que cruzáramos la frontera de Yugoslavia. Sin embargo, en sí misma, era insuficiente. Los hechos desnudos darían una idea bastante inexacta de la tragedia del profesor. No se puede resumir el *Edipo* de Sófocles en un artículo de periódico sin que pierda nada de su grandeza. Por eso he llegado a la conclusión de que tenía que contar la historia completa de aquella noche. Para esto nada mejor que explicar cómo me vi implicado en el asunto. Así empecé a considerar la historia de Beronelli como el momento crítico de otra, la mía propia, la que había prometido a Zaleshoff que nunca contaría, nunca contaría.

Comuniqué a Claire el problema. Tuve que darle una especie de explicación, y así se enteró ya de algo de lo sucedido. Yo suponía que ella tenía grandes deseos de saber mucho más. Y no me equivoqué.

Su argumento era que si yo disfrazaba los nombres de lugares y de personas de tal modo que no se les pudiera reconocer en absoluto, nadie podría decir, hablando con propiedad, que yo había contado la historia.

—Además —añadió Claire con una mirada lejana—, si ese tal Zaleshoff es un espía, probablemente no lee historias de espías.

A mí me chocó su razonamiento y le dije:

—Nunca había oído sofisma más colosal. Además, ¿quién ha dicho que se trata de una historia de espías? Nada de eso.

Me contempló pensativa un momento.

—Mira, querido —dijo al fin—, creo que soy muy feliz. No todas las mujeres

tienen un marido que sea un farsante y un pobre mentiroso al mismo tiempo.

Por eso aquí está la historia.

Una cosa es evidente. Nunca hubiera aceptado el empleo, si no hubiera estado al borde de la desesperación.

A principios de enero la Barnton Heath Engineering Company decidió cerrar la mayoría de sus fábricas.

Recibí el primer golpe al día siguiente de que le hubiera preguntado a Claire si quería casarse conmigo. Aquella mañana entré en la oficina sintiéndome muy satisfecho de la vida. A decir verdad, no es que tuviera realmente motivos para estar tan contento. Ella me había prometido «pensarlo detenidamente» y que ya me contestaría. Sin embargo, estaba contento. Una chica como Claire, me decía a mí mismo, se hubiera decidido al momento si fuera a rechazarme. Era muy bonita y muy inteligente.

Hacia el mediodía me hallaba ojeando una serie de presupuestos con mi ayudante, cuando recibí una llamada del jefe de la oficina de Londres, diciéndome que Herrington, el director general, deseaba verme aquella tarde. Las entrevistas con Herrington eran escasas. Sin tener idea de lo que podía ser y un poco contrariado, por haber tenido que interrumpir mi trabajo, tomé el doscientos cuarenta y cinco en Barnton Station. Me entrevisté con Herrington a las tres y media. A las cuatro en punto bajaba andando despacio por la Queen Victoria Street con una carta en el bolsillo en la que se me informaba que «debido a circunstancias ajenas a la Compañía» se tenía que prescindir de mis servicios.

Todavía suenan en mis oídos las amables palabras con las que Herrington se disculpó cuidadosamente.

—Es un trago difícil para usted, Marlow, pero qué le vamos a hacer. Simplemente, la Barnton Heath no puede pagar. No tenemos nada contra usted, por supuesto. Tan cerca de Londres, el trabajo sale muy caro. Felstead nos ha comunicado que no podía renovar su contrato con nosotros al precio que le proponíamos; en este momento las cosas no están demasiado claras para nosotros y tenemos que arriesgarnos a darle la oportunidad de buscar otra cosa. Es cuestión de recortar nuestras pérdidas. La situación es dura para usted, desde luego. Pero también lo es para nosotros. Los buenos ingenieros de producción no caen del cielo. No tendrá usted dificultades en hallar otra cosa fija. Si en algo puedo servirle, no tiene más que decírmelo.

Y asunto concluido. Tenía un mes para encontrar otro empleo. Los ingenieros de producción no caen del cielo; pero, además, tampoco encuentran empleo. «Receso de mercados» le llamaban los periódicos. A mi modo de ver no había gran diferencia entre un receso de mercado y una tradicional fuerte crisis. «Si en algo puedo servirle, no tiene más que decírmelo». Pues sí, había *algo* en que podía servirme. Podía

encontrarme otro empleo. Probablemente ni siquiera se le había pasado por la imaginación pensar en eso. Buen chico, ese Herrington, pero un tanto excesivo en su amabilidad. ¡Qué diablos, no! Era un embustero. Nada de buen chico. Yo siempre le aborrecí como a un veneno y él me detestaba. Probablemente ha sentido un gran placer al desembarazarse de mí. Nunca me perdonó del todo que le hubiera hecho quedar en ridículo ante los cálculos originales de Felstead. No se le había pasado todavía. El tiempo no había borrado sus resentimientos contra mí. Pero yo conocía a mucha gente que me podría conseguir algo bueno. Podría incluso encontrar una cosa mejor. No tenía por qué ponerme nervioso, de ningún modo. Me sobraba tiempo. Telefoneé a Dowsett por la mañana, para ver si sabía de algo. Había que pensar en los demás también. Esto era incumbencia de Hallett, desde luego, y él haría por ellos todo lo que pudiera; pero, en cualquier caso, para algunos la situación era muy apurada. Las chicas serían absorbidas fácilmente por las fábricas de los alrededores. En el barrio de Barnton el trabajo de las chicas estaba muy solicitado. Tampoco tendrían dificultades los trabajadores con experiencia: montones de fábricas en dos millas a la redonda los aceptarían. Serían los otros quienes lo pasarían mal, los obreros no cualificados, los oficinistas, los mozos de almacén. Yo podía dar gracias al cielo.

Al regresar a la oficina me fui directo Hallett.

—Ya sabes lo que pasa, supongo —le dije.

Hallett suspiró.

—Sí, Herrington quería que te lo comunicara yo, pero le contesté que era a él a quien correspondía esa desagradable faena. De hecho tuvo la desfachatez de sugerirme que guardáramos silencio acerca de lo que se refería a las fábricas hasta tres días antes de cerrar. Hay que cumplir la última parte del contrato de Felstead y yo creo que teme que las cifras de producción disminuyan a lo largo del mes. Le contesté que se las apañara como pudiera. Porque, aparte de que la mayoría de la gente habrá de ahorrar un poco, si puede, las chicas del taller de la torre están organizando un club social y su capataz me ha dicho que me iban a pedir que fuera el presidente. No podría mirarme al espejo si, sabiendo lo que pasa, las dejara salir adelante con su proyecto.

Hice una señal de asentimiento y dije:

—Tienes razón. Venía pensando en eso, mientras bajaba hacia aquí. Tú y yo somos los únicos que tenemos una cierta seguridad en este caso.

Hallett me observó con curiosidad.

—¿Tú crees? ¡Ojalá no te equivoques, Marlow! Personalmente, tengo que pensar en la mujer, los tres niños y en la hipoteca de la casa. Mi opinión es que los únicos que tienen una cierta seguridad, como tú dices, son Herrington, su Compañía tan súbitamente arruinada y los queridos accionistas. ¿Has visto el último balance?

—No.

—No era un espectáculo para ojos delicados. Las fuerzas del destino, Marlow,

siguen sendas extrañas y misteriosas. ¿Qué somos nosotros, los tontos que cumplimos con nuestro deber, para poner en duda su sabiduría? En cualquier caso, yo la pongo en duda. Es que, además, soy socialista.

Le dejé redactando un escrito para que lo firmasen los capataces. Hasta aquel momento no me había acordado que estaba citado con Claire a las siete.

Solté la novedad durante el primer plato.

Claire llevaba un sombrero nuevo —hecho que tuve buen cuidado de comentar—, pero no se trataba de ese tipo de sombrero detrás del cual podía ocultarse mientras pensaba lo que iba a decir. Dio la impresión, sin embargo, de que en aquel momento le hubiera gustado que lo fuera.

—Mal asunto, Nicky. —Su voz era totalmente tranquila.

Hubo una pausa y luego añadió:

—Espero que no vayas a permitir que esto se interfiera en nuestra boda.

Estábamos comiendo en un restaurante chino. He oído decir que los chinos son una raza que difícilmente se asombra, pero me parece recordar cómo la cocinera, una chinita de Cantón que parecía un pipote, nos miraba con los ojos muy abiertos desde la puerta de servicio. Al fijarme en las mesas que había a nuestro alrededor, me pareció que todo el restaurante hervía en comentarios. Había un ambiente de risa contenida. Nosotros continuamos comiendo.

—Y ahora que eso está liquidado —dijo Claire minutos después—, ¿qué vas a hacer para mantenerme?

Me inundó una ola de remordimientos.

—Escucha —le supliqué con suavidad—, todo esto no tiene sentido. No deberíamos hablar de nuestro matrimonio en este instante. De momento las cosas están muy mal. Pueden pasar meses antes de que consiga el empleo que quiero. Y me daré por satisfecho si lo consigo. El banco me sostendrá amablemente durante bastante tiempo. Pero no me gustaría hacer ninguna afirmación acerca de mis planes. ¿Qué dirá tu padre?

—Dirá exactamente lo que yo quiera.

—Pero...

—Escucha, Nicky —dijo mientras movía sus palillos chinos—, tienes treinta y cinco años, mides uno setenta y, además, tienes buena presencia. Y lo que es más importante, eres un ingeniero muy inteligente. Me lo dijo Hallett la noche que cenamos con él y con su mujer. ¿Por qué no puedes encontrar un buen empleo? Las cosas pueden ir mal ahora, pero no para los más preparados. No seas tan tonto.

Casi logró convencerme. En todo caso, durante el resto de la noche nos olvidamos de cosas tan prosaicas como el dinero. Para decirlo más exactamente, nos fuimos al cine y nos sentamos en la última fila cogidos de la mano. Recuerdo que era una película muy mala. Nos divertimos horrores. Luego tomamos un taxi hasta su casa. Su padre me ofreció un whisky con soda y me preguntó qué opinaba de la situación internacional en general y, sobre todo, lo referente a las perspectivas de rotura del Eje

Roma-Berlín a causa de la cuestión austríaca. No recuerdo lo que le contesté. Al cabo de un rato el buen hombre nos miró por encima de las gafas, igual que el personaje de las comedias domésticas, esbozó una sonrisa forzada y se fue a la cama. Yo me fui a casa en tranvía. Estaba de un humor excelente y me puse a canturrear por lo bajo una cancioncilla. La buena de Claire tenía razón. Yo conocía bien mi oficio. Todo marcharía bien. Los «recesos» de mercado solo afectaban a los obreros sin cualificar.

Sin embargo, me equivoqué.

Necesité dos meses y medio para descubrir hasta qué punto me había equivocado; dos meses y medio de esperanzas y desengaños, de entrevistas infructuosas e inútil correspondencia. Al final de mi última semana en Barnton me ofrecieron un empleo ganando dos tercios del sueldo a que había llegado y lo deseché. Seis semanas más tarde habría dado la mano derecha por aquella bicoca, pero era demasiado tarde. Sabía que Hallett había pensado que estaba loco y, aun cuando se contenía para no exclamar: «¡Ya te lo decía yo!», esto no mejoraba las cosas. Él, por su parte, había aceptado una oferta ganando un cincuenta por ciento menos de lo que le pagaban en Barnton y parecía animado. Yo empecé a inquietarme y, me temo, a irritarme.

Claire se mostró asombrosamente buena en todo momento, pero yo estaba predispuesto a imaginar cosas y empecé a sospechar que ella estaba perdiendo la confianza en mí. Locuras mías, sin duda. Ella estaba preocupada; pero no tanto por mis dificultades como por el efecto que estaban produciendo en mí. La verdad pura y simple era que yo estaba perdiendo la confianza en mí mismo. Entonces tuvimos una pequeña discusión; una disputa trivial en sí misma, a la que otras circunstancias vinieron a darle importancia.

Estábamos tomando el té con cara un tanto preocupada. Era un miércoles por la tarde. Claire había abandonado la oficina por una hora para conocer el resultado de una entrevista mía con un señor de Birmingham que había venido a Londres aquel día. El resultado fue negativo. El señor de Birmingham se mostró muy amable y me dio dos tarjetas de presentación para dos casas a las que ya había enviado yo sendos formularios. Claire escuchó todo en silencio.

—Bien —añadí yo con amargura—, ¿cuándo nos casamos?

—No seas loco, Nicky.

Hizo una pausa y luego continuó:

—En cualquier caso, no veo por qué todo esto se tiene que interferir en nuestros planes. Porque las cosas estén un poco enredadas en este momento, no hay razón para que no sigamos adelante.

Hizo otra pausa.

—Al fin y al cabo —continuó con un tono desenvuelto—, yo tengo un empleo bastante bueno y han hablado de que pronto me subirán el sueldo.

—Magnífico, querida —salté yo—, ¿y qué supones que voy a hacer yo? ¿Sentarme en el sofá-cama de la sala de estar y repasar tus medias?

Mi respuesta resultó bastante brusca y desabrida; y no fue más que el principio.

Dije un montón de cosas que no tenía intención de decir; frases pomposas acerca del nivel mínimo de dignidad que debe tener un hombre que se considere como tal y de la ignominia de vivir del sueldo de una mujer. Nada de lo que dije guardaba la más ligera relación con lo que ella había querido decir.

Me escuchó mordiéndose los labios y en silencio hasta que terminé. Luego dijo:

—No creía que fueras tan burro.

Y habiendo dicho esto, se levantó y se marchó.

Aquella misma noche nos reconciamos, por supuesto. Pero los dos éramos conscientes de que en nuestra reconciliación había una cierta reserva. Más tarde, cuando me marché, ella se puso el abrigo y me acompañó un momento.

—Oye, Nicky —me dijo al cabo de un rato—, has presentado un montón de excusas esta noche. Me siento bastante avergonzada. Sé perfectamente que toda la culpa ha sido mía en realidad. Si hubiera tenido un poco de imaginación, me habría dado cuenta de que tú ya estabas bastante preocupado como para soportar que la condenada mentecata de tu novia te viniera a poner las cosas peor hablándote de la boda.

No bien hubo terminado, me paré en seco.

—¿Qué pretendes, Claire?

—Sigamos andando, querido, y te lo diré.

Seguimos y ella continuó.

—¿Te acuerdas de aquel periódico de ingeniería que dejaste en el vestíbulo la otra noche?

—Sí. ¿Qué pasa?

—Lo estuve hojeando, Nicky. Tú habías marcado un anuncio en la sección de «Demandas». ¿Te acuerdas?

—Sí, vagamente.

—¿Y bien...?

Yo no pude menos de balbucir:

—Pero bueno, ¿me estás sugiriendo que...?

—¿Por qué no? Se ajusta perfectamente a tus aptitudes. Ni que fuera especialmente redactado pensando en ti.

Y como yo empezase a protestar una vez más, ella me replicó:

—No, Nicky, escucha. Te iría bien.

Yo me detuve de nuevo.

—Ahora escúchame tú *a mí*, ricura. Hay cosas que son fantásticas y absurdas, y ésta es una de ellas.

—Muy bien, pero ahí lo tienes recortado —sacó un trozo de periódico de su bolso y me lo metió en el bolsillo del abrigo— por si cambias de parecer. Buenas noches, querido.

Cuando por fin continué andando hacia la estación, me había olvidado por completo del recorte de periódico.

Pasó una semana. Fueron los siete días más deprimentes de mi vida. Durante los seis primeros no ocurrió nada de nada. Luego, la mañana del séptimo, recibí una carta de una famosa casa de maquinaria. Era la respuesta a una solicitud mía en contestación a un anuncio pidiendo director para una de sus sucursales. Tenía que ir a sus oficinas a las tres de aquel mismo día.

A las tres en punto estaba yo allí. En la sala de espera había otros dos más. Ambos de mediana edad. Ambos estaban allí, pensé, para lo mismo que yo. Y no me equivoqué.

Fui el último en ser llamado por el director. Me acogió con un tono de paciente amabilidad.

—Ah, sí —echó una mirada a mi carta, que estaba sobre el immaculado secafirmas que tenía delante—, el señor Marlow, ¿no? Sí, sí. Bien, le he mandado llamar por una razón especial. Hablando con franqueza, le consideramos demasiado joven todavía para el puesto de que estamos tratando en este momento.

Se arregló el bigote con aire de aburrimiento. Yo esperé.

—Sin embargo —continuó—, emplearíamos a un hombre joven, soltero y con los requisitos que usted reúne, en relación a un importante contrato que acabamos de cerrar. Tenga en cuenta que no le estoy haciendo ninguna oferta definitiva. Si le interesa podremos discutirlo más extensamente. El sueldo naturalmente no es gran cosa. Probablemente sabe usted ya lo mal que van las cosas en este momento, ¿no? Y por supuesto, significaría firmar por cuatro años. Por lo demás, no creo que un hombre joven como usted tuviese ningún inconveniente. Es un sitio muy interesante, Bolivia, un gran...

Le corté la perorata:

—¿Dónde ha dicho usted?

Me miró sorprendido.

—Bolivia. La guerra del Chaco —continuó en tono confidencial— les ha hecho ver la necesidad de contar con sus propios recursos en tiempo de guerra. Se trata de establecer dos fábricas y ponerlas a un nivel mínimo de rendimiento económico. La única experiencia...

En este momento me levanté. Me di perfecta cuenta de que mis mejillas se habían puesto rojas.

—Muchas gracias —le dije secamente—, me temo que no pueda perder el tiempo esta tarde. Tengo que pedirles disculpas por haberles molestado. Estoy seguro de que encontrarán fácilmente al hombre que buscan. Buenas tardes.

Me miró un momento y luego se encogió de hombros diciendo:

—Naturalmente. Buenas tardes. ¿Será tan amable de cerrar la puerta al salir?

Una vez en la calle me compré un periódico de la tarde, me dirigí a una cafetería y pedí un té. Entonces me di cuenta de que, sentado en la mesa de al lado, estaba uno de los hombres que había visto en la sala de espera. Obedeciendo a un impulso espontáneo, me dirigí hacia él.

—Disculpe, señor, espero que perdone mi atrevimiento, pero, por simple curiosidad, ¿le importaría decirme si le acaban de ofrecer un empleo en Sudamérica?

Me miró sorprendido. Era un hombre de cabello gris, con cara de rasgos acusados e inteligentes y unas manos grandes y fuertes. Sonrió con sarcasmo.

—Así que también se lo han ofrecido a usted, ¿no? Vaya, no me importa decírselo. Me ofreció un empleo en Sudamérica... por cinco libras a la semana. Dijo que yo era demasiado mayor para el empleo del anuncio. ¡Bolivia y cinco libras a la semana! ¡A mí! Le dije lo que podía hacer con eso. No creo que le gustara mucho.

—Supongo que el otro hombre habrá conseguido el empleo del anuncio.

—¿El empleo del anuncio? —Me miró con sorna—. No existe ningún empleo, amigo mío. El anuncio no es más que el método para captar gente buena y barata. He visto antes este juego. Recortan los precios para competir con los yanquis. Pero sin tocar sus preciosos dividendos. Yo hubiera caído, pero por suerte ya tengo un trabajo mediocre. Venta de pequeña herramienta.

Señaló un maletín que estaba a su lado en una silla.

—Material japonés barato —dijo.

Le ofrecí un cigarrillo. Seguimos charlando. Poco a poco me fui enterando de su carrera; y al oír cómo me contaba, tranquilo, casi sin darle importancia, el trabajo que hacía, me di cuenta de que estaba frente a un hombre al lado del cual mi preparación y mi experiencia se quedaban en segundo rango. Este hombre conocía su oficio de un modo superior. En igualdad de condiciones, ningún director con sentido dudaría en escogerle a él antes que a mí. Y, sin embargo, aquí estaba, vendiendo pequeña herramienta, «material japonés barato». Cuando le pregunté cómo iba el negocio, se sonrió.

—No sabría decirle —se lamentó—. No soy un buen viajante. Es muy difícil hacer esto bien. No tengo paciencia, carezco de tacto, siempre provocho la indiferencia de la gente cuando trato de hacerles ver cómo podrían hacer marchar sus negocios. Por otra parte, no puedo ayudarles contándoles lo malas que son mis herramientas. Intento mejorar, pero es un trabajo duro.

Llamó al camarero y pidió la cuenta.

—Me tengo que ir. Mucho gusto en haberle conocido.

Cuando se fue intenté leer mi periódico. *Herr* Hitler reafirma el principio de colaboración del Eje Roma-Berlín. El *signor* Mussolini pronuncia otro discurso desde el balcón del Palazzo di Venezia. El presidente de un monopolio de armamentos anuncia que los dividendos del año anterior han sido sumamente satisfactorios y expresa su confianza en el futuro de la compañía. Se pasa al Fascismo otro Estado de los Balcanes. Un croata que vivía en los suburbios de París desmenuza con un hacha el cuerpo de la dueña de la casa donde se alojaba. Un banquero acoge con satisfacción la mejora de las perspectivas para los préstamos extranjeros. En primera página había dos fotografías: una, de dos soldados con una sonrisa forzada, montados en un nuevo tipo de carro de combate; la otra, de un famoso hombre de Estado, con

cara de buitre aprehensivo, una caña de pescar en una mano y un pececito de nada en la otra. En la página cuatro un artículo titulado: «En tu fuerza, ¡oh, Gran Bretaña!...», escrito por un antiguo oficial de marina que resultó ser conocido mío y que, además, era director de un arsenal de construcción naval.

Dejé el periódico, terminé el té y busqué en el bolsillo las cerillas para encender un cigarrillo. Mis dedos tropezaron con el recorte de periódico. Lo extendí sobre la mesa y leí una vez más el anuncio, palabra por palabra.

Empresa de Milán desea: Ingeniero de producción con gran experiencia para director de su oficina en el Continente. Ha de hablar italiano correcto y tener experiencia en la práctica de la alta dirección. Imprescindible el requisito del idioma. Generoso sueldo y comisión para la persona adecuada. Magníficas posibilidades. Dirigirse, indicando edad, experiencia (en detalle) y fecha en que podría empezar, al apartado 536 X.

No sé qué me empujó a señalarlo. Quizá fuera lo del italiano que me chocó por raro. Con el consentimiento de mis padres, había compartido mi habitación con un estudiante italiano, que me enseñaba su lengua a cambio de la mía. Esto formaba parte de un plan para pasar las vacaciones de verano recorriendo el sur de Italia desde Nápoles. El plan nunca se llevó a cabo. Una semana antes de la fecha en que debíamos partir, tuvimos una discusión y nos separamos. Pero el italiano no se me olvidó, refrescándolo de vez en cuando gracias a la lectura de alguna novela de la editorial Hachette y, últimamente, merced a vagos proyectos de una posible luna de miel en Roma.

Volví a guardar el recorte en el bolsillo. Estaba descartado, por supuesto. Absurdo. La buena de Claire solo decía tonterías.

Pero el hecho de que hubiera devuelto el recorte al bolsillo, en vez de romperlo, fue muy significativo, pienso. Casi sin darme cuenta el germen de la idea fue tomando cuerpo en mi mente. Aquella noche al llegar a casa la semilla dio su fruto. Había dos cartas para mí. En las dos aparecía en la primera línea el fatídico «lamentamos».

Me di un baño, me cambié y luego encendí un cigarrillo, sentado junto a la chimenea. Me pasé diez minutos allí sentado, pensando. Después me levanté. Al fin y al cabo, por escribir no me iba a pasar nada. Seguramente todo se quedaría en agua de borrajas. Además, incluso si me ofrecían el empleo, siempre podía cambiar de parecer.

—A propósito —dije aquella misma noche sin darle importancia—, precisamente he escrito al anuncio del empleo italiano. No me lo darán, naturalmente, pero probar no cuesta nada.

—Ya sabía yo que serías razonable, cariño —dijo Claire.

2 — *Spartacus*

Cuatro días más tarde recibí una carta de la Spartacus Machine Tool Company Limited, de Wolverhampton. Venía firmada por un tal Mr. Alfred Pelcher, Director Gerente. Me citaba para una entrevista con él, al día siguiente, en Wolverhampton. «Si en nuestra entrevista no llegásemos a un acuerdo —concluía la carta—, tendremos sumo gusto en abonarle los gastos del viaje desde Londres».

Esto me pareció bastante elegante. Al día siguiente ya me tienen saliendo de la estación de Wolverhampton y preguntando cómo podría llegar a la fábrica Spartacus. Después de un trayecto en autobús y diez minutos a pie, llegué a la fábrica, un conjunto de oscuros edificios desparramados al final de una calle llena de lodo. El aspecto exterior no contribuyó ciertamente a levantar mi baja moral. Ni tampoco la recepción.

Al acercarme, salió de una barraca de madera un portero de aspecto decrepito y me preguntó qué buscaba.

—Deseo ver a Mr. Pelcher.

Se pasó la lengua por los dientes y meneó la cabeza enérgicamente.

—No recibe a los viajeros más que los martes y jueves. Es perder el tiempo intentarlo otros días.

—No soy viajante. He sido citado por Mr. Pelcher.

El portero levantó la cabeza enfadado.

—¿Por qué no me lo dijo? Yo tengo que cumplir con mi deber. No esperará usted que uno lo sepa todo. Por aquí —y al mismo tiempo me cogió por el brazo—, cruce al otro lado y suba las escaleras.

Me indicó un tramo de escaleras de acero adosadas a un edificio negro de ladrillo al otro lado del patio y se retiró a su barraca refunfuñando.

Le di las gracias, subí las escaleras produciendo a mi paso un sonido metálico y empujé una puerta que decía: OFICINA DE INFORMACION Y VENTAS. Pasen sin llamar, por favor. Dentro, una ventanilla de vidrio opaco con este letrero: LLAMEN. Llamé. Se abrió la ventanilla con un chasquido seco y apareció un joven regordete y pálido con un incipiente bigote.

—Deseo ver a Mr. Pelcher —dije.

—Representantes, martes y jueves —me contestó con severidad—. Hay un cartel en la entrada. No sé a qué viene usted hasta aquí, joven. Pierde usted el tiempo y me lo hace perder a mí. No puede recibirle ahora.

—Estoy citado.

Se encogió de hombros.

—¿Nombre?

—Marlow.

La ventanilla se cerró de nuevo y oí descolgar el teléfono y preguntar por la señora Moshowitz.

—¿Mrs. Mo? De parte de Ernestito, de la oficina de ventas.

Hubo una pausa.

—Ahora, pillín, ahora —siguió bromeando.

De pronto cayó en el argot de las películas de *gangsters*.

—Escucha, hermana. Hay aquí un tío llamado Marlow que jura que tiene una entrevista con el Gran Jefe. ¿Le echo a patadas o le dejamos ese trabajo para el Gran Jefe?

Otra pausa.

—Muy bien, *muy* bien, que no se te caigan los tirantes.

Colgó el teléfono, reapareció por la puerta y me comunicó que él mismo me conduciría hasta la oficina de Mr. Alfred.

Bajamos la escalera, giramos a la derecha por un callejón cubierto de chatarra mohosa y subimos otro tramo de escaleras hasta una puerta con el letrero de «Recién pintada» en el pomo. Mi acompañante abrió la puerta de una patada y anunció a la cuarentona judía de aspecto cansado que yo era el hombre de Mr. Alfred.

Por mi parte, empezaba a ceder ante el escepticismo. Lo que hasta entonces había visto de la Spartacus Machine Tool Company me había causado tan mala impresión que le faltó muy poco para que los dejase en aquel mismo momento, sin ver siquiera a su director, ni molestarle con mis gastos de viaje. Pero era demasiado tarde para pensar en eso ahora. Porque en aquel momento me estaban introduciendo en el despacho de Mr. Alfred.

Era una estancia amplia y muy descolorida. Pilas y pilas de cianotipos, medio rotos y polvorientos, formaban una especie de friso alrededor de toda la habitación. La pared estaba pintada al temple, de verde, y decorada, en la parte superior, con ilustraciones de catálogos de maquinaria y con dos diplomas certificando la concesión de sendas medallas de oro en dos exposiciones en el Continente. Ardía un fuego de carbón en la chimenea, cuya repisa gemía bajo el peso de una pila de libros técnicos, un calendario gótico, una estatua de Krishna montada en un zócalo de teca y un ejemplar medio escondido de *Etiqueta para hombres*. En un rincón, una bolsa de golf. En el centro de la estancia, Mr. Alfred Pelcher sentado tras una enorme mesa cubierta de diversas piezas de maquinaria, tacos de madera para golf, periódicos especializados de la industria y cajas de grapas de varias clases.

Era un tipo pequeño, calvo y simpático, de unos cincuenta años, con anteojos de cristales bifocales sin reborde. Sus modales suaves y desenvueltos hacían pensar que trataba de calmar el posible mal humor que suponía en su interlocutor. Vestía chaqueta negra, suéter marrón y pantalones grises de franela: evidentemente, se trataba de un compromiso entre sus obligaciones de la mañana en la oficina y el golf de la tarde. Tenía la costumbre de estirar el cuello de la camisa desesperadamente

como si le ahogara.

Cuando yo entré, Mr. Alfred manejaba nerviosamente el cursor de una regla de cálculo, apuntando los resultados en el margen de un ejemplar de *The Times Trade and Engineering Supplement*. Sin mirarme, hizo una señal en el aire con la regla para indicar que ya estaba terminando. Al cabo de un segundo o dos, dejó la regla, se levantó de la silla y me dio un cálido apretón de manos.

—Ha sido usted muy amable al haberse acercado por aquí a vernos.

Me empujó hasta una silla.

—Siéntese. Veamos. Usted es Mr. Marlow, ¿no? Magnífico.

Hizo un ademán de desprecio con la mano hacia los cálculos que tenía apuntados en el periódico:

—Simplemente, un pequeño problema de mecánica. Estaba tratando de calcular aproximadamente cuántas libras de energía ahorra un jugador que tenga un muchacho para llevarle los palos en dieciocho *handicaps* y tiradas normales. Resulta una cifra impresionante.

Se rió entre dientes.

—¿Juega usted al golf? —preguntó.

—Desgraciadamente, no.

—Un gran juego. El mejor de todos, sin duda.

Me sonrió y cambió de tono:

—Bien, bien. Vayamos a lo nuestro, ¿no? Usted nos ha escrito, ¿verdad? Sí, ya lo sé.

Se volvió a sentar en su silla y me examinó durante tres segundos a través de la parte inferior de sus anteojos. Luego, se inclinó hacia delante por encima de la mesa y dijo con intención:

—*Se non è in grado di accettare questa mia proposta, me lo dica francamente. Non me l'avrò a male.*

Me cogió un poco de sorpresa, pero le contesté sin titubear:

—*Prima prendere una decisione vorrei sapere sua proposta, Signore.*

Sus cejas se arquearon. Hizo un chasquido con los dedos. Dio un golpecito en la mesa con la regla de cálculo y se recostó en la silla. Luego, dijo solemnemente:

—Mr. Marlow, es usted el primero en contestar a nuestro anuncio que lo ha leído con atención. He recibido a seis antes de usted. Tres de ellos chapurreaban francés e insistían en que la mayoría de los italianos los entenderían. Otro había estado en Ceilán y tenía un conocimiento superficial del tamil. Y, además, sostenía que si uno grita suficiente en inglés, todo el mundo le comprende. De los otros dos, uno hablaba el alemán correctamente y el otro había hecho un crucero por el Mediterráneo y había pasado un día en Nápoles. Es usted el primero que habla italiano fluido.

Hizo una pausa. Luego, nubló su rostro una repentina expresión de alarma. Parecía un niño asustado.

—Usted es ingeniero, ¿verdad, Mr. Marlow?

Estiró el cuello de la camisa con ansiedad y continuó:

—¿No será usted, electricista, o químico o técnico de radio?

Le resumí brevemente mis conocimientos e iba a remitirle para más detalles a la carta que les había enviado, cuando me di cuenta de que dicha carta estaba extendida sobre la mesa ante Mr. Alfred, el cual iba leyendo y asentía con la cabeza satisfecho mientras yo hablaba. Mr. Pelcher no era tan ingenuo como parecía.

Cuando hube terminado, deslizó discretamente la carta bajo el secapapeles y dejó escapar un sonoro suspiro de alivio.

—Eso está muy bien. Creo que nos entenderemos, Mr. Marlow. Dígame una cosa —parecía un niño preguntando un acertijo—, ¿tiene usted alguna experiencia en ventas?

—Ninguna en absoluto.

Se quedó un poco pensativo.

—Me lo temía. Pero tampoco podemos pedirlo todo. Un buen ingeniero, que habla italiano con razonable fluidez, no se encuentra todos los días. Perdona un momento.

Echó la mano al teléfono:

—¡Hola, Jenny, guapa! Pregunte a Mr. Fitch si tiene inconveniente en subir a mi despacho un momento.

Colgó el teléfono y se dirigió a mí de nuevo:

—Mr. Fitch es el director de exportación. Un chico excelente, con dos lindos hijos, un niño y una niña. Su mujer ha muerto, la pobre. Creo que le caerá simpático.

—¿Tendría inconveniente en darme alguna idea para saber en qué consiste el trabajo, Mr. Pelcher?

Mi interlocutor se echó hacia delante.

—¡Por el amor de Dios! ¡No faltaría más! Creí que ya se lo había dicho. Mire, Mr. Marlow —dijo, estirando el cuello—, no somos una gran empresa. Nos hemos especializado en un tipo particular de maquinaria. Probablemente lo sabe ya.

Yo no lo sabía, pero asentí con la cabeza. Él continuó:

—Nuestro *slogan* es: «Hay una máquina Spartacus para toda función engorrosa de la alta producción». Dentro de ciertos límites, es una descripción bastante exacta de nuestras actividades. Sin embargo, en la actualidad, desde hace un año o así, nos hemos ido concentrando cada vez más en máquinas automáticas de gran rapidez, destinadas a la fabricación de cápsulas de balas. En este momento, un tercio aproximadamente de las instalaciones de la fábrica está dedicado a esto. Empezó siendo una actividad más o menos marginal. Yo tenía unas ciertas ideas respecto a este tipo de maquinaria. Nos decidimos, pues, a ponerlas en práctica. Y fue un éxito. Nos aseguramos la patente de fabricación para todo el mundo del modelo automático *Spartacus S2*. La palabra Spartacus se me había ocurrido por casualidad. Y está bien, ¿no cree?, de Espartaco, el esclavo. Pero sigamos con el S2. Nos reservamos la patente para todo el mundo y puedo decir que nos dio muy buen resultado.

Concedimos a algunos de nuestros amigos americanos la licencia, pero reservándonos el mercado europeo para nosotros. Creo que obramos con sensatez. Los alemanes han producido una máquina para competir con la S2, pero no es mejor que la nuestra y nosotros teníamos la ventaja de haber empezado antes. El mercado del Continente se mostró realmente animado. Los italianos, sobre todo, se volcaron sobre el S2 inmediatamente. El departamento de artillería del Ministerio de Marina italiano se mostró muy interesado. La instalación en serie de nuestra máquina suponía reducir los costes de producción de un modo realmente fenomenal. Naturalmente, también hemos tenido ofertas por parte de fábricas británicas, pero francamente hemos estado tan ocupados con la exportación que no nos hemos molestado en cultivar el mercado interior. Los italianos, además, se preocuparon mucho por arreglar la cuestión financiera. Ya sabe usted que, en general, es muy difícil sacar dinero de Italia en estos días. En nuestro caso particular, nos pagan mediante letras extendidas a través de Nueva York. Mire, necesitan las máquinas. Muy amables, claro. Hace un año o así, decidimos que nos convendría abrir una oficina en Italia. Yo no podía perder tanto tiempo en los viajes de aquí a Milán. Como usted sabe, Milán es, desde nuestro punto de vista, el centro de estas actividades. Teníamos un hombre muy bueno para el puesto. Puede que haya oído hablar de él. Se llamaba Ferning.

—No recuerdo.

—¿No? Los periódicos especializados le mencionaron. Tal vez un hombre de su edad no lee las notas necrológicas.

Se sonrió entre dientes y estiró el cuello de la camisa con tal violencia que pensé que iba a saltar el botón. Luego, se puso serio otra vez.

—¡Pobre Ferning! Siempre le creí un chico nervioso y sensible. Pero no hay que fiarse de las apariencias. Convirtió la oficina de Milán en una cosa asombrosamente buena. Bastará con decirle que, juntamente con una solicitud que nos ha llegado de Turquía, tenemos vendida prácticamente la totalidad de la producción de S2 durante los dos próximos años. Es una máquina estupenda. Naturalmente, nuestra producción en este momento está empezando. Estamos levantando un nuevo pabellón y, tan pronto como empiece a funcionar, estaremos en condiciones de aceptar todas las solicitudes que se nos hagan. Ha sido una mala suerte lo de Ferning. El pobre chico fue atropellado hace unas semanas. Un accidente desgraciado. Según hemos podido saber, había mucha niebla y él iba a pie hacia casa cuando el accidente. Murió en el acto, por suerte. El conductor del coche, quienquiera que fuese, ni se paró. A lo mejor, a causa de la niebla, ni siquiera se enteró de que había atropellado a alguien. Es tan espesa a veces en Milán, ¿sabe? Estaba soltero, a Dios gracias, pero deja una hermana que dependía de él. Una verdadera desgracia.

—Sí, desde luego.

—El ayudante de Ferning, Bellinetti, está llevándolo todo en este momento. Pero se trata solo de un arreglo temporal. Un buen ayudante, sin duda, pero no apto todavía para tanta responsabilidad. Además, no es un ingeniero muy ducho. Y esto es

lo que nosotros necesitamos, Mr. Marlow. Un hombre preparado que pueda entrar en los talleres y enseñarle al cliente cómo obtener el máximo rendimiento de nuestra maquinaria. En este momento, con los alemanes tan activos, tenemos que atar todos los cabos con los compradores y... —subrayó abriendo los ojos— y colaborar con los oficiales italianos. Pero Mr. Fitch le informará más detalladamente de todo esto.

Volvió a descolgar el teléfono:

—Oiga. ¿Viene ya Mr. Fitch, Jenny?... ¿Está subiendo? Bien.

Estiró el cuello de la camisa y se volvió hacia mí.

—Naturalmente, Mr. Marlow, si llegamos a un acuerdo, desearíamos que se pasase aquí, en los talleres, una semana o dos antes de irse a Italia. Pero, ya le digo, esto lo podemos discutir más tarde. Por supuesto, puede que no le guste *nuestro* aspecto externo —se sonrió como si se tratase de una posibilidad fantástica—, pero, en cualquier caso, me parece que sería conveniente un intercambio más detallado de opiniones.

Yo sonreí cortésmente e iba a insinuarle que justamente lo que me *gustaría* era precisar más detalles, especialmente en lo referente a los aspectos financieros del empleo; pero en aquel preciso momento llamaron a la puerta.

—¡Ah! Aquí está Mr. Fitch —dijo Mr. Pelcher.

Mr. Fitch era un hombre muy alto, de cabeza alargada y estrecha. Por su modo de caminar, daba la impresión de que estuviese continuamente bajo un techo poco alto del que caen goteras en los días húmedos. Nos observó desde la puerta con el lúgubre aspecto de un perro viejo molestado por dos cachorros foxterrier.

—Fitch, este es Mr. Marlow —dijo Mr. Pelcher—. Es un ingeniero experimentado y habla el italiano.

Mr. Fitch avanzó arrastrando los pies y me ofreció la mano.

—Precisamente, le estaba contando a Mr. Marlow —continuó Mr. Pelcher— algunas circunstancias de nuestra conexión italiana.

Mr. Fitch asintió con la cabeza y carraspeó.

—Un globo que estallará cualquier día en el mercado de exportación —afirmó sombríamente.

Mr. Pelcher rió y se estiró el cuello de la camisa.

—Mr. Fitch lleva diez años diciendo lo mismo, Mr. Marlow. No se tome muy en serio su pesimismo. Solo estaría contento si doblásemos las ventas cada año.

Mr. Fitch me miró con reservas.

—¿Conoce usted Italia muy bien, Mr. Marlow?

—No tan bien como me gustaría —repliqué evasivo.

—¿Juega al golf?

—Me temo que no.

Mr. Pelcher intervino afectuoso:

—Fitch es muy novato como jugador de golf. Golpea la pelota con una fuerza terrible y de un modo endiabladamente feo. Pero dejemos esto —dijo desechando sus

pensamientos con un visible esfuerzo— y volvamos a lo nuestro. ¿Quizá le gustaría echar un vistazo a los talleres, Mr. Marlow? Fitch, ¿sería tan amable de llevar a Mr. Marlow a dar una vuelta por ahí? Cuando terminen, vuelvan aquí y seguiremos charlando.

Todos los defectos de las oficinas de Spartacus se podían apreciar también en los talleres. El director de talleres, hacia quien sentí una simpatía espontánea, era un hombre competente, por supuesto, y el ritmo de trabajo, en turno ininterrumpido, resultaba extraordinariamente elevado.

—A Pelcher —dijo Mr. Fitch cuando paseábamos de un pabellón a otro— le gusta que todo esté así precisamente. Es un ingeniero excelente. Si se saliera con la suya y la Compañía prescindiera de ex generales y miembros del Parlamento, incluidos todos los papanatas con título, esta fábrica sería dos veces mayor. Además, tiene muy buena vista para los negocios, el condenado. Pero, ¿había visto usted algo parecido a su despacho? Y, además, como jugador de golf es asqueroso. La última vez que jugué con él se llevó una regla de cálculo para tratar de resolver problemas como la dirección y resistencia del viento. Pero los dichos cálculos no influyeron para nada en su juego. En el primer punto de saque estuvo dos buenos minutos con la regla antes de levantar el palo con su típico movimiento de la derecha hasta la altura del codo.

Para compensar este exceso de confianza, Mr. Fitch mantuvo un embarazoso silencio durante el resto del recorrido. Pero la segunda vez que subí las escaleras del despacho de Mr. Pelcher, lo hice con mucho más entusiasmo que la primera.

Aquella noche, de vuelta a Londres, hice a Claire un resumen de los descubrimientos del día.

—Creo que probablemente me ofrecerán el empleo. Lo rechazaré, por supuesto. El sueldo que van a ofrecerme será ridículo. La cantidad de libras puede ser respetable, pero no se podrá comparar con lo que el empleo vale en libras esterlinas. ¡Y además, Italia! Todo este asunto está descartado.

—Por supuesto, querido —dijo Claire.

Al día siguiente por la mañana, recibí dos cartas. Una era de Mr. Pelcher, ofreciéndome formalmente el puesto de director de las oficinas de Spartacus en Milán. La otra era de Hallett. Su nuevo empleo no le daba para terminar la quincena. Esperaba que yo probablemente me hubiera estabilizado ya. ¿No podría enviarle cinco libras?

Salí a dar un corto paseo durante el cual me fumé un par de cigarrillos. A la vuelta me senté y contesté las dos cartas.

Tres semanas más tarde cogía el billete para Folkstone.

Con gran alivio mío, no había nadie en la estación para despedirme. Me había despedido de Claire la noche antes. Estaba demasiado ocupada en la oficina y no

tenía tiempo para venir a la estación. Un rato más tarde explicó llorando que no era porque no tuviera tiempo, sino que deseaba evitar una escena en el andén.

—Después de todo —tratábamos de tranquilizarnos el uno al otro—, es solo por unos meses, un trabajo temporal mientras las cosas no vayan mejor aquí.

A todo esto, se hizo tarde y tuve que volver al hotel al que me había trasladado. Pusimos cuidado en crear una atmósfera de alegre camaradería para evitar que salieran a relucir nuestros sentimientos y nuestros pañuelos.

—Adiós, Nicky, querido —me gritó cuando ya me iba—, y no te metas en líos.

Yo me había sonreído ante semejante idea y le respondí que estuviese tranquila.

Hoy también me sonrío recordando aquella escena.

3 — *El General Vagas*

El General Vagas entró en escena al segundo día de mi estancia en Milán.

A las ocho en punto de aquella tarde estaba yo en mi habitación del Hotel Parigi dispuesto a escribir a Claire. Ella ha conservado mi carta y como en la misma se describe de una manera más o menos condensada mis impresiones acerca del personal de la Spartacus Machine Tool Company en Milán, la transcribo a continuación. Mi intención original era omitir los pasajes más íntimos, pero como el único comentario de Claire ante mi sugerencia fue un inexpresivo ¿por qué?, los he dejado tal como fueron redactados.

Hotel Parigi.

Milán.

Martes.

Queridísima Claire:

No puedo evitar que la nostalgia me acongoje con sus dolorosas punzadas. Solo han pasado cuatro días desde que no te veo y me parece que son ya cuatro meses. Es normal, ya lo sé. Por otra parte, las emociones humanas, ordinarias y sinceras, casi siempre parecen vulgares cuando se trasladan al papel. Yo no sé si esa vulgaridad aumenta en proporción directa al número e intensidad de las emociones experimentadas. Por lo que a mí respecta, te diré que dichas emociones son: a) un

profundo sentimiento de soledad, y b) la convicción creciente de que hice una locura separándome de ti sin otro motivo que llevado por las circunstancias. No me cabe duda de que dentro de un día o dos me encontraré mucho mejor respecto al apartado a). En cuanto al apartado b), no estoy muy seguro de que a una convicción, por muy creciente que sea, se le pueda llamar emoción.

Al llegar a este punto, recuerdo que me detuve y releí todo el párrafo. ¡Qué ridículo sonaba! Había una sonrisa contenida entre las imaginarias lágrimas. A Claire le sonaría a falso. La sonrisa era una mueca fingida. Las lágrimas, de cocodrilo. Arrugué el papel y lo tiré a la papelera. Pero después de uno o dos vanos intentos, lo recogí y lo copié en una cuartilla limpia. De alguna manera tenía que empezar y continué.

Seguramente te estarás preguntando qué demonios estoy haciendo en este lugar y si me propongo continuar aquí. Es una larga historia.

No era una larga historia. Era una historia muy corta. ¡Qué tonterías dicen las cartas a veces...!

Llegué ayer por la tarde a eso de las cuatro (las tres de la tarde para ti en Inglaterra, mi amor) y fui recibido en la Estación Central por Bellinetti, el ayudante de mi predecesor, como recordarás. Es un poco mayor de lo que yo esperaba por cuanto Pelcher y Fitch decían de él. Imagínate un italiano pequeño y regordete de unos cuarenta años, de pelo increíblemente negro y ondulado, con canas en las sienes, y dientes similares a los que suelen verse en los anuncios de pasta dentífrica. Viste de un modo muy elegante y lleva un anillo con un diamante (¿?) en el dedo meñique de la mano izquierda. Sospecho, sin embargo, que no se afeita diariamente. Una pena. Es lector entusiasta del Popolo d'Italia y está apasionado por Myrna Loy (tan tranquila, tan fría, tan ardiente por dentro), pero todavía no he podido saber si es soltero o casado.

Estuve considerando esta descripción de Bellinetti un momento. No era muy completa. Era exacta hasta donde llegaba, pero no agotaba todas las cualidades del hombre. Por ejemplo, su aire teatral. Tenía la costumbre de inclinarse hacia uno para hablarle, y bajar la voz como si fuera a comunicar una primicia muy confidencial. Pero la primicia nunca llegaba. Tengo la impresión de que a Bellinetti le hubiera gustado hablar siempre de graves asuntos secretos, pero la perpetua trivialidad de la vida real le molestaba. Su apariencia de frustración era un poco molesta hasta que uno se acostumbraba a ella. Pero todo esto no se puede poner en una carta. Encendí

un cigarrillo y continué escribiendo.

Como te digo, no podía esperar una participación muy activa de Arturo Bellinetti. Al fin y al cabo, él creía que la muerte de Ferning significaría el ascenso al puesto vacante. Fitch me lo había dicho en un momento de franqueza, y Pelcher para animarlo le había insinuado que posiblemente ascendería. Difícilmente se podía esperar que se echase al cuello del Sporco Inglese, lanzando gritos de entusiasmo. Pero también tengo que decir que me ha sido muy útil hasta cierto punto.

Una vez terminados los cumplidos de rigor, nos fuimos a un caffè, donde me ofreció su bebida favorita, coñac con unas gotas de cerveza. Suponte un coñac con bitter inglés, pues esto es peor. En todo caso, me calmó los nervios del interminable viaje. La primera cosa era arreglar lo de mi alojamiento. Bellinetti sugirió que podía quedarme en la vivienda de Leming, una casa de apartamentos cerca del Monte di Pietà. Me pareció una buena idea. Cargamos mi equipaje en un taxi y nos fuimos allá.

Imagínate el Ritz, el Garitón y el Palacio de Buckingham, todo en una pieza, un poco de rococó salpicado de Lalique, y tendrás una idea de lo que me encontré. Un edificio no muy grande, es cierto, pero de un lujo manifiesto. Conducidos por el administrador, subimos hasta la segunda planta. Este ha sido el apartamento del signor Leming, dijo el administrador. Un Signore muy liberal y muy simpático, el signor Leming. Su muerte había sido una auténtica tragedia. Pero el administrador estaría encantado también en servir al simpático signor Marlow. El apartamento costaba solo seiscientas liras a la semana.

Bien, querida, probablemente valía ese dinero. De hecho diría que era barato. Pero, ¡seiscientas liras a la semana! O el administrador me estaba haciendo una prueba (es una ilusión popular aquí el que todos los americanos e ingleses son millonarios), o el simpático y llorado signor Leming había hecho mejores tratos que yo con Spartacus. El administrador se quedó atónito cuando me di la vuelta y, con una total ignorancia de la situación, traté de que me enseñara algo más lujoso y más caro en el primer piso. Nos retiramos sin llegar a un acuerdo. Trataré de que Fitch, cuando me escriba, me informe más ampliamente sobre Leming.

No hablé a Claire de la sospecha que me había asaltado, de que mi ayudante tal vez llevaba comisión en el asunto. Esta idea cruzó por mi mente tan pronto el administrador mencionó el precio; pero como ni Bellinetti pareció contrariarse en absoluto cuando yo rechacé la oferta, ni, pensándolo bien, a mi me pareció muy coherente que una generosa comisión pudiese justificar tampoco semejante precio, deseché la sospecha de inmediato.

Por entonces, los efectos del coñac mezclado con la cerveza empezaron a

disiparse y yo me sentía bastante cansado. Bellinetti, encerrado en su tozudez, estaba decidido a seguir a la caza intensiva del apartamento. Pero yo decidí que lo mejor que podía hacer era acomodarme en un hotel por un día o dos y buscar un sitio en mis ratos libres. Bellinetti conocía a la dirección de este hotel y aquí me vine.

No es tan caro como el papel de la carta te puede hacer creer. Parece que la moda actual es «lo moderno» à la Marinetti. El único aspecto realmente moderno del Parigi es su sistema de agua caliente, que sale a grandes borbotones y convierte el cuarto de baño en un horno. El resto es, diría yo, una reliquia de aquel Milán de los tiempos de Napoleón. Los pasillos son sombríos; los techos, altos; mucha felpa verde y mucho vulgar estuco dorado.

En el restaurante (casi siempre vacío en sus dos tercios) hay espejos alargados, con el azogado casi negro cerca de los bordes. Mi cama es una enorme estructura de caoba, con un dosel de felpa rematado por un galoncillo dorado, pero sin brillo. La silla donde estoy sentado en este momento es lo más incómodo que te puedes imaginar. El Parigi no es un negocio muy rentable para los dueños, me parece. Claro que todavía no he visto la factura con los extras.

En conjunto, Milán me ha producido una cierta sorpresa. No podría decir exactamente por qué. Tú ya sabes lo que suele ocurrir en estos casos: uno se forma en su imaginación una cierta idea de un sitio, y luego la realidad nunca se ajusta a lo pensado. Siempre me había imaginado un conjunto de casas bajas, al estilo de Villa Borghese, agrupadas en torno a un enorme teatro de ópera de estilo rococó lleno de tenores altos y apasionados, barítonos de aspecto siniestro y gruesas mezzo-sopranos con largos collares de perlas; y las calles atestadas de un vociferante gentío internacional. Sin embargo, en la actualidad, Milán es ni más ni menos que la versión italiana de Birmingham. Todavía no he puesto los ojos en La Scala, pero he visto un cartel anunciando una sesión de ballet para estos días, no de ópera. El único «sitio interesante» que he visto ha sido el edificio del Popolo d'Italia, donde se dice que proyectó Mussolini la marcha sobre Roma. Me lo indicó Bellinetti. Es un entusiasta seguidor del Fascismo; me dijo que Italia «emprenderá el camino del imperio a través de la sangre». No me ha precisado de qué sangre se trata, pero deduzco que en sus cálculos no entra el tener que colaborar con la suya propia.

Más tarde me contaron que la participación de Mussolini en la gloriosa marcha sobre Roma se redujo a llegar a la Ciudad Eterna tres días más tarde, en un lujoso coche cama. Pero esto no quita que la haya preparado, desde el Popolo.

He pasado la mayor parte del día de hoy examinando cosas en Via San Giulio. Las oficinas están en el cuarto piso de un edificio relativamente reciente y, aunque pequeñas, son muy claras y limpias. Mi personal consta de dos administrativos, un hombre y una mujer, y Bellinetti. El hombre tiene unos veintidós años; es un chico apuesto y tímido. Se llama Umberto, y hasta el momento no he descubierto su

apellido. Según Bellinetti lee demasiados libros. Me mira como si necesitara una abundante comida. A lo mejor son solo imaginaciones mías, pero me da la impresión de que Bellinetti es un poco matón. La mujer es desconcertante. Se llama Serafina y tiene, en vez de ojos, dos negras luminarias misteriosas; su cutis es como cera transparente y sus vestidos te harían la boca agua. Desgraciadamente, también es muy estúpida. Una protegida de Bellinetti, me temo. Ni siquiera sabe mecanografía. El espectáculo de sus uñas rojas, moviéndose titubeantes por el teclado de la máquina de escribir, es algo que me pone nervioso. Tendremos que hablar de ella en un futuro próximo. Todavía no he tenido tiempo de llegar muy lejos en mis conclusiones acerca de cómo marchan las cosas actualmente en la oficina. Fitch me ha entregado un informe al respecto. Mañana empezaré a informarme detalladamente. Bellinetti me asegura que todo marcha estupendamente. Espero que sea cierto.

El único contacto que tuve fuera de la oficina fue con un americano, cuyo nombre desconozco; tiene un despacho en el piso de abajo. Ofrece un aspecto bastante raro: nariz ancha y roma como la de un boxeador profesional, pelo castaño rizado que se eleva desde su frente en ángulo de cuarenta y cinco grados, ojos sorprendentemente azules y hombros que parecen más recios por su estatura, porque es más bajo que yo. Perdona tantos detalles respecto a su físico, es que me impresionó bastante. Nos hemos encontrado esta mañana en las escaleras. Me paró y me preguntó si era inglés. Me explicó que fueron mis pantalones los que le hicieron desconfiar. Quedamos en tomar una copa juntos un día. Me dijo que conocía a Ferning.

Si hubiera sabido la influencia que iba a ejercer sobre mí en un futuro no lejano la impresión de este «americano», dudo mucho que le hubiera apartado de mis pensamientos con tanta facilidad.

Bien, querida, voy a terminar. Esta carta está resultando demasiado larga. Y aunque no son más que las nueve, me cuesta trabajo mantener los ojos abiertos. Me han quedado en el tintero muchas cosas que deseaba contarte. Tampoco te pongo nada de lo que he estado pensando estos días acerca de nosotros. No te será difícil adivinarlo. Así lo espero, porque, con este cambio tan radical de las circunstancias, todo lo que yo soy capaz de trasladar al papel oscila entre un informe profesional y un libro de memorias bastante tonto. Ahora voy a remojarme en un baño caliente antes de irme a la cama. Buenas noches y que tengas un dulce sueño, cariño. Escribe tan pronto como puedas. Me consuelo pensando que vendrás aquí a pasar las vacaciones de verano, pero es mucho tiempo para esperar. Dime cuanto antes cuándo podrá ser.

Un fuerte abrazo,
Nicky.

Eché una ojeada a lo que había escrito. Eran tres folios del hotel por las dos caras. Demasiado largo y demasiado declamatorio. No podía hacer otra cosa en aquellas circunstancias; Claire lo comprendería.

Ya había cerrado el sobre y puesto la dirección cuando me acordé que había olvidado una posdata. Y no había más sobres en el estante. Le di la vuelta a la carta y puse la posdata en el dorso del sobre.

P. D. — ¿Te importaría enviarme un ejemplar del Engineering cada semana? Aquí recibimos uno, pero solo una vez que Fitch termina con él. Besos. N.

Ya estaba. Por la mañana la echaría. Bostecé. Dudaba en ir directo al baño o fumarme el último pitillo.

La cuestión quedó decidida al instante. Sonó el teléfono que había en la mesilla y la voz del empleado de la recepción me informó que un tal *signor Vagas* deseaba verme.

Mi primer impulso fue decirle que estaba en cama y no podía ver a nadie. No conocía al *signor Vagas*, nunca había oído hablar del *signor Vagas* y me sentía demasiado cansado para ponerme a hacer algo ahora. Sin embargo, titubeé. El hecho de que no conociera personalmente el nombre de Vagas era una cuestión marginal. Yo no conocía a nadie en Milán. Podía tratarse de un importante comprador, un cliente de Spartacus. No debía correr ningún riesgo. Tenía que verle. El nombre no parecía muy italiano, pero eso no tenía importancia. *Debía* verle, sin duda. ¿Qué diablos desearía? Con un suspiro de resignación le dije al empleado que le hiciera subir.

Me pregunto qué hubiera ocurrido si en aquel momento cedo a mi vivo deseo de darme un baño caliente y no le recibo. Seguramente lo habría intentado otra vez. Posiblemente hubiera hecho otras gestiones por su parte. No puedo decirlo, porque no conozco suficientemente lo que podría ocurrir entre bastidores. En cualquier caso, tales especulaciones carecen de sentido. Mi único motivo para plantear esta cuestión es que, a mi parecer, algo marcha mal de raíz en una sociedad en la que cosas tan triviales como el deseo de darse un baño por parte de un insignificante ingeniero pueden influir en el destino de un amplio número de sus semejantes. Sin embargo, yo *dejé* el baño y *recibí* al General Vagas. Pero si entonces hubiera sabido qué consecuencias iban a resultar de este ejemplo de abnegación, me temo que hubiera dejado colgados a mis semejantes.

El General Vagas era un hombre alto y fuerte, de pelo débilmente gris, cara redonda, tez morena y labios delgados y finos. En el ojo izquierdo llevaba un monóculo fijado con solidez en la carne, sin cordón. Vestía un grueso abrigo ruso que parecía caro y llevaba en una mano un sombrero azul oscuro de ala caída. En la otra mano, un bastón de caña de Malaca.

Sus labios se entreabrieron en lo que intentaba ser evidentemente una sonrisa.

Pero los ojos no le acompañaron: oscuros, pequeños y cautos, parpadeaban tratando de medirme de los pies a la cabeza. En un movimiento casi instintivo, mi mirada se detuvo en el bastón y en sus dedos gruesos con los que lo aguantaba descuidadamente a media altura. Nos quedamos uno frente al otro durante una fracción de segundo. Luego, él dijo:

—¿*Signor* Marlow?

Su voz era débil y seca. Después de haber hablado, carraspeó.

—Sí; el *signor* Vagas, supongo. *Fortunatísimo*.

Mi mirada tropezó con sus diminutos ojos. Lentamente, sacó una tarjeta del bolsillo y me la presentó. La leí por encima. Tenía esta inscripción: *Maggiore Generale J. L. Vagas*, y una dirección en el Corso di Porta Nuova.

—Le presento mis excusas, General. El empleado no me dio su nombre completo.

—No tiene ninguna importancia, *Signore*. No es culpa suya, está usted excusado.

Nos dimos la mano. Le hice pasar. Se dirigió lentamente, exhibiendo una leve cojera, hacia una silla y dejó cuidadosamente sobre ella el abrigo, el sombrero y el bastón.

—¿Un trago, General?

Asintió con la cabeza cortésmente:

—Sí, tomaré coñac. Gracias.

Toqué el timbre para llamar al camarero.

—¿Quiere tomar asiento?

Se sentó.

—¿Un cigarrillo?

Miró con atención el contenido del paquete.

—¿Inglés?

—Sí.

—Bien, entonces fumaré uno.

Le di una cerilla y esperé. Sus ojos erraron durante un momento por la habitación y luego tornaron a mí. Se ajustó el monóculo con cuidado, como para verme mejor. Luego, con gran sorpresa mía, empezó a hablar en un inglés bastante correcto.

—Supongo, Mr. Marlow, que se estará usted preguntando quién soy yo y a qué he venido a verle.

Le respondí que, en cualquier caso, era un placer para mí. Él se sonrió. Me sorprendí a mí mismo deseando que no considerase necesario hacerlo por tercera vez. Más que una sonrisa era una mueca. Ahora que sabía su condición de General, me era más fácil comprenderle. En uniforme tendría mejor aspecto. ¿La cojera? Probablemente una herida de guerra. Además, había cierto afeminamiento en su modo de hablar, en la manera de mover las manos, lo cual daba un aire grotesco al resto de su persona. Luego me di cuenta con sorpresa de que, exactamente debajo de sus pómulos, había sendas manchas de colorete rojo. Y pude ver también en la línea de la mandíbula, justo debajo de la oreja, el límite de un fuerte *maquillage*. Casi al

mismo tiempo que yo hacía mi descubrimiento, el General se recostó levemente en su silla. En circunstancias normales yo no hubiera visto en este movimiento más que un deseo de ponerse más cómodo, pero, alerta como estaba, me di cuenta de que simplemente trataba de evitar la luz.

Se encogió de hombros en contestación a mi cortés negativa.

—Es curioso, Mr. Marlow. Aquí, en el Continente, nos pasamos la mitad de la vida en la creencia de que todos los ingleses son unos mal educados. Y, sin embargo, en la realidad son mucho más educados y simpáticos de lo que pensamos —dijo con gentileza—. Pero no quisiera molestarle mucho tiempo. He venido en plan de amistad, por así decir; quería tener el gusto de conocerle —hizo una pausa—. Yo era amigo de Mr. Ferning, muy amigo.

Dejé escapar un «¡Oh!», con un ademán más bien tonto, y luego le expresé mi simpatía.

El General inclinó la cabeza.

—Su muerte fue una verdadera tragedia para mí. ¡Pobre hombre! Los conductores italianos son abominables.

Lo dijo con un acento monótono, de corrido, sin pizca de convicción. Afortunadamente, la llegada del camarero me ahorró tener que responderle. Pedí las bebidas y encendí un cigarrillo.

—Lamento —dije— no haber tenido la oportunidad de conocer a Mr. Ferning.

Por alguna razón, prefirió interpretar a su modo mi afirmación.

—Ni yo tampoco, Mr. Marlow. Éramos amigos íntimos, pero no le conocía —hizo un gesto en el aire con el cigarrillo y prosiguió—: Nunca se llega a conocer a nadie a fondo. Sus pensamientos, sus emociones secretas, el modo como su mente reacciona ante las cosas, esto es el hombre. Todo lo demás es la concha, la máscara, ¿comprende? Solo a veces podemos ver al hombre —sus ojos parpadearon mirando al techo—, a través de los ojos de un artista.

—Probablemente es cierto todo lo que usted dice —contesté yo impasible—. Pero lo que he querido decir es que nunca tuve la oportunidad de encontrarme con Ferning.

—¡Qué mala suerte! Creo que le hubiera caído simpático, Mr. Marlow. Creo que tienen ustedes muchas cualidades en común. Era un hombre, ¿cómo le diría yo?, sensitivo.

—¿Quiere usted decir sensible?

—Exacto, esa es la palabra. Un hombre que estaba por encima de las trivialidades cotidianas, de las mezquinas inmundicias de la existencia. Era un verdadero filósofo, Mr. Marlow.

—¿De verdad?

—Sí, Mr. Marlow. Ferning creía, como creo yo, que en un mundo como éste solo se debe buscar la máxima comodidad con el mínimo esfuerzo. Por supuesto, no todo se reduce a esto. Ferning era, solía decirle yo, un platónico, *malgré lui*. Sí, tenía sus ideales, pero los situaba en el nivel adecuado a cada caso; en el fondo de su mente

guardaba incluso ciertos sueños utópicos.

A mí empezaba a cansarme todo esto.

—¿Y usted, General? ¿Le interesa a usted nuestra maquinaria?

Arqueó las cejas y dijo:

—¿A mí? ¡Oh, sí, Mr. Marlow! Me interesa su maquinaria, desde luego. Pero además —se animó con una especie de sonrisa tonta—, pero además me interesa todo. ¿Se ha paseado usted ya por los jardines públicos? ¿No? Cuando lo haga verá usted a los encargados de la limpieza, delgados como espigas, dar vueltas como alma en pena recogiendo al pasar los trozos de papel tirados. ¿Me comprende? ¿Comprende lo que quiero decir? No hay nada tan especial, nada tan esotérico para mis gustos. Ni siquiera su maquinaria.

—Entonces, ¿fue así como conoció a Ferning?

El General hizo un ademán de desaprobación.

—No, no, mi querido amigo. Nos presentó un amigo común, y descubrimos nuestra coincidencia en el interés por el ballet. ¿Es usted aficionado al ballet?

—Soy un gran apasionado.

—¿Sí? —pareció quedar sorprendido—. Me alegro mucho de saberlo, de verdad. Que esto quede entre nosotros, Mr. Marlow, pero a menudo me he preguntado si el interés del pobre Ferning por el ballet no estaba motivado más por los encantos personales de las bailarinas que por la tragedia impersonal de la danza.

Llegó el camarero con las bebidas, lo cual alivió un poco mi aburrimiento.

El General olió su coñac y vi como sus labios se torcían en una expresión de disgusto contenido. Me di cuenta de que el coñac del Parigi era malo, pero la mueca me molestó. Colocó la copa cuidadosamente en la mesita.

—Personalmente —dijo—, pienso que esta ciudad es insoportable a no ser por la ópera y el ballet. Es la única razón que me retiene aquí. Gracias a los amigos, si no, me encontraría demasiado solo, Mr. Marlow.

—Yo he estado muy ocupado para pensar en eso.

—Ya, claro. ¿Había estado usted alguna vez en Milán antes de ahora?

Moví la cabeza negativamente.

—¡Ah! Entonces experimentará usted el breve placer de descubrir una nueva ciudad. Personalmente, prefiero Belgrado. Es que, además, yo soy yugoslavo.

—No estuve nunca en Belgrado.

—Un placer que le falta por descubrir.

Hizo una pausa y añadió:

—Me pregunto si tendría inconveniente en acompañarnos mañana por la noche en nuestro palco, a mi mujer y a mí. Reponen *Les Biches*, juntamente con la reposición del *Lac des Cygnes*, que siempre me ha gustado mucho. Luego iríamos los tres a cenar algo a casa.

La perspectiva de pasar una velada en compañía del General Vagas me pareció especialmente desagradable.

—Sería delicioso. Desgraciadamente, mañana por la noche tengo trabajo.

—¿Pasado mañana?

—Tengo que ir a Génova por cuestiones profesionales.

—Entonces quedamos para el miércoles próximo.

Rehusar otra vez hubiera sido demasiado violento. Acepté como de buena gana esta posibilidad. Poco después, el General se levantó para marcharse. Había un periódico vespertino de Milán encima de la mesa. Justo en la primera página, llamaba la atención un violento artículo antibritánico. El General le echó un vistazo y luego se dirigió hacia mí:

—¿Es usted patriota, Mr. Marlow?

—En Milán, soy un hombre de negocios —dije con firmeza.

Movió la cabeza como si yo hubiera dicho algo profundo. Luego contestó con parsimonia:

—No hay que dejar que el patriotismo se interfiera en los negocios, desde luego. El patriotismo es una cosa de *caffè*, que uno deja atrás con la propina que da al camarero.

No había el más leve matiz de burla en su voz. Ignoro por qué motivo mis mejillas enrojecieron.

—Me temo que no le entiendo muy bien, General.

Hubo un débil cambio en su porte. Su afectamiento pareció de pronto menos pronunciado.

—¿No es verdad que vende usted un cierto tipo de maquinaria al gobierno italiano? Eso fue lo que me dijo mi amigo Ferning.

Yo asentí con la cabeza. Su mirada se detuvo en mi corbata.

—Eso es. Aparentemente, dicha venta podría suscitar reparos de conciencia —levantó los ojos y continuó—: Pero, por supuesto, aprecio la delicadeza de estos asuntos. Los negocios son los negocios, es lógico. Esto no tiene fronteras. Oferta y demanda, debe y haber. Personalmente, no entiendo nada de negocios. Es un ritual desconcertante para mí.

Se había pasado al italiano de nuevo. Yo recogí su abrigo para ayudarle a ponérselo. Los dos nos inclinamos simultáneamente para recoger el bastón y el sombrero, pero como él tenía el abrigo por los hombros, yo me anticipé. El bastón era bastante pesado y mientras se lo daba mis dedos se deslizaron sobre una diminuta ranura en la caña. El General lo cogió con una leve inclinación.

—Hasta el miércoles, pues, *Signore*.

—Hasta el miércoles, General.

En la puerta, se volvió. A la fuerte claridad producida por la lámpara del pasillo, su maquillaje se notaba de un modo ridículo. Hizo sonar sus talones en un golpe seco y se despidió:

—*Arrivederci, Signore*.

—Buenas noches, General.

Se fue. Yo volví a la habitación y, por un momento, me olvidé del baño.

El General Vagas me dejó perplejo. Tuve el incómodo presentimiento de que hubo algo de su conversación que no había logrado captar. En aquel momento hubiera deseado saber más cosas sobre Ferning. Pero Ferning estaba muerto, y yo tenía problemas más importantes en que pensar que en generales yugoslavos afeminados. Dentro de un día o dos le enviaría una tarjeta diciéndole que un compromiso me impedía acudir el miércoles a la cita con él y con su mujer. Lo cual probablemente sería cierto, además. Tenía que hacer uso de las cartas de presentación que me había dado Pelcher y hacerme simpático a los excelentes clientes de la Compañía. Sí, esta era mi misión: hacerme simpático. Si Spartacus quería vender maquinaria destinada a la fabricación de balas y otros querían comprársela, no era yo quien debía discutir si el negocio era lícito o no. Yo no era más que un empleado. No tenía ninguna responsabilidad. Hallett probablemente tendría algo que objetar a esto; pero es que Hallett era socialista. Los negocios son los negocios. No hay que meterse en lo que a uno no le importa.

Ya había llenado el baño y estaba empezando a desnudarme cuando llamaron a la puerta.

Era el director del Parigi en persona.

—Siento muchísimo tener que molestarle a estar horas, *signor* Marlow.

—No tiene importancia. ¿Qué ocurre?

—Ha telefonado la policía, *Signore*. Entienden que usted intenta quedarse durante cierto tiempo en Italia. Es necesario depositar su pasaporte a efectos de registro. Se lo retendrán durante unas pocas horas y luego se lo devolverán.

—Comprendo. Pero yo ya le di el pasaporte. Usted dijo que se encargaría de estas formalidades.

El director pareció incomodarse.

—Es muy cierto, *Signore*. De ordinario, en el caso de que usted fuera un turista, así es. Pero el caso del *Signore* es diferente. Aquí tengo su pasaporte, *Signore*. Si fuera usted tan amable de presentarse personalmente en la *Amministrazione* por la mañana, todo quedará solucionado.

—¡Ah, muy bien! Supongo que esto es normal, ¿no? —dije mientras cogía el pasaporte.

—Sí, sí, *Signore*. Completamente normal, desde luego: es lo establecido, comprenda. Si el *Signore* fuera turista, entonces todo sería sencillo. En el caso de un residente, hay ciertas formalidades. Es lo normal, *Signore*, lo regulado. Buenas noches, *Signore*.

—Buenas noches.

Se fue y no pensé más en ello.

Solo cuando me hallé tomando mi baño en el agua caliente, se me ocurrió preguntarme por qué el General Vagas creería necesario ir provisto de un bastón espada.

4 — *Miércoles negro*

Suele ser costumbre conmemorar los momentos de humillación o desastre nacional mediante la aplicación del adjetivo «negro» al día o a la semana correspondientes. Las páginas de la historia de Europa están salpicadas, por así decir, de lunes y jueves negros. Tal vez haya sido en el siglo veinte cuando se ha perdido esa costumbre, debido a la fabulosa cifra de casi un desastre diario. El blanco y el negro se han ido fundiendo, pues, en un gris pardo.

También para mí hay un miércoles que, en su perfecta negrura, es fácilmente distinguible del gris. Fue el día siguiente de la visita del General Vagas.

Comienza con una visita a la *Amministrazione della Polizia*.

Me presenté allí poco después de las nueve, pasaporte en mano. Una vez entregado el pasaporte a un policía que llevaba uniforme monegasco y una enorme espada, me introdujeron en una sala de espera. No había más muebles que una fila de sillas de madera con brazos y una mesa manchada de tinta. Un retrato de Mussolini ensuciado por las moscas miraba ceñudamente desde una pared. En la pared de enfrente había un cuadro gemelo con la imagen del Rey Víctor Manuel. Los marcos de ambos retratos estaban adornados, más bien desaliñadamente, con los colores de la bandera italiana. Al entrar yo, una de las sillas estaba ocupada por una vieja vestida de luto, que comía *spaghetti* fríos envueltos en una bolsa de tela americana. Al cabo de unos diez minutos, un policía se la llevó y yo me quedé solo, pudiendo estudiar a gusto la apoplética mirada del Duce.

Tuve que esperar una hora y cuarto. A los cuarenta y cinco minutos salí a la puerta y me quejé al policía. Tenía trabajo que hacer, protesté. Su única respuesta fue encogerse de hombros, asegurándome vagamente que mi caso se estaba estudiando con atención. Me retiré otra vez a la sala de espera. Media hora después, apareció en la puerta el policía y me hizo una seña. En aquel momento mis nervios estaban bastante destrozados. Lo que vino después lo demuestra suficientemente.

Me condujeron hasta una estancia ocupada por un funcionario vestido con un uniforme gris. Estaba recostado indolentemente en su silla giratoria, ojeando un semanario ilustrado. Tenía sobre el brazo de la silla una de sus piernas calzada con una brillante bota hasta la rodilla, y había hecho girar la silla de tal modo que yo solo podía verle el cogote. Hizo como que no se enteraba de mi entrada, fingiendo una atención levemente más intensa hacia la revista. Examiné su cuello con creciente irritación.

Era un cogote gordo y moreno y se abultaba por encima de la línea del blanco cuello duro del uniforme. Le cogí una repugnancia inmediata al cuello y a su propietario. Terminó de ojear las últimas páginas, tiró la revista sobre la mesa e hizo girar la silla hacia mí. Mi repugnancia quedó confirmada. Sus facciones eran

pequeñas, redondas, lisas y malévolas. Se quedó mirándome ceñudamente.

—¿Sí? ¿Qué quiere usted?

—Mi pasaporte.

—¿Y por qué voy a tenerlo yo? ¡Lárguese!

Creyendo que el policía, despistado, probablemente me había indicado un despacho que no era, me di la vuelta para salir.

—Espere.

Me detuve.

—¿Cómo se llama?

—Marlow.

—¿Inglés?

—Sí.

—¡Ah!

Se dirigió a la mesa, cogió mi pasaporte de debajo de la revista y miró el nombre:

—¡Ah, sí! *Signor* Marlow, el inglés —y se sonrió con insolencia.

—Exactamente, *Signore* —exploté yo—. Y me gustaría saber por qué me tuvieron aguardando durante hora y cuarto —hice un gesto señalando la revista—. Tengo más que hacer que perder el tiempo.

Fue una imprudencia por mi parte, quizá, pero no pude evitarlo. Las perspectivas de llevar a cabo mi intención de pasar el día trabajando en la oficina se estaban evaporando. Estaba muy enfadado. Sin embargo, tan pronto como las palabras salieron de mi boca, me di cuenta de que me había equivocado.

El policía apretó los labios con rabia.

—Sea usted más respetuoso en sus maneras, por favor —respondió secamente—; y tenga la bondad de llamarme *signor Capitano* cuando se dirija a mí.

Le miré sin pronunciar palabra.

—*Allora* —miró el pasaporte y extendió una hoja de papel ante él—. Me irá respondiendo a las preguntas que le haga.

—Muy bien —dije omitiendo adrede el *signor Capitano*.

Con toda la intención, dejó la pluma, ajustó un cigarrillo en una boquilla y sacó un resplandeciente encendedor. Evidentemente trataba de perder tiempo. Le hubiera dado un puñetazo.

—Ahora —continuó por fin— podemos empezar. ¿Dónde ha nacido usted?

—En el pasaporte encontrará usted lugar y fecha de nacimiento.

—No le pregunté por lo que hay en el pasaporte, necio; le he preguntado dónde ha nacido.

—En Londres.

—¿Fecha?

Le dije la fecha. Continuó con la serie de preguntas. ¿Nacionalidad de mi padre? Inglés. ¿De mi madre? Inglesa. ¿Mis abuelos paternos? Ingleses. ¿Y los maternos? Ingleses. ¿Casado? No. ¿Hermanos y hermanas? Un hermano. ¿Casado? Sí. ¿De qué

nacionalidad era su mujer? Inglesa. ¿Había estado yo en Italia alguna vez antes? No. ¿Dónde había aprendido el italiano? En Londres, con un amigo italiano. ¿Cómo se llamaba? Carmelo. ¿Dónde estaba ahora? No lo sabía. ¿Conocía yo al *signor* Ferning? No. ¿Había ejercido alguna otra profesión que no fuera la de ingeniero? No. ¿Por qué había venido a Italia? En representación de la casa para la que trabajaba. ¿Cuánto tiempo pensaba estar? Indefinidamente. ¿Era miembro de algún partido político? No. ¿Era socialista? No. ¿Marxista? No.

Por el momento, yo mantenía perfectamente el control de mis nervios. El policía se recostó en su silla y me miró hoscamente. Yo esperé. Luego se levantó. Me fijé que llevaba una especie de corsé.

—Le será concedido permiso de estancia en Italia siempre que se presente aquí todas las semanas hasta que le sea estampado en el pasaporte el sello. ¿Ha traído usted las fotos reglamentarias? Muy bien. Preséntese aquí mañana. Puede irse.

—Gracias. Mi pasaporte, por favor.

Me miró con tono amenazador:

—Su pasaporte se queda retenido hasta mañana para trámites oficiales.

—Pero...

—No hay peros que valgan. Está usted en Italia y ha de someterse a la legislación italiana. Y le encarecería —dijo poniendo una mano en la cadera en postura muy teatral— que tuviera mucho cuidado en cumplir lo que le dije.

—Siempre tengo cuidado en cumplir mis obligaciones.

—Magnífico. Pero hay personas con las que no es conveniente asociarse.

Le miré fríamente y dije con intención:

—Se lo creo sin discusión.

Estiró el labio de abajo hacia adelante y dijo con parsimonia:

—No le vendría mal un poco de disciplina fascista, *signor* Marlow. Permítame que le advierta una vez más que sea discreto.

Se dio la vuelta y se sentó dándome la espalda.

Me fui hirviendo de rabia. Camino de Via San Giulio visité el Consulado Británico. Me atendió un joven muy amable, vestido con gran elegancia. Escuchó mi relato en silencio y luego dijo:

—Bien; desde luego, Mr. Marlow, es muy raro que se comporten así. Nunca he sabido que hayan retenido un pasaporte británico. Seguramente lo suyo no ha sido más que un malentendido. En este momento *tienden* a actuar con bastante tacto. Hablaré con el Cónsul de esto. Yo no me enfadaría. Si no le devuelven el pasaporte, comuníquenoslo. A propósito, ¿a qué dijo usted que se dedicaba?

—Mi compañía proporciona maquinaria al gobierno.

—¿Qué tipo de maquinaria, Mr. Marlow?

—Para la fabricación de municiones.

—¡Ah, ya! Bien, a lo mejor esto tiene algo que ver con lo que ha pasado. Veamos: su predecesor era Mr. Ferning, ¿no?

—Sí.

—Le conocía usted.

—No. Acabo de llegar de Inglaterra.

—¡Ah, es verdad! Era un joven encantador, por supuesto. Bien, buenos días, Mr. Marlow. Comuníquenos cualquier dificultad que pueda encontrar.

Seguí mi camino. Era la tercera vez en veinticuatro horas que me preguntaban si conocía a Ferning. Vagas, el *signor Capitano* y ahora en el Consulado. Era lo que se esperaba, supuse. Un hombre que muere en accidente de tráfico, en una ciudad extranjera, no es olvidado tan fácilmente por sus compañeros de la central.

Bellinetti me saludó cordialmente y me informó con orgullo que ya había despachado la mayoría de los asuntos del día.

—El *Signore* —añadió— no ha de preocuparse por atender la oficina antes del mediodía. Yo, Bellinetti, procuraré que todo marche bien.

Hizo un chasquido con los labios y esbozó una sonrisa en dirección a Serafina. Esta levantó la vista del libro que estaba leyendo e hizo un gesto de afirmación con la cabeza.

Les miré ceñudamente y me metí en mi despacho. Bellinetti vino detrás de mí.

—¿Es que algo va mal, *Signore*?

Impaciente le dije cómo había pasado la mañana. Bellinetti apretó los labios.

—Mal asunto. Hablaré con mi cuñado de esto. Es muy simpático y tiene un amigo que conoce a un importante oficial de la *Amministrazione*. Sin embargo, no hay por qué enfadarse —continuó alegremente—. El negocio marcha sobre ruedas. Todo se arreglará solo admirablemente.

Me costó exactamente cuatro horas descubrir lo admirablemente que se arreglaban solas las cosas en las oficinas de Milán de la Spartacus Machine Tool Company. El descubrimiento resultó demasiado deprimente. Todo se había arreglado solo dentro del embrollo más desagradable.

Encontré montones de correspondencia escondida en cajones y armarios.

—Los archivos —explicaba Bellinetti con orgullo.

Examiné una pila de cartas en compañía de Bellinetti. La mitad aproximadamente consistía en solicitudes de información de diversa índole que no habían sido contestadas; el resto eran informes que deberían haber sido enviados a Wolverhampton hacía unos seis meses.

Esto último se lo eché en cara a Bellinetti:

—Parece que no sabíais qué hacer con esto —pero no pude más y añadí con acritud—: Sin embargo, deberíais estar enterados de que todo ello tenía que ir a Inglaterra.

Bellinetti me miró con aprehensión y esbozó una sonrisa forzada:

—El *signor Ferning* dijo siempre que lo guardáramos todo aquí, *Signore*.

Era una palpable mentira, pero yo dije ¡oh!, y continué con el cajón siguiente. Hice mal, porque Bellinetti, imaginando que había hallado la fórmula para silenciar

mis críticas, procedía a invocar el nombre de mi antecesor siempre que salía a luz cualquier desaguisado, aunque fuera reciente. Él, Bellinetti, ya sabía que aquello estaba mal, pero —se encogía de hombros— el *signor* Ferning había dicho que... No se iba a poner a discutir con el *signor* Ferning. El *signor* Ferning hubiera podido informar de ello a *Volver'ampton*. Él, Bellinetti, se había esmerado en todo, pero sus servicios no habían sido reconocidos. Yo no quise discutir y fui a sentarme a mi despacho, detrás de las montañas de «archivos» que estaban ahora sobre mi mesa. Bellinetti me siguió, aceptando su sentencia cual nuevo Daniel.

Estuve hablando sin parar durante cinco minutos. Bellinetti sonreía tranquilamente a todo. Pero cuando terminé, su sonrisa había cambiado sensiblemente. Pude ver, con gran satisfacción, a un nuevo Bellinetti que echaba chispas, a un Bellinetti que con mucho gusto me habría apuñalado.

Se encogió de hombros desdeñosamente y, al fin, dijo:

—Estas cosas no son de mi incumbencia, sino de la del *signor* Ferning.

—El *signor* Ferning ha muerto hace dos meses.

—Yo no puedo hacer nada sin ayuda. Umberto es un cretino.

Le dejé pasar esto. Sobre Umberto ya me había formado mi propia opinión.

—¿Quién ha contratado a la *Signorina*? —proseguí.

Ya había averiguado por mi parte que había sido contratada después de la muerte de Ferning y Bellinetti no ignoraba que yo lo sabía.

—He sido yo, *Signore*. Era esencial que alguien me ayudase. La *Signorina* ha sido una gran ayuda para mí mientras estuve solo, al frente de las responsabilidades de la Compañía.

—Si ni siquiera sabe escribir a máquina.

—Es mi secretaria, *Signore*.

—Usted no necesita ninguna secretaria, Bellinetti. La *Signorina* tiene que irse. Dígaselo usted mismo o lo haré yo. Ahora tenga la bondad de decir a Umberto que venga a verme. Usted puede irse a casa por hoy. Espero verle mañana por la mañana, a las nueve en punto, para examinar esos archivos suyos.

—La oficina no se abre hasta las diez, *Signore*.

—De ahora en adelante, se abrirá a las nueve.

La sonrisa había degenerado en una exhibición de dientes. Se retiró dando un portazo. Un minuto o dos más tarde apareció Umberto con cara de asustado.

—Deseaba verme, *Signore*.

—Sí, Umberto. ¿Cuánto gana usted a la semana?

—Ochenta liras, *Signore*.

—A partir de hoy recibirá usted cien liras a la semana.

Se quedó mirándome durante un momento, con los ojos desmesuradamente abiertos. Luego, con gran horror por mi parte, rompió a llorar y me dio las gracias tartamudeando. Vivía con su abuelo, que estaba postrado en cama. Tenía un hermano haciendo el servicio militar. Su madre había muerto al nacer él, y a su padre lo habían

matado los Squadristi en el veintitrés. Yo era su benefactor, me decía sollozando.

Me desembaracé de Umberto tan pronto pude y comencé el asalto de los cajones de la mesa de Ferning.

Estaban abarrotados de cianotipos, folletos, catálogos de maquinaria alemana e informes de Pelcher y Fitch. Habían sido guardados según un cierto orden. Supuse que los cajones no habían sido tocados desde la muerte de Ferning. El tono de la correspondencia con Wolverhampton era bastante cordial dentro de la sequedad de la correspondencia comercial. Encontré también unos dientes postizos en una caja de cartón, dos pañuelos sucios, una pastilla de jabón, una navaja de afeitar, una regla de cálculo, una botella de aguardiente vacía y un pequeño cuaderno de anillas. Coloqué todos estos objetos aparte y empecé a examinar los papeles.

Me enfraqué tanto en la tarea, que cuando miré el reloj eran las ocho. Decidí dejarlo por aquel día. Había dicho a Bellinetti que tenía que presentarse en la oficina a las nueve y yo habría de procurar estar a la hora también. Por otra parte, no había comido nada desde el desayuno, excepto un poco de fruta que me había ido a buscar Umberto. Y ya era la hora de cenar.

Me levanté y cogí el abrigo. Al ponérmelo, lo arrastré por la mesa y tiré al suelo el cuaderno de anillas. Cuando fui a recogerlo, me di cuenta de que se había abierto y se le había soltado una hoja. Con un movimiento casi automático la coloqué en su sitio y volví a cerrar las anillas. Pero algo me llamó la atención y me detuve a leerla. La página, escrita a lápiz, estaba cubierta de notas con una letra diminuta. Pero no fue la letra lo que me llamó la atención. En el encabezamiento se veía, en torpes letras de imprenta, la palabra VAGAS.

Llevé el cuaderno a la luz y empecé a leer. Recuerdo que comenzaba así:

VAGAS, 30 de diciembre

S. A. Braga. Torino. 3 especiales, adapt. 25 + 40 mm. A. A. A. L.64, L.60, Bofors 1,200 plus 1 stand. 10,5 cm. F.A.N. 150 plus 40 m. t. ng. Spez. cinturón esp. 6 m. b.a.mg. 1,2 m. 14 mes. 6 X 55 cm. 30° el. Mont. Gen.

Toda la página estaba llena de semejantes jeroglíficos. Los estuve observando con atención. Naturalmente, podía ser que el nombre y la fecha se refiriesen únicamente a una cita y no tuviesen nada que ver con el resto, pero no era probable. Toda la página tenía el aspecto de haber sido escrita de un tirón. Miré las demás hojas. Estaban en blanco. Nadie anota una cita en un cuaderno que no use casi constantemente. Bien, suponiendo que Vagas y el treinta de diciembre *formasen* parte del resto de la página, ¿quién era S. A. Braga, de Turín y qué significaba lo demás? Parecía que Ferning

había tenido algún tipo de relaciones comerciales con Vagas. Esta posibilidad no ajustaba muy bien con lo que el General me había dicho respecto a su relación con Ferning. Doblé la hoja y la guardé en la cartera. Una vez más lamenté saber tan poco acerca de Ferning. Solo tenía una vaga imagen suya en mi mente. Según Pelcher, era nervioso y sensible. Según Vagas era un «platónico realista», con una cierta inclinación hacia las artistas de ballet. En el Consulado Británico me lo habían descrito como «encantador». Sin duda, su aspecto físico no importaba gran cosa; sin embargo, yo tenía curiosidad por conocerlo. Me hubiera gustado ver una fotografía suya.

Apagué las luces, eché la llave y bajé las escaleras. Estaban a oscuras, pero había un poco de luz que llegaba desde el descansillo de una puerta entreabierta en el tercero. Cuando ya había pasado por delante de ella y estaba a punto de empezar el tramo siguiente, la puerta se abrió del todo y salió un hombre por ella. Yo me giré a medias. El que salía estaba de espaldas a la luz y no le reconocí hasta que habló. Era el americano.

—Hola, Mr. Marlow.

—Buenas noches.

—Trabaja usted hasta tarde.

—Es que hay mucho trabajo estos días. Tampoco usted se retira muy temprano.

—No, no crea. Estuve esperando que me dieran una conferencia de larga distancia. ¿Tomamos una copa?

Sentí unas tremendas ganas de estar en compañía de alguien que hablara inglés.

—Precisamente iba a tomar algo para cenar. ¿Quiere acompañarme?

—Encantado. Voy a echar la llave si me permite. No es que importe gran cosa — continuó mientras se giraba— que se cierre o no. La *portinaia* tiene un duplicado de la llave. Pero, al menos, esto mantiene la ilusión. La verdad es que no se puede dejar nada privado o de valor donde ella pueda poner las manos.

Traté de leer en la puerta el nombre de la casa para la que trabajaba el americano, pero éste apagó la luz y no me dio tiempo. Sin embargo pude darme cuenta de que en la pared había una placa y, con la disculpa de encender un cigarrillo, le eché una ojeada a la luz de una cerilla.

—Vittorio Saponi, agente —dijo una voz a mi oído—, pero mi nombre es Zaleshoff, Andreas P. Zaleshoff. Es inútil que me pregunte dónde está el viejo Saponi, porque el pobre ha muerto y no se lo podría decir. El negocio se lo compré a su hijo. ¿Nos vamos a cenar?

A la mortecina luz de la cerilla, pude ver sus ojos azules, vivarachos y alegres. Me sonreí aprovechando que estaba de espaldas a él mientras bajábamos las escaleras.

A sugerencia suya, nos fuimos a un restaurante subterráneo, cerca de la Piazza Oberdan. El techo era bajo y el ambiente estaba cargado con el humo del tabaco. En un rincón, una orquesta tocaba con energía melodías que se perdían en el estrépito de

la conversación.

—Hay mucho ruido —reconoció el americano—, pero la comida es alemana y muy buena. Además, pensé que le gustaría conocer el sitio. Es conveniente; y cuando uno se halla tan harto de *pasta* como yo, resulta una especie de oasis. Usted solo lleva tres días aquí, ¿no?

—Sí, he llegado el lunes. A propósito —perdone mi curiosidad—, ¿de qué es representante usted?

—Perfumes marroquíes, joyas checas y bicicletas francesas.

—¿Le va bien el negocio?

—No hay tal negocio —yo no supe qué contestar y él continuó—: No, Marlow, cualquier parecido con un negocio es mera coincidencia. Yo hacía prospecciones petrolíferas en Yugoslavia antes de venir aquí. Efectué, un montón de perforaciones y descubrí los indicios usuales, pero decidí abandonarlo de momento porque me parecía un mal negocio. El gobierno yugoslavo se hizo cargo del asunto y al cabo de tres semanas encontraron petróleo en grandes cantidades y de buena calidad. Así, pues, me vine aquí y compré este negocio a los albaceas del difunto V. Saponi. Los libros parecían muy buenos. Cuando ya había pagado mis buenos dólares, me di cuenta de que la buena marcha de la agencia había muerto con el viejo Saponi y de que el hijo había desviado hacia su propio bolsillo las ganancias que quedaban.

—Mal asunto.

—Bastante malo. Afortunadamente conseguí otros contactos. De todos modos, me he prometido a mí mismo cantarle las cuarenta al joven Saponi uno de estos días —su mandíbula se proyectó hacia delante. Me miró con aire de amistosa ferocidad—. ¿Supongo que no le interesa comprar una bicicleta francesa? Tengo una muestra a su disposición.

No pude menos de sonreírme ante semejante idea.

—Sospecho que no voy a tener mucho tiempo para hacer ciclismo. Hay un montón de cosas que hacer en el cuarto piso.

Mi interlocutor asintió con la cabeza.

—Me lo suponía. Los de Wolverhampton tardaron bastante en mandar a alguien.

—Usted conocía a Ferning, ¿no, Mr Zaleshoff?

Asintió con la cabeza y empezó a liar un cigarrillo.

—Sí, le conocía. ¿Por qué?

—¡Oh! Por nada en particular. Es que no tengo ni idea de cómo era físicamente.

—Nunca creí que esto le preocupase.

—No me preocupa. Es simple curiosidad.

—Pero, ¿tiene alguna razón especial para esa curiosidad?

La pregunta fue hecha con el aire más inocente del mundo.

—No —contesté yo—, es que mucha gente me ha preguntado si yo le conocía. Incluso la policía parece interesada.

—¡La policía! No le haga usted mucho caso.

—Es difícil no hacerle caso. Me he pasado prácticamente toda la mañana en la *Amministrazione*.

Y le lancé un malévolo resumen de mi encuentro con el *signor Capitano Zaleshoff* me escuchó sin hacer ningún comentario. En el momento en que yo terminaba de hablar, llegó la comida.

Cenamos en relativo silencio. Hablando francamente, yo estaba mucho más pendiente de la comida que de la conversación. Y otro tanto le pasaba a mi compañero, parecía Daba la impresión de que sus pensamientos andaban extraviados. Más de una vez le pude ver con la mirada fija en el mantel y el tenedor suspendido en el aire. Sus ojos se encontraban con los míos y sonreía:

—Hay una mancha de sopa en el mantel que parece exactamente Sudamérica —decía disculpándose.

Pero era evidente que su mente no estaba en la mancha de sopa que en todo caso, más bien tenía la forma de la isla de Wight. Yo saqué otra vez a colación el tema del difunto Saponi.

—Me parece que me tomaré un coñac con el café —dije cuando hube terminado,

—¿Ha probado ya el *Strega*?

—No, pero creo que dejaré ese placer para otro día. Me apetece el coñac. ¿Me acompaña?

—Gracias —se me quedó mirando un momento y luego preguntó:

—¿Quién más le preguntó por Ferning?

—Un individuo que dice llamarse General Vagas. ¿Le conoce?

—¿Un tipo que se balancea al andar como un caballito mecedor?

No pude contener la risa.

—Una cosa así. Es yugoslavo, parece. Quiere que vaya a cenar con él y con su mujer la semana que viene. ¿Sabe usted algo de él?

—No mucho.

Su expresión se había vuelto completamente indefinida, escuchándome con cierta indiferencia. De pronto, hizo estallar los dedos en el aire y su cara se iluminó con evidente aire de triunfo.

—¡Ya lo tengo! —se sonrió hacia mí—. ¿Sabe usted lo que uno siente cuando ha perdido algo y no sabe lo que es? Pues eso es lo que me pasaba a mí. Pero me he acordado. En mi oficina tengo una foto de Ferning. ¿Le gustaría verla?

Yo me quedé un tanto desconcertado ante este inesperado interés de mi compañero.

—Pues, sí. Me gustaría. Tal vez mañana pase un momento a echarle un vistazo.

—¿Mañana? —me miró con gesto sorprendido—. Nada de mañana. Al salir de aquí nos pasamos por la oficina. Tengo allí una botella de coñac. Del auténtico. No como éste.

—Sería demasiada molestia para usted. Ni soñarlo.

No me hacía ninguna gracia volver a Via San Giulio a aquellas horas de la noche.

Pero el americano insistió:

—Si no es molestia en absoluto, Marlow. Encantado de prestarle ayuda. No sé por qué no me acordé antes. No es más que una instantánea, no crea, y no muy buena. Ferning necesitaba unas fotos para el carnet de identidad y yo tenía una *Kodak*. Me había olvidado totalmente del lance hasta este momento —inesperadamente cambió de tema—. ¿Qué tal con Bellinetti?

—No muy mal —contesté prudentemente—. Está un poco resentido contra mí.

—Seguro, seguro —afirmó—. Es natural en un hombre en su situación.

Llamó al camarero y pidió la cuenta, con gran enfado por mi parte porque se empeñó en pagar.

Sin embargo, mientras volvíamos a la oficina se encerró de nuevo en su silencio. Yo concluí que estaba arrepentido de su entusiasmo y le volví a sugerir que lo dejáramos para mañana. La respuesta fue un torrente de afirmaciones de confianza; no quería oír hablar de dejarlo para mañana. Además estaba el coñac. Había estado tratando de recordar dónde estaban las fotos, eso era todo. Era un hombre muy extraño, me dije; no respondía en absoluto a la idea que yo tenía de los americanos. Ocurre que la idea que tiene un inglés sobre el modo de vestir y de comportarse de un americano es totalmente inexacta. A pesar de todo, era un tipo extraño. Había una cualidad en él que me atraía: no era tanto *lo que* decía, sino sobre todo el modo *como* lo decía. Tenía la facultad de desconcertar a uno con el gesto, con su modo de pronunciar la frase justa en el momento oportuno. Y uno no sabría decir por qué había quedado desconcertado. Se sentía la impresión de estar ante un actor muy competente que utilizase todos los recursos técnicos de su repertorio, en un esfuerzo por sacar el mejor partido de una parte poco brillante de su papel. Había algo en él que pedía a gritos un análisis y, al mismo tiempo, no había manera de analizarlo. Yo le miraba de reojo. Su barbilla estaba medio oculta en una gruesa bufanda gris que daba dos vueltas en torno al cuello; caminaba con la mirada fija en el suelo como si sospechase la existencia de una trampa en el pavimento. Era el retrato típico del hombre que tiene algo en la cabeza.

Al llegar a la oficina, encendió la lámpara de la mesa.

Era una estancia amplia, más amplia que la mía, y muy limpia y ordenada, con una hilera de archivadores de acero a lo largo de la pared y la mesa del despacho también de acero, haciendo juego. Pero, detrás de la mesa, había una horrible reproducción fotográfica de la *Venus de Médicis*. Al ver que yo la observaba, me dijo:

—Es preciosa, ¿verdad? La conservo en memoria del viejo Saponi. Un día le voy a pintar bigote y monóculo. Siéntese y póngase cómodo.

Sacó la botella de coñac, llenó hasta la mitad dos vasos de vino y me pasó un paquete de cigarrillos. Luego se fue a uno de los archivos y empezó a buscar.

—A propósito —murmuró por encima del hombro—, ¿ha decidido usted aceptar la invitación de Vagas?

La pregunta me irritó.

—En realidad no he pensado en ello. ¿Por qué?

Pero en este momento Zaleshoff lanzó una exclamación de júbilo:

—¡Ah! ¡Aquí está!

Sacó del archivo una ficha bastante grande y la puso bajo la lámpara.

—Aquí tiene usted. El difunto Mr. Ferning.

Cogí la ficha. En la esquina superior derecha había una foto tamaño carnet pegada. Representaba a un hombre de mediana edad, totalmente calvo, a no ser por una franja de pelo sobre las orejas, cara redonda y regordeta con ojos pequeños y vivarachos, y boca inexpresiva en ademán de iniciar una débil protesta. Era un rostro sencillo y vulgar. Observé el resto de la ficha. En la esquina derecha había un número de orden: «F326». La mitad inferior estaba cubierta por una tira de papel escrita a máquina, pegada por las esquinas. Decía:

Sidney Arthur Ferning. Nacido en Londres en 1891. Ingeniero. Representante en Milán de la Spartacus Machine Tool Co. Ltd. de Wolverhampton de Inglaterra. Muerto en la calle, Milán. (Aquí la fecha). Véase V.18.

Lo leí dos veces y luego volví a mirar la foto. Estaba despegada por una esquina. Inconscientemente, la presioné con el dedo y, como no quedó pegada, la levanté para ponerle goma. Lo hice casi automáticamente, por pasatiempo. Era evidente que no había nada casual, nada impremeditado en aquella formidable ficha. Mi mente regresó al restaurante. ¡Con que se había olvidado totalmente del lance! Pocos minutos antes había estado «tratando de recordar» dónde estaba exactamente.

Pero una segunda sorpresa se sumó a mis conclusiones. Al levantar la esquina de la foto vi que por detrás tenía la marca roja de un sello. El sello consistía en el nombre y dirección de un fotógrafo de pasaportes londinense. Dejé la ficha sobre la mesa. Y pensé en la «instantánea de la *Kodak*».

Miré hacia el otro lado de la mesa. Zaleshoff me observaba con una tímida sonrisa en los labios. Sentí un deseo incontenible de irme. En todo aquello había algo que yo no entendía, que no quería entender. Me puse de pie.

—Bien. Muchas gracias, Mr. Zaleshoff. Ha sido usted muy amable en tomarse tantas molestias por satisfacer mi curiosidad. Y ahora, si me lo permite, me marchó. Mañana he de levantarme temprano.

—Sí, claro. Me dijo que tenía usted una cita con la policía.

—Además, también tengo que trabajar.

—Naturalmente. Pero no se olvide de su coñac, Marlow.

Miré el vaso. No lo había tocado siquiera. Lo cogí.

—Fúmesese otro cigarrillo mientras lo bebe.

Me tendió el paquete abierto. Yo titubeé. No podía tragar el coñac de golpe y marcharme. Dejarlo sin tocar sería demasiada grosería. Cogí un cigarrillo y me volví a sentar. Zaleshoff apagó la cerilla y se la quedó observando entre los dedos.

—Si yo fuera usted —me dijo en tono pensativo—, no sé si me molestaría en ir a la policía mañana.

—Tienen mi pasaporte.

Zaleshoff tiró la cerilla.

—Le hago una apuesta, Marlow. Le apuesto mil liras contra una pastilla de jabón a que la policía ha extraviado su pasaporte.

—¡Santo Dios! ¿Por qué?

Se encogió de hombros.

—Es solo un presentimiento.

—Espero que no pase de ahí. No acepto su apuesta. Sería un robo. A propósito —dije mirando la ficha que estaba sobre la mesa—, ¿tiene usted ficha de todos los conocidos?

Zaleshoff movió la cabeza.

—Solo de algunos. Es una especie de afición mía, sabe. Otros coleccionan vitolas. Yo colecciono fotografías.

De pronto se inclinó hacia delante proyectando la mandíbula con aire hostil.

—Marlow, esta es la primera vez que nos reunimos y me he pasado casi todo el tiempo contándole un montón de mentiras. Ya se habrá dado cuenta de ello, porque me ha cogido en una que yo no esperaba que me cogiese. No sabía que la foto no estaba bien pegada. Bueno, ya está bien. Es un modo muy poco correcto de empezar una amistad, que puede durar toda la vida, me parece. Hay una atmósfera de desconfianza y malentendidos entre nosotros. Usted se ha dado cuenta de que no sabe quién diablos soy yo y ha decidido que no le interesa saberlo. Probablemente está usted pensando que debo ser una especie de bribón. ¡Magnífico! Pues bien, permítame que me tome la libertad de darle un consejo. No le va a costar un céntimo; al contrario, si me hace caso, conseguirá hacer bastante dinero. Ya veo que se está preguntando a qué demonios juego. Todo esto le parece tan falso como un ojo de cristal, ¿no?

—Exacto —dije secamente—. ¿De qué se trata? ¿Un aspirador o un frigorífico? No necesito ninguno de los dos.

Zaleshoff frunció el entrecejo.

—¿Le importaría estar serio por un momento?

—Perdone. Todo este candor ha sido demasiado para mí.

—Bien. Voy a pedirle que confíe en mí y que escuche mi consejo.

—Siempre estoy dispuesto a escuchar consejos.

—Bien. Mi consejo es que acepte usted la invitación del General Vagas. Puede tener una proposición para usted.

Yo le miré sin pestañear.

—Ahora, escúcheme usted a mí, Mr. Zaleshoff. No sé qué es lo que se trae usted entre manos y, en realidad, no me interesa. Pero no acabo de entender qué diablos tiene usted que ver con una invitación que se me ha hecho a mí.

—A pesar de todo, le ruego que la acepte.

—Perdone, pero tal vez le interese saber que ya tengo decidido rehusar.

—Pues cambie de idea.

Me levanté irritado.

—Estoy seguro que sabrá disculparme, Mr. Zaleshoff. He tenido un día muy movido hoy y no soy muy aficionado a las adivinanzas y menos por la noche. Gracias por la cena y por su magnífico coñac. Espero tener ocasión, si me lo permite, de devolverle la invitación un día de estos. De momento sospecho que me tengo que ir. Buenas noches, Mr. Zaleshoff.

Se puso de pie.

—Buenas noches, Marlow. Espero verle pronto y charlar otro rato.

Me di la vuelta para marcharme. Zaleshoff recogió la ficha de encima de la mesa y dijo, dándole un golpecito con la uña:

—Ya se habrá dado cuenta de que al pie de la ficha hay una llamada que dice: *Véase V.18*. *V.18* es una ficha que está en esos archivos. Si después de ver al General Vagas la próxima vez desea usted echar un vistazo a esa ficha, con mucho gusto se la enseñaré.

—¿Qué es lo que he de ver?

—La V quiere decir Vagas.

—Muy interesante. Solo que como no voy a volver a ver al General Vagas... — me encogí de hombros—. Buenas noches.

—Que duerma usted bien.

Me marché.

Aquella noche no dormí bien, ni mucho menos. Recuerdo que me desperté a eso de las tres y media a causa de una pesadilla en la que Bellinetti me ahogaba entre enormes montones de fotografías del General Vagas. Cuando por fin conseguí dormirme de nuevo lo hice pensando en Claire. Después de todo, solo era cuestión de un mes o dos antes de volver a verla. A mi querida Claire.

5 — *Intercambios diplomáticos*

Tardé una semana en volver a ver a Zaleshoff. Los dioses, igual que la mayoría de los bromistas, tienen la costumbre de repetirse con demasiada frecuencia. El hombre ya está acostumbrado a esperar el cubo de agua por la cabeza, por así decirlo. Puede tratar de tomar precauciones, pero como casi siempre se encuentra seco, se cuida más de su nuevo sombrero que de las ironías del destino. El hombre ha perdido la facultad de asombrarse. El grito desgarrador de la gran tragedia ha degenerado en gruñido petulante. Pero todavía queda en el repertorio una trampa simplona, de tono menor, que sospecho nunca deja de provocar en el Olimpo una panzada de risa. En cualquier caso, yo caigo en ella con regularidad. El núcleo de la broma consiste en una ilusión: la ilusión de que a la simple esterilidad emocional, a la parálisis parcial de la mente que llega con la luz de la mañana se le puede llamar realmente sensatez.

A la mañana siguiente de la curiosa primera velada que pasé en compañía de Zaleshoff, amaneció un día precioso. Hacía frío, pero lucía el sol, iluminando las descoloridas cortinas de felpa verde de mi cuarto, hasta el punto de hacerlas parecer más chillonas de lo que realmente eran. Este efecto aumentó el engaño, coloreó la ilusión de que en aquel momento mi mente despejada juzgaba con clarividencia. Con el café, quité toda importancia a mis vagas aprehensiones de la noche anterior. Las fichas, las misteriosas sugerencias del americano... ¡Qué montón de estupideces! Tenía que haber estado loco para pensar en tomármelas en serio. Todo se debía simplemente, me aseguraba a mí mismo, a mi ignorancia del ambiente de los negocios en el Continente. No debía olvidarme de tener en cuenta este factor. Fitch me había prevenido ya al respecto.

—Allí —me había dicho— la gente se acerca a los negocios como si se tratara de un juego político especialmente sucio. Habitualmente primero se dedican a la política realmente y, si fracasan, se dedican a los negocios con el mismo espíritu.

Zaleshoff, el americano, se había contagiado, evidentemente. Probablemente trataba de hacerme una oferta: Vagas me presentaría a una persona que me haría un pedido y él buscaba una sustanciosa comisión (pagadera por adelantado) merced a la adecuada representación de los intereses de Spartacus. Pues bien, no iba a tener esa suerte. Yo tenía demasiado trabajo y no podía permitirme el lujo de perder el tiempo en semejantes tonterías infantiles.

Ahora me doy cuenta de que se trataba de un autoengaño casi consciente; pero medio consciente o no, resultó totalmente eficaz, demasiado eficaz iba a decir, porque yo me olvidé del General Vagas y de que tenía que eludir su invitación hasta prácticamente el último minuto.

Después de una dura mañana con Bellinetti y sus archivos, me dirigí a la *Amministrazione* para recoger el pasaporte. Tras hora y media en la sala de espera,

conseguí que el policía admitiera que el *signor Capitano* no estaba en el edificio y que no había dejado instrucciones ni sobre mi tarjeta de identidad ni sobre mi pasaporte. Tendría que volver más tarde. Todo se arreglaría solo. Volví más tarde y esperé un cuarto de hora. Esta vez el policía se mostró más amable. El *signor Capitano* no había vuelto, pero él mismo había hecho averiguaciones. El pasaporte había sido enviado al Departamento de Asuntos Exteriores. Estaría dispuesto al día siguiente, sin duda. Si yo me pasaba...

Pero no pasé al día siguiente. No pasé hasta el martes de la otra semana. El motivo fue que el jueves por la noche me marché a Génova.

Tal como Pelcher me había explicado, uno de mis deberes más importantes era mantener contactos personales con los usuarios de las máquinas Spartacus. Recibí una carta de uno de estos usuarios, una gran industria que tenía las fábricas cerca de Génova; y como dicha carta tocaba puntos de importancia técnica, decidí tomarla como excusa para hacerles una visita. Lo hice también, en cierto modo, porque me di cuenta de que mi italiano, aunque me respondía en la mayoría de los puntos suscitados por nuestro cliente, era demasiado esquemático y no me permitía trasladar convenientemente mis pensamientos al papel en cuestiones técnicas.

Pasé en la fábrica de nuestro cliente el viernes, el sábado y el lunes, regresando a Milán el martes por la mañana a primera hora. Fue mi primer contacto con un cliente y quedé bastante impresionado por la rapidez con que Pelcher actuaba. Habían habido ciertas dificultades debido a la despreocupación de Bellinetti respecto a sus intereses, pero ahora habían recibido una notificación del *signor* Pelcher anunciándoles mi llegada y todo se arreglaría. El domingo, el director de la fábrica me llevó en su coche a Portofino y me permitió invitarle a una suculenta comida. Se habló de un pedido de seis S2 más. En Wolverhampton me habían dado instrucciones veladas, pero precisas, respecto al modo de pagar la comisión secreta, y me enteré de que mis competidores alemanes eran bastante cerrados y parsimoniosos cuando se trataba de semejantes asuntos. Había que dejar bien claro que Spartacus era una compañía simpática en los contratos. Sus máquinas eran también las mejores. Los inspectores del gobierno estarían el lunes en la fábrica. Sería una gran ventaja para mí, si tenía tiempo y ponía interés por verles. Yo me interesé por verles y los encontré tan tratables e incluso más discretos que el director de la fábrica.

Quedé contento, y disgustado al mismo tiempo de mi trabajo de fin de semana. Fitch me había aconsejado que no fuera impaciente y me había señalado cuidadosamente el ritual del desarrollo de los pedidos; pero la realidad era más desconcertante. Una cosa es hablar y hablar sobre el soborno y la corrupción y otra hacer realmente soborno y corrupción. Aunque he de reconocer que mi participación en el asunto se redujo a pura aquiescencia. A esta gente no la corrompí yo; ya estaba corrompida. Todo se reducía a una cuestión muy sencilla: ¿Quién paga, Spartacus o los alemanes? *Chi paga?*, era, por otra parte, la pregunta favorita de los italianos.

Con semejantes cosas en la cabeza, no es muy sorprendente que me olvidara de la

existencia de personas como Zaleshoff y Vagas.

Pero no tardaría en acordarme.

El primer recordatorio fue una larga posdata de una carta de Claire, que me estaba esperando en el Hotel Parigi. Decía así:

P. D.: Una cosa, Nicky, mi vida. Creo que tendrás que tomar precauciones con la camarera o cualquier otro que tenga acceso a tu habitación. Recordarás que me decías que te enviase el Engineering cada semana (cuenta con ello, por supuesto), y que me lo ponías en una posdata, en el dorso del sobre. Pues bien, querido, en opinión de tu pequeña Miss Sherlock, el sobre fue abierto al vapor después de esto. Me llamó la atención una pequeña inflexión en la escritura (ya conoces tu costumbre de escribir todo seguido) y, cuando me fijé en el sobre cerrado, pude ver una pequeña franja de goma todo alrededor de la solapa, de unos 5 mm de ancho, aproximadamente. Creo que tus peroratas acerca del método científico han tenido un mal efecto sobre mí, porque darme cuenta de esto y salir rápidamente a comprar cinco tipos de sobres diferentes para hacer experimentos todo fue uno. Primero cerré los cinco sobres y luego, al cabo de unas dos horas, los volví a abrir a base de vapor. Inmediatamente de haberlos abierto los volví a cerrar y los dejé hasta el día siguiente para comparar el efecto. Pues bien, todos revelaban la misma franja que tu sobre, que se puede producir (fíjate cómo trabaja una mentalidad científica), creo, en parte debido a la contracción del papel a causa del vapor, en parte a la tensión de superficie provocada por la goma en estado líquido. Ya sé que nada está probado y que debía haberme callado hasta haber hecho la prueba con quinientos sobres diferentes como mínimo, pero no puedo perder tanto tiempo y, además, las operaciones con vapor, cuando son muy prolongadas, deshacen el peinado. En cualquier caso, me pareció que debía contártelo. Besos. Claire.

Esta posdata me dejó perplejo. No pudo haber sido la camarera. Tan pronto como terminé la carta, la metí en el bolsillo del traje que me iba a poner al día siguiente. La deposité en el buzón del hotel al salir por la mañana.

Una idea desagradable atravesó mi mente. Examiné el dorso del sobre de la carta que acababa de recibir de Claire. Allí estaba la franja sin lugar a equívocos. Alguien leía mi correspondencia. La pregunta era: ¿quién?

Podía ser uno de los empleados del hotel, por supuesto; pero había una objeción a esta respuesta. El buzón del hotel lo abría y vaciaba el cartero. Yo mismo lo había visto. Probablemente ninguno de los empleados del hotel tenía acceso al contenido del buzón. Además, estaba a la vista de todo el mundo, junto al mostrador de

recepción. ¡Muy extraño!

Me di un baño, me cambié, tomé algo de desayuno y me fui a la oficina. Bellinetti me dio la bienvenida efusivamente. Todo había marchado estupendamente mientras el *Signore* había estado fuera. Umberto sonreía tímidamente. Serafina no estaba. Entré en mi despacho.

—¿Quién abrió la correspondencia esta mañana, Bellinetti?

—Yo, *Signore*; usted me lo ordenó.

—Bien. Quiero ver los sobres.

—¿Los sobres, *Signore*? —sonrió con benevolencia—. Querrá usted decir las cartas.

—No, quiero decir los sobres.

Sus cejas casi tocaron la frente. Me trajo los sobres. Los examiné uno por uno. La franja de goma era evidente en todos. Los volví a tirar en la papelera. Bellinetti me observaba en silencio, desconcertado.

—¿Sabe usted de alguien que pueda tener alguna razón y la oportunidad de abrir y leer nuestra correspondencia, Bellinetti?

Pestañeó. Su cara se puso lívida.

—No, *Signore*.

—¿No tiene usted idea?

—No, *Signore*.

—¿Sabía usted que esto ocurría?

—No, *Signore*.

Me di por vencido. Era evidente que la noticia no le sorprendía. Era evidente, además, que no tenía intención de discutir acerca de ello. Yo seguí trabajando bastante enfadado.

Después del mediodía me fui a la *Amministrazione*.

Esta vez solo tuve que esperar cinco minutos antes de pasar al despacho del *signor Capitano*.

Me saludó cortésmente, con una inclinación de cabeza.

—Sí, su tarjeta de identidad está preparada —me la entregó—. Le recuerdo una vez más que ha de pasarse por aquí una vez a la semana para que le pongan el sello.

—Tengo que viajar por todo el país con bastante frecuencia por cuestiones profesionales. Es posible que falte de Milán alguna semana.

—En ese caso, comuníquenoslo por adelantado.

—Gracias. ¿Mi pasaporte, por favor?

El *signor Capitano* frunció el entrecejo.

—Creía que eso ya se lo habían explicado a usted.

Por alguna razón, mi corazón dio un latido brusco.

—A mí nadie me ha explicado nada. La semana pasada me dijeron que estaba en el Departamento de Asuntos Exteriores.

—Pues eso. Desgraciadamente —dijo con suavidad—, se nos ha extraviado.

Esperamos que aparezca en cualquier momento. Cuando aparezca se lo enviaremos inmediatamente. Hasta entonces, tiene usted su tarjeta.

—Pero...

—Usted no piensa abandonar Italia de momento, ¿o sí?

—No, pero...

—Entonces no necesita el pasaporte para nada.

Me contuve con dificultad.

—Pero se trata de un documento de gran valor. No se puede extraviar así como así.

Se encogió de hombros con irritación.

—Cosas que pasan.

—Informaré del lance al Consulado Británico inmediatamente.

—Su Cónsul ya ha sido informado.

Esto era verdad, como pude comprobar inmediatamente. Me pasé por el Consulado para comunicárselo.

—Mala suerte, desde luego —asintió el Cónsul amablemente—, pero nosotros poco podemos hacer, sabe usted. Tendremos que darles todo tipo de facilidades para que lo encuentren. Además, usted no tiene pensado abandonar el país por el momento, ¿o sí?

—De momento, no —dije de mala gana.

—Bueno, pues ya veremos qué pasa. Es una cosa muy seria, sabe, eso de perder un pasaporte. Tenemos que tener mucho cuidado. Naturalmente, si quisiera marcharse le podríamos facilitar papeles que le servirían para llegar a casa. Pero esto no aclararía la cuestión del pasaporte. Le tendremos al tanto.

De vuelta a la oficina, encendí un cigarrillo y me senté para pensar en todo esto.

Tal vez porque había pasado la noche anterior dormitando intermitentemente en un vagón de ferrocarril, mi capacidad de autoengaño había decaído bastante. Por vez primera empecé a tomar en serio a Zaleshoff. El americano había dicho que mi pasaporte se extraviaría. Y no se había equivocado. ¿Pura coincidencia, tal vez? No, precisamente eso, no. Era demasiada coincidencia. Un pasaporte no se pierde así como así. Y mi cómoda explicación, con lo de las presentaciones y comisiones, tampoco valía. No encajaba. Mis pensamientos se remontaron a la noche en que cenamos juntos. Había un montón de cosas de aquella noche que requerían una explicación. Por ejemplo, ¿era pura coincidencia que Zaleshoff saliese de su oficina en el mismo momento en que pasaba yo? Empecé a dudar. Y luego estaba Vagas con sus insinuaciones, y la extraña insistencia de Zaleshoff para que aceptase la invitación. Y en medio de todo esto aparecía la figura de Ferning, que no era ajena a los acontecimientos. Me acordé de que en la cartera tenía la hoja del cuaderno de anillas de Ferning. La *S. A. Braga*, seguía sin explicar. Las fichas... V.18... «tan falso como un ojo de cristal...».

Aplasté el cigarrillo en el cenicero con impaciencia. Los negocios de Ferning no

me interesaban. El General Vagas me provocaba fríos temblores en la columna vertebral. Zaleshoff me irritaba. Lo mejor sería olvidarse de todo. Era absurdo que un hombre de mi edad prestase atención a semejantes estupideces, tan infantiles. Pero de nuevo me vino a la memoria el pasaporte. Eso era algo que no podía olvidar. Y quedaba el mezquino asunto de las cartas. Tal vez Zaleshoff supiera algo de *esto...*

Habría continuado discurrendo en esta especie de círculo, pero en aquel momento entró Umberto en el despacho y dejó unos papeles sobre la mesa. Yo levanté la vista.

—La lista, *Signore*.

—¡Ah, sí! Gracias.

Había dado instrucciones a Umberto para que me preparara una lista completa de todas las fábricas que constaban en los registros de Spartacus hasta la fecha, con la cifra de gastos que había hecho cada una durante el año pasado. Le eché un vistazo. Estaba por orden alfabético. El cuarto nombre me llamó la atención. La razón era que la letra inicial que determinaba su lugar en la lista era la de la tercera palabra del nombre de la casa, y por un momento temí que Umberto se hubiera equivocado. Miré con más detenimiento... sí, allí estaba, en blanco y negro: *Società Anónima BRAGANZETTA, Torino*. ¡Había dado con la *S. A. Braga, de Torino!*

Me quedé mirando el nombre durante un minuto o dos. No había duda ninguna. «Braga» era simplemente una abreviatura usada por Ferning. Observé la cifra inscrita junto al nombre. La *S. A. Braganzetta* había gastado un montón de dinero con Spartacus. Llamé a Umberto.

—*Signore*.

—Traígame los registros de todas nuestras transacciones con la compañía Braganzetta de Turín.

Volvió al cabo de pocos minutos con un grueso fajo de papeles que yo examiné cuidadosamente. En poco rato me enteré de todo lo que deseaba. Anoté una serie de datos y devolví el resto a Umberto. Luego saqué de la cartera la hoja de notas de Ferning y la analicé punto por punto.

Las dos primeras líneas eran fáciles.

En diciembre Spartacus había servido a los talleres Braganzetta tres modelos especialmente diseñados para una gran producción de cápsulas de bala. Esto es lo que significaba «3 especiales». Lo que venía inmediatamente después era obvio. El rasgo especial de dichas máquinas era, según pude ver por las especificaciones, el hecho de que habían sido adaptadas para producir un tipo mucho más pequeño de cápsulas que el producido por el modelo *S2 standard*. Dichas balas eran las utilizadas por el fusil antiaéreo automático de veinticinco y cuarenta milímetros, tipos L.64 y L.60 fabricados por la firma sueca Bofors. «1 stand. 10,5 cm. F.A.N», se refería a un cuarto modelo, tipo *standard*, utilizado en la fabricación de cápsulas para balas de fusil antiaéreo naval de diez coma cinco centímetros. El «1,200 plus» y «150 plus» eran referencias a la potencia de rendimiento de las máquinas.

Sin embargo, lo que venía después me resultaba totalmente incomprensible. ¿Qué quiere decir «Spez», y «6 m. cinturón», y todo lo demás? No pude establecer ningún tipo de conexión entre esto y las relaciones de Spartacus con Braganzetta. Estuve analizando la nota un rato y luego volví a guardármela. Una cosa estaba clara: las relaciones de Ferning con Vagas tenían algo que ver con Spartacus. Por lo tanto, para mí, en cuanto representante de Spartacus en Milán, era una cuestión que desbordaba los límites de la simple curiosidad. Era mi *deber* (la palabra me espantó) no rehusar la invitación de Vagas para la noche del día siguiente. En cualquier caso, no perdería nada; y una noche de ballet no me vendría mal. Había que tener en cuenta otra cosa: si no acudía a la cita, podía arrepentirme y luego lamentar el no haber ido. Era mejor seguir adelante.

Una vez tomada esta decisión me sentí aliviado. Durante todo el resto del día me olvidé del asunto y continué trabajando en otras cosas. Mi excursión a Génova me había hecho perder más tiempo que del que podía disponer de momento, porque aparte del trabajo normal que se había acumulado en mi ausencia, estaba pendiente el asunto de la reorganización de la oficina. En cuanto a Bellinetti llegué a una conclusión definitiva. Sus actividades durante mi ausencia confirmaron mi primera impresión de que era totalmente incapaz de organizar el trabajo de la oficina. Sus conocimientos técnicos eran nulos. Ferning debía estar loco para contratarlo, pensé. Aquella tarde, antes de abandonar la oficina, me senté ante la máquina de Umberto y redacté un informe para Pelcher. Terminaba pidiendo permiso para despedir a Bellinetti, añadiendo que mi intención era promocionar a Umberto y contratar a un buen mecanógrafo. De este modo ahorrábamos dinero y nos asegurábamos una organización más eficiente. Terminado el informe me fui a tomar algo de cena al restaurante de la Piazza Oberdan donde decidí ir a pie hasta el hotel y meterme en cama.

Era una noche fría. Cogí el camino del parque, aunque daba un poco de rodeo.

Se elevaba del suelo una niebla tenue y las luces brillaban amarillas en medio de los árboles. En los bancos, había algunas parejas acurrucadas, otras estaban de pie en la oscuridad o paseaban despacio por los senderos pavimentados cogidas de la mano. Pero en el centro del parque, donde la niebla era más espesa y más húmeda debido a los estanques, apenas había nadie. Yo me dirigí por un sendero oscuro que corría paralelo a uno de los grandes paseos. Fue entonces cuando me di cuenta de que alguien me seguía.

Iba pensando que hasta el momento no había podido hacer nada para cambiarme del Parigi, y que lo más pronto posible tenía que hacer un auténtico esfuerzo para encontrar una *pensione*. Era preciso hacer algo también con lo del pasaporte. ¿Y si escribía a Fitch o Pelcher diciéndoles que trataran de presionar en el Ministerio de Asuntos Exteriores en Londres para aclarar el asunto? En este momento pisé el cordón del zapato.

Intenté apoyar el pie en la balaustrada para atármelo. Y al inclinarme pude ver

con el rabillo del ojo el leve movimiento de una sombra cerca de la balaustrada, unos veinte metros detrás de mí.

Si no se me hubiese ocurrido apoyar el pie en la vereda para inclinarme sobre el zapato, seguramente no la hubiera visto. Estaba muy oscuro entre los árboles. Pero la vereda iba a dar directamente a un foco situado sobre un portillo, unos cien metros más allá y, desde donde yo estaba, podía ver la débil silueta de una cabeza y unos hombros.

Al principio no le di demasiada importancia y terminé de atar el zapato. Luego volví a mirar hacia atrás. El otro no se había movido. Me encogí de hombros mentalmente y seguí andando. Un segundo o dos más tarde oí un débil *click* detrás de mí. Reconocí el ruido. Unos cuantos metros más atrás había pisado yo la tapa de una alcantarilla que estaba floja. Y el que venía detrás de mí había hecho lo mismo. Entonces me paré otra vez. No podría decir exactamente por qué lo hice. Tal vez por la sospecha que empezaba a germinar en mi mente de que el tipo que me seguía podía ser una especie de salteador de caminos. Era bastante sospechoso que se detuviese al mismo tiempo que yo. Me acerqué otra vez a la vereda, fingiendo apretar el nudo del zapato. No pude verle ya, pero el ruido de pisadas había cesado; solo oía el zumbido distante del tráfico por el Corso Venezia. Yo sabía que el otro tenía que estar allí. Seguí andando despacio y crucé a través del parque por el camino más corto.

Allí había luz suficiente y pude verle de nuevo; una figura pequeña y regordeta, con abrigo y sombrero de ala ancha. Andaba despacio con las manos en los bolsillos, el cuello del abrigo subido y el ala del sombrero levemente caída. Algo me resultaba familiar en su aire, pensé. Pero no volví a mirar hacia atrás. No me cabía ninguna duda. Me seguían. Evidentemente el motivo no era el robo. La oportunidad para esto había pasado ya. Podía tratarse de un maleante que había notado que yo era extranjero y, por lo tanto, mi aspecto de hombre de negocios; pero no, esto no era factible. Los maleantes no andan con tanto aplomo como parecía andar este tipo. Un maleante me hubiera atacado antes.

Me desvié de la calle principal y me introduje por una serie de callejuelas hacia la Via Alessandro Manzoni. Volví la vista otra vez. Seguía detrás de mí todavía la misma figura sombría, amparándose en la oscuridad de la calle.

Decidí entrar en acción. Aceleré el paso rápidamente hasta una calle casi totalmente silenciosa. En la esquina me detuve como si no supiese hacia dónde quedaba mi alojamiento; luego, doblé por la calle lateral. Al cabo de unos cuantos metros me paré, introduciéndome en la oscuridad de la entrada de una tienda. Un segundo o dos más tarde oí acercarse los pasos del que venía detrás de mí. Cuando ya estaba casi a la altura de la tienda, salté de mi escondrijo y me planté en medio de la acera. Enfrente de mí, con aspecto de dar cualquier cosa por la oportunidad de volver la espalda y echar a correr, estaba Bellinetti.

Hizo un poderoso esfuerzo por dominar la situación.

—Creí haberle reconocido, *Signore*; pero no estaba seguro. Pensé que podíamos

tomar un coñac juntos.

—Con mucho gusto —comenzamos a retroceder hacia la calle principal—. ¿Viene usted a menudo a pasear de noche por el parque, Bellinetti?

—En las noches apacibles, sí. Usted anda muy rápido, *Signore*.

Creí percibir una nota de insolencia en su voz. Había recobrado su aplomo.

—Oiga, Bellinetti, le advierto que no trate de quedarse conmigo. Nunca se sabe lo que puede ocurrirle a un hombre con una forma física como la suya.

—¿Qué le pasa a mi forma física, *Signore*?

—Le puede caer una buena paliza en cualquier momento.

Bellinetti frunció el entrecejo.

—Suelo tomar mis precauciones, *Signore*.

—Me alegra saberlo —en este momento pasábamos por delante de un *caffè*—. ¿Entramos aquí?

Diez minutos más tarde reemprendí el camino del hotel. Sería un gran alivio liberarse del *signor* Bellinetti, pensé.

Un ayudante incompetente es una desgracia bastante grande. Pero un ayudante incompetente que, además, hace horas extras espionando los movimientos de uno fuera de la oficina, es ya intolerable.

Al llegar al hotel tenía dos cartas esperándome.

Una procedía de mi banco de Londres y se refería a las posibilidades de retirar dinero de su agencia de Milán. No tenía ninguna importancia, a no ser por una cosa. Venía de Inglaterra y no había sido abierta. La posdata de Claire había puesto alerta al desconocido censor.

La otra había sido echada en Milán aquella misma tarde. Dentro del sobre, una pequeña tira de papel con una sola frase escrita a máquina:

MORALMENTE, ME DEBE UNA PASTILLA DE JABON.

Nada más, ni siquiera firma.

6 — *Trenzado de baile*

Al día siguiente por la noche, a las ocho y media, me presenté en la Opera.

La señora Vagas era una mujer delgada y causaba una extraña impresión: cabello gris oscuro, ojos pequeños y macilentos y una expresión de estar luchando continuamente contra un desfallecimiento superior a sus fuerzas. Había un rictus de fatiga en la comisura de sus labios, y los movimientos de sus manos eran violentos y torpes como los de un muñeco mecánico.

El General me la presentó en la antesala de su palco.

—Mi esposa, Mr. Marlow —dijo.

Hice una reverencia y nos quedamos el uno frente al otro, mientras un camarero servía caviar y abría una botella de *Asti Spumante*.

Ella me examinó durante un momento. Luego dijo:

—¿Le gusta el ballet, *signor* Marlow?

Hablaba un italiano ronco, gutural. Las palabras parecían salir forzadas de sus labios. Al oírla, uno no podía menos de recordar el gruñido involuntario de alguien que ha recibido un golpe en el plexo solar.

El General contestó por mí:

—El *signor* Marlow es un gran aficionado, Elsa, querida. De otro modo yo no le hubiera invitado.

Sonrió hacia su mujer con un poco de malicia. Bajo la amarilla luz opaca de la antesala, su maquillaje era menos llamativo que la primera vez que yo le había visto: pero la parte por donde el cuello de etiqueta rozaba la piel estaba ya manchado de grasa y polvos de maquillaje. Volvió la sonrisa hacia mí.

—¿Qué le parece Milán, *signor* Marlow?

—No puedo decir que haya visto mucho, General. He estado en Génova estos últimos días, hasta ayer justamente.

—¿Sí? ¿Una copa de champaña?

—Muchas gracias.

—Génova le habrá parecido muy triste —se volvió hacia su mujer—. ¿Recuerdas, Elsa, que a nosotros Génova nos resultó atroz?

Ella cogió una copa de *Asti* y contestó con una pregunta:

—Es el sitio en donde hay un enorme cementerio, ¿no, *signor* Marlow?

Sus ojos me observaron con atención. Me di cuenta de que el nudo de mi corbata debía estar torcido. Solo con dificultad pude evitar que mis dedos se dirigiesen hacia allí casi automáticamente.

—Eso dicen —repliqué.

Vagas rió cortésmente.

—No creo que el *signor* Marlow tuviera mucho tiempo para visitar cementerios. Perdone —añadió—, el pobre Ferning solía mencionar la fábrica Grigori-Sforza de Génova. ¿Acaso por casualidad usted...?

—Sí, ha sido la fábrica Grigori-Sforza el objeto de mi visita.

Se volvió bruscamente y habló a su mujer en alemán.

—Perdone —continuó hacia mí—, le estaba explicando a mi mujer que usted es el sucesor de Ferning.

Dejó el vaso sobre la mesa y continuó:

—Creo que la obertura ya está casi finalizando. ¿Entramos?

El primer ballet era «El Lago de los Cisnes». Desde mi asiento podía ver la cabeza de Vagas nítidamente recortada contra la luz del escenario. Casi contra mi voluntad mis ojos se apartaban del trémulo aletear del *corps de ballet* para observar su cara. Al levantarse el telón su expresión había cambiado. Sus labios se fueron separando poco a poco y empezó a respirar lenta y profundamente. Tragaba saliva y carraspeaba una y otra vez. Era igual que observar a un dormido. Se le creería al mismo nivel de inconsciencia, de preocupación por el sueño. Detrás de él, en la oscuridad, estaba la señora Vagas: su cara, una sombra gris contra las cortinas del palco; su cuerpo, inmóvil. Miré hacia abajo, al patio de butacas, las filas de caras blancas y silenciosas. Parecía que pertenecieran al mundo de los muertos y solo estuviesen vivas las figuras del escenario. Una luz verde pestañeó entre los bastidores, el Príncipe se tambaleó hacia atrás haciendo mimos de miedo y horror, con el cuerpo tieso y unas ridículas sacudidas de ballesta acompañadas con movimientos de *staccato* de las manos. Vi como el General sacaba un pañuelo y se lo pasaba por los labios. *Madame Vagas* bostezó. Las caras del patio de butacas no se movían. El ballet se aproximaba a su punto culminante. Al fin cayó el telón. Hubo un estruendo de aplausos. El telón se levantó, cayó y volvió a levantarse de nuevo. Más saludos. El escenario se llenó de ramos de flores. El Príncipe besó las manos del Cisne. El director saludó. El telón cayó definitivamente. Al encenderse las luces los aplausos se fueron desvaneciendo entre el murmullo de la conversación.

El General suspiró y volvió a ponerse el monóculo.

—Fokine solo hay uno —dijo—. ¿Le ha gustado, Mr. Marlow?

—Muchísimo.

—Lo mejor viene ahora. ¿Salimos a fumar? ¿Vienes, Elsa, querida?

La mujer movió la cabeza:

—Me parece que la *Contessa* Perugia viene hacia aquí.

—Por favor, preséntale mis excusas a la señora. Vamos a fumar fuera, Mr. Marlow.

Nos dirigimos hacia lo alto de la escalera principal. El lugar estaba atestado. A mi alrededor pude oír alemán, francés y español. Vi a un hindú, una china, dos japonesas y un tipo de cara grisácea con un turbante.

—Como ve, Mr. Marlow, el ballet no tiene fronteras en *La Scala*.

No sé qué más dijo mientras trataba de encender una cerilla para prender mi cigarrillo; pero yo ya no le prestaba atención. Abriéndose camino hacia nosotros a través de la gente, se acercaban un hombre y una mujer. La mujer era joven, casi una

niña, y muy hermosa, de una belleza extraña, casi masculina. Sus pómulos altos mantenían la piel tensa desde sus labios rojos, lo cual le daba una extraña expresión de impasividad. Su cabello despedía destellos de un marrón muy oscuro. Las manos eran exquisitas. Sin embargo, no fue ella lo que llamó mi atención, sino el hombre vestido de etiqueta que iba a su lado, cogiéndola por el codo, y con más aspecto de boxeador profesional que nunca. Era Zaleshoff.

Me vio al mismo tiempo que yo a él. Nuestros ojos se encontraron. Me preparé para las presentaciones, pero no las hubo. Sin un pestañeo de reconocimiento en sus ojos, Zaleshoff miró hacia otro lado. Un segundo más tarde pasó por delante de mí con el gesto más natural del mundo. Me recobré rápidamente.

—Le ruego me perdone, General.

El General se sonrió y encendió otra cerilla.

—No se disculpe, Mr. Marlow. Estoy de acuerdo con usted en que es algo verdaderamente encantador aquí.

—¿Aquí?

—En los países eslavos es un tipo corriente. En Belgrado puede usted elegir. El hombre que va con ella es su hermano. ¿Les había visto usted antes?

—No.

Me cogió del brazo.

—El hombre se llama Zaleshoff, Andreas Prokovich Zaleshoff. El nombre de ella es Tamara Prokovna. Rusos, por supuesto; pero creo que ambos fueron criados en los Estados Unidos. Me temo —añadió gravemente— que no pueda recomendarle que alimente usted su interés por la chica. Él es agente del gobierno soviético y creo sumamente probable que su hermana también lo sea.

Yo esboqué una franca sonrisa.

—Muy sensacional todo eso, General. Pero le aseguro que no tengo la menor intención de llevar adelante mi interés. Tengo novia en Inglaterra.

Estas últimas palabras me sonaron espantosamente pomposas y falsas; pero mi interlocutor asintió con la cabeza como si la noticia le agradase.

—Un extranjero en Italia —dijo— ha de ser muy discreto. Discúlpeme.

Con gran alivio mío se volvió para hablar con alguien que pasaba. Tuve tiempo de reponerme. O Vagas estaba haciendo un tosco esfuerzo para impresionarme, o yo me estaba moviendo en aguas bastante más profundas de lo que pensaba. ¿Qué es lo que había dicho Zaleshoff? «Afortunadamente tengo otros contactos». Pero era ridículo. De todos modos, en aquel momento empecé a lamentar seriamente el haber acudido a la Opera. Empecé a pensar rápidamente las posibles excusas que podía alegar para marcharme en el entreacto siguiente. Podía decir que me encontraba mal, o que me había olvidado de un compromiso de negocios. También podía...

Vagas me dio un golpecito en el brazo.

—Deseo presentarle a la *signora* Bernabò, Mr. Marlow. —Se volvió hacia la señora gorda, de voz chillona que estaba a su lado—. *Le voglio presentare il signor*

Marlow, Signora.

—*Fortunatissimo, Signora.*

—*Fortunatissima, Signore.*

—*E Commendatore Bernabò.* —Señaló a un caballero de bigotes, que lucía la insignia de la *Ordine della Corona d'Italia*.

—*Fortunatissimo, Commendatore.*

Nos dimos la mano efusivamente. Se habló del ballet. La *signora* Bernabò no decía nada, se limitaba a respirar profundamente como música de fondo y, al cabo de un rato, dijo:

—Yo solo vengo para ver los vestidos.

El *Commendatore* rió con ganas y se atusó el bigote. Con gran sorpresa mía, Vagas también rió. Pero luego, cuando volvíamos al palco, comprendí rápidamente.

—La mujer —dijo con rabia— es una imbécil, una cretina. Pero Bernabò es un hombre importante en la sección de compras del Departamento de Artillería. No es que quiera darle la lata con él, pero creo que puede serle útil. Le he hablado de usted y de sus negocios. No tenga reparos en seguir cultivando la relación. No recibirá ningún desaire. El tiempo que gaste en esto puede valer mucho dinero. Para empezar será suficiente con una comida. Lo demás vendrá solo.

Yo no necesitaba preguntar en qué consistía «lo demás». Mi experiencia de Génova me había enseñado bastante.

—Es mucha amabilidad por su parte, General.

—No tiene importancia —hizo una breve pausa y luego añadió mirándome—: Hay muchas cosas en las que puedo serle útil, Marlow.

Le di las gracias otra vez. Habíamos llegado al palco.

—Milán —dijo mientras nos sentábamos— es una ciudad en la que conviene tener buenos amigos. Una cosa: sugiero que nos vayamos después del próximo ballet. La última parte del programa de esta noche es un producto local y me temo que resulte absolutamente insoportable.

—En ese caso preferiría irme.

—Ya le he dicho que podemos irnos. He dispuesto la cena para las diez.

Pasaba de las diez cuando salimos de *La Scala*. Nos dirigimos al Corso di Porta Nova, en donde vivía el General.

No era una casa muy amplia, pero el interior resultaba grandioso. Estaba decorada con enormes tapices de terciopelo rojo oscuro, robustos muebles del *cinquecento* y pinturas en las paredes. La iluminación era a base de candelabros. Había un débil olor a incienso en el ambiente. En conjunto, el efecto resultaba extravagante; parecía un decorado de ballet. Aumentaba considerablemente esta ilusión un joven criado, pálido y de andar delicado, vestido con calzón de raso colorado que le llegaba hasta la rodilla.

Salió a nuestro encuentro para recogernos los abrigos e iba a desaparecer en la oscuridad de las escaleras cuando la señora Vagas le llamó:

El criado se detuvo con evidente contrariedad.

—¿*Signora*?

—Otra vez has estado quemando incienso.

—Solo un poco, *Signora* —contestó con un gesto de disculpa.

La voz de la señora Vagas se tornó de pronto aguda:

—No debes hacerlo, ¿me entiendes? No quiero que lo hagas.

Los labios de Ricciardo temblaban. Se veía que estaba a punto de romper a llorar.

—Mi querida Elsa —murmuró el general en tono de amable reprimenda—, tenemos un huésped con nosotros. Ven aquí, Ricciardo.

El joven avanzó unos pasos:

—Sí, *Eccellenza*.

—Ve a ponerte un poco de colorete en las mejillas y luego sirves la cena. Y no olvides que no debe haber flores en la mesa.

—Sí, *Eccellenza*.

Esbozó una sonrisa hacia nosotros, hizo una profunda inclinación y se retiró.

El General se volvió hacia mí:

—Me gusta que los criados tengan aspecto decorativo —dijo, y extendiendo la mano hacia la pared añadió—: ¿Le gusta esto, Mr. Marlow? Los amores de París y Helena. Es una copia de otros tapices.

—Eso, *signor* Marlow —repitió la señora Vagas con una sonrisa fina y maliciosa—, ¿le gusta?

—Es encantador.

—¡Encantador! —mi anfitriona repitió la palabra en tono de broma cortés—. Tal vez tenga usted razón.

Me quedé claramente cortado.

—Mi mujer detesta esta habitación —dijo Vagas.

—Mi marido tiene debilidad por lo barroco, *signor* Marlow.

Lo dijo en un tono más amistoso. Los dos se quedaron sonriendo hacia mí, pero sus sonrisas resultaban terriblemente frías en aquel ambiente de disimulado rencor. En aquel momento deseé más que nunca no haber venido. Me di cuenta de que en torno a los Vagas flotaba una atmósfera extraña y desagradable. Ambos resultaban grotescos, tan grotescos como su casa y como su criado.

Vagas me cogió amigablemente por el brazo.

—Venga, amigo mío; la cena nos está esperando.

Cenamos en una estancia próxima al salón. La cristalería era exquisita; la porcelana, preciosa; los platos estaban muy bien presentados. El General y yo tomamos clarete. La señora bebía a sorbitos un vaso de agua de *Évian*. Con gran alivio por mi parte, porque no tenía nada que decir, el General monopolizó la conversación con un monólogo acerca del ballet.

—Estoy segura de que el *signor* Marlow no tiene tanto interés por el ballet dijo la señora Vagas al cabo de un rato.

El General arqueó las cejas.

—Mi querida Elsa, me había olvidado. Lo siento, Mr. Marlow.

Yo murmuré una protesta.

—Le ruego me perdone, Mr. Marlow —continuó el General—, el ballet es mi afición favorita. Es, creo, la expresión final de una sociedad que se desintegra. La danza y el tema de la preparación para la muerte han sido inseparables, sabe, desde que el animal humano se extendió por las selvas prehistóricas. El ballet es simplemente una nueva racionalización del movimiento instintivo de la sociedad hacia la autodestrucción. Una danza de la muerte por el cerdo de Gadara. Y siempre ha sido así. El músico de Catalina de Médicis, Baltazarini, fue el inventor del ballet tal como lo conocemos hoy. Tenía en su mente la imagen del profeta de la destrucción. En los años anteriores al catorce hubo mucha afición. Luego, a principios de los años veinte, cuando Diaghilev estaba en la cumbre de su arte, se hizo un placer más esotérico. Ahora vuelve a ser popular otra vez. Si uno no leyera nunca un periódico, Mr. Marlow, una noche de ballet sería suficiente para demostrarle que la sociedad se está preparando otra vez para la muerte.

La señora Vagas se levantó.

—Creo que me voy a la cama, si Mr. Marlow me lo permite, por supuesto.

El General la miró molesto.

—Ya sabes que nunca duermes, querida Elsa.

—Sospecho que me he quedado demasiado rato —dije rápidamente.

—De ningún modo. *Signore*. Es muy temprano. Mi marido ha querido decir que yo siempre me retiro temprano.

—Buenas noches y muchas gracias, señora.

Ella me alargó la mano.

No sabiendo si estrechársela o besársela, opté por una fórmula de compromiso, inclinándome al mismo tiempo que se la rozaba levemente.

Pero en aquel preciso instante sentí que ella apretaba un trocito de papel contra la palma de mi mano. Cerré los dedos. Ella retiró su mano y se fue sin mirarme.

El General suspiró.

—Permítame que la disculpe, Mr. Marlow. Mi mujer no se encuentra muy bien en este momento. Achaques de los nervios. Cualquier conversación sobre la muerte le deprime.

Trasladé el trozo de papel al bolsillo del chaleco.

—Lo siento de verdad.

En el fondo, de la sala apareció Ricciardo.

—Sirve el café y el coñac en la otra sala, Ricciardo. Luego puedes retirarte.

—Sí, *Eccellenza*.

Nos trasladamos a la habitación de al lado. En el hogar ardía un fuego de leña que proyectaba largas sombras móviles sobre los oscuros tapices. Uno de los candelabros derramaba la cera. Sentí grandes deseos de irme. Me hallaba cansado. El General y su

casa me habían puesto los nervios de punta. Estaba preocupado por el papelito que tenía en el bolsillo. Era posible que el General me hubiese visto cogerlo. En ese caso...

—¿Coñac, Mr. Marlow?

—Gracias.

Se trataba evidentemente de algún tipo de observación. ¿Qué demonios...?

—¿Un puro?

—Gracias.

—Ese sofá le resultará cómodo.

—Gracias.

Se sentó frente a mí de tal modo que su cara quedaba en la sombra, mientras la mía se hallaba a la luz del fuego. Una vieja artimaña que no me ayudó a sentirme más a gusto.

El General se estiró cómodamente.

—¿Se va a quedar usted en el Parigi, Mr. Marlow?

—No creo. No me gusta vivir de hotel.

—¿A quién le gusta? ¿Por qué no se queda usted con el apartamento de Ferning? Es magnífico.

—Sí, ya lo sé. Pero me gustaría encontrar un sitio menos caro.

—Sí, desde luego. Menos caro, menos bonito, menos cómodo, menos todo —se irguió bruscamente, como si hubiese llegado a una conclusión definitiva. Luego se quedó mirándome—. ¿Puedo ser franco con usted, Mr. Marlow?

¡Había llegado el momento! Con gran sorpresa comprobé que mi corazón había empezado a golpear fuertemente contra las costillas. Era una estupidez mía, una cobardía si se quiere; la verdad es que tuve miedo. Hice un esfuerzo para dar tranquilidad a mi respuesta, infundiéndole al mismo tiempo un ligero matiz de sorpresa.

—No faltaría más, General.

—La razón por la que le visité la otra noche no era de simple cortesía.

—Comprendo —dije en un tono totalmente neutro.

—Me gustaría discutir algunas cuestiones de negocios con usted —continuó.

—Yo siempre estoy dispuesto a discutir cuestiones de negocios en nombre de mi Compañía, General.

—Sí, desde luego —hizo una pausa—. Es que en este caso se trata de un asunto más bien personal, comprende. Yo no soy un hombre de negocios —su mano hizo un gesto de desprecio—, pero tengo mis intereses. Hemos hablado de la cuestión del apartamento. Recuerdo que Ferning estaba en la misma situación que usted. Era una simple cuestión de dinero. Nada más. Pues bien, fui yo quien le introdujo en ciertos negocios privados que le proporcionaron la solución. Puedo hacer lo mismo con usted, Mr. Marlow.

Yo murmuré algo acerca de su excesiva amabilidad.

—Nada de eso, amigo mío. Es una cuestión de ventaja mutua —parece que la expresión le gustó porque la repitió—, ventaja mutua. Es más, el asunto de ningún modo es incompatible con los intereses de sus jefes de Inglaterra. Esto es un hecho. Ferning era la imagen misma de la integridad en estas cuestiones. Un hombre con un sentido del honor muy estricto, y un concepto muy elevado de sus deberes patrióticos.

Yo no veía muy bien adónde quería ir a parar mi interlocutor, pero no hice ningún comentario.

El General carraspeó.

—Porque el asunto se encarrila por aquí. Ocurre que yo mantengo relaciones con ciertas personas que están dispuestas a pagarle por una asistencia técnica que usted, sin duda, puede prestarles.

—¿Asistencia técnica?

—Para ser más exactos: información técnica de una naturaleza relativamente especializada. He de añadir —titubeó teatralmente— que la oportunidad que le estoy ofreciendo a usted, Mr. Marlow, no solo le proporciona la posibilidad de ganar dinero, sino además la de servir a su país.

—Me temo que no entiendo muy bien lo que quiere decir.

—Permítame que le explique —su voz cobró un tono suave y persuasivo—. Usted vende un tipo especial de maquinaria a grandes firmas industriales italianas. En este sentido usted trabaja bajo la égida y con la total aprobación del gobierno italiano. Esas máquinas han sido diseñadas para un objeto muy concreto: la fabricación de cápsulas de bala. Bien, ésta es la cosa. Pero ¿se le ha ocurrido pensar, amigo mío, que esas magníficas máquinas que usted proporciona, esas máquinas realmente muy eficientes, se utilizan para la fabricación de balas que un buen día pueden introducirse en los cuerpos de sus propios compatriotas? ¿Ha considerado usted el asunto desde esta perspectiva?

Le contesté vivamente:

—Ya he considerado ese aspecto de la cuestión. Pero no es asunto mío. Yo me preocupo simplemente de la venta de maquinaria. Soy un simple agente. No he sido yo el que ha creado esta situación. No es a mí a quien incumbe esa responsabilidad. Es un empleo como otro cualquiera. Si no lo hago yo, lo hará otro.

—Desde luego. Usted no es el responsable de esta situación. En la medida en que estas transacciones comerciales le afectan, usted no es más que un agente puramente impersonal, cuya tarea consiste en conseguir unos beneficios para la firma Spartacus.

—Me alegra que lo vea usted así.

—Lo veo así, pero voy más allá —dijo entusiasmado—. Insisto en ello. Es precisamente la gran impersonalidad de su trabajo lo que me permite hacerle esta propuesta. Propuesta, repito, que se sitúa fuera de los intereses de los señores de Spartacus.

Mis nervios habían pasado. Ahora solo era una débil irritación lo que sentía.

—Tal vez si me dijera la naturaleza de su proposición, yo podría juzgar por mí

mismo, General.

—Es lo que pretendo —respondió con rapidez—. Es lo que pretendo. Pretendo que usted juzgue el asunto desde un punto de vista puramente impersonal, sin emoción, fríamente —exhaló un profundo suspiro—. Permítame que le coloque a usted en una situación hipotética. Supongamos, por un momento, que Inglaterra está en guerra con Alemania. Inglaterra tiene por aliado a Francia. Supongamos ahora que usted, un inglés, está en posesión de un cierto tipo de información acerca de Alemania, información que sería sumamente valiosa para el aliado de su propio país. ¿Qué haría usted? ¿Tomaría la decisión de guardarse todo lo que supiera puesto que la información no afectaba directamente a Inglaterra? ¿O, al contrario, proporcionaría a Francia esa información que podría ser utilizada contra el enemigo común? Estoy casi totalmente seguro que usted proporcionaría a Francia dicha información. ¿O no?

De momento yo me limité a mantener la guardia bien cerrada.

—En esas circunstancias, puramente hipotéticas, probablemente sí —dije matizando.

—Entonces —replicó el General con gravedad— estamos totalmente de acuerdo. Porque yo también lo haría. Sin embargo —continuó con afectación—, esto no pasa de ser un caso hipotético. Naturalmente a usted le interesan mucho más los hechos que las fantasías.

—Sí, desde luego.

Se inclinó hacia delante y la luz le iluminó la cara.

—Pues vayamos a los hechos.

Su voz perdió el acento afeminado y se tornó seca, casi autoritaria. Por vez primera recordé que la palabra «General» era algo más que un mero tratamiento.

—Su trabajo consiste en vender a Italia maquinaria para la fabricación de balas. Como le dije el otro día, yo soy yugoslavo. Pues bien, estoy autorizado para decirle que mi gobierno tiene gran interés en recibir de usted detalles acerca de todas las transacciones que ustedes realizan con las casas italianas, y estaría dispuesto a reconocer sus servicios al respecto con unos honorarios de dos mil liras al mes como mínimo. Los detalles que usted tendría que facilitar sería de lo más simple. Como ya le he explicado, nadie le va a pedir que haga nada que perjudique a sus jefes. Todo lo que deseáramos serían ciertos detalles de la maquinaria facilitada: su naturaleza, su capacidad de producción y su destino. Nada más.

—¿Y están ustedes dispuestos —dije recalcando las sílabas— a pagar dos mil liras al mes solamente por eso? Me parece demasiado dinero para tan poco trabajo, General.

Vagas hizo un gesto de impaciencia.

—Lo que a usted le parece poco importante puede tener un gran valor para un departamento de información militar. Simplemente ocurre que usted no está muy enterado de estas cuestiones. Es de una importancia vital para las autoridades militares y navales de cada país poder precisar las potenciales capacidades defensiva

y agresiva de cualquier otro Estado. Esto constituye un lugar común, una necesidad reconocida. Todos los gobiernos nombran agregados militares y navales en sus embajadas y legaciones en el extranjero. Su misión oficial es recoger información. Pero piense un momento en esto: ¿de dónde sacan sus informaciones estos agregados? ¿De quién, si no de las muchas personas cuya misión consiste precisamente en guardar esa información? La obtención de rigurosa información militar relativa a los recursos de un posible enemigo es una precaución de rutina, esencial para la seguridad nacional. ¿Es que podemos esperar que el posible enemigo opte por comunicársela oficialmente a nuestros agregados? Evidentemente, esto es absurdo. Tenemos que arreglarnos por otros medios. Tenemos que comprar la información donde podemos. Esto es todo. Puede estar usted seguro, Mr. Marlow, de que solo compramos lo que nos hace falta.

Yo no dije nada. El General continuó:

—Además, si todavía le queda alguna duda acerca de la honorabilidad de comunicar una información tan exigua a un tercero, permítame que le llame la atención sobre un hecho. Durante los últimos nueve meses, los señores de Spartacus han gozado de una prosperidad firme y creciente en este país. Han recibido más pedidos de Italia que de todo el resto del mundo. Pues bien, hasta que ocurrió el desgraciado accidente de Ferning nosotros recibíamos regularmente esa información que ahora le estoy pidiendo. Tenga en cuenta esta otra posibilidad. Yo podría emplear agentes profesionales para este trabajo y casi seguro que recibiría la misma información, aunque por otros conductos. Solo que, en este caso, el procedimiento sería mucho más complicado y, por consiguiente, más caro. ¿Comprende usted la cuestión? A usted se le paga no tanto por facilitarnos una serie de hechos relativamente vulgares, sino, sobre todo, porque nos ahorra una cantidad enorme de molestias y de gastos si queremos obtenerlos por otro conducto. ¿Comprende, Mr. Marlow? Dígame francamente lo que piensa.

Yo me quedé silencioso, con la mirada fija en el fuego durante un rato largo. Se oía el tictac de un reloj. ¡Conque era esto! Esta era la oferta que Zaleshoff deseaba que yo atendiera, la oferta que, según él, podía interesarme.

—¿Y bien, Mr. Marlow?

—Es una propuesta muy poco corriente —dije un tanto estúpidamente.

—No tanto como usted cree —contestó el General con tranquilidad—. Le puedo asegurar que ni la más escrupulosa conciencia tendría nada que objetar. Sería una simple cuestión de negocios, un arreglo confidencial y rutinario entre dos hombres de honor.

Me puse de pie.

—Sí, así lo veo yo también. ¿He de comprender, por lo tanto, que no tendría usted ningún inconveniente en que yo comunicase la propuesta a Mr. Pelcher, el director general, con el objeto de obtener su consentimiento para discutir el asunto más detenidamente con usted?

El General se acarició el labio inferior.

—No se lo aconsejaría, Mr. Marlow. Un arreglo privado entre usted y yo no afecta para nada a su Compañía; si usted le da estado oficial, pondría a Mr. Pelcher en una situación embarazosa. Él lo tomaría como una cuestión de honor. Con razón o sin ella, su director se cree obligado a guardar discreción en todo lo relativo a sus clientes.

—¿Y no cree usted que yo, en cuanto representante de Spartacus, tengo la misma obligación?

—Como usted mismo apuntó, Mr. Marlow, su posición es, en cierto sentido, impersonal. Usted no acepta ninguna responsabilidad por la naturaleza de las actividades de su Compañía. Usted no permite, y con razón, que sus sentimientos de lealtad hacia su propio país se interfieran en los negocios. ¿Por qué iba a permitir que un vago sentimiento de lealtad hacia la Compañía sembrara la confusión en su mente?

—Mi Compañía tiene derecho a mi lealtad porque me paga para que la represente.

—Sí, ya. Y su país no le paga.

No había el menor tono de burla en su voz. Yo empecé a perder el control.

—Me temo que no voy a poder admitir su interpretación de los hechos... Usted dice que toda duda relativa a la lealtad hacia mi país está descartada, pero yo no tengo ninguna razón a no ser su palabra para confiar que así sea.

—¿Duda usted de mi palabra, Mr. Marlow?

—No, pero pienso que usted puede estar influido por su propio punto de vista.

—Fering, su antecesor, no lo creía.

—Posiblemente no —repliqué mirando el reloj—. Creo que debo irme, General. Son las doce y media, y mañana tengo que levantarme temprano. Muchas gracias por esta velada tan agradable.

El General se puso de pie.

—¿Otro coñac antes de irse?

—No, muchas gracias.

—Como quiera. En cuanto al asunto de que hemos hablado —me puso la mano sobre el hombro— no es preciso que tome una decisión inmediata. Piénselo con calma. Naturalmente, no pretendo que usted haga nada que le cause la menor incomodidad. Espero que usted se dará cuenta de que no estoy equivocado.

La luz de la vela se reflejó por un instante en su monóculo. Mientras hablaba me daba golpecitos paternales en la espalda. Sentí unas ganas tremendas de quitarme su mano de encima.

—Buenas noches, General.

—Buenas noches, Mr. Marlow. Puede usted ponerse en contacto conmigo por teléfono en cualquier momento. Ya tiene el número. Espero su llamada, decida lo que decida.

—Creo que ahora mismo puedo decirle con toda seguridad que...

El General levantó la mano.

—No, ahora no, Mr. Marlow, por favor. Piénselo con calma primero, y espere unos días. Su... abrigo debe estar en el vestíbulo.

Cuando oí que la puerta se cerraba detrás de mí, sentí un profundo alivio. Tras la atmósfera caliente, cargada de incienso de la casa del General, el aire frío y húmedo de la noche resultaba reconfortante. Y tenía muchos problemas en que pensar mientras regresaba paseando hasta el hotel.

Ahora se explicaban muchas cosas. El apartamento de Ferning, por ejemplo. Dos mil libras al mes. Unas doscientas cincuenta libras al año. No estaba mal, teniendo en cuenta que lo que pedían a cambio no suponía gran cosa. Con doscientas cincuenta libras se podía amueblar una casa con todo lujo. Y además ahorrar un poco del sueldo. Con las pocas libras que me quedaban después de los dos meses que estuve sin trabajo, todavía podía aguantar en Inglaterra hasta encontrar un buen empleo. Pero todo este asunto estaba descartado. Ferning debía estar un poco loco para dejarse envolver en semejante juego. Vagas podía llamarlo como quisiera: información necesaria, precauciones rutinarias o convenio privado; no era más que un modo cortés de presentar el asunto. La palabra exacta era «espionaje». Y el espionaje es un crimen pura y simplemente. Si uno se deja comprometer, está perdido.

De todos modos, una cosa quedaba sin explicar. ¿Por qué Zaleshoff había insistido tanto para que yo aceptara la invitación de Vagas? Según éste, Zaleshoff era agente soviético. Y en cuanto a agente yugoslavo, Vagas estaba en condiciones de saberlo. El espionaje es, sin duda, como la industria: se conoce la competencia. De todos modos, todo este asunto resultaba más bien inquietante y bastante desagradable. Para mí, los espías eran algo que solo conocía a través de las noticias que de vez en cuando daban los periódicos. El fiscal aportaba pruebas convincentes *in camera*. Había un absurdo tono melodramático en este tipo de proceso. El docto jurista se ajustaba la peluca y comenzaba una pesada disertación sobre documentos secretos, «innominadas potencias extranjeras», reuniones clandestinas y un siniestro tercer hombre que «había abandonado el país». Todo parecía irreal, un mundo completamente aparte, que no tenía nada que ver con la vida ordinaria de uno. Sin embargo, este mundo de espionaje y contraespionaje existía. Los espías tenían que vivir en alguna parte. Tenían que llevar a cabo su trabajo, como todo el mundo. El hecho de que yo hubiera tropezado con dos de ellos en una ciudad industrial italiana no tenía nada de sorprendente. Ni resultaba particularmente melodramático. Las potencias extranjeras no eran anónimas y las notas de Ferning solo con un gran esfuerzo de imaginación podían ser consideradas como «documentos secretos». Se trataba simplemente de una cuestión de negocios —con gran sorpresa me di cuenta de que me estaba haciendo eco de las palabras del propio Vagas—. ¿Y qué tenía que ver Zaleshoff en todo esto? Sería divertido saberlo, concluí. Mi curiosidad se había despertado y no veía ningún inconveniente en satisfacerla. Un espía no se lo

encuentra uno todos los días. Había que aprovechar la oportunidad. Evidentemente, Zaleshoff sabía lo que Vagas se traía entre manos y su comportamiento en la Opera demostraba claramente que no quería que Vagas se enterase de nuestra entrevista. Mi curiosidad se extendía también al curioso fichero de Zaleshoff. Sería interesante conocer más detalles sobre el General Vagas. También Claire estaría intrigada. Podía escribirle y hablarle de ello. Además, le debía una pastilla de jabón a Zaleshoff por el asunto del pasaporte. Esto ya no me hacía tanta gracia. Bueno, probablemente la explicación de la «profecía» de Zaleshoff sería sencilla, me dije entrecomillando mentalmente la palabra profecía.

En el momento de llegar al hotel me sentía muy airoso respecto a todo el asunto. Estaba adoptando la frívola actitud del hombre de mundo. Que es tanto como decir, pensándolo bien, que no me estaba dando cuenta de la gran idiotez que iba a cometer, como muy pronto me demostraría la siniestra y melodramática realidad. Si me hubiera dado cuenta de esto, no habría dormido tan profundamente como dormí.

Hasta que terminé de desnudarme y cuando ya estaba colgando la ropa en el armario, no me acordé del trozo de papel de la señora Vagas. Lo recogí del bolsillo del chaleco y lo desdoblé.

Constaba de seis palabras garabateadas desaliñadamente:

«Ha fatto morire il signor Ferning».

Me senté en la cama y lo volví a mirar desconcertado. «Ha hecho morir al Sr. Ferning». ¿Quién? Posiblemente Vagas. Vagas asesinó a Ferning. ¡Pero esto es absurdo! Ferning había sido atropellado. Evidentemente, se trataba de una malévolamente estúpida. No hacía falta ser especialmente agudo para darse cuenta de que entre Vagas y su mujer no había la menor huella de cariño. Y no era de extrañar. Ni con un gran esfuerzo de imaginación se podría considerar a ninguno de los dos como personas que suscitaban el menor afecto, ni física ni moralmente. ¡Pero esto! La pobre mujer estaba chiflada.

Me metí en cama. Claire se hubiera divertido mucho con lo de Ricciardo. Fue mi última reflexión antes de dormirme.

7 — Comida con Zaleshoff

El jueves por la mañana, telefoneé a Zaleshoff desde la oficina. Me contestó una

voz de mujer en italiano.

—*Pronto.*

—*Il signor Zaleshoff.*

—Un momento.

Un segundo o dos más tarde, se oyó la voz de Zaleshoff.

—*Qui Vittorio Saponi.*

—¡El mismo, seguro! Aquí Marlow.

Hubo un grito de alegría salvaje al otro lado:

—¡Hoooola, Marlow! ¿Qué tal se encuentra?

—Estupendamente, gracias.

—¿Lo ha pasado bien anoche?

—Magnífico. ¿Y usted?

—Muy bien. Espero que no le haya molestado mi desplante.

—Ni pizca. ¿Le permiten sus ocupaciones cenar conmigo esta noche?

—Encantado. Pero escuche: ¿por qué no viene a cenar a nuestro apartamento? La chica que estaba conmigo ayer noche es mi hermana. Está loca por conocerle —se oyeron ruidos de fondo como de una discusión—. Discúlpeme un momento —puso la mano sobre el auricular y hubo unos segundos de silencio—. Perdone la interrupción. Ha sido una pequeña discusión de colegiales. ¿Puede venir esta noche o no?

—Gracias. Será un placer.

—¿A qué hora termina su jornada?

—No antes de las seis y media.

—Llámeme al bajar y nos vamos juntos. ¿Vale?

—Entendido.

A las seis y media bajé hasta el tercero. Zaleshoff estaba solo en su oficina, tecleando furiosamente en una máquina de escribir portátil. Hizo un gesto con la mano saludando.

—Pase y siéntese. Si no le importa, permítame que termine esto y ya nos vamos.

Me senté. Al cabo de un minuto o dos, Zaleshoff quitó el papel de la máquina, escribió una dirección en un sobre, metió el papel en el mismo y lo cerró. Yo le observaba en silencio. Utilizaba gafas para leer. Le hacían más joven. De pronto, la idea de que podía ser un agente soviético me pareció descabellada. Los agentes soviéticos eran siniestras figuras con barba y grandes sombreros negros. Hablaban un inglés entrecortado. Este... Zaleshoff levantó la vista y sus ojos vivarachos tropezaron con los míos.

—Despachando la correspondencia del día —dije en plan de guasa.

—No. La correspondencia del día salió esta mañana.

—Ya —repliqué. Se me ocurrió una idea—. ¿Se fija usted en los sobres de las cartas que recibe?

Zaleshoff se sonrió sarcástico.

—¿Para ver si han sido abiertas? ¿Es eso lo que quiere decir, Marlow?

—En realidad, eso es exactamente lo que he querido decir.

—¿Le han abierto las suyas?

—Sí.

—¿Cómo se dio cuenta?

Le conté lo de la carta de Claire.

—¿Y ha ocurrido más veces después?

—No lo he vuelto a notar.

Zaleshoff se rió entre dientes:

—Se habrán puesto furiosos.

—¿Quiénes?

—Los pájaros que abren las cartas —replicó evasivamente mientras forcejeaba poniéndose el abrigo—. ¿Nos vamos?

—Bueno —pero me detuve en la puerta—. ¿No se olvida usted de nada, Mr. Zaleshoff?

—¿Eh?

—En cierta ocasión oí hablar de cierta ficha de su fichero. El número de referencia era V.18, creo. ¿No se acuerda?

Zaleshoff se palpó el bolsillo del chaleco.

—La tengo aquí, Marlow, cerca del corazón.

El apartamento de Zaleshoff estaba situado en un primer piso, sobre una tienda, en una calle cercana a la Piazza San Stefano. Constaba de dos habitaciones, cocina y cuarto de baño. Las habitaciones eran amplias, y una de ellas servía al mismo tiempo de dormitorio y sala de estar. Ambas daban la impresión de estar amuebladas muy aprisa. La sala de estar, sobre todo, presentaba un aspecto muy curioso. Sus muebles eran: una mesa de pino, dos cajones de embalaje toscamente disfrazados de mesitas de circunstancias a base de calicó azul, un lujoso diván todavía con la etiqueta en una pata, y una enorme y valiosa mesa de despacho de marquetería con su correspondiente librería. Las paredes estaban pintadas de blanco bastante descuidadamente.

—Es raro —dijo Zaleshoff— que esto no tenga peor aspecto todavía. Partimos en dos trozos la lista de compras y salimos a comprarlo todo en un par de horas. Esta mesa de despacho me la vendió un sujeto con labio leporino. Es bonita, pero Tamara cree que fue un gasto excesivo. Fue ella la que puso ahí esos cajones. Vale más que pruebe usted ese diván. Lo he comprado yo también. ¡Tamara! —gritó. Se volvió hacia mí de nuevo—. Quítese el abrigo, Marlow, y encienda un cigarrillo. Ahí en la librería debe haber alguno. Dispéñeme, ¿quiere?, voy a ver si echo un vistazo a la cocina.

—Es demasiado tarde —dijo una voz.

Un tanto desconcertado, me giré en redondo. La chica estaba en la puerta

quitándose el delantal.

—Y es perfectamente posible —añadió— sentarse en los cajones. Yo misma he arrancado los clavos.

—¡Oh, estás ahí! —dijo Zaleshoff—. Esta es mi hermana Tamara, Marlow.

Ella se sonrió. Yo le devolví la sonrisa.

—Me alegro que haya venido, Mr. Marlow —dijo—; temía que estuviera usted enfadado con nosotros por no haberle hablado anoche. Seguramente Andreas le habrá explicado por qué no lo hicimos.

—De momento —repliqué—, no me ha dado ninguna explicación. Pero estoy completamente seguro de que sería convincente.

—Andreas, dijiste que...

Zaleshoff hizo un movimiento con su brazo:

—Discutiremos esa cuestión después de haber comido. ¡A tu cocina, Tamara!

Ella movió la cabeza con resignación y desapareció en la cocina.

Zaleshoff se rió entre dientes.

—¿Una copa, Marlow?

—Gracias.

—¿Whisky? Tengo una botella especial.

—Muy amable por su parte.

Zaleshoff cogió unos vasos de la librería.

—Toda amabilidad es poca para un hombre que ha podido aguantar a Vagas toda una noche.

—¡Ah! Entonces usted le conoce.

—Le conozco *de oídas*. Y ya es bastante.

—¡Desde luego!

—Apostaría a que le ha prevenido contra mí, ¿o no?

—En cierto modo.

—¡Ah, bien! ¡A su salud!

—¡A la suya!

En este momento entró la chica con una bandeja en la que traía una cacerola de cobre.

—¿Le gusta el *goulash* auténtico, con pimentón, Mr. Marlow?

—Me encanta.

—Estupendo, porque eso es lo que hay aquí.

—Me gustaría saber —gruñó Zaleshoff— qué habrías hecho si te hubiera dicho que le daba náuseas. Abrir *otra* lata, supongo.

La cena transcurrió en medio de un tiroteo continuo de amables indirectas entre los dos hermanos. Evidentemente, se trataba de una sesión ejecutada en mi honor, pero resultaba divertido y empecé a sentirme realmente a gusto. El *goulash* estaba delicioso. La compañía de Zaleshoff y su hermana era, además, agradable y estimulante. Por primera vez desde que había abandonado Inglaterra, empezaba a

sentir una cierta simpatía hacia los que me rodeaban. Al final, animado por un estómago lleno de *goulash*, empecé un malévolo relato de la velada que había pasado en compañía del General Vagas y su mujer. Sin embargo, no mencioné para nada la proposición del General y Zaleshoff tampoco se refirió a nuestra conversación anterior sobre el asunto. Parecíamos tres amigos corrientes hablando acerca de un cuarto. Luego, de pronto, el ambiente cambió de signo. Y cambió para peor.

Les había estado contando con gran regocijo lo de Ricciardo y el incienso. Ambos reían. Entonces, de un modo totalmente casual, continué con la nota que la señora Vagas me había dejado en la mano y con mi diagnóstico acerca de la salud mental de la buena mujer.

El efecto de mis afirmaciones fue sensacional. Se hizo un silencio total en la habitación. Fue como si alguien hubiera apagado una radio que estaba a todo volumen.

—¿Qué decía la nota?

En la voz de Zaleshoff había una tranquilidad excesiva. Los ojos de la chica se quedaron fijos en el plato.

—La tengo en el bolsillo, si la quiere ver. Pero, ¿por qué? ¿Qué pasa? No la tomarán en serio, supongo.

Zaleshoff echó un vistazo a la nota y me la devolvió con un encogimiento de hombros.

—No, no la tomo en serio. Es obra de una mujer rencorosa. No le hubiera dado la menor importancia si no fuera por una cosa.

—¿Qué cosa?

—Da la casualidad de que lo que dice ahí está muy cerca de la verdad.

No pude menos de abrir los ojos desmesuradamente.

—Pero Ferning fue atropellado.

—Ferning —dijo Zaleshoff con firmeza— fue asesinado.

—¿Qué demonios está usted diciendo?

—Lo que oye.

Yo me puse de pie.

—Escuche una cosa, Zaleshoff. Me ha invitado usted a una magnífica cena y lo he pasado francamente bien. Pero le digo con franqueza...

El americano no me dejó continuar.

—Siéntese, Marlow. Ha llegado el momento de que usted y yo hablemos en serio...

—No voy a...

—Siéntese, *por favor* —dijo levantando la voz.

—Sí, Mr. Marlow —dijo la chica—, siéntese. Se podría indigestar. Póngase un poco más de whisky.

—No quiero whisky, gracias, y no quiero sentarme.

Yo vibraba de indignación.

—Muy bien, pues siga de pie entonces —gruñó Zaleshoff—, pero escúcheme un momento.

—Le escucho.

—Bien, pues ahí va eso. No sé si está usted ciego o si solo está haciendo comedia. Pero si me lo permite, le diré que ya es hora de que el representante en Italia de la Spartacus Machine Tool Company empiece a plantearse unas cuantas preguntas.

—¿Por ejemplo?

—¡Diablos, hombre! —explotó Zaleshoff—. Lleva usted diez días en Italia. Le han retirado el pasaporte y le han ordenado que se presente en la policía todas las semanas como si estuviera en libertad provisional. ¿No le parece un poco extraño? Se han metido en su correspondencia y ha tenido a su ayudante, Bellinetti, a sus talones desde que ha llegado. Lo sé porque lo he visto. ¿No le dice nada esto? Y lo que es más, le han hecho una proposición que apesta a cien leguas, y se la hizo un pájaro que dice ser un General yugoslavo. Todo esto le ha pasado a usted, y en este momento se dispone a dejarme plantado —su mandíbula se desplazó hacia delante como un ariete—. ¡A mí, que soy el único que puede decirle de qué va todo esto!

Nos quedamos mirándonos mutuamente durante un momento.

—Bien —repliqué—, ¿de qué va, pues, todo esto?

—¡Ah! Eso está mejor —dijo Zaleshoff dando una sonora palmada—. Pero, por amor de Dios, tómese otro whisky.

—Muy bien.

—No me diga muy bien —añadió irritado— como si le estuviera ofreciendo un trago de ácido prúsico.

—Perdone. Naturalmente no esperaba usted que mi reacción ante esa historia del asesinato fuera la misma que ante un chiste de comadres.

—No le haga usted caso —dijo la chica.

—¡Cállate! —rugió Zaleshoff—. Ahora, Mr. Marlow —dijo volviéndose hacia mí en un tono de afabilidad nauseabunda—, ¿se siente usted con fuerzas para soportar la tensión del relato de unos cuantos hechos?

—Perfectamente.

—Pues este es el hecho número uno. Ayer noche, ese tipo llamado Vagas le ha hecho a usted una proposición consistente en lo siguiente, más o menos. Le dijo que actuaba en nombre del gobierno yugoslavo, el cual estaba dispuesto a pagarle a usted si le proporcionaba detalles acerca de la maquinaria Spartacus y de las casas italianas que la adquirirían. ¿Es así o no?

—Algo así.

—Probablemente no se lo planteó así. Le habrá dicho que se trataba de una simple información de rutina y que no había el menor riesgo en ello. Todo lo que usted tendría que hacer sería proporcionarle la información y guardar el secreto. ¿Correcto?

—Correcto.

—Bien. Pues esto, Marlow, es exactamente lo que dijo a Ferning hace nueve meses. Ferning...

—Un momento. ¿Se lo contó Ferning a usted...?

Zaleshoff movió la cabeza con impaciencia.

—Yo no llegué a hablar con Ferning nunca.

—Pero usted me dijo...

—... que le conocía. Sí. Igual que conozco al Presidente de los Estados Unidos.

—¿Entonces cómo sabe usted lo que Vagas le dijo?

—El *cómo* no tiene importancia —replicó molesto—. Lo importante es que *lo sé*. Escuche.

—Escucho.

—Vagas le hizo a Ferning la misma propuesta que a usted; envuelta en azúcar, exactamente igual que a usted. Pues bien, no sé lo que usted le habrá contestado. Hablaremos de eso más tarde. Pero Ferning se apresuró a aceptar el trato. Hay individuos que son incapaces de darse cuenta de que un negocio en el que se ofrece algo a cambio de nada siempre trae cola. Ferning era uno de esos tipos. Y, desgraciadamente para él, la cola resultó ser más bien una cadena de acero. Pronto Vagas empezó a necesitar, a cambio de sus dos mil libras mensuales, mucho más que un resumen de los archivos de Spartacus. Tenga usted presente que el cuento de que las actividades de Spartacus en Italia tienen interés militar para una potencia extranjera es bastante exacto, tal como Vagas lo presentó; este tipo de información ha de ser recogida de algún modo. Solo que el caso de Vagas no es más que el arenque para pescar la ballena —hizo una pausa—. ¿Se da cuenta, Marlow, lo valioso que es para Vagas un hombre como usted?

—Ignoro qué clase de individuo es Vagas.

—¡Ah, bien! A eso voy. Lo que yo pienso es lo siguiente. Usted se pasa la mayor parte del tiempo husmeando en torno a las grandes fábricas italianas de armamento; tiene una legítima razón para ello. Para un agente extranjero, usted sería una mina de oro.

—¿No exagera usted un poco?

—Ni pizca. Considere el asunto desde este punto de vista. Imagínese un grupo de jugadores de *poker* sentados en torno a una mesa. Usted se pasea por la habitación con su cigarrillo en la boca, preguntándose qué va a pedir para cenar. A usted no le interesa el *poker* y menos los jugadores. Bien. Supongamos que uno de los jugadores le hace una proposición. Imaginemos que le dice: «Oiga, Marlow, mientras usted se pasea por ahí, suponiendo que eche un vistazo por casualidad a las manos de esos individuos, dígame lo que ha visto y yo le recompensaré. Es muy sencillo. Yo le diré lo que me interesa saber. Usted no tiene más que darme la información». ¿Ha comprendido usted? Vagas es ese jugador.

—Sí, pero Vagas no me ha pedido nada de eso.

—Espere un momento. Volvamos a los jugadores de *poker*. Supongamos que

usted acepta el chanchullo de uno de estos pájaros. Un día este tipo le dirá: «Oiga, Marlow, si no me dice lo que esos chicos tienen en la mano le cuento a su jefe que recibe dinero mío». ¿Qué pasará entonces? ¿Qué podría hacer usted?

—Pero Vagas *no* puede contar nada.

—¿Que no puede? Pues a Ferning le dijo que podía. Al cabo de un mes o mes y medio de que Ferning empezase a recibir dinero de Vagas, éste se puso duro. Mr. Ferning tenía que aprovechar su acceso a las fábricas de armamentos para proporcionar a Vagas la información que éste necesitaba. Si Mr. Ferning no hacía lo que se le pedía, entonces Vagas pondría al corriente a Mr. Pelcher. El resultado fue que Ferning cedió. Siguió recibiendo sus dos mil libras al mes, pero a cambio de mucho más de lo que creía en principio.

—¿Quiere usted decir que se dejó coger en la trampa? O mejor sería decir en el farol de Vagas. Porque después de todo, el General no podía utilizar contra Ferning nada comprometedor, a no ser su palabra. Y Pelcher no era tonto.

—No, ni Vagas tampoco. No era su palabra la única arma que podía utilizar contra Ferning. Tenía pruebas. Si Pelcher no le creía, lo único que tenía que hacer era enviarle los resultados de los primeros meses de trabajo de Ferning. Pelcher no tenía más que comparar la versión de Vagas acerca de las operaciones de Spartacus con sus propios registros, mes por mes, para ver que Vagas tenía razón. ¿De acuerdo?

—Sss... sí. Ya comprendo. Pero, ¿qué tiene esto que ver con lo que ha dicho usted de que Ferning había sido asesinado?

—¡Ah! —Zaleshoff me apuntó con el dedo—. Eso viene ahora. ¿Otro whisky?

—Gracias. Creo que lo necesito.

—¿Vichy o soda?

—Vichy, por favor.

Llevamos a los labios nuestros vasos con aire misterioso. Zaleshoff lo dejó sobre la mesa con un golpe.

—¿Ha oído hablar usted alguna vez de la Ovra, Marlow?

—No. ¿Qué es eso, una hortaliza?

—Era una interrogación retórica, Mr. Marlow —dijo Tamara—. Usted no necesita más que mover la cabeza. Mi hermano sabe perfectamente que no tiene la menor idea de lo que es la Ovra. Se lo ha preguntado para impresionarle.

Zaleshoff pegó un puñetazo en la mesa.

—¡Silencio, Tamara! —de pronto me puso la cabeza ante la nariz—. ¿Ve estas canas, Marlow? Son obra de la encantadora hermana que tiene usted delante.

No pude ver el más leve indicio de una cana, pero no hice ningún comentario.

—Estábamos hablando de la Ovra —recordé.

—¡Ah, sí! —dijo Zaleshoff mirándonos furtivamente.

Bebió un trago y luego continuó.

—La palabra Ovra, Marlow está formada por las iniciales de cuatro palabras italianas: *Organizzazione Vigilanza Repressione Antifascismo* —organización de

vigilancia para la represión antifascista—. En otras palabras: policía secreta; la contrapartida italiana de la Gestapo nazi. Sus miembros son una pandilla de magníficos chicos, lo mejorcito que se puede encontrar. ¿Ha oído usted hablar de la Mafia, la sociedad siciliana de terrorismo? Pues bien, estos tipos fueron los inventores del sistema de protección por la fuerza. El que no quería o no podía pagar era molido a palos o liquidado. Solo en la provincia de Palermo atizaron a unas dos mil personas en un año. Chicago era un juego de niños comparado con esto. Pero en mil novecientos veintitrés los fascistas tuvieron una idea: aplastar a la Mafia. Les costó tiempo, pero lo consiguieron. Una de las bendiciones del fascismo, proclamaron. Pero fue un éxito arreglado, como tantos otros éxitos fascistas. Algunos de los matones de la mafia emigraron a los Estados Unidos llevando consigo su asociación, lo cual fue estupendo para los italianos, pero no tanto para el pueblo americano. La gran mayoría de ellos, sin embargo, fueron reclutados por la Ovrá, repartidos a lo largo de todo el país, de suerte que no pudieran reorganizarse, y puestos a trabajar en nombre del gobierno. *Esto* ya no fue tan bueno para el pueblo italiano. El primer trabajo de gran envergadura de la Ovrá fue liquidar a la oposición: los liberales y los socialistas. Esto ocurrió en el año veinticuatro. Una de sus actuaciones fue especialmente sonada: el asesinato del líder de la oposición, Matteotti, pocas horas antes de que publicase las esperadas pruebas documentales en apoyo de un discurso suyo en el que había acusado duramente al gobierno fascista. Fue todo un éxito. Pero no significó más que el comienzo. Fueron éstos los padres del gangsterismo americano; conocían bien el oficio. El italiano común es un tipo estupendo. Un poco inclinado al dramatismo en sus cosas, tanto personales como nacionales, pero es un individuo magnífico: encariñado con su mujer y con sus hijos, buen trabajador, vive su vida en la medida de lo posible.

No se puede luchar contra el terrorismo a base de indignación.

El terrorismo siempre vence. El gobierno lo sabía. Por eso creó la Ovrá para consolidar su posición. La liquidación de la oposición fue una página sangrienta de la historia de Italia contemporánea, como usted puede ver. Palizas, torturas, asesinatos; de todo hay en el activo de la Ovrá. La tradición de la Mafia ha sobrevivido. La Ovrá es todopoderosa. Se ha convertido en una fuerza de policía secreta de carácter regular. El gobierno italiano nunca ha negado su existencia.

Se calló un momento y me observó inquisitivamente:

—Probablemente se estará usted preguntando qué tiene que ver todo esto con Ferning, ¿no? Pues bien, tiene mucho que ver, por la sencilla razón de que uno de los departamentos de la Ovrá se ocupa del contraespionaje. Tienen una sección que se llama Departamento de Asuntos Exteriores que no hace otra cosa. Y es muy activo. No pasó mucho tiempo sin que se enterasen de las actividades del amigo Ferning.

—¿Cómo lo lograron?

—La respuesta se llama Bellinetti.

—¿Bellinetti?

—Es agente de la Ovrá. Seguro. Alguien calculó una vez que, como mínimo, el diez por ciento de los habitantes de las grandes ciudades italianas trabajan directa o indirectamente para la Ovrá. Reclutan a sus agentes y los mantienen en un sistema de vigilancia mutua. El agente A vigila al agente B, éste vigila al agente C y así sucesivamente. Su vecino de enfrente puede ser de la Ovrá. Y él piensa que lo puede ser usted. ¿Qué se consigue con esto? Cuando los dos rompen la barrera de la desconfianza y logran tener una charla sobre política, ambos se desgañitan por demostrar cuán profunda es su adhesión al régimen. «Mussolini siempre tiene razón»; éste es el precepto número ocho del decálogo fascista. Ahí tiene usted un sistema bastante bueno, que trata de lograr que la gente se trague todo esto y que lo conserve en el estómago.

—¿Pero qué ocurrió con Ferning?

—Ferning, como he dicho, fue apuntado en la lista negra. La cuestión era: ¿cómo deshacerse de él? Naturalmente, es solo una sospecha mía, pero supongo que las cosas habrán ocurrido del siguiente modo. Ferning era un peligro. Había que detenerle. Pero había que tener en cuenta que se trataba de un súbdito británico y que trabajaba para una casa con la que el gobierno desea mantener buenas relaciones. Necesitan esas máquinas S2; cuantas más puedan adquirir, mejor. Detener a Ferning hubiera levantado demasiado ruido. Solo se podía hacer una cosa: liquidarle. Por eso echaron mano del pelotón de asesinato.

—¿Quiere usted decir que fue atropellado adrede?

—Lo digo. Ya habían utilizado el mismo sistema tres veces antes. Dos en Nápoles y una en Cremona. La víctima de Cremona era un representante sindical que no quería dar su brazo a torcer. Era popular entre los trabajadores, así que lo mejor fue simular un accidente. Da un resultado magnífico. Un hombre atropellado. ¡Mala suerte!, pero ocurre todos los días. ¿Quién podría desconfiar?

Zaleshoff se recostó en el diván y terminó su whisky. Yo me quedé pensativo por un momento; luego, saqué de la cartera la hoja del cuaderno de notas de Ferning.

—He hallado esto en la mesa del despacho de Ferning. Las dos primeras líneas se refieren a transacciones de Spartacus con la fábrica Braganzetta de Turín. He podido descifrar una parte sin dificultad. ¿Puede decirme qué significa lo demás?

Cogió la hoja y la estuvo observando durante un momento. Luego su cara se iluminó.

—Sí, puedo decirle lo que significa. Como usted ha dicho, las dos primeras líneas se refieren a tres modelos especiales de S2 destinados a la producción de balas para fusiles antiaéreos, y un modelo *standard* para los talleres de Braganzetta. Lo que viene después...

—¡Eh, un momento! —aclaré con suspicacia—, yo no *he hablado* para nada de tres modelos especiales de S2. ¿Cómo lo sabe usted?

Zaleshoff me miró levemente sorprendido.

—Es evidente. Solo hay que fijarse en estas notas para darse cuenta.

Tanto su tono como su explicación me parecieron extremadamente poco convincentes, pero no dije nada. El americano continuó:

—Lo demás se refiere a un navío de guerra de cuarenta mil toneladas construido en Spezia y que será terminado dentro de catorce meses. Se espera, dice, que tenga un cinturón de seis metros de ancho de blindaje a base de acero y manganeso y de 1,2 metros de espesor. Irá provisto de fusiles antiaéreos navales de seis por cincuenta y cinco centímetros y una elevación de treinta grados, fabricados seguramente en los talleres Braganzetta. Una fábrica de Génova hace las monturas. Probablemente se trata de los talleres Grigori-Sforza —me devolvió la hoja—. Y así sigue dando más detalles.

—¿Y usted ha deducido todo esto con solo mirar estas notas? —pregunté sarcástico.

Zaleshoff se encogió de hombros.

—La cosa resulta muy clara cuando uno sabe lo que está buscando. Probablemente se trata del último informe que Ferning redactó para Vagas.

—Comprendo —no comprendía mucho, pero era totalmente inútil contestar—. Bien, todo esto es realmente sorprendente, pero todavía no veo qué tiene que ver conmigo.

—¿No lo ve? —Zaleshoff hizo un gesto de desesperación—. Tamara, no lo ve...

—No, no lo veo —respondí de mal humor—. Usted sabe muy bien que no lo veo.

El relato tranquilo de lo que a mí me parecía una historia truculenta no solo me había chocado, sino que además me puso furioso.

—Pues es realmente muy sencillo, Mr. Marlow —dijo la chica en tono tranquilizador—. Comprenda: habiendo descubierto que Ferning andaba metido en cuestiones de espionaje y habiéndole asesinado, la Ovrá está predispuesta a ver en usted, como sucesor de Ferning, un cierto número de actos sospechosos. Usted puede intentar el mismo juego.

—Pero, ¿por qué no han asesinado a Vagas? ¿Por qué asesinaron a Ferning? Al fin y al cabo, éste solo era un subordinado.

—Porque Vagas —gruñó Zaleshoff— es un plato demasiado fuerte. Ha conseguido una nueva variación en el magnífico y antiguo juego del chanchullo, con resultados muy brillantes. No limita sus actividades al espionaje. En esto demuestra ser muy listo. Se cubre haciendo pequeños negocios marginales. Toda una serie de prominentes oficiales del ejército verían desaparecer una buena parte de sus ingresos si Vagas fuera liquidado. Saben que es un agente extranjero, pero están tranquilos porque lo tienen controlado y no le permiten que consiga nada realmente útil. En esto se equivocan, porque Vagas consigue lo que quiere. Los tiene engañados haciéndose pasar por tonto cuando la realidad es que se ríe de ellos. El secreto estriba en que, como los negocios privados con Vagas son muy rentables, *prefieren* pensar que es un pobre diablo.

—¿Y qué hay de mi pasaporte?

—Nada extraño. Es un magnífico sistema de tenerle cogido. Saben muy bien que cuesta un trabajo verdaderamente endemoniado obtener un pasaporte nuevo, aun cuando haya poderosas razones para suponer que el primero ha sido destruido. Las formalidades se alargan indefinidamente. Mientras que el pasaporte no caduque, mientras solo se trate de un simple extravío, mientras haya una sola posibilidad de que aparezca, las dificultades se multiplican. Esto es lo que pretenden: si usted trata de abandonar el país tiene que obtener del Consulado un documento de identidad para viajar, pero había que contar con un visado de la policía. En otras palabras, no puede abandonar el país sin su visto bueno. Le tienen muy bien cogido.

—Supongo que lo de abrirme las cartas era obra de ellos también.

—Seguro. Tenían que mantener en jaque a Bellinetti. Es su método.

Me quedé en silencio por un momento. Intentaba ver mentalmente el asunto en su perspectiva correcta. Vagas, Ferning, Bellinetti. Ferning, con sus pequeños ojos vivarachos, su ademán de protesta, había sido la víctima propiciatoria. *Entre paréntesis*: un hombre asesinado. Ferning era la oveja, Vagas y Bellinetti los lobos; lobos que cazaban en jaurías diferentes. ¿Y qué papel desempeñaba en todo esto la figura de Zaleshoff? Desde luego, a él no se le podía aplicar el papel de oveja. De todas formas, ¿qué más daba? A mí personalmente no me afectaba. No iba yo a cometer el mismo error que Ferning. Cuanto menos supiese, mejor. No hacer preguntas...

Levanté la vista.

—Bien —dije en tono crispado—, ha sido usted muy amable, Zaleshoff, en contarme todo esto para prevenirme de los peligros de la gran ciudad. Pero da la casualidad de que sus advertencias son innecesarias. Ya he dicho a Vagas que no quería saber nada de su preciosa oferta.

—¿Quiere usted decir —contestó Zaleshoff con parsimonia— que Vagas ha permitido que usted le cortara en seco?

Me eché a reír. Me sentí muy seguro de mí mismo.

—No exactamente. No quería ninguna respuesta. Quedamos en que yo le telefonaría para comunicarle mi decisión. Pero yo ya había tomado mi decisión antes de verle a usted esta noche —dije con firmeza. Hice una pausa y luego continué—: Vagas debe tener una sangre fría de mil diablos para ponerme a mí en situación de ser la próxima víctima de la Ovra.

—Evidentemente, Vagas no sabe que la muerte de Ferning no fue un accidente, de lo contrario se hubiera entrevistado con usted más discretamente. Incluso habría podido pensar que perdía el tiempo estableciendo contactos con usted.

—¿Y lo de la señora Vagas? Evidentemente, ella cree que su marido es el responsable de la muerte de Ferning. ¿Pero, cómo...?

—¡Exacto! —dijo Zaleshoff frunciendo el ceño—. Por eso ese papel me ha desconcertado un poco. La señora Vagas sabe más de lo que parece.

—Bien, en cualquier caso —dije con firmeza—, eso no me afecta. Mi decisión ya

está tomada, y lo que usted me ha dicho no hace más que reafirmarla.

Zaleshoff me observó cuidadosamente mientras se rascaba el mentón.

—Creo que no me ha entendido usted bien —dijo tranquilamente.

—¿Entender, qué?

El americano suspiró:

—Mis motivos para darle toda esta información.

—Bien, usted dirá.

—También yo tengo una proposición para usted.

No pude evitar la risa.

—Bueno, hágala. No creo que sea peor que la de Vagas.

Zaleshoff carraspeó tímidamente. Por vez primera aparecieron en su rostro señales de encontrarse claramente cohibido.

—De eso se trata, precisamente, Marlow —comenzó, pero se detuvo.

—¿De qué?

—Deseo que telefonee usted al General Vagas y que le diga que, pensándolo bien, ha decidido usted aceptar su oferta.

8 — *Proposición*

—Será mejor que se tome otro whisky —añadió.

Y entonces yo estallé en ruidosas carcajadas. Los dos hermanos me miraban en un embarazoso silencio.

—Mi querido Zaleshoff —exploté al fin—, hágame el favor de ahorrarse sus pesadas bromas.

Mi intención había sido molestarle y lo conseguí. Zaleshoff se ruborizó.

—No es una broma, Marlow.

—¿No? —volví a reírme a carcajadas. Mi humor era excelente—. Entonces si no es una broma, ¿qué demonios es?

Zaleshoff hizo un esfuerzo manifiesto por mantener la calma.

—Si me lo permite, le voy a explicar...

—¡Explicar! ¡Explicar! —el tono de mi voz se había elevado—. No ha hecho otra cosa en toda la noche. Ahora, permítame que sea yo quien me explique. Soy ingeniero y he venido a Milán con una misión concreta. Tengo un empleo y me

propongo cumplir con las obligaciones del mismo. No me interesa en absoluto ningún tipo de proposición que no afecte o promueva los intereses de mi Compañía. ¿Ha quedado absolutamente claro? Porque si no está claro, lo único que haré es darle las gracias por su magnífica cena y marcharme.

En la cara de Zaleshoff se adivinaba la tormenta. Cuando terminé, respiró profundamente y abrió la boca para hablar. Pero su hermana se le adelantó.

—Un momento, Andreas —dijo volviéndose hacia mí—. Mr. Marlow —continuó fríamente—, alguien dijo una vez que los ingleses eran la raza más odiada de la tierra. Estoy empezando a comprender lo que esto significa: estupidez, orgullo, cerrazón mental, autocomplacencia, obstinación, tozudez...

—¡Tamara!

Estaba roja de rabia.

—Calla un momento, Andreas. No he terminado todavía. Usted, Mr. Marlow, ha venido a Milán sin tener idea de nada, a no ser de su misión como ingeniero. Esto lo comprendo. Pero que se niegue usted a escuchar lo que alguien tiene que decirle acerca del mundo que cae fuera de su estrecha mente, eso *no lo puedo* entender. ¿No conserva usted una chispa de curiosidad en su interior?

—Creo que ha llegado el momento de marcharme.

Ella se levantó y apoyó su espalda en la puerta.

—¡Oh, no! Usted no se va. ¡Tiene que escuchar a mi hermano!

—Déjalo marchar, Tamara —dijo Zaleshoff con tranquilidad—. No tiene importancia. Ya nos arreglaremos sin él.

Durante un momento me quedé de pie sin saber qué hacer. Me sentía cohibido, desconcertado y un tanto avergonzado. Después de todo, me estaba negando a escuchar. Además, la última frase de Zaleshoff me había herido en mi amor propio. «Ya nos arreglaremos sin él». Es ese tipo de frases que se dicen a los niños, para avergonzarles y empujarles a que hagan lo que no quieren. Inexplicablemente, estaba produciendo el mismo efecto sobre mí. Muchas veces me he preguntado si no fue esta la intención exacta de Zaleshoff. Era una mentalidad muy extraña y desconcertante la suya. Su modo de aprovechar los momentos emocionales más vulgares resultaba sumamente sorprendente. Uno nunca sabía con seguridad si su actitud era estudiada o no, y, caso de que lo fuese, si trataba de subrayar u ocultar lo que decía. En aquel momento, sin embargo, me decía a mí mismo que me estaba comportando como un chiquillo, que lo mejor que podía hacer era poner en práctica la intención expresada y largarme. Pero a pesar de todo, me quedé allí.

La chica se apartó de la puerta.

—¿Y bien, Mr. Marlow? —me increpó en tono desafiante.

Yo me volví a sentar con un suspiro y, encogiéndome de hombros, dije serenamente:

—No sé a dónde quieren ustedes ir a parar, pero me tomaré otro trago si eso les consuela.

—Seguro —dijo Zaleshoff con un gruñido.

Y sin pronunciar otra palabra, sin exteriorizar siquiera un gesto de sorpresa, se levantó y sirvió más whisky. La chica se acercó a mí.

—Lo siento mucho —dijo en tono de arrepentimiento—. He sido demasiado brusca. Pensará usted que somos unos huéspedes muy extraños.

Eso era exactamente lo que pensaba, pero sonreí con una mueca.

—No se preocupe. Supongo que ha sido un momento de mal humor.

Zaleshoff me pasó un vaso y dijo refiriéndose a su hermana:

—Es raro que todavía ningún hombre como Dios manda no le haya pegado un tiro.

—Probablemente —replicó mordazmente ella—, porque los hombres como Dios manda no llevan armas —y continuó, examinándome con curiosidad—: ¿Por qué no me ha tirado algo a la cabeza hace un momento, Mr. Marlow?

—Porque no había nada a mano —dijo el hermano con aspereza—. Y ahora, Tamara, por lo que más quieras, continúa con tu costura. ¿Está usted casado, Marlow?

—No. Prometido. Ella está en Inglaterra.

Zaleshoff arqueó las cejas.

—No quisiera parecer preguntón, pero, ¿hay alguna razón particular por la que haya aceptado este empleo aquí?

—Sí. He sido una víctima más de lo que eufemísticamente se llama un receso de mercado. No encontraba ningún trabajo que valiera la pena en Inglaterra. Mis ahorros ya casi se habían agotado. Estaba desesperado, y un buen día acepté la oferta de Spartacus.

—Comprendo. Entonces supongo que no tendría inconveniente en aceptar las dos mil liras de Vagas, si le doy una razón lo suficientemente buena para ello.

Dudé un momento.

—Francamente hablando, Zaleshoff: no creo que exista ninguna razón que sea suficientemente buena. En este preciso momento me pregunto si no estoy completamente loco por seguir aquí sentado, escuchándole a usted, cuando podía estar recuperando un poco del sueño desperdiciado ayer noche. Pero estoy intrigado, lo confieso. No puedo creer que sea usted tan tonto como para perder una hora quitándome de la cabeza la oferta de Vagas si realmente está interesado en que la acepte.

—Yo no le estuve quitando nada de la cabeza. Me limité a referirle unos cuantos hechos.

—La distinción es demasiado sutil para mí. No estoy completamente loco, y usted lo sabe. ¿Supone que aceptaré gustoso seguir la suerte del pobre Ferning?

—No supongo nada por el estilo. No hay ninguna razón para que usted vaya a seguir esa suerte.

—Eso es exactamente lo que *estoy pensando*. Tengo la impresión de que esconde

usted algún triunfo en la manga.

—No. Simplemente deseo plantearle una situación.

—¡Adelante!

—¿Lee usted los periódicos estos días?

—Estos días, solo en la medida de lo posible. ¿Por qué?

—Ha oído usted hablar de una cosita llamada el Eje Roma Berlín.

—¿Quién no?

—¿Se ha fijado usted en lo que esto significa sobre un mapa?

—No puedo decirle que me haya molestado.

—Debería haberlo hecho. Es interesante. Un sólido frente estratégico que se extiende desde las islas Frisias en el Norte hasta el pie de Italia en el Sur. Este pie que está esperando la oportunidad de darle la patada a Inglaterra. La cabeza está preparada para tragarse lo que quede. El Eje Roma-Berlín es uno de los principios más eficaces que se haya establecido nunca en la estrategia política de Europa. La provocación mayor se dio ya con la idea de la Sociedad de las Naciones. Francia se ha visto privada de sus aliados de la pequeña entente. El resto de Europa está tan asustada que vive en un estado de nerviosismo permanente. Incluso los Estados Unidos empiezan a sentirse incómodos. Paulatinamente, el mundo empieza a girar en torno al Eje Roma-Berlín y la palabra tensión aparece ya de vez en cuando en los periódicos. Algo va a saltar, algo va a saltar; y si no es el Eje Roma-Berlín, seremos usted y yo. Los hombres de Estado de las llamadas democracias, Francia e Inglaterra, están quemando todos sus cartuchos para que sea el Eje el que salte primero. Y parece que están fracasando. Los acontecimientos van más rápidos que ellos. Tratan de comprar a Italia a base de dinero y no son capaces. Lo intentan de nuevo, pero no pueden hacer grandes ofertas por miedo a arruinarse en el negocio. Están perdiendo pie y lo saben. Y cada vez se aturden más. La confusión aumenta. Y mientras tanto, nos acercamos inexorablemente a la guerra. Los cuatro jinetes del Apocalipsis están listos para el ataque; y si estos cuatro chicos vuelven a pasearse por Europa, Marlow, ya puede usted decir adiós a todos sus sueños. Será una guerra que dejará al mundo intacto en todos sus aspectos menos en uno: la humanidad. Se formará un gobierno con el presidente Tifus presidiendo el congreso de las ratas cebadas de cadáveres.

Hizo una pausa.

—Apuesto a que está usted preguntándose a dónde va a parar todo esto. Se lo voy a decir. Todo esto nos lleva a plantear una cuestión. Suponga que alguien le dice que si usted adopta cierta línea de conducta, puede contribuir a prestar una ayuda muy, muy pequeña, pero muy, muy positiva para quebrar un poco la unidad del Eje. ¿Qué me diría usted a esto?

—Le diría que tiene la cabeza llena de pájaros.

Zaleshoff se sonrió.

—¡Hum, sí! Probablemente diría eso. Pero suponiendo que no tenga pájaros en la cabeza, suponiendo que hable con muy buen sentido, y suponiendo que pueda probar

lo que dice, ¿qué haría usted entonces?

Empecé a ponerme nervioso.

—No soy muy aficionado a esa clase de juegos retóricos tan vulgares, Zaleshoff. Vagas también tiene una auténtica debilidad por ellos. Vayamos a los hechos.

—Eso es precisamente lo que pretendo.

Metió la mano en el bolsillo y sacó una ficha doblada por la mitad.

—Usted quería información; ahí tiene el capítulo número uno. Es la ficha de mi archivo referencia número V.18.

La fotografía de Vagas era una instantánea de hacía varios años. Tenía más pelo en el centro de la cabeza y el de las sienes lo tenía recortado. La piel de la cara era más tersa. Llevaba cuello duro alto con una corbata ancha y lisa. Debajo de la foto había una ancha tira de papel pegada, escrita a máquina.

Johann Luitpold Vagas, nacido en Dresde en 1889. Heidelberg. Ejército 1909, 6.a caballería bávara. Berlín 1913. Ministerio de guerra. 1917: Cruz de Hiero y Estrella de Leopoldo. Refugiado en Belgrado en 1918. Nacionalidad yugoslava en 1922. 1924: representante en Yugoslavia de la casa Cator & Bliss Ltd. de Londres. Vuelve a Alemania en 1933. Regresa a Belgrado en 1934. Roma 1936. Milán 1937. Véase S.22, J.15, P.207, C.64, F.326.

Levanté la vista.

—Bien. ¿Qué significa todo esto?

Zaleshoff frunció el entrecejo.

—¿No hay nada que le llame la atención?

Volví a leer la ficha.

—Pues sí, parece que ha sido representante de una casa de armamento inglesa.

—Sí, vendía armas al gobierno yugoslavo; pero no me refiero a eso.

—Entonces, ¿a qué se refiere?

—Fue oficial del ejército alemán. En el dieciocho, cuando estalló la revolución, se largó a Belgrado y más tarde se hizo ciudadano yugoslavo. *Pero* —apuntó en el aire con el dedo—, en el treinta y tres volvió a Alemania. Fíjese en la fecha: mil novecientos treinta y tres. ¿Qué ocurrió en Alemania en mil novecientos treinta y tres?

—Subió Hitler al poder.

—Exacto. Cuando Alemania se hace Nazi, vuelve.

—Sí. Y al año siguiente se va otra vez. ¿Cómo se explica eso?

—De eso se trata precisamente. Vagas regresó a Alemania como yugoslavo, y volvió a Yugoslavia como alemán. Desde el treinta y cuatro al treinta y seis Vagas fue el principal agente secreto alemán en Belgrado. Era cosa fácil para él. Se trataba de un ex oficial alemán expatriado, con pasaporte yugoslavo, que era un patriota y

mantenía magníficas relaciones con el Ministerio de la Guerra de Belgrado en su condición de vendedor de armamento. ¿Qué más podía desear? El Servicio Secreto alemán siempre ha sido muy tacaño; apostaría a que Vagas sacaba una buena comisión de Cator & Bliss y no necesitaba dinero; lo haría por el honor de servir a su país como una atracción adicional. Por otra parte, un agente que no cobra siempre es una apuesta más segura que un sujeto que puede proporcionar información sin importancia para justificar su sueldo.

—Sí, comprendo. Pero si estaba, tan deseoso de servir a los nazis, ¿qué está haciendo aquí ahora, trabajando para el gobierno yugoslavo?

—¡Vaya, no está mal! —se sonrió seráficamente—. Este es el nudo de la cuestión. ¿Qué hace? —se inclinó hacia adelante—. Se lo voy a decir. La respuesta es: «nada». No trabaja para el gobierno yugoslavo; trabaja para los nazis.

—Pero si a mí me dijo...

—Hay una vieja expresión para lo que Vagas le dijo: «Dorar la píldora». Escuche. El diecinueve de octubre del treinta y seis, el Ministro italiano de Asuntos Exteriores, Ciano, se reunió en Munich con su colega alemán von Neurath. En esta reunión se forjó el Eje Roma-Berlín. Dos semanas después Mussolini dio publicidad al fausto acontecimiento en un discurso pronunciado en la Piazza del Duomo, aquí a la vuelta de la esquina. La multitud cantó el «Deutschland über Alles» y el «Horst Wessel» sonó a todo pulmón. Camisas negras y camisas pardas entremezclaron sus gritos de alegría. Italia y Alemania se juraron eterna amistad —hizo una pausa teatral—. Dos semanas más tarde, Vagas hacía las maletas y se trasladaba a Italia.

El americano dio un sorbo a su whisky.

—¿Ha visto usted a un perro y un gato dormir juntos sobre la misma alfombra, Marlow? Tal vez han sido criados juntos, tal vez se han acostumbrado el uno al otro, tal vez los dos se han encariñado con el mismo dueño. Pero nunca se sienten totalmente a gusto. El gato está siempre vigilante; el perro, cohibido. Nunca consiguen olvidar del todo eso que dice la gente de llevarse como perro y gato. Hay una corriente oculta de antipatía mutua entre ellos que no son capaces de hacer desaparecer. Algo así pasa entre los nazis y los fascistas. Han llegado a ponerse de acuerdo en lo referente a Austria. Se confabularon para boicotear Ginebra. Consiguieron presentar un frente unido ante las potencias occidentales. Pero Johann Luitpold Vagas fue enviado a Italia. El perro tiene un ojo medio abierto por si acaso.

—¿Los italianos no saben que se trata realmente de un agente alemán?

—Seguro que no. ¿Cómo iban a saberlo? No sería el primer militar alemán que estuviera al servicio de un país extranjero. Yo lo he descubierto por casualidad. Tenga usted en cuenta que utiliza pasaporte yugoslavo y que la bonita historia de que es un agente yugoslavo ha sido elaborada con todo detalle. Esté usted seguro de que, si alguna vez arrestan a Vagas, será por espionaje a favor de Yugoslavia. Y esto favorece al Ministerio de Asuntos Exteriores de Alemania. Sería muy incómodo para todos si cogieran en suelo italiano a un importante espía alemán.

—¿Pero qué hace Vagas realmente?

Zaleshoff dejó escapar un suspiro de desesperación.

—¿Que qué hace? Escuche, Marlow, si mañana se le presenta un inglés y le dice que Spartacus va a quebrar el mes que viene, ¿qué hará usted? Podría creerle o no, pero escribiría a algún amigo de Inglaterra que pueda darle información veraz acerca del asunto. Este es el trabajo de Vagas: buscar información veraz. Si los italianos dicen a sus amigos nazis que este año están construyendo doscientos cincuenta aviones de bombardeo de un nuevo modelo, el viejo Vagas entra en acción y trata de comprobar que no se trata de *quinientos* cincuenta. Los dictadores, que ni siquiera confían en sus propios entusiastas cuando están fuera de su vista, no van a fiarse de los demás, ni mucho menos. Y, tal como marchan las cosas en este momento, parece que la desconfianza mutua se hace cada vez más profunda. Este es el único punto flaco del Eje Roma-Berlín, y es a causa de este punto flaco por lo que le estoy hablando aquí en este momento.

—Eso era precisamente lo que me estaba preguntando —murmuré.

—Pues ya lo sabe —dijo proyectando su mandíbula hacia mí en ademán agresivo—. En este momento las relaciones entre Italia y Alemania no han cambiado. La cuestión de Austria marcha. Pronto la Reichswehr estará en el Brenner Pass. Mussolini está asustado por este hecho, y el estar asustado es peligroso... para los alemanes. Los nazis se mantienen en guardia. Vagas hace horas extras.

—Todavía no me ha dicho qué tiene que ver todo esto conmigo.

La chica levantó la vista de su costura.

—A mi hermano le gusta mucho escuchar el sonido de su propia voz.

—Tanto me gusta —contestó Zaleshoff—, que le voy a contar un cuentecito —se volvió hacia mí y continuó—: Cuando iba a la escuela en Chicago había dos chicos corpulentos, llamados Joe y Ted, que solían maltratarnos a los más pequeños. Pasaron cuatro meses. Los pequeños nos cansamos de aquello. Intentamos tenderles una emboscada y nos dieron una paliza a la mayor parte de nosotros. Entonces, un buen día, tuvimos una idea. Había uno que solía seguir a Joe como si fuera su sombra. Se llamaba Augustus, imagínese. Le llamábamos habitualmente «Augie». El tal Augie era una rata, un mocoso. Joe lo había maltratado una vez y para protegerse optó por limpiarle los zapatos y hacerle los recados a su verdugo. Joe le dejó en paz. Pero entonces Augie consiguió que Joe le protegiera ante el resto de la clase, tomando así venganza de sus enemigos personales por medio de su jefe. Por lo demás, éste siempre estaba dispuesto a maltratar a los compañeros sin que nadie se lo insinuase. De este modo, Augie se convirtió en una especie de protegido de Joe. A dondequiera que fuesen Ted y Joe, allí estaba Augie detrás. Nos ponía furiosos. Hasta que un día se nos ocurrió aquella idea. Dos de nosotros citamos a Augie cerca de un depósito de basura, al final de una calle, diciéndole que teníamos que comunicarle algo muy divertido. Le contamos que habíamos oído decir a Ted que Joe no era más que una rata cobarde y que no se atrevería a levantar la voz si él, Ted, le desafiaba. Luego le

dimos unos cuantos golpes y esperamos los resultados. No tuvimos que esperar mucho. Augie se fue directamente con el cuento a Joe. Aquel día después de la escuela, Joe y Ted se encontraron. Naturalmente, Ted negó que él hubiera dicho semejante cosa acerca de Joe. Este dijo que Ted era demasiado cobarde para repetírselo en las narices y así empezaron. Joe terminó en el hospital con tres puntos en la cabeza, producto de un ladrillazo propinado por Ted. Este, por su parte, recibió una paliza del padre de Joe. ¿Qué le parece el cuentecito?

Me hice el tonto intencionadamente.

—Precioso. ¿Cuál es la moraleja?

Zaleshoff pareció levemente decepcionado.

—¿No la ve? —respiró profundamente—. Se la diré yo con toda claridad. Supongamos que Vagas obtiene informaciones que resultan muy sorprendentes para él y que los italianos no quisieran que los nazis conocieran. Pasará inmediatamente el recado a los nazis y entonces... ¿comprende?

—Sí, comprendo. Sería el modo de quebrar la unidad del Eje Roma-Berlín de que hablaba usted hace un momento. Pero hay una pequeña cuestión que parece olvidar. Los nazis no son tan tontos como Joe. Descubrirían en cinco minutos que se trataba de un bulo.

Zaleshoff me dio un golpecito en la rodilla, con aire triunfal.

—¡Ah, mi querido amigo! ¿Y si no se tratara de un bulo si fuera cierto...?

—¡Cierto!

Zaleshoff esbozó una sonrisa forzada.

—¡El perro y el gato!

—Bien, ¿cuál es esa preciosa información? —yo estaba plenamente convencido de que no había ninguna información.

—¿Recuerda usted, hace algún tiempo, un violento y atronador discurso de Mussolini en el que habló de la capacidad defensiva italiana? Ya sé que ese tipo de discursos los pronuncia con cualquier motivo, pero esta vez el tono fue un poco más concreto que en otras ocasiones. Se refirió en particular al poder de la fuerza aérea italiana y mencionó la existencia de seis campos secretos de aviación construidos con fines militares. Pocos días después, los dos Estados Mayores, el alemán y el italiano, sostuvieron conversaciones con objeto de elaborar planes de actuación conjunta para hacer frente a la eventualidad de una ayuda francesa a Checoslovaquia. Se habló de estos aeropuertos secretos. El Estado Mayor italiano se mostró complaciente: proporcionó a los alemanes toda una serie de detalles. Los aeropuertos estaban cerca de las fronteras con Francia y Suiza. Con esto, los alemanes se mostraron satisfechos. Pero —Zaleshoff apuntó lentamente con el dedo— el hecho importante es que, como mínimo, tres de esos aeropuertos secretos van a ser construidos en el Trentino, cerca de la frontera de Austria, ¡y los alemanes no lo saben!

—¡Muy interesante!

—Ahora la cuestión es —continuó el americano en tono persuasivo— cómo hacer

llegar esa información a Vagas de tal modo que no pueda haber ninguna duda de que ha sido aceptada como cierta. En este punto es donde...

—Ya sé —interrumpí—; en este punto es donde entro yo.

—Exacto, y...

—No hay nada que hacer, Zaleshoff.

—Pero simplemente...

—Absolutamente nada que hacer —repetí con firmeza—. Yo soy...

—Sí, sí —replicó el americano—, usted solo es un ingeniero que se dedica a su trabajo y no va a meterse en el mismo lío en que se metió Ferning. Ya lo sé. Pero espere un momento —su tono se hizo más ardiente—. Nadie trata de meterle en ningún lío. Lo único que hay que hacer es evitar que le vean con Vagas. Con tal que la Ovrá no se entere de que mantiene contactos con él, no hay nada que temer. Puede usted telefonarle y quedar de acuerdo para comunicarse a través de la lista de correos con nombres supuestos. No creo que Vagas tenga inconveniente. Al contrario, lo aceptará con mucho gusto. Si piensa que está usted asustado, pero que lo hace porque necesita dinero, creerá que le será más fácil de domar cuando llegue el momento de apretarle los tornillos. En cuanto a lo de Spartacus, no tiene por qué darle información auténtica, puede amañarla un poco. No se molestará en hacer comprobaciones. Así en caso de que se pusiera tonto por cualquier cosa y escribiera a Pelcher, no tendría usted nada que temer. Todo lo que tiene usted que hacer es enviar a Vagas tres cartas. La primera sería un falso resumen de las actividades de Spartacus durante los últimos meses. Se lo pedirá. Cuando lo tenga en su poder, aumentará la demanda de información. Estupendo. El informe siguiente, al cabo de un mes, contendrá cierta información adicional, entre otras cosas, un apartado en el que se hable de la entrega de tres aparatos elevadores hidráulicos, especiales para aeropuertos. El tercer informe hablará del envío de material destinado a los mismos lugares. Solo lo necesario para que Vagas pueda reconstruir los hechos por sí mismo. Por hacer todo esto, Marlow, recibirá usted seis mil liras de Vagas —Zaleshoff me miró sin pestañear— y otras seis mil mías.

Mi vista se paseó del uno al otro. La chica, con la cabeza inclinada sobre el dobladillo de la blusa que se estaba haciendo, parecía no darse cuenta de nuestra presencia; sin embargo, vi como la aguja dejaba de moverse y sus dedos reposaban sobre la tela con la misma delicadeza de las manos pintadas por los maestros holandeses. Zaleshoff, de pronto, se puso a encender un cigarrillo.

Carraspeé con fuerza y dije en tono de conclusión:

—Zaleshoff, creo que ha llegado el momento de que explique usted cuál es su interés personal en todo este asunto. ¿Quién le paga? En otras palabras, ¿cuál es su juego?

Me miró con una sorpresa totalmente ficticia.

—¿Mi juego? No hay ningún juego —su rostro se tiñó súbitamente con una expresión de inocente sinceridad, de angélico candor—. Tómeme por un americano

que tiene más dinero del que necesita, Marlow; más dinero del que necesita. Esta es la pura verdad, créame. Soy un simple americano que odia la guerra. Pero deseo hacer algo más que odiar la guerra —su voz vibró con emoción religiosa—. Quiero contribuir a establecer la paz de un modo más práctico que simplemente hablando. El mundo va muy mal, Marlow. Lo que necesita es buena dirección. Yo soy un hombre de negocios, Marlow, un hombre de negocios con mucha vista, aunque no sea yo el más indicado para decirlo. Lo que necesita este viejo mundo es que lo gobiernen con espíritu de empresa. El pensamiento no nos llevará a ninguna parte. Necesitamos la colaboración de hombres prácticos. Por esto es por lo que recurro a usted, Marlow. Usted es un hombre práctico. Nosotros los hombres de buena voluntad tenemos que conseguir entendernos, subirnos las mangas de la camisa y hacer algo, ¿no cree?

Se sonrió hacia mí con la benévola sonrisa de un terrateniente de gran abolengo que fuera a desprenderse de una finca.

La situación resultaba grotesca, nauseabunda. Le miré sin decir palabra. Al fin me puse de pie.

—Bien, bien. Sospecho que es bastante tarde. Tendré que irme —atravesé la habitación y cogí el abrigo. Los dos me miraban en silencio. La sonrisa de Zaleshoff había degenerado en una mueca grotesca. Me puse el abrigo y me dirigí hacia la puerta.

—Muchísimas gracias —dije— por la magnífica cena.

—Un momento.

Era la voz de Zaleshoff, en un tono muy seco.

—¿Qué ocurre?

—Estoy esperando una respuesta.

Me di la vuelta en redondo.

—Sí, por supuesto. Ya me olvidaba.

Metí la mano en el bolsillo del abrigo y saqué un paquetito que había comprado aquella tarde. Lo dejé sobre la mesa.

—¿Qué es eso? —preguntó Zaleshoff con desconfianza.

—La pastilla de jabón que le debo —contesté tranquilamente—. Por fortuna he podido conseguir una en forma de limón. Buenas noches —terminé, haciendo una leve inclinación de cabeza.

Ni un solo músculo del rostro de Zaleshoff experimentó el menor movimiento. Se quedó de pie, mirándome con una curiosa expresión en sus ojos. La chica se encogió de hombros y siguió cosiendo. Abrí la puerta y salí.

La casa de Zaleshoff tenía la entrada por una callejuela lateral a la tienda de los bajos. La callejuela estaba muy oscura. El hombre que estaba en la acera de enfrente, en la calle principal no me vio inmediatamente; pero cuando salí a la luz vi cómo se giraba rápidamente, escondiéndose en la entrada de una tienda.

Cogí el camino del hotel. Un poco más allá me paré para encender un cigarrillo. Con el rabillo del ojo pude ver que me seguían. Sin embargo, no era Bellinetti. Éste era más alto. No volví a mirar hacia atrás, sino que me fui directo al hotel. Si lo que había dicho Zaleshoff era cierto, lo mejor que podía hacer era comportarme del modo más natural posible. No tenía nada que ocultar ni pensaba hacer nada para tenerlo. Si la policía secreta había decidido perder el tiempo siguiéndome, allá ellos.

De todos modos experimentaba un sentimiento desagradable. Me di cuenta de que al andar iba un poco rígido y cohibido. Empecé a pensar en el relato que Zaleshoff me había hecho acerca de la muerte de Ferning. Mentalmente le vi andando por una calle como la que yo pasaba en aquel momento. Debió de oír el coche que venía tras él; y en ese segundo final sus ojos ansiosos, su mandíbula aplastada y brusca se habrían desencajado de terror. Pensé en su cabeza calva. Habría rebotado absurdamente al chocar contra el suelo. Pero todo esto era producto de la imaginación de Zaleshoff, me dije a mí mismo. No ocurren cosas así. Mas de pronto, por una calle lateral salió lanzado ante mí un coche que me hizo dar un salto brusco. Sentí que un sudor frío me empezaba a caer por la frente. Era lo único que podía hacer para no echar a correr. Cuando por fin llegué al hotel, suspiré aliviado.

El empleado de recepción me llamó con una seña.

—Hay una carta para usted, *Signore*. Y le está esperando un caballero que desea verle. Se le dijo que usted podía tardar, pero ha preferido esperar. Lo hemos hecho pasar a la sala de escribir, en donde se está más caliente.

—¿Quién es? —pregunté mientras cogía la carta.

—Yo no estaba de servicio cuando llegó, *Signore*. No ha dejado ningún nombre.

—Muy bien, gracias.

Me dirigí a la sala de escribir.

Allí, sentado cómodamente junto a un radiador y leyendo un periódico, estaba el General Vagas.

9 — O.V.R.A.

Al entrar yo en la sala el General dejó el periódico y se puso de pie. Vestía un traje oscuro, de media etiqueta.

—Buenas noches, Mr. Marlow.

—Buenas noches, General.

Yo no me sentía particularmente cordial y debió notárseme en el tono, porque el General carraspeó disculpándose.

—Espero que sabrá usted perdonar mi intrusismo. Tenía especial interés en verle.

—Eso parece —hice un esfuerzo por parecer animado—. ¿Me permite que le invite a una copa?

—No, gracias. Quizá uno de sus cigarrillos ingleses... gracias. ¿Podemos sentarnos? No le retendré mucho tiempo.

—Le pido mil perdones, General. Sí, por favor, tome asiento.

—Gracias —se sentó y echó un vistazo a su alrededor con gesto de disgusto—. Para mí, esto resultaría muy deprimente, Mr. Marlow. Este verde Utrecht, estos pálidos recuerdos de un imperialismo decadente. Bonaparte siempre me ha parecido una figura bastante patética: un *parvenú* con talento para volver locos a hombres sensatos; un tipo aficionado al ornato y con espíritu de contable. ¿No está usted de acuerdo conmigo?

—La mayoría del tiempo que estoy aquí me lo paso en cama.

Tal vez fue demasiado intencionado, pero el General asintió tranquilamente con la cabeza.

—Sí, por supuesto. Usted es un hombre muy ocupado. Le voy a explicar la razón de esta visita un tanto intempestiva. Ayer noche... —se detuvo—. A propósito, espero que no se haya aburrido demasiado.

—Ni mucho menos. Pasé una velada muy agradable.

—Me alegro mucho. Mi mujer me ha dicho que es usted encantador.

—Preséntele mis respetos a la señora Vagas, por favor.

—Gracias. Sin embargo, hay un punto —continuó— en el cual quisiera ser más explícito.

—¿Sí? —creí que ya sabía lo que iba a venir, pero me equivoqué.

—Es lo referente al *Commendatore* Bernabò.

Hizo una pausa.

—Tengo interés en que le vuelva usted a ver, Mr. Marlow. Esta tarde estuve con él y me enteré de algunas cosas muy interesantes. Interesantes —añadió con una mirada muy significativa—, desde su punto de vista.

—¿De verdad?

—Sí. Me he enterado de que el gobierno —añadió en tono misterioso— tiene en cartera la compra de todo un equipo de maquinaria para la producción de cápsulas de bala a una casa alemana. Es el tipo de maquinaria que hasta ahora ha estado suministrando Spartacus.

Evidentemente, el General esperaba que yo hiciera algún comentario, pero preferí esperar. Dio una chupada a su cigarrillo y expulsó el humo lentamente. Luego continuó:

—Pensando en usted, Mr. Marlow, he tenido con el *Commendatore* un breve

intercambio de puntos de vista sobre el asunto. Me temo que la casa alemana haya conseguido posiciones muy ventajosas. Naturalmente, por razones políticas, Italia prefiere comprar a los alemanes antes que a cualquier otro país. Y, además, la casa alemana ha conseguido amigos a base de unos medios, digamos, poco éticos —Vagas fijó la mirada en su cigarrillo—. Ahora bien, no sé cuál es su actitud hacia ese tipo de maniobras tan lamentables, Mr. Marlow, pero si su compañía no dispone de una asignación para, ¿cómo diría yo?, gastos de representación y cosas así, no hay nada que hacer. Este es un caso en el que con un desembolso relativamente pequeño se obtendría una fuerte compensación. Naturalmente, aunque el asunto es bastante urgente, el *Commendatore* quedó de acuerdo conmigo en que yo le hablaría a usted de ello. Si usted prefiere dar el asunto por perdido, no hay ningún compromiso, por supuesto.

Hizo un gesto gracioso con la mano. Percibí una débil ráfaga de perfume.

—¿Quiere usted decir —contesté bruscamente— que si el *Commendatore* percibe una comisión decente, está dispuesto a cerrar el contrato conmigo?

—Ese es un modo bastante crudo de plantear la cuestión, Mr. Marlow.

—Comprendo. ¿Puedo preguntar de qué casa alemana se trata?

Me lo dijo. Reconocí el nombre de nuestros principales competidores.

—¿Y cuánto es el valor del contrato, General?

—Unas ochocientas cincuenta mil liras, si sus precios son los mismos que los alemanes.

Calculé rápidamente. Eran exactamente unas ocho mil libras, cerca de cuarenta S2. Parecía un contrato del Departamento de Artillería, y el hecho de que la casa alemana se hubiera bajado a...

—¿Y cuánto sería la comisión del *Commendatore*?

—El dos por ciento del valor total del contrato.

—Parece bastante razonable. ¿Qué ofrecen los alemanes?

—Los alemanes se sienten muy seguros, Mr. Marlow. Tan seguros que no están dispuestos a ofrecer más del uno y medio por ciento por el privilegio de la concesión del contrato.

—¿Puedo preguntarle, General, en cuánto valora usted su interés en la transacción?

El General hizo un ademán de protesta:

—¡Por favor, Mr. Marlow! No se trata de mi participación financiera en el asunto. Por lo que a mí respecta, es una cuestión de pura amistad. Le conozco a usted, conozco al *Commendatore*. Es un placer para mí serle de alguna utilidad a usted y a la casa Spartacus.

Rezumaba buena voluntad desinteresada. Me sentí un poco incómodo.

—De todos modos, permítame que agradezca sus esfuerzos de alguna manera, General.

—Ni soñarlo, mi querido Mr. Marlow. Se trata simplemente de una pequeña

ayuda entre amigos. Lo mismo hacía de vez en cuando con Ferning. Además, el contrato no ha sido firmado todavía. Naturalmente, tendrá usted que concretar personalmente una serie de detalles con el *Commendatore*. En circunstancias normales, es un poco arisco e inaccesible. Pero el hecho de que sea usted amigo mío, le allanará todos los obstáculos preliminares como usted mismo podrá comprobar. De todos modos, el *Commendatore* prefiere que los tratos privados con él se lleven a cabo en dinero efectivo. Se lo digo porque...

—Descuide.

El General sonrió y se puso de pie.

—Veo que tiene usted bastante experiencia en estas cosas, Mr. Marlow. Le sugiero que llame al *Commendatore* por la mañana.

—Así lo haré. Y muchas gracias de nuevo, General. Espero que me permitirá devolverle este favor de algún modo.

—No tiene importancia. Ya le dije que solía hacer lo mismo con Ferning siempre que me era posible.

Titubeó. Luego, como si se hubiera acordado de algo dijo:

—Pero si usted *quisiera* realmente agradecerme este pequeño favor...

Hizo una pausa.

—¿Sí, General?

Me di cuenta de que había caído en la trampa.

—Por favor, no se olvide de pensar en lo que le propuse anoche.

—Me temo que...

—Un momento, Mr. Marlow. Aparte de la valiosa buena voluntad del *Commendatore*, buena voluntad cuyo valor solo beneficia a la casa Spartacus por supuesto, estoy dispuesto a aumentar mi oferta a tres mil libras al mes.

—Entonces la buena voluntad del *Commendatore* está condicionada a lo que usted llama mi colaboración. ¿Es esto, General?

—¡Por amor de Dios, no! Lo que pasa es que estas cosas se deben llevar a cabo sobre una base de confianza mutua y amistosa cooperación. Piénselo, Mr. Marlow. En cualquier caso, no deje de ver al *Commendatore*. Este contrato es bastante urgente, como le dije; pero el *Commendatore* me ha prometido que no tomaría ninguna decisión definitiva sin consultarme de nuevo. De todos modos, un día o dos no tiene mayor importancia, y en unos pocos días —hizo una pausa con mucha intención— pueden ocurrir muchas cosas.

Me tendió la mano.

—Buenas noches, Mr. Marlow. Una vez más le pido disculpas por haberle molestado a unas horas tan intempestivas.

—Ha sido un placer, General.

Se fue, a Dios gracias. Me senté y encendí un cigarrillo.

Zaleshoff tenía razón en una cosa al menos. Vagas no era tonto. Todo lo había preparado minuciosamente. El cebo había sido lanzado con despreocupada

generosidad. El hilo y el anzuelo no aparecieron hasta que yo, pobre pez, me dirigí hacia la presa y la tragué.

Una vez más, mi objeción a su propuesta, basándome en la lealtad debida a mis jefes, había sido rebatida mediante un argumento hecho a la medida para tranquilizar mi conciencia. Efectivamente, parte del soborno beneficiaría a Spartacus. Y para redondear el asunto, me trataba de engatusar con un incremento de mis «intereses personales».

Me había puesto en un aprieto. ¿Iría a ver al *Commendatore* y comenzar las negociaciones con la esperanza de llevarlos a cabo sin el visto bueno de Vagas? ¿O debía olvidarme de todo el asunto? Tuve la impresión de que hacer lo primero sería pura y simplemente perder el tiempo. Vagas no me habría proporcionado tanta información si yo la pudiera utilizar por mi propia cuenta. Un contrato de ochocientas mil liras no le sale a uno todos los días. En cualquier caso, debía hacer todo lo posible por asegurármelo para mí.

Subí a mi habitación y abrí la carta que me había dado el empleado. Con gran sorpresa vi que era de Pelcher.

Querido Mr. Marlow (leí):

Tiene que perdonarme que le escriba a su dirección privada; pero como esta carta se refiere al informe confidencial de usted respecto a Bellinetti, creí conveniente hacerlo así.

Permítame que le diga, antes de nada, que estoy totalmente de acuerdo con usted en principio. El trabajo de Bellinetti, ciertamente, deja mucho que desear. Cuando hablamos de esto aquí, en Wolverhampton, no hice más que insinuárselo porque era mi deseo no predisponerle en contra de él antes de que usted mismo tuviera la oportunidad de juzgar personalmente. Siempre era posible que lograra entenderse con él. Que no haya sido así, francamente, no me sorprende. Lo que siento muchísimo es tener que decirle que de ningún modo estoy de acuerdo en que sea necesario despedirle.

Ya sé que esto necesita una explicación.

Bellinetti fue contratado por mí, hallándome yo en Milán, poco después de que Leming entrara en la Compañía. Lo hice a petición de una persona con la que nosotros hicimos un cierto número de negocios, un funcionario subalterno del gobierno italiano. Necesitábamos un ayudante para Ferning y, por lo tanto, le contratamos. Unas semanas más tarde recibí un informe de Ferning, redactado casi en los mismos términos que el suyo. Le contesté inmediatamente dándole mi consentimiento para que llevase a cabo lo que me sugería. Leming se lo comunicó a Bellinetti.

No voy a entrar en detalles ahora; pero cuatro días más tarde fuimos objeto de una serie de presiones para que readmitiéramos a Bellinetti. Podrá usted juzgar de la naturaleza de esas presiones y de los niveles de donde procedían, si le digo que

telegrafié a Leming que volviera a aceptar a Bellinetti inmediatamente. Tenga usted la completa seguridad de que de no haberlo hecho así, nuestros intereses en Italia habrían sufrido serios reveses. ¡Evidentemente, Bellinetti tiene amigos en palacio!

Bien; esto era otro tanto a favor de Zaleshoff. Bellinetti era un espía de la Ovla. Las afirmaciones de Mr. Pelcher eran una confirmación circunstancial del hecho. Seguí leyendo.

En consecuencia creo que debo decirle que de momento se arregle como pueda. Me gustaría poder anunciarle que contratase más personal, si acaso. Pero me temo que la oficina de Milán no pueda permitirnos el gasto de esa reorganización. Apruebo sinceramente su decisión respecto a la chica contratada por Bellinetti (sin mi permiso, he de añadir) y el aumento del sueldo del chico; pero tenemos que ir con cuidado. Como usted sabe, el salario de Bellinetti no es insignificante, y el de usted también se carga a la oficina de Milán.

A propósito de la reorganización, me gustaría recordarle nuestra conversación cuando estuvo usted aquí en Wolverhampton, respecto a la ampliación de los talleres (era una asociación de ideas bastante inteligente, pensé). Con gran satisfacción puedo decirle que dicha ampliación ha sido terminada ya, desde que usted se fue, y que las nuevas instalaciones pronto estarán en condiciones de entrar en funcionamiento. Lo importante ahora es conseguir trabajo para ponerlas, y mantenerlas, en actividad. Me gustaría que hiciese usted algún esfuerzo por conseguir nuevos contactos por su cuenta. Nuestros rivales alemanes están trabajando muy duro en Italia, según mis noticias, lo que significa que hay que espabilarse. Le sugiero al respecto que eche mano con toda libertad de la «asignación especial». ¡Lo que se come en Milán, se cuece en Roma! (Mentalmente vi cómo se sonreía, feliz, con la ocurrencia). No estoy hablando de tirar el dinero, naturalmente; pero Spartacus tiene fama de casa generosa y sería conveniente que hiciera usted todo lo posible para que esa fama no decayese. Espero con interés noticias suyas.

Lo demás eran amables recuerdos, los mejores deseos y una horrible firma.

Mi primera reacción fue ponerme de mal humor. ¿Cómo diablos se podía esperar que hiciera nuevos contactos, cuando ni siquiera había tenido tiempo de reanudar los viejos? Pero otro pensamiento apartó de mi mente este aspecto de la cuestión. Había sido Fitch el que me había explicado los detalles de lo que él llamaba, con su humor negro, «fondo de corrupción». Ahora Mr. Pelcher utilizaba la palabra «asignación». Igual que Vagas. Posiblemente Ferning le había hablado de ello. También era posible que el éxito de Ferning en la representación de los intereses de Spartacus no fuese ajeno a sus contactos con Vagas. Así me lo había sugerido a mí el General. En este

caso, mis esfuerzos solitarios no iban a resultar muy fructíferos en comparación con mi antecesor. Terminaría en la absurda necesidad de tener que explicar a Mr. Pelcher que Ferning había logrado hacer negocios tan buenos mediante el expediente de hacer simultáneamente un poco de espionaje. Pero a la hora de la verdad no podría aportar ninguna prueba que demostrase la veracidad de esta ridícula afirmación y, por lo tanto, parecería una excusa bastante absurda y de muy mal gusto. Mr. Pelcher probablemente contestaría: *De mortuis nil nisi bonum*.

Había otro punto muy inquietante. Lo que Vagas había proporcionado, probablemente Vagas podía también quitar; y si había sido él el responsable de los valiosos contratos de Ferning, mi negativa a plegarme a sus deseos podría incluso significar la anulación de pedidos que ya estaban en marcha. A Mr. Pelcher esto sí que no le haría ninguna gracia. Ni a mí. Porque aun suponiendo que yo pudiera conseguir nuevos pedidos para compensar los anulados, mis ingresos por comisión solo empezaban a contar sobre las cifras originales de venta.

Me encogí de hombros. Todo eran meras suposiciones, después de todo; era demasiado pronto para empezar a lamentarse. Lo único que tenía que hacer era procurar que los pedidos en curso marchasen lo mejor posible y conseguir otros nuevos si podía. Sería estupendo, pensé en un arranque de optimismo, presentar a Mr. Pelcher el pedido de ochocientas mil libras del *Commendatore*. Tenía que ver al *Commendatore* al día siguiente, desde luego.

Me desnudé, me metí en cama y cerré los ojos.

Fue un día agotador —otro día agotador— y no había escrito a Claire desde el martes. Algo que no podía dejar sin hacer mañana: escribir a Claire. Tenía muchas cosas que contarle. La cuestión era si sería prudente hacerlo en una carta. Probablemente no. Pero, a pesar de todo...

Empecé a notar que los pies se me iban calentando. El calor se extendió por las piernas y luego por el cuerpo. Vagas diría lo que quisiera del Parigi, pero las camas eran cómodas. Me iba quedando adormilado. Por la mañana tenía que ver otra vez lo del pasaporte. ¡Qué cantidad de cosas tenía que hacer! El Eje Roma-Berlín. ¡Qué cosas más raras se le ocurrían a Zaleshoff! Un mundo girando en torno a un eje distinto del suyo. Resultaría un tipo de giro excéntrico. ¿Utiliza la gente para algo las esferas excéntricas? Probablemente no. Una idea totalmente descabellada. Inútil. ¡Una pena! ¿Por qué habrían de ser inútiles las esferas excéntricas? Tal vez yo podría encontrarles alguna utilidad, algún modo de aprovechar su nivel de rendimiento. Casa Marlow de Esferas Excéntricas. Patente reservada para todos los países, incluida Norteamérica. ¡Absurdo!

Luego, ya casi dormido, empezaron a resonar en mi mente dos frases de Zaleshoff. *Vagas hace horas extras*. Acomodé la almohada hasta encajarla en el hombro. *Con tal que la Oвра no se entere de que usted mantiene contactos con él, no hay nada que temer*. Empecé a regular el ritmo de las frases con el de mi respiración. Después, cuando mi mente se fue hundiendo suavemente en la profundidad de la

inconsciencia, ambas frases desaparecieron.

A la mañana siguiente, camino del Departamento de Artillería para entrevistarme con el *Commendatore*, me pasé por el Consulado para preguntar por el pasaporte.

No había ninguna novedad. El hecho no me sorprendió. Era evidente que el Consulado hacía todo lo posible por solucionarlo, pero poco se podía hacer ante la afirmación de la policía de que el pasaporte se había extraviado. El Cónsul no podía decir que semejante explicación no era verosímil ni intentar buscar con sus propias manos en la *Amministrazione*. De nuevo me aseguraron que si deseaba abandonar el país, me proporcionarían un documento de identidad que me serviría para cruzar las fronteras. Di las gracias cortésmente y me fui. Era lo único que podía hacer.

Por el ruido que levantó mi solicitud de ver al *Commendatore*, deduje que se trataba de una persona mucho más importante de lo que me había dado a entender el General Vagas. Los labios se arrugaban ante mí en un gesto de duda. ¿Había sido citado por el *Commendatore*? ¿No? Ah, entonces, era difícil. Sería mejor que escribiera solicitando una entrevista. Yo insistí. Excepcionalmente, después de dar a entender que conocía personalmente al *Commendatore* y que éste, a pesar de no tener concertada una entrevista, me esperaba en cualquier momento, me permitieron llenar un formulario con mi nombre y el objeto de la entrevista. Puse el nombre y, cuando fui a rellenar el espacio destinado a especificar el tema de la visita, titubeé: «Respecto a su conversación con el General Vagas». Me senté dispuesto a esperar un buen rato, pero al cabo de dos minutos un secretario de uniforme me hizo pasar al despacho del *Commendatore* a través de dos altas puertas.

En un alfombrado despacho, detrás de una lujosa mesa, y sin su mujer, el *Commendatore* Bernabò parecía mucho más impresionante que cuando le vi la primera vez. Vestía un traje oscuro con una flor en la solapa.

Al verme entrar frunció el entrecejo, se ajustó la flor de la solapa y me indicó una silla. Despachamos rápidamente las cortesías de costumbre. El *Commendatore* se atusó sus mostachos con un movimiento de impaciencia y fue directo al grano:

—¿En qué puedo servirle, *Signore*?

Mero floreteo, pensé. Era evidente que había entendido mi mensaje.

—Creo que el General Vagas le ha explicado suficientemente, *Commendatore*, que mi Compañía podía prestarle cierta ayuda.

—¿En qué sentido?

—En el sentido, de que sería para mí un gran placer tener la oportunidad de ofrecerle la maquinaria que usted precisa. No creo necesario ponderarle las cualidades del modelo S2 de Spartacus. Su gobierno ya puso de manifiesto su confianza en nuestra maquinaria.

El *Commendatore* asintió con la cabeza, pero no hizo el menor comentario. La situación resultaba un poco tensa, pero seguí sin darle importancia.

—Naturalmente, *Commendatore*, me doy perfecta cuenta de que usted tiene una gran responsabilidad personal, cuidando que el material adquirido sea de la mejor calidad.

Efectué una débil inflexión en la palabra «personal». Deseaba llevar la conversación por derroteros más confidenciales.

—Naturalmente, tiene que ser el mejor.

Intenté un nuevo método de ataque.

—Estoy dispuesto a ofrecerle a usted garantías personales, *Commendatore*, respecto a la calidad de la maquinaria Spartacus.

El *Commendatore* se alisó el bigote, pensativo. Sus ojos tropezaron con los míos por un segundo.

—¿Y cuándo recibiría yo esas garantías, *Signore*?

Esto ya estaba mucho mejor.

—A la firma del contrato, *Commendatore*.

Mi interlocutor arqueó las cejas.

—¿Antes, no?

—Se podría conseguir una garantía provisional, *Commendatore*, como prueba de nuestra confianza mutua. El General Vagas habló de un dos por ciento. ¿Qué le parece si dijéramos, por ejemplo, un uno por ciento en metálico como garantía provisional y el resto...?

El *Commendatore* levantó la mano.

—Comprendo perfectamente, *Signore*. Este método me gusta. Puede usted remitirnos su oferta. Buenos días.

Se puso de pie y me ofreció la mano.

—Muchas gracias, *Commendatore*. Quizá usted será tan amable de hacerme llegar los impresos en vistas a la presentación de nuestra oferta.

El *Commendatore* pareció quedar un poco perplejo.

—¿Los impresos, *Signore*? No le comprendo. Le fueron entregados al General Vagas para que se los hiciera llegar. ¿No los ha recibido usted?

Negué con la cabeza. Empezaba a comprender.

—Sin duda el General Vagas se los hará llegar, *Signore*.

—Me es imposible ver al General estos días. Tal vez su secretario podría proporcionarme otros, *Commendatore*.

—Desgraciadamente —replicó con suavidad—, no tenemos ninguno a mano. Le recomiendo que haga un esfuerzo para ver al General —volvió a sentarse—. Y ahora, si fuera tan amable de excusarme...

Me fui. Todo estaba claro. Sin la aprobación de Vagas no podía ni siquiera presentar la oferta.

Volví a la oficina con un humor de perros. Me di cuenta de que me seguían; era el hombre alto que la noche anterior me había acompañado hasta el hotel. La situación no mejoró cuando vi a Bellinetti sentado en un *caffè* cerca de la Via San Giulio en

compañía de Serafina, mientras debía estar en la oficina trabajando. Había una llamada telefónica esperándome. Una de las máquinas servidas a la fábrica de Cremona se había estropeado. Las piezas de repuesto no ajustaban. Querían que fuera a Cremona, si no tenía inconveniente, para aconsejar a los ingenieros de la fábrica respecto a las reparaciones y los consiguientes reajustes. El asunto era urgente.

Protestando cordialmente, le dije a Umberto que contestase diciendo que iría a Cremona al día siguiente. Luego me senté en mi despacho. Tenía montañas de trabajo por hacer. Si perdía el día siguiente en Cremona, tendría que quedarme a trabajar hasta tarde. Empecé por el primer montón.

Eran las nueve de la noche. Me dolían los ojos y la espalda cuando, al fin, apagué la luz y cerré la oficina. Como siempre, las escaleras estaban a oscuras; pero por debajo de la puerta de la Agencia Saponi salía un hilo de luz. En aquel momento, Zaleshoff era la persona con la que menos desearía hablar, pensé. Pasé de puntillas sin hacer ruido.

En la calle me paré por un momento, intentado decidir el sitio donde iba a cenar. Todavía no había escrito a Claire. Si tomaba algo rápido en cualquier parte, tal vez podría escribirle desde el Parigi y llegar a tiempo a la última recogida. Busqué a mi alrededor al hombre que me había estado siguiendo por la mañana, pero no pude verle. Pensé que estaría escondido en la oscuridad, esperando que yo me moviera. Me acordé que había estado pensado que debía ser una faena muy aburrida para él. Entonces me decidí y eché a andar camino de la estación.

Fue en una callejuela estrecha que arrancaba de Via San Giulio y no a mucho más de cien metros de la oficina cuando ocurrió.

Caminaba bastante aprisa porque sentía hambre y tenía la boca seca. Llevaba un cigarrillo en los labios. Fue al tirar la colilla cuando me di cuenta de que un coche doblaba la esquina detrás de mí. Por un momento sus luces cegadoras me envolvieron. Mi sombra larga, distorsionada y grotesca, se extendía a lo largo del pavimento y se proyectaba un pie o dos en la pared de un edificio con rejas de acero que parecía un almacén. Luego la sombra se torció al acelerar el coche. Pasó lentamente junto a mí: era una furgoneta americana, grande y de color negro.

De pronto a unos cuantos metros delante de mí giró contra el bordillo y se detuvo atravesada en la calzada. Una vez parada se abrieron las puertas y por ellas salieron cuatro hombres que quedaron de pie en medio de la calle delante de mí.

Yo seguí andando hacia ellos.

Probablemente lo mejor que podía haber hecho hubiera sido volverles la espalda y echar a correr; pero no lo hice. Se me ocurrió pensar que era un sitio bastante raro para pararse, porque no había ninguna entrada de vehículos en varios metros a ninguno de los dos lados del coche y en la otra acera había una alta valla de construcción. Pero este pensamiento no fue más que una vaga idea motivada por la curiosidad.

Solo cuando me hallé a menos de medio metro de ellos me di cuenta de que

pasaba algo extraño. No hicieron ningún esfuerzo por dejarme sitio para pasar. Mi corazón empezó a golpear con fuerza contra las costillas. Titubeé y luego intenté pasar entre las rejas y el que estaba casi pegado a ellas. El individuo se movió un poco cerrándome el paso.

Me paré murmurando un «perdone». Entonces vi como los que estaban junto al coche se acercaban formando un semicírculo conmigo en medio. Involuntariamente retrocedí contra la reja.

Los individuos vestían de negro con sombrero de ala corta caído sobre la frente. En la oscuridad, sus rostros no eran más que manchas blancas.

—*Come vi chiamate?*

La pregunta vino inesperadamente de uno de ellos. No podría decir de cuál. No hubo más palabras. Pero hubiera sido igual que las hubiera habido. Dije mi nombre y añadí que era inglés.

Uno de ellos, el que estaba más cerca del coche, volvió la cabeza e hizo una seña a los demás. Estos avanzaron hacia mí, encerrándome en medio. Yo miré alrededor desesperado. Estábamos solos en la calle. De pronto perdí la cabeza. Entre dos de ellos había un leve resquicio. Me lancé de cabeza con intención de zafarme; pero sabía que era inútil. Sentí que dos manos me cogían por las solapas del abrigo. A continuación me tiraron violentamente de espaldas contra las rejas. Di un paso hacia delante dispuesto a hablar otra vez:

—Yo... —comencé.

Un puño se estrelló contra mi estómago. Mi barbilla se proyectó hacia delante. Comencé a vomitar. Otro puñetazo aterrizó en mi boca; noté que un anillo aplastaba la piel contra el hueso. Luego caí al suelo. Empezaron a darme patadas.

Al rodar por la acera, en un esfuerzo instintivo de autodefensa, me acurruqué con la espalda contra la reja. El puñetazo en el estómago me había hecho doblar hasta tocar con las rodillas en la barbilla. Me cubría la cabeza con las manos. Me llovían las patadas por los brazos y las piernas. Luego sentí que una bota me aplastaba las costillas. Un dolor atroz me cubría todo el cuerpo. Al forcejear para introducir aire en los pulmones, abrí la boca gruñendo. Una nube roja flotaba ante mis ojos. Tenía una vaga conciencia de los impactos de los golpes, pero ya no parecían hacerme daño. Era como si estuviera bajo los efectos de una anestesia parcial.

No recuerdo cuándo cesaron. Tengo la borrosa imagen de haber oído que el coche arrancaba, pero manaba sangre de mi cabeza y era como si todos mis sentidos estuvieran taponados con algodón. Me pareció un siglo el tiempo que estuve allí tirado, con las rodillas dobladas y tapándome la cara con las manos. Luego, poco a poco, muy poco a poco, empecé a recobrar mis fuerzas y al mismo tiempo empecé a sentir el dolor de nuevo en angustiosas oleadas que me dieron ganas de gritar.

Al fin conseguí ponerme de pie, permaneciendo inmóvil durante un largo rato apoyado contra la reja. Mi carne parecía líquida. Solo sentía los huesos y las articulaciones, el esqueleto que formaba la estructura de mi cuerpo. Aunque esto lo

sentía pulgada a pulgada. Me di cuenta de que no podía quedarme allí indefinidamente; sin embargo, no me atreví a moverme. Oí a lo lejos el ruido de un tren que salía lentamente de la estación. El tren aceleró la marcha y se oyó el débil *clink-clink* de los vagones al separarse.

En cierto modo este ruido pareció despertarme. Tenía que hacer algo. La calle silenciosa y desierta me pareció algo aterrador. Decidí volver a la oficina. Allí podría descansar un rato, y estaba cerca.

Mis piernas comenzaron a temblar violentamente. No podía evitarlo si quería mantenerme en pie. Comencé, pues, a volver hacia la oficina. Cuando llegué a la entrada del edificio temblaba como una hoja, pero conseguí sacar la llave y abrir la puerta antes de rodar por el suelo. Quedé allí tirado durante un minuto o dos, intentando mantenerme consciente. Pero al cabo de un rato comencé a arrastrarme escaleras arriba agarrándome al pasamanos. Cuando conseguí llegar al segundo me hallaba deshecho. La cabeza estaba a punto de estallarme de dolor y tenía unas terribles ganas de vomitar. Hice un esfuerzo y comencé a trepar de nuevo. Entonces vi luz por debajo de la puerta de Zaleshoff y me acordé de que el americano tenía coñac en la oficina.

Me arrastré por los últimos peldaños que me faltaban y llegué hasta la puerta. Me puse de pie a duras penas, agarrándome al marco. Oí la voz de Zaleshoff hablando con alguien. Di un débil golpe en la puerta. La cabeza se me iba y cerré los ojos. Me pareció que habían pasado horas antes de volver a abrirlos, pero no pudieron ser más que unos pocos minutos, porque cuando los abrí vi a Zaleshoff de pie, con la mano en la puerta abierta, mirándome desconcertado.

—¿Pero qué mil demonios le ha pasado?

—Si no le importa —dije con dificultad— querría un trago de coñac.

Pero casi antes de que hubiera terminado la frase, noté que las rodillas se me doblaban. A continuación me desplomé a sus pies.

La chica, Tamara, estaba allí con él. Entre los dos me pusieron en una silla. Volví a sentir los oídos como taponados por un algodón, pero podía oír lo que decían.

—¿Está borracho? —era la chica.

—No, le han pegado. Trae el coñac.

Tamara trajo el coñac. Sentí como me quemaba en la garganta y en el estómago. Con los ojos todavía cerrados, intenté forzar una sonrisa.

—Siento haberles molestado.

—Cierre el pico y beba más. Ya tendrá tiempo de hablar dentro de un rato.

Noté que me estaba examinando las piernas.

—Tamara —continuó Zaleshoff—, ve a la *portinaia* y que te dé un poco de agua caliente. Luego vete a la farmacia y trae un poco de tintura de yodo, y a ver si al volver encuentras un taxi.

La chica salió. Bebí más coñac y mi cabeza empezó a despejarse. Abrí los ojos. Zaleshoff me miraba con el ceño fruncido.

—¿Cuántos eran?

—Cuatro.

—¿Les pudo reconocer?

—No.

Le conté cómo había sido.

Zaleshoff parecía desconcertado.

—No entiendo nada.

De pronto se inclinó hacia mí, cogió un trozo de papel del bolsillo de mi abrigo y me lo enseñó.

—¿Es suyo esto? Le salía del bolsillo del abrigo.

Lo abrió. Era una hoja de unos veinticinco por veinte centímetros. Zaleshoff la leyó, luego me la puso delante para que la leyera yo. Había una sola frase, en italiano:

LA PROXIMA VEZ SERA PEOR.

La miré durante un momento y, al hacerlo, sentí que mi cerebro se iba enfriando poco a poco. Una ola de rabia me invadió lentamente.

—¿Ha visto a Vagas hoy? —preguntó Zaleshoff.

—Me estaba esperando ayer noche, cuando volví al hotel.

—Le seguían.

—Sí.

—Debieron verle cuando se fue. Deben pensar que... —Se interrumpió—. ¿Qué quería Vagas?

—Aumentar la oferta.

Zaleshoff se golpeó el puño contra la palma de la mano.

—Le deben estar presionando desde Berlín. Si al menos...

—Si al menos, ¿qué?

—No tiene importancia. Ya ha tenido usted bastante por una noche. ¿Recuerda lo que le conté acerca de la Ovra?

—Sí, me acuerdo perfectamente.

Pero yo ya no escuchaba lo que el americano decía. Estaba demasiado ocupado con mis propios pensamientos. Estaba tomando una decisión.

Entró la chica con el agua caliente. Entre los dos me desnudaron y empezaron a lavarme las heridas de las piernas y de los brazos. El proceso fue lento y doloroso. Cuando terminaron Zaleshoff me puso un cigarrillo entre los labios hinchados y me lo encendió.

—¿Va usted a dar parte a la policía de esto?

—Sería perder el tiempo, ¿no cree?

—¿Y al Cónsul inglés?

—No podría hacer otra cosa que molestar a las autoridades, y como no puedo dar ninguna descripción de los individuos, no se puede esperar que consiga nada.

—Eso es lo que yo pienso —dijo Zaleshoff observándome a través del humo de su cigarrillo—. ¿Qué va usted a hacer?

Apreté los labios.

—Ahora verá. Páseme el teléfono, ¿quiere?

Zaleshoff me miró sin pestañear, pero no dijo nada. Me puso el teléfono al lado.

—Ahora déme el número de Vagas.

—Norte 46-65 —dijo con el mismo tono con que me diría la hora.

Marqué el número. En el mismo instante en que Vagas descolgó, entró Tamara en la oficina.

—Soy Marlow, General... sí, muy bien. He visto al *Commendatore* esta mañana... encantador. Le telefoneo para decirle que he reconsiderado la sugerencia que usted me hizo la otra noche... sí... sí, eso creo yo. Naturalmente, estas cosas hay que pensarlas con cuidado... exacto. Ahora bien, le sugiero que, para mantener la máxima discreción en nuestros contactos, sería conveniente hacerlo a través de la lista de correos...

Cuando al fin colgué el teléfono, ambos me estaban mirando como si me hubiera vuelto loco; y me había vuelto loco de verdad.

—Es necesario que quede claro desde ahora, Zaleshoff —dije secamente—, que no voy a aceptar ni un céntimo de usted por este asunto. Lo hago para satisfacer mi sentido personal acerca de lo que es conveniente o no. Y ahora, si ya han terminado de mirarme, preferiría que alguien se dedicara a ponerme la tintura de yodo. Luego, si su hermana no tiene inconveniente, me gustaría comer algo.

—Sí, sí. ¡Descuide!

Por segunda vez vi a Zaleshoff desconcertado. Luego, mientras comenzaba a untarme las piernas con la tintura de yodo, vi cómo se reía entre dientes.

—Tamara.

—Sí, Andreas.

—¿Spartacus no fue el esclavo que se rebeló?

10 — «Corrispondenza»

De «N. Marinetti» a «J. L. Venezetti», lista de Correos, *Wagon-Lits Cook*, Milán.

Milán, 9 de abril.

Muy señor mío:

Ampliando nuestra conversación de ayer, le adjunto una relación detallada de todas nuestras transacciones durante los últimos tres meses. Confío en que será de su agrado.

Suyo afectísimo.

N. Marinetti.

De «J. L. Venezetti» a «N. Marinetti», lista de Correos, *American Express*, Milán.

Milán, 11 de abril.

Muy señor mío:

Gracias por su carta y el informe que me adjuntaba. Solo deseaba los detalles del mes en curso, pero el material restante también es de valor. Le envío con la presente cinco billetes de mil liras, en vez de los tres en que habíamos quedado, en consideración al material extra. Le adjunto las instrucciones y el formulario que me entregó el Commendatore B. para presentar su oferta. Confío en que no haya problemas con esto. Espero con impaciencia sus próximas informaciones.

Suyo afectísimo.

J. L. Venezetti.

De «N. Marinetti» a «J. L. Venezetti», lista de Correos *Wagon-Lits Cook*, Milán.

Milán, 12 de abril.

Muy señor mío:

He recibido su carta sin novedad. Le volveré a escribir dentro de tres semanas. Muy agradecido por todo.

Suyo afectísimo.

N. Marinetti.

Carta mía a Claire.

Hotel Parigi, 11 de abril.

Querida:

Sospecho que me estoy volviendo muy perezoso para escribir. Hace por lo menos una semana que no te pongo unas letras y, para colmo, he recibido una carta tuya esta mañana, lo cual me ha hecho sentir culpable. La verdad es, mi vida, que he tenido una especie de accidente hace un día o dos. Nada serio. Unas cuantas contusiones nada más, pero lo suficiente para hacerme pasar un día en cama; y tal como están las cosas en la oficina, esto me ha ocasionado un desbarajuste de mil

demonios con el trabajo que se me ha ido acumulando. Además, he tenido que perder el día de hoy en un viaje a Cremona para atender las quejas de unos clientes. Una complicación más. No te cuento todo esto para disculparme, sino como preámbulo a lo que realmente deseo decirte.

¿Te acuerdas que cuando discutimos si yo debía aceptar o no este empleo ambos estábamos de acuerdo en que sería una especie de recurso temporal, algo para ir tirando mientras la situación estuviera difícil? Solo era para un corto período, nos decíamos el uno al otro, unos cuantos meses a lo sumo, lo preciso hasta que las cosas mejoraran en Inglaterra.

Sin embargo, a pesar de que no han pasado más que unas cuantas semanas, me parece que han sido años; y precisamente puedo enjuiciar todo el asunto, como si realmente hubieran pasado años, sin el más mínimo prejuicio. No puedo menos de preguntarme, amor mío, si no nos estamos engañando a nosotros mismos. Aunque ninguno de los dos se atreve a decirlo, pienso que ambos tenemos miedo de enfrentarnos con la realidad desnuda. Y la verdad es que, de no ocurrir un milagro, no existe ni la más remota posibilidad de que pueda volver a Inglaterra en un futuro cercano, a no ser para empezar de nuevo en el punto de partida como cuando quebró la Barnton Heath.

¿A qué viene todo esto? A una cosa simplemente: he decidido volver a Inglaterra y probar suerte otra vez. Creo que fue una pequeña imprudencia mía aceptar este empleo sin más ni más; pero esto es otra cuestión. Probablemente estarás pensando que esta decisión mía no es más que el mero resultado de la natural nostalgia de la tierra y de la novia, unida a las dificultades normales de un nuevo empleo. Ojalá fuera eso, pero me temo que no. Creo que no soy una persona especialmente cobarde ante la vida, y tengo la experiencia suficiente como para saber que la depresión que se deba al desempeño de un nuevo empleo en el extranjero, lejos de los viejos amigos, es algo completamente pasajero. Pero esto, como te digo, es muy diferente. Probablemente se trata de que no tengo madera de hombre de negocios, sino que mi puesto está en la fábrica, de donde nunca debí haber salido; pero aunque esto sea así (y creo que lo es), tampoco es una explicación satisfactoria. Aunque fuera el hombre de negocios más inteligente de Europa, pienso que tomaría la misma decisión.

Te estarás preguntando que a qué vienen todas estas divagaciones después del tono optimista de mi segunda carta (acababa de despedir a Serafina y me sentía muy en mi papel), y por qué he cambiado de humor tan inesperadamente. Trataré de ser un poco más explícito, cariño, pero tendrás que fiarte de mi palabra. La verdad es que hay una serie de cosas relativas a este empleo que yo no sabía cuando lo acepté, cosas que no sabían ni saben Pelcher y Fitch, cosas que, en los pocos días que llevo aquí, me han puesto en una situación tan absurda que no te puedes imaginar. No creo que haya actuado con menos sentido común ni con más perspicacia que cualquier otro que se hubiera encontrado en mi lugar. A pesar de todo, la situación es intolerable. He tomado mi decisión a sangre fría y, después de haber sopesado los

pros y los contras cuidadosamente, no encuentro ningún reparo de conciencia respecto a Spartacus. Estoy en vías de cerrar un contrato que les recompensará de cualquier inconveniente que les pueda ocasionar.

He decidido presentarles mi renuncia a fines del mes que viene. ¿Por qué? Bien, tengo que atender algunas cosas que me retendrán aquí unas semanas hasta que las arregle. Para ser franco como siempre, amor mío, te diré que me he comprometido a hacer algo bastante descabellado, algo que, en circunstancias normales, ni siquiera hubiera soñado en hacer, pero que en esta casa de locos llamada Europa me parece que encierra, en este momento, los elementos de un crudo y poético sentido de la justicia. Tengo que terminar lo que he comenzado. Creo que a tu padre le hubiera gustado, no deja de ser curioso. ¿Te acuerdas de lo que me dijo acerca del Eje Roma-Berlín una noche hace mucho, aquella vez que cenamos en un restaurante chino y luego nos metimos en un cine antes de ir a casa? Tu padre nos estaba esperando con una botella de whisky y toda la discreción del mundo.

Estoy seguro de que tanto misterio te irritará sobremanera. Créeme que no soy nada aficionado al misterio. Si estuvieras aquí, con mucho gusto te explicaría todo detalladamente. No pienses que me hace mucha gracia contarte estas tonterías incoherentes. Pero sé que estarás haciendo los preparativos para pasar aquí las vacaciones y creo que es preferible adelantar los acontecimientos. No te imaginas, cariño, cuánto deseo estar de nuevo junto a ti.

Recibe todo mi amor, vida mía, y, te lo ruego, no te enfades conmigo.

Nicky.

Carta mía a Mr. Alfred Pelcher.

Vía San Giulio, 14.

Milán, 16 de abril.

Estimado Sr. Pelcher:

Le agradezco sinceramente su carta aclarando el asunto Bellinetti. Entiendo perfectamente la situación y haré lo posible por organizar el trabajo de la oficina adaptándome a las circunstancias.

He retrasado la contestación a su carta porque he esperado a tener algo de interés que comunicarle. Las circunstancias lo han hecho posible ahora y tengo el placer de informarle que he logrado, en competencia directa con nuestros rivales alemanes, un pedido del Departamento de Artillería de treinta y ocho máquinas S2 modelo standard, con algunos retoques.

El precio que figura en el contrato es de 843.000 liras y, aunque a esta cifra hay que descontarle un dos por ciento destinado a la asignación especial, el precio por máquina, como usted podrá comprobar, todavía será más elevado que el que habíamos obtenido hasta el momento. Oficialmente, el hecho se debe a las modificaciones. Aunque, en realidad, estas modificaciones tienen un carácter

puramente nominal. El pedido hay que servirlo en un plazo de seis meses.

Envío por vía ordinaria información detallada a Mr. Fitch. Espero que éste tenga la oportunidad de ponerle al corriente.

Suyo afectísimo.

Nicholas Marlow.

Contestación de Claire.

Londres, 14 de abril.

He leído tu carta en el autobús esta mañana y te estoy contestando a toda prisa en la oficina, por eso será más corta de lo que hubiera deseado.

Antes de nada, permíteme que te diga, querido, que nunca se me ocurrió pensar que este empleo de Spartacus fuera algo más que una salida transitoria mientras no encuentras algo mejor. Pero he pensado, y lo pienso todavía, que has hecho muy bien en aceptarlo. Creo que el lío de la Barnton Heath significó un gran choque para ti, más de lo que tú crees. En aquellos momentos tan pronto te sobreestimabas como te infravalorabas; era un mal camino para restablecer la situación. Creo que yo he tenido algo de culpa. Estaba demasiado ansiosa por levantarte la moral. Habrías empezado por ponerte enfermo con la preocupación y hubiese terminado importándote todo un bledo. De hecho, empezaste enfadándote un poco y terminaste enfadándote mucho. Mi padre decía una gran verdad cuando hablaba de esto. «Tu chico», decía (es así como se refiere a ti siempre), «tu chico debería ser funcionario del Estado. Es un técnico pura y simplemente, y en una sociedad presidida por la ambición como la nuestra está fuera de su elemento». Te parecerá un poco vulgar, cariño, pero no anda muy desencaminado el viejo. Que conste que ésta es una de las razones por las que me gustas. Pero esto no tiene mucho que ver con tu carta. Si te he de ser sincera, querido, estoy un poco preocupada. No por tu decisión de dejar Spartacus, que conste. Tengo una fe enorme en tu sensatez y en tu buen sentido. Si crees que estarás mejor dejando Spartacus, déjalos inmediatamente. Pero por lo que se refiere al resto de tu carta, no voy a pretender siquiera que empezase a entender lo que te traes entre manos. Misterio es una palabra demasiado suave. No consigo recordar lo que te dijo mi padre cuando llegamos aquella noche a casa, después de habernos puesto de acuerdo en que íbamos a ser sinceros el uno con el otro. Y no me extraña que no me acuerde, porque tu respuesta debió ser tan estúpida que a la mañana siguiente durante el desayuno mi padre me preguntó si nos proponíamos casarnos antes o después de que te viera un siquiatra. Sospecho que no voy a ser capaz de comprender qué tipo de relación puede existir entre el Eje Roma-Berlín y la venta de maquinaria, sin embargo estoy dispuesta a hacer concesiones a un poco de misterio. Creo recordar haberte recogido información acerca de la tensión creada

por el armamento. Probablemente estás pensando en eso.

Pero lo que me preocupa, Nicky, es lo que has preferido omitir en tu carta. ¡Eso, no! Amor mío, contigo nunca he intentado leer entre líneas. Pero a veces sí leo bajo líneas. Ya sabes que tienes la costumbre de tachar las palabras que no quieres poner y escribir encima el término que te gusta. Tu tachadura es casi siempre muy insuficiente; por lo general, poniendo el papel a trasluz, se pueden leer las palabras desechadas. Pues bien, cuando leí que te habías comprometido a hacer algo bastante «descabellado» y descubrí que esta palabra sustituía a la tachada «peligroso», ya comprenderás por qué estoy preocupada.

Es cierto que «peligroso» puede ser una palabra poco apropiada, pero no tanto que en absoluto se pueda aplicar a lo que te refieres, porque de ser así no hubieras llegado a escribirla. Además, puesta en conexión con el resto de tu carta (a propósito, ¿qué ha sido eso de «una especie de accidente» a lo que aludes tan vagamente?), me parece que muy bien pudiera ser el término correcto que no desees aclararme.

No quisiera ponerme tonta ni histérica con esto, Nicky, pero sea lo que sea, anda con cuidado. No es que esté tan loca como para pensar que no vas a andar con cuidado. Supongo que este tipo de consejos femeninos siempre son un poco irritantes. Pero por favor, ten cuidado. Y, puesto que has decidido dejarlo, ven cuanto antes junto a mí. ¿Tienes que esperar tanto hasta presentar la renuncia? Supongo que tendrás que hacer el balance del mes y esto significa que no estarás aquí hasta finales de junio. Aparte de lo sola que me siento sin ti, me muero de curiosidad. Escríbeme cuanto antes.

Recibe todo mi amor, y pórtate bien.

Claire.

Ya me suponía que el sentido más poético de la justicia siempre resultaba muy crudo.

Contestación de Mr. Alfred Pelcher.

Wolverhampton, 19 de abril.

Estimado señor Marlow:

¡Mi enhorabuena! Las noticias son realmente estupendas y, como usted dice, el precio es con mucho el mejor que hemos podido conseguir. Mr. Fitch, que me ruega añada su enhorabuena a la mía, me dice que, según los detalles que usted le ha remitido, el coste total de los retoques no pasará de treinta chelines sobre el precio de fábrica de cada máquina. Sus cálculos personales probablemente ya le darían una cifra por el estilo. Tengo que decirle que es un arreglo «muy ingenioso».

Mr. Fitch le escribirá especificándole el modo de llevar a cabo los detalles financieros y otras cuestiones, pero he pensado que le gustaría recibir mi

enhorabuena personal. Es un arranque magnífico. Ahora hay que ver si podemos «repetir la dosis». ¿Usted qué opina?

Suyo afectísimo.

Alfred Pelcher.

Carta del General Vagas.

Corso di Porta Nuova.

Milán, 20 de abril.

Estimado señor Marlow:

Tengo muchísimo interés en charlar un rato con usted acerca de un asunto de suma importancia. ¿Podría hacer un hueco para cenar en mi casa mañana por la noche? ¿Le parece bien a las ocho? Será un placer para mí. Espero que tenga la amabilidad de telefonarme en caso de que le sea imposible acudir.

Cordiales saludos.

Suyo afectísimo.

J. L. Vagas.

Contestación mía a Vagas. Por mano.

Hotel Parigi.

Milán, 21 de abril.

Estimado General:

Me temo que no voy a poder cenar con usted mañana. ¿Me permite recordarle nuestra conversación respecto al sistema de las futuras comunicaciones entre nosotros?

Su seguro servidor.

Nicholas Marlow.

De «J. L. Venezetti» a «N. Marinetti», lista de Correos American Express, Milán.

Milán, 21 de abril.

Muy señor mío:

No le hubiera pedido una entrevista si no se tratara de un asunto de vital importancia. Es totalmente imprescindible que le vea inmediatamente. ¿Sería tan amable de indicarme a vuelta de correo cuándo y cómo puedo verle? Dejo a su elección el lugar y la hora.

Suyo afectísimo.

J. L. Venezetti.

De «N. Marinetti» a «J. L. Venezetti», lista de Correos *Wagon-Lits Cook*, Milán.

Milán, 22 de abril.

Muy señor mío:

Me podrá encontrar usted el domingo por la noche, a eso de las 10.45, al volante de una furgoneta Fiat azul oscura, a unos 35 km por hora en la autopista Milán-Varese. Solo me detendré ante un coche parado en dirección a Varese a unos 25 km de Milán con las luces traseras encendidas.

Suyo afectísimo.

N. Marinetti.

11— *Sangre y truenos*

Fue Zaleshoff el que hizo los preparativos para la entrevista entre Vagas y yo. Sus planes me hicieron una cierta gracia.

—¡*Sangre y truenos!* —comenté.

El americano frunció el entrecejo.

—No puedo decir nada de los truenos, pero si la Oвра se entera de que usted se reúne con Vagas, es más que seguro que habrá sangre.

—¿Y de dónde vamos a sacar el Fiat?

—De eso me encargo yo.

—Pero, ¿por qué el domingo?

—Pues porque el domingo por la tarde habrá aquí una manifestación.

—¿Y qué tiene eso que ver con lo nuestro?

—Ha estado usted vigilado prácticamente desde que ha llegado aquí, y desde que le dieron aquella paliza tiene dos individuos pegados a sus talones. ¿Lo sabía?

—Sí, ya los había visto. Se pasan todo el día frente a la oficina.

—Pues bien, antes de encontrarse con Vagas tendrá que deshacerse de ellos. La manifestación nos facilitará la tarea.

—¿Cómo?

—Ya lo verá. Escriba esa carta.

Escribí la carta.

Es una experiencia bastante extraña estar esperando a que le hagan chantaje a uno. No podía menos de preguntarme cómo me presentaría Vagas la cosa. ¿Qué camino escogería? Hasta el momento se había deshecho en cumplidos. Siempre que me había encontrado con él, había sido en una atmósfera de hipócrita amabilidad. ¿Se despojaría de su careta de cortesía o intensificaría el encanto como un guante de terciopelo que cubre el puño de hierro? Me divertía haciendo este tipo de especulaciones.

Los días que he pasado en Milán han dejado en mi mente el curioso recuerdo de una atmósfera de fantasía. No hace falta que jure que he lamentado muchas veces el momento de mal humor y de amargo resentimiento que me empujó a aceptar el plan de Zaleshoff. Sin embargo, el pensamiento de que podía volverme atrás, se me ocurría solo como una especie de protesta, como una amenaza inejecutable; tal es la habilidad de la mente para adaptarse a una idea. Además, había decidido romper con Spartacus. Esto era lo importante. Tal vez fuera esta decisión, más que ninguna otra cosa, lo que determinó mi actitud. Iba a marcharme de Milán dentro de poco. Este hecho prestaba a la situación un tono indefenso de provisionalidad. Dentro de un par de meses o así, volvería a estar en casa y entonces podría dedicarme realmente a buscar un buen empleo. Lo que ocurriese mientras tanto me parecía de una importancia secundaria. Ya no me identificaba con Spartacus. Como dije a Claire, no tenía escrúpulos respecto a la Compañía. Les había conseguido un valioso pedido (con la ayuda de Vagas, claro). Ahí quedaba esto. Todo lo que tenía que hacer mientras no llegase el momento de irme era velar porque sus intereses estuviesen adecuadamente protegidos. Y, si se presentaba la oportunidad, conseguirles otros contratos todavía. Eso era todo. En realidad, no hubiera hecho más si me fuera a quedar con ellos. Lo único que cambiaba era mi actitud personal. Tenía una mayor sensación de independencia, algo así como si estuviera de vacaciones. El plan de Zaleshoff entraba casi en la naturaleza del juego, pensaba. Que no conociera las reglas del mismo, no quería decir nada; simplemente una mayor tranquilidad para mi conciencia.

Desde aquella noche en que estuve en su oficina, vi a Zaleshoff prácticamente todos los días. Al principio, su humor era excelente, dispuesto a anticiparse a los acontecimientos. Estaba preparado para cualquier cosa, me aseguraba repetidamente. Todo era cuestión de esperar a que Vagas me apretase los tornillos. Luego, a medida que el mes iba discurriendo sin que Vagas diese señales de vida, su buen humor dio paso a sombríos presagios. Se irritaba por cualquier cosa. Varias veces estuve tentado de abandonar todo el plan y por dos veces le amenacé con hacerlo. En ambas ocasiones me presentó exasperadas disculpas.

Mi admiración por la paciencia de su hermana aumentaba de día en día. A pesar de todo, su ansiedad era bastante explicable hasta cierto punto.

—Empiezo a preguntarme —declaró sombríamente en un momento de desánimo — si no fue un error falsificar las cifras de Spartacus.

—Usted sabe perfectamente que de ningún modo le iba yo a dar las correctas.

—Desde luego. Pero probablemente se puso en guardia al descubrir que la primera remesa era un engaño. A lo mejor piensa que se ha valido de él para conseguir el contrato del Departamento de Artillería y se ha desentendido de usted como de una inversión poco rentable.

—¿Cómo podría descubrir el engaño?

—¿Cómo quiere usted que yo lo sepa? Pero es lo único que puede haber ocurrido. ¿De qué otro modo se puede explicar este silencio? Tiene todo el material que deseaba para intentar hacerle chantaje. ¿Por qué no se lo hace?

—Tal vez espera a que yo le envíe las cifras de este mes. Así me tranquilizará con una apariencia de falsa seguridad.

—Tal vez. Ojalá tenga usted razón. Esta espera me está poniendo nervioso.

Esto era evidente. La razón que tenía para ponerse tan nervioso me intrigaba. Yo mismo era consciente de un sentimiento de desengaño, casi decepción; pero su actitud me tenía intrigado. ¿Por qué la situación le ponía nervioso de un modo tan absurdo? Para mí se trataba simplemente de un juego un tanto siniestro. Para él parecía ser una cuestión de vida o muerte. La mayor parte de las cosas que Zaleshoff me había dicho eran un montón de mentiras, sin duda. Pero, en un punto al menos, creo que me dijo algo bastante próximo a la verdad.

Una noche, mientras tomábamos café, saqué a relucir el tema. Era casi imposible no hacerlo. Su desesperación resultó más extravagante que de costumbre. A la primera ocasión, le dije:

—Admito que la situación es muy irritante, pero, por amor de Dios, Zaleshoff, no puedo comprender por qué se lo toma tan a pecho.

—¿No?

—No.

—¿No cree usted que la paz de Europa sea lo suficientemente importante como para preocupar a nadie?

—¡Oh, sí! ¡La paz de Europa, seguro! Pero si por un momento pudiéramos bajar a la madre tierra y...

—¡La madre tierra! —dijo levantando la voz, enfadado—, ¡la madre tierra! Oiga, Marlow, me duele tener que decirle esto porque, como es usted tan cabezota, será exactamente igual que si no se lo dijera; pero da la casualidad de que usted —que el cielo nos valga!— es bastante importante en este asunto. ¿Se ha encontrado alguna vez en la situación de tener que abrir una maleta teniendo en la mano un manojo de llaves? Solo una es *la* buena. Ninguna de las otras importa. Bien, pues eso es lo que pasa en nuestro caso. Y usted es *la* llave.

Sus maneras me irritaron un poco.

—¿Qué le parece si nos dejamos de metáforas y hablamos en prosa vulgar?

—¡Naturalmente! En prosa vulgar: los alemanes están haciendo lo imposible para abrir una brecha en el acuerdo angloitaliano sobre el Mediterráneo. Están locos por

conservar la unidad del Eje. Sin él, no pueden hacer ningún movimiento en el Este de Europa. Y necesitan hacer este movimiento. Ya sabe lo que decía Aristóteles: el tirano que empobrece a su pueblo se ve obligado a hacer la guerra para tener ocupados a sus súbditos e imponerles la necesidad permanente de un jefe. En estos momentos, Italia está en una posición privilegiada. Puede jugar la baza de Alemania contra Francia e Inglaterra. Porque ha apostado en los dos campos. El Eje es tan vital para Italia como para Alemania. Si alguna vez se ve en la situación de tener que depender de la City de Londres, no tendrá nada que hacer. Le financiarán su industria pesada, le ahogarán con créditos hasta que la lira esté tan enferma que no pueda mantenerse de pie. Entonces atarán a Mussolini con una cinta y se lo darán a los alemanes como regalo de Navidad. La fuerza de Italia en el Sur es el Eje del Norte. Solo la desconfianza mutua puede neutralizar la identidad de intereses entre Alemania e Italia. Por una razón bastante estúpida, usted, Marlow, está en posición de lograr que las sospechas se conviertan en desconfianza. ¡Y me pregunta que por qué me lo tomo tan a pecho!

—Y se lo sigo preguntando.

Frunció las cejas como alguien que está a punto de estallar y trata de contenerse con esfuerzo.

—¿Tengo que empezar otra vez?

—Creo que lo que Marlow quiere decir —afirmó la chica— es qué diablos te importa a ti todo esto.

Zaleshoff suspiró profundamente.

—Soy un ciudadano americano —comenzó en tono teatral— y...

—Ya sé —le atajé—: un ciudadano americano que piensa que nosotros, los hombres de buena voluntad, debemos unirnos y cooperar para salvaguardar la paz de Europa. Conozco ese cuento. Ya lo he oído antes. Pero eso no responde a mi pregunta. Vagas me previno contra usted. Y ¿sabe lo que me dijo? ¿Lo sabe? Se cree que neutralizó el efecto del aviso dándome a entender que ya se lo esperaba. Pero lo que usted no sabe es que Vagas me dijo que usted y su hermana son agentes del gobierno soviético. ¿Qué dice a esto?

Zaleshoff me miró. Su mandíbula se proyectó hacia delante. Luego miró a la chica. La expresión de ésta era totalmente evasiva. El americano volvió a mirarme. Yo por poco me permito una sonrisa burlona de triunfo. Afortunadamente para mi dignidad, no lo hice; porque, de pronto, Zaleshoff empezó a partirse de risa, golpeándose furiosamente las rodillas.

—¡Agentes soviéticos! —vociferaba histéricamente—. ¡Esta sí que es buena! ¡Qué gracia!

Esperé impasible a que hubiera terminado. Luego dije secamente:

—Todavía no ha contestado usted a mi pregunta.

Zaleshoff se puso serio de repente.

—Un momento, Marlow. Antes de llegar a ninguna conclusión precipitada,

piense. ¿Qué iba a pretender yo, un americano respetable, con...?

Con un evidente tono de disgusto le obligué a callarse.

—¡Vale! ¡Vale!

—Vale, ¿qué?

—Dejémoslo. Pero no me reproche —le dije apuntándole con el dedo— si saco mis propias conclusiones, ¿entendido?

—¿Por qué habríamos de reprocharle, Marlow? —dijo la chica en tono conciliador.

No sé por qué, pero la pregunta me desarmó. Dejé el tema, pero en mi fuero interno me hice el propósito de volver a sacarlo a la primera de cambio. Pero tardó en presentármeme la oportunidad; tres días después recibí la carta de Vagas, ruidosamente recibida por Zaleshoff.

El domingo, a las dos y media de la tarde, salí del Hotel Parigi, escoltado como de costumbre por los dos individuos con aspecto de mujerzuelas, y me reuní con Zaleshoff en un *caffè* cerca del Castello. Tamara no estaba con él. Pidió un café para mí y miró el reloj.

—Tenemos que anclar diez minutos antes de empezar.

—Empezar, ¿qué?

—A deshacernos de esas dos sombras tuyas.

—Pero si no he de ver a Vagas hasta casi las once de la noche.

—Quizá no, pero empezaremos a trabajar por la tarde.

—Oiga una cosa, Zaleshoff —protesté irritado—, ¿no cree que va siendo hora de que me diga lo que vamos a hacer?

—Eso es precisamente lo que me propongo. Escuche. Tiene que dejar plantados a esos dos sujetos y no van a caer en una trampa tan elemental como la del hotel con dos salidas. He estado observando cómo trabajan y puedo asegurarle que conocen bien su oficio. Además, si intenta usted dejarlos uno frente a otro, se darán cuenta de que está tramando algo y esto sería tan peligroso como dejarles que se enteren de todo. No nos interesa eso. Tiene que darles el patinazo por accidente, o, al menos, que parezca que ha sido un accidente. Para esto nos valdrá la manifestación.

—¿Qué manifestación?

—Las Organizaciones de la Juventud Fascista, los *Balilla* y los *Avanguardisti*, una especie de *boy scouts* militares, efectuarán una marcha desde la estación central hasta la Piazza Duomo. Serán unos diez mil, con bandas de música y destacamentos de camisas negras. Llegarán en trenes especiales de Cremona, Brescia, Verona y otros sitios. En la Piazza Duomo un dirigente fascista les dirá lo estupenda que es la guerra y luego les pasará revista. Después cantarán la «Giovinezza» y volverán a desfilar. Es en este momento, en el segundo desfile, cuando hará usted su travesura.

—¿Qué travesura? No me irá a decir que tengo que vestirme de *boy scout* italiano y meterme en la manifestación, porque no lo voy a hacer.

—No diga tonterías.

—Perdone.

Zaleshoff se inclinó hacia delante con solemnidad.

—¿Ha intentado usted alguna vez cruzar una calle en el momento en que pasaba una gran manifestación?

—Sí.

—¿Fue capaz de cruzar?

—No.

—Exactamente. Bueno, pues ahora, escuche.

Zaleshoff estuvo hablando durante cinco minutos. Cuando terminó le miré un poco escéptico.

—Puede resultar —admití.

—Resultará. Es solo cuestión de escoger el momento preciso.

—Supongamos que no me pierden de vista.

—Con Tamara desempeñando su papel, le perderán.

—Muy bien. Lo intentaré.

—Bueno. Termine el café y vámonos. ¿Están ahí esos dos?

—Sí.

—Bien. Entonces iremos a echar un vistazo a la manifestación.

La tarde era magnífica. El aire era frío, pero el cielo estaba despejado, azul, y el sol proyectaba fuertes sombras negras sobre las polvorientas calles. Las aceras estaban llenas de gente. Parecía que todas las familias de Milán se hubieran echado a la calle. Los hombres y las mujeres vestían de negro, las niñas de blanco, los niños y los mozalbetes uniformes de los *Balilla* y los *Avanguardisti*. Vendedores de banderines y cintas con el retrato de Mussolini en el centro anunciaban su mercancía a grandes voces. Jóvenes aviadores uniformados se pavoneaban en grupos de tres o de cuatro piropeando a los corros de chicas de las fábricas. En los espacios libres de los muros habían sido pegados enormes retratos de la cabeza de Mussolini tomada de perfil. Los *caffès* cercanos a la ruta por donde iba a pasar el desfile estaban abarrotados de hombres y mujeres bien vestidos, padres y familiares de los participantes en la manifestación, que habían llegado, según me dijo Zaleshoff, en trenes especiales durante las primeras horas de la mañana. Muchas mujeres llevaban bebés en brazos.

Nos colocamos, no sin dificultad, en las escaleras de un edificio de apartamentos en el Corso Vittorio Emanuele. La acera de enfrente era una sólida masa de espectadores. Delante de ellos, acordonando la ruta cada tres metros, formaban milicianos de camisa negra armados, mirando adelante y atrás alternativamente. Unos cuantos metros más allá, apretujados contra la pared, estaban los dos detectives de paisano, pálidos, impasibles, de mediana edad, evidentemente de la policía regular.

Por fin hubo un débil estallido de alborozo en la lejanía. El ruido de la multitud no pasó de un murmullo expectante, aparte de los lloros de un bebé en la acera de enfrente. Diez minutos después, en medio de un estruendo de vivas y saludos con la

mano levantada y un deslumbrante despliegue de banderas, se pudo ver la manifestación encabezada por una gran banda militar, a cuyo frente venía un tambor mayor con unos enorme bigotes retorcidos.

En primer lugar marchaban los *Avanguardisti* con ceño severo. Llevaban rifles simulados, igual que los *Balilla*, los más jóvenes que iban detrás de ellos. Los flancos de la formación estaban ocupados por simples Camisas Negras. También había destacamentos de Hijos del Lobo, una organización juvenil italiana, y de dos organizaciones femeninas, las *Piccole Italiane* y las *Giovani Italiane*. Muchas bandas de música. Todo muy impresionante. La manifestación tardó unos cuarenta minutos en desfilar hacia la plaza. Cuando acabó de pasar la parte final, el gentío rompió el cordón de milicianos y se lanzó a la calle detrás del desfile camino de la plaza.

—Vamos —murmuró Zaleshoff.

Cuando llegamos a la calle que va hacia La Scala, nos separamos de la gente y fuimos lentamente hacia la Via Margherita. Los dos detectives de paisano se separaron un poco más y nos siguieron, parándose de vez en cuando en los escaparates de las tiendas y haciendo gesto de alivio por haberse librado de la gente.

Zaleshoff se sonrió entre dientes:

—Deben creer que es usted muy tonto.

—¿Por qué?

—Creen que todavía no se ha dado cuenta de que le siguen.

—He tenido cuidado en no dárselo a entender. Además, es una pareja diferente cada día. Ya me he acostumbrado.

—Bien; esto nos facilita la tarea. ¿Está usted bien enterado de lo que tiene que hacer?

Habíamos llegado al final de la calle. La Via Margherita, que formaba parte del itinerario de vuelta de la manifestación, estaba acordonada por Camisas Negras para contener a la multitud que empezaría a salir de la Piazza. Los bordes de la acera ya estaban ocupados por gente, jóvenes y niños sobre todo, dispuestos a sacrificar la contemplación de la ceremonia para asegurarse la mejor visibilidad posible del desfile de vuelta.

Zaleshoff hizo como si tuviese intención de girar hacia la Via Alessandro Manzoni, lejos de la plaza. Yo me detuve y le indiqué la gente que estaba parada esperando. Durante un minuto o dos hicimos la comedia como si estuviéramos discutiendo; luego Zaleshoff miró el reloj, me dio la mano y se fue hacia La Scala. Hice como que titubeaba y luego me decidí. Había un sitio en el bordillo detrás de un Camisa Negra y me acomodé allí, dispuesto a esperar. Con el rabillo del ojo, pude ver como los detectives de paisano se habían colocado junto a un quiosco de periódicos, unos metros más abajo. Hasta el momento, todo marchaba como estaba previsto. La impresión que habíamos dado resultaba completamente natural: Zaleshoff evidentemente tenía una cita y yo quería ver otra vez el desfile. Los detectives parecían aburrirse de mala manera.

La Piazza Duomo solo estaba a unos cien metros de donde me hallaba yo. A la entrada de la misma, a unos cincuenta metros de mí, estaba formado el cordón de policía con tricornios de piel. Delante de ellos, el gentío, que sería dividido en dos partes en el momento oportuno, una de las cuales se canalizaría por la acera donde yo me encontraba. Desde la plaza llegaba el eco de un discurso pronunciado a voz en grito por un altavoz, y subrayado por aplausos, que llegaban hasta mí como el bronco ruido del mar contra las peñas.

Los Balilla y los Avanguardisti de hoy serán los herederos naturales del Fascismo. Aplausos. Italia debe ser la nación más grande y poderosa de la tierra. Fuertes aplausos. Italia será la nación más grande y más poderosa de la tierra. El Duce así lo quiere. Un estruendo. Los jóvenes reclutados por la Revolución fascista reciben el fusil como la juventud de la antigua Roma recibía la toga viril: es una de las ceremonias más hermosas y más significativas del partido. La guerra es para un verdadero hijo del Fascismo la culminación de su amor hacia la patria. ¿Fueron imaginaciones mías o fue realmente el aplauso un poco menos fuerte que antes? ¡Juventud, adelante!

Los altavoces bramaban. Terminaron por estropearse. Las bandas atacaron al unísono el «Giovinezza». La turba empezó a cantar.

*Juventud, juventud, encantadora juventud,
tiempo de floreciente primavera,
el Fascismo te trae la promesa
de la Libertad del Pueblo.*

El cordón de policía empezó a abrirse paso entre el gentío para despejar el camino del desfile. ¡Ya casi era el momento! Eché un vistazo al otro lado de la calle. De acuerdo con lo planeado, Tamara ya debía estar en el sitio. A lo mejor había quedado bloqueada por la gente. Ya me estaba empezando a poner nervioso, cuando la vi.

En la acera de enfrente la multitud se hacía cada vez más densa. Tamara estaba apretujada entre un tipo gordo que ostentaba un banderín pequeñito y una señora de luto, de mediana edad. Me di cuenta de que ya me había visto porque estaba mirando con mucha atención hacia la plaza. El corazón me empezó a latir un poco más aprisa que de costumbre mientras aguardaba el momento.

La policía consiguió romper la multitud y yo podía ver ahora el centro de la plaza, donde estaba formada la banda que encabezaría el desfile hasta la estación. Eché un vistazo por encima del hombro. Detrás de mí la gente se había multiplicado por diez. Mis dos angelitos estaban totalmente bloqueados contra el quiosco. Uno de ellos echó un vistazo casual en mi dirección. Yo traté de evitar su mirada cuidadosamente, fijando mi atención en el miliciano que tenía delante. Según pude deducir, era un joven de unos veintidós años, pero no le pude ver la cara lo suficiente como para

formarme una opinión de su temperamento. Tendría que adivinarlo.

En aquel momento, la banda empezó a afinar los instrumentos, avanzando lentamente hacia delante. Ahora era el momento. Empecé a ensayar febrilmente la única frase que tenía que decir. La gente empezó a aplaudir. El primer destacamento de *Avanguardisti* comenzaba a marcar el paso, formado detrás de la banda. El tambor mayor inclinó el pecho, sus piernas se pusieron rígidas, agitó su maza en el aire y con un gesto teatral empezó a golpear su instrumento. La banda se puso en marcha.

No estaba a más de treinta metros de distancia. Treinta metros. Esperé impaciente la señal de Tamara. Pero ésta no hizo el menor gesto. Entonces recordé mi papel y empecé a agitar convulsivamente la mano hacia ella. Veinte metros. El aplauso de la multitud iba en aumento, deslizándose por la calle como la marea por la playa. Mi tensión llegó al máximo. Un segundo más y sería demasiado tarde; el magnífico plan de Zaleshoff habría fallado. Tendría que pensar otra cosa. El ruido de la banda y de los aplausos se hizo ensordecedor. Entonces vi como Tamara me hacía señas. Era la señal.

Avancé hasta la calzada y cogí al miliciano por el brazo. Éste estaba preparado para tal eventualidad y con un movimiento brusco intentó soltarse. Pero no pudo.

—Mi esposa, *Signore* —grité a su oído—, nos hemos separado entre la gente y está al otro lado. ¿Puedo cruzar?

No bien dije esto le solté el brazo y arranqué como una flecha. Oí que gritaba algo, pero no sé qué. En el extremo de su ansiedad por estar atento al menor movimiento, mi pregunta le desorientó y no supo reaccionar a tiempo para intentar detenerme. Cuando reaccionó ya era demasiado tarde, ya estaba yo en medio de la calzada.

Creo que no tardé más de ocho o seis segundos en cruzar. No pudieron ser más. Me sentí al espectáculo más importante de Milán, tal vez debido al poco tiempo que me llevó el cruzar.

En el centro por poco tropiezo y durante un momento angustioso vi como el desfile avanzaba sobre mí. Luego, los rostros y los banderines que ondeaban en la acera de enfrente se fueron acercando y pude ver de nuevo a Tamara agitando su pañuelo hacia mí. El miliciano que estaba delante me miró indignado, pero estaba en posición de firme y no hizo ningún movimiento. El hombre gordo agitó su banderín en mi cara. La señora de luto me increpó enfadada, pero el ruido ahogó sus palabras. A continuación, Tamara me cogió de la mano y me arrastró tras ella por entre la gente. El tipo gordo, adivinando que la maniobra le facilitaría más sitio, me abrió camino. Un momento después nos hallábamos detrás de la gente. Suspiré aliviado.

—¡Uf! Gracias a Dios, ya está.

Tamara se desternillaba de risa.

—¿Qué pasa? —pregunté irritado.

—¡Qué caras! ¡Tenía que verlas!

—¿Las caras de quién?

—De sus angelitos. Intentaban seguirle entre la multitud. La gente creía que trataban de avanzar hacia la primera fila para ver mejor el desfile y los ponían verdes. A uno de ellos hasta le tiraron el sombrero. Fue delicioso.

—Creí que no iba a hacer la señal nunca.

—Ya lo sé. Pero tenía que esperar hasta el último momento —dijo, y señalando una calleja lateral añadió—: Bajemos por aquí.

Dos calles más allá, en la Via Oriani, encontramos una amplia furgoneta Fiat con el motor en marcha. Dentro estaba Zaleshoff, que bajó al vernos.

—¿Todo bien? —preguntó a la chica.

—Estupendo. No pudo ir mejor. No conseguirán llegar al otro lado hasta dentro de tres cuartos de hora por lo menos.

—Bien. Buen trabajo —dijo dirigiéndose a mí—. Suba.

Subí detrás y Zaleshoff me siguió, mientras Tamara se ponía al volante.

Sin saber por qué, empecé a temblar de los pies a la cabeza. Era mi modo de reaccionar.

Zaleshoff me ofreció un cigarrillo. Se lo acepté.

—Bien —dije con acritud—. ¿Qué vamos a hacer ahora hasta las diez y media de la noche? ¿Escondernos?

Zaleshoff se recostó cómodamente en el asiento.

—Ahora —dijo enfáticamente— vamos a divertirnos. Andando, Tamara.

Nos dirigimos por la *autostrada* hacia Como, anduvimos un rato en lancha por el lago y cenamos en un restaurante con vista panorámica sobre el mismo. Me divertí horrores. Cuando terminamos de cenar acababa de ponerse el sol. Nos sentamos en la terraza durante un rato, fumando un cigarrillo mientras tomábamos café.

Brillaban las estrellas de un modo casi deslumbrador. En una esquina de la terraza, unos cuantos cipreses semejaban gruesos dedos negros apuntando el azul del cielo. El aire olía a resina de pino. Me olvidé de mis acompañantes y estaba pensando en Claire, deseando que hubiera estado allí, cuando Zaleshoff dijo:

—¿Qué va a hacer usted cuando vuelva a Inglaterra?

Salí repentinamente de mi éxtasis y le miré sin pestañear. Vi su sombra y la de la chica proyectadas junto a dos colillas humeantes.

—¿Cómo sabe usted que voy a volver a Inglaterra?

Más que ver su sonrisa, la adiviné.

—Lo deduzco por su manera de actuar. Tiene usted aspecto de estar ausente —hizo una pausa—. Este asunto le ha hecho desistir del empleo de Spartacus, ¿o no?

—Este asunto y otras cosas.

Sentí una imperiosa necesidad de hablar de ello con alguien; sin embargo, me limité a hacer una pregunta:

—¿Conoce usted a un tipo llamado *Commendatore* Bernabò?

—¿El individuo que usted ha sobornado para conseguir el pedido de maquinaria? No pude menos de saltar. Sobre eso no había entrado en detalles con Zaleshoff.

—Sí, ése es. Pero yo no le había dicho nada de eso.

—Esas cosas se saben. El soborno es una vieja costumbre italiana.

—Hay un montón de viejas costumbres italianas que no me gustan.

Zaleshoff se rió entre dientes.

—Para hombre de negocios es usted un poco exigente, ¿no cree?

—Yo no soy un hombre de negocios, soy un ingeniero.

—¡Ah, sí! Me había olvidado. Discúlpeme.

—Además, todavía conservo más de una contusión en el cuerpo —titubeé—.

Supongo que encontraré otro empleo.

—¿Hacer bombas en vez de vender la maquinaria para hacerlas?

—Un ingeniero *puede* hacer otras cosas, ¿no?

—¡Desde luego! —Zaleshoff hizo otra pausa—. Pensé que usted me había dicho que aceptó este empleo porque no pudo conseguir otro mejor.

—Ayer leí un artículo en un periódico especializado donde decía que en este momento hay falta de ingenieros especializados.

—Sí, también yo lo he leído —dijo Zaleshoff al mismo tiempo que expulsaba el humo.

—¿Usted lo ha leído?

—Yo leo un montón de cosas. Este artículo me parece que estaba basado en las declaraciones del director de una fábrica de armamento, ¿no?

Me di cuenta de que mis mejillas habían enrojecido y me sentí un poco molesto. Felizmente, había anocheado ya.

—¿Y qué importa? —contesté con indiferencia—. Alguien tiene que hacerlo.

Zaleshoff se rió divertido.

—Respuesta típica del evangelio de Don Beneficio. La industria no tiene otro fin o propósito que satisfacer a los hombres de negocios que la dirigen. La demanda es sagrada. Igual da que se trate de explosivos para matar civiles, fertilizantes químicos, bombas, ollas a presión o maquinaria para una explotación de yute en la India. No hay diferencia. El hombre de negocios no tiene otro objetivo que obtener beneficios para él y para sus accionistas.

—Todo eso me trae sin cuidado.

—Por supuesto —repitió con sarcasmo—. Usted, como ingeniero, es quien hace que eso sea posible. Pero cuando estallen esas bombas y esos explosivos, también le harán papilla a usted, así como a su mujer y a sus hijos.

—No tengo —dije rápidamente.

—¿Y eso, qué?

—¡Déjeme en paz, Zaleshoff! Tengo que comer, ¿no? Si hay falta de ingenieros especializados y yo soy ingeniero especializado, ¿qué quiere usted que haga? ¿Jugar al mus?

—En cuestión de unos cuantos años, mi querido Marlow, el mismo periódico le dirá que hay demasiados ingenieros especializados. Demasiados y demasiado pocos, unos con el estómago vacío y otros con él sobrealimentado; siempre la vieja, viejísima historia: unos demasiado; otros demasiado poco. ¿Cuándo van ustedes los ingleses a poner remedio a eso?

—¿Lo dice como americano o como ruso?

—¿Qué importa eso ahora? ¿No es de sentido común que hay que reemplazar un sistema viejo y malo por otro mejor?

—¿Se refiere usted al socialismo?

Mi pregunta debió ser hecha en un tono tan irrisorio que Zaleshoff se rió y no contestó siquiera.

—Está saliendo la luna —dijo Tamara.

Por entre los árboles se veía un débil hilillo de luz amarilla.

—Parece una postal —comentó Zaleshoff—, pero una postal de calidad. —Se puso de pie—. Es hora de irnos.

Pagamos la cuenta y en silencio empezamos a volver hacia donde estaba el Fiat. Íbamos por una calle iluminada. Ya llevábamos un rato de camino cuando, sin pensarlo, miré hacia atrás por encima del hombro.

—No —murmuró Zaleshoff—, si no están aquí. Los hemos dejado en Milán.

—No, es que... —empecé.

Pero me callé. Era cierto. Me había acostumbrado a la idea de que me siguieran. Las cosas habían llegado a un punto insostenible, reflexioné con amargura. Sentí una súbita nostalgia de mi tierra, de Londres. Me marcharía la próxima semana y dejaría esta miserable atmósfera de doble juego, intriga y violencia. Sería estupendo volver junto a Claire. La noche que llegara a Londres iríamos a cenar al restaurante chino. En Londres no se ve la luna ni las estrellas como aquí, pero tampoco le siguen a uno dos detectives italianos. Los *boy scouts* no desfilan tan bien como los *Balilla*, pero no hay altavoces ensordecedores que les ensalcen a voz en grito las bellezas de la guerra.

Sin saber por qué, me puse a pensar en algo que me había dicho Hallett en una ocasión. Era después de la comida y habíamos estado viendo en un periódico algunas fotografías de las manifestaciones masivas organizadas por los nazis. Yo no sé qué comenté acerca de la eficacia de los sistemas alemanes de propaganda. Hallett se rió: «Es eficaz porque tiene que serlo. La clase gobernante inglesa no tiene que molestarse en eso. En Inglaterra, la gente lee el periódico y se engaña a sí misma». Pero entonces, como siempre que pensaba en cosas que había dicho Hallett, me acordé de que se trataba de un socialista. Y Zaleshoff, según todas las apariencias, era un agente soviético y, por lo tanto, comunista. Iba siendo hora de que me serenase y me comportase como una persona racional. Era una locura seguir adelante con este plan de Zaleshoff. Ya había recibido una seria advertencia, la próxima vez no cabía duda de que recibiría el mismo trato que Ferning. Estaba resuelto.

—A propósito —dije al subir al coche—, he decidido no acudir a la entrevista de

esta noche.

Me sentí avergonzado. Pero no había otro remedio, pensé. Zaleshoff estaba a punto de subir detrás de mí y se paró en seco. La chica volvió la cabeza y dijo con una risa sarcástica:

—Una broma pesada, Marlow; siempre dije, que el sentido del humor de los ingleses es muy especial...

—Un momento, Tamara —la voz de Zaleshoff era bastante tranquila, pero sus palabras parecían chorros de agua helada—. Está usted de broma, ¿verdad, Marlow?

—No —fue lo único que pude responder.

—¡Una broma pesada, ciertamente! —dijo tranquilo. Subió al coche y se sentó a mi lado bruscamente—. ¿Se puede saber la razón de esta decisión tan inesperada?

—Póngase usted en mi lugar, Zaleshoff. Tengo todo que perder y nada que ganar. Yo... —traté de disculparme.

—Un momento, Marlow. Escúcheme un momento. Le doy mi palabra de honor de que haciendo esto no solo ayuda usted a su país, sino también a varios millones de europeos más. El otro día me preguntó usted qué diablos me importaba a mí todo esto. No se lo puedo explicar, por razones que supongo no le será difícil adivinar. Tiene que fiarse de mi palabra. Y le juro que estoy de la parte de los ángeles. Y por ángeles no entiendo los hombres de Estado de Francia e Inglaterra, ni los banqueros e industriales de ambos países. Por ángeles entiendo el pueblo francés e inglés y el de mi país; el pueblo es quien puede hacer frente a las fuerzas que han puesto de rodillas a los pueblos de Italia y Alemania. Eso es todo.

Dudé. Dudé miserablemente. Al fin murmuré:

—No tiene importancia, Zaleshoff. No vale la pena discutir.

—¿No vale la pena? Creí que había dicho usted que no era un hombre de negocios, Mr. Marlow.

Hacia las once de la noche me dirigía lentamente por la *autostrada* de Milán al encuentro del General Vagas. Zaleshoff y su hermana se habían quedado en un *caffè*, un kilómetro más atrás, pero las instrucciones de Zaleshoff todavía zumbaban en mis oídos:

—Enfádese cuanto quiera. Enséñele las uñas y los dientes. Pero, por amor de Dios, termine por ceder.

El cielo de la noche de abril se había cubierto de nubes. Dentro del coche hacía bastante calor, pero yo sentía ligeros escalofríos. Mi pie empezó a aflojar el acelerador. Al fin vi dos luces rojas que se encendían y apagaban intermitentemente.

A pesar de que las estaba esperando, me estremecí al verlas. Aminoré la marcha al mínimo y puse las luces largas. Era un coche amplio, aparcado en el arcén bajo unos arbustos que colgaban del terraplén. Apagué las luces, avancé unos cuantos metros y esperé. Al cabo de un instante, el General Vagas salió de su coche y se

dirigió hacia mí.

12— *Chantaje*

El General me saludó con la expresión de quien se divierte terriblemente ante las payasadas de un niño travieso.

—Buenas noches, Marlow.

—Buenas noches, General. ¿Deseaba usted verme?

—Sí, deseaba verle. Pero esto —dijo con un expresivo ademán hacia el lugar donde estábamos— espero que no haya defraudado su gusto por lo melodramático.

—Mi gusto por lo melodramático no es mayor que el suyo, General —repliqué mordaz—. Solo deseaba ser discreto.

A la claridad de la luz del cuentakilómetros pude ver cómo sus labios se torcían en un gesto divertido.

—Un deseo muy honesto, Marlow. Me perdonará si le digo que resulta un poco exagerado.

—¿Deseaba usted verme? —repetí.

—Sí. Tengo entendido que ha conseguido usted el contrato del *Commendatore*.

Evidentemente el General estaba dispuesto a tomarse las cosas con calma.

—Sí. Confío en que habrá quedado usted satisfecho con mis esfuerzos por devolverle el cumplido.

—Desde luego —titubeó—. De esto precisamente quería hablarle.

—¿Sí?

El General asomó la cabeza dentro del coche.

—¡Ah, asientos de piel! Creo que mi coche es un poco más cómodo que el suyo. ¿Por qué no nos vamos a sentar allí?

—Yo encuentro éste bastante cómodo.

Mi interlocutor suspiró.

—Echo de menos esa atmósfera de respeto y confianza mutua que me gustaría que reinase en nuestras relaciones. Sin embargo —dijo abriendo la portezuela—, espero que no le importe que entre y me siente a su lado. El aire de la noche es frío en el campo y mi pecho está delicado.

Carraspeó levemente subrayando su afirmación.

—Sí, desde luego, entre, por favor.

—Gracias —entró, cerró la portezuela y husmeó el ambiente—. Huele a puro, Marlow, y a puro malo. Realmente, no puedo decir que tenga usted mucho gusto eligiendo marca de tabaco.

Sentí un movimiento de repulsa interior. El olor del horrible puro que Zaleshoff había estado fumando a la vuelta de Como, se había quedado pegado a los asientos. Murmuré una disculpa.

—Tengo cigarrillos ingleses si prefiere.

—Sí. Gracias.

Cogió uno, lo encendió en la cerilla que yo le ofrecí y aspiró el humo con delectación. Echó el humo lenta y suavemente. Yo esperé en silencio.

—Marlow —dijo de pronto—, ha ocurrido algo un poco desagradable.

—¿De veras?

—Sí. Algo que, francamente hablando, me da un poco de reparo decirle.

—¡Oh!

Sus modales traicionaron su intención de actuar con un candor totalmente fingido.

—Pondré todas mis cartas boca arriba, Marlow. Recordará que cuando discutimos por vez primera nuestro trato, mencioné la cantidad de dos mil liras.

—Naturalmente que me acuerdo.

—Más tarde le dije otra cifra, tres mil liras al mes, que fue la cantidad en que quedamos finalmente.

Yo contesté con un «sí» evasivo. Estaba un poco desconcertado. Esto no era lo que me esperaba.

El General me dio un golpecito en la rodilla.

—Lo que no le dije en aquel momento fue esto: que el aumento de dos a tres mil liras era una iniciativa de mi responsabilidad personal.

—Comprendo —contesté.

Pero no comprendía. Todo me resultaba extrañamente confuso. Empecé a preguntarme si Zaleshoff no se habría equivocado quizá, dando por seguro que el objetivo de Vagas al solicitar esta entrevista era hacerme chantaje. Después de una pausa, el General continuó:

—Comprenderá usted mis sentimientos al respecto, Marlow. Tenía gran interés en conseguir su colaboración. Me parecía que, actuando como lo hice, defendía los intereses de mi país con toda mi buena voluntad.

Hizo una pausa y luego continuó en el tono de reproche propio del hombre que se ve acusado injustamente.

—Juzgue, pues, mi tristeza, casi puedo decir mi disgusto —pronunció la palabra como delecteándola—, cuando hace unos días me enteré de que mis superiores de Belgrado no aprobaban mi gestión.

—Sí, claro.

Ahora sí que creí *comprender*. Zaleshoff se había equivocado. Se trataba pura y

simplemente de volverse atrás de un compromiso.

El General suspiró profundamente.

—No creo que necesite decirle que me sentí muy molesto. Entré en contacto con Belgrado inmediatamente y presenté una enérgica protesta. Les planteé el asunto como una cuestión de honor. Pero no hubo manera. Se mostraron inflexibles —bajó la voz adoptando un tono confidencial—. Entre nosotros, Marlow: no soporto a esos funcionarios que ocupan puestos decisivos en las oficinas del gobierno. Son de una intransigencia insoportable, de miras demasiado estrechas y absurdamente parsimoniosos. Yo no soy más que un simple soldado, un simple soldado que solo quiere cumplir con su deber lo mejor que puede; le aseguro que hay veces que ponen realmente a prueba mi lealtad.

Su voz vibraba hipócritamente. Los gestos de protesta varonil quedaban desvirtuados por el olor a perfume que despedía al mover enfáticamente los brazos. Pareció esperar a que yo hiciera algún comentario, pero me limité a esperar en un silencio embarazoso.

—Marlow —continuó diciendo—, he recibido instrucciones de mis superiores de Belgrado respecto a usted. Inútil decirle que estoy en franco desacuerdo con ellas. Pero comprenderá que he de cumplir lo que se me ordena. Dichas instrucciones se refieren al compromiso por el que usted se ha convertido en agente del gobierno yugoslavo.

Mi corazón dio un vuelco. La frase me resultaba nueva. «Convertido en agente del gobierno yugoslavo». Entiéndase «alemán» en vez de «yugoslavo» y se comprenderá todo rápidamente. La cosa no tenía ninguna gracia. Y por su silencio, deduje que el General había elegido la frase como introducción que le sirviese para meterse en profundidades mayores.

—Supongo —contesté fríamente— que lo que pretende usted es una revisión de los términos de nuestro trato sobre la base de la cantidad primitiva. Bien —continué encogiéndome de hombros—; si se quiere volver atrás de lo tratado, no creo que pueda hacer nada para evitarlo. Pero tengo que decirle que, en ese caso, no veo cómo puede usted esperar que me sienta en ese clima de mutua confianza del que usted alardea tanto. Esto es todo lo que tengo que decirle, General. Le devolveré tres mil liras de las cinco, mil que me ha entregado si es eso lo que quiere. O las consideraré como un anticipo; me da igual.

Me sentía aliviado, pero al mismo tiempo también un poco defraudado. Zaleshoff había confiado excesivamente en sus propias deducciones. El hecho de que Vagas adoptara ante mí una serie de actitudes similares a las que parecía haber adoptado con Ferning, no garantizaba que fuera a seguir conmigo la misma táctica hasta el final. Tal vez había juzgado que resultaba un plato demasiado fuerte para mí, pensé. Bien; en cualquier caso, cuanto antes terminase la entrevista y pudiese irme a la cama, mejor. Pero el General me tenía reservada una desagradable sorpresa.

Carraspeó y luego dijo en tono amable:

—Me temo que la situación no sea tan sencilla, Marlow. Por muy inflexible que sean mis jefes, le aseguro que no es costumbre que esté de acuerdo con mis principios el volverme atrás en mis tratos, sobre todo en cuestiones económicas, aunque mis superiores se opongan. No, las instrucciones a que me referí eran de otro tipo.

—No comprendo qué...

—¡Un momento! —su tono se había vuelto autoritario, militar, como en otra ocasión anterior—. En cuanto agente a sueldo de mi gobierno, está usted obligado, igual que yo, a recibir y aceptar cualquier tipo de sugerencias. Las instrucciones a que me refería antes dicen que, puesto que está usted recibiendo un salario superior al que corresponde a su trabajo, tendrá que regularizar su posición llevando a cabo tareas adicionales.

—Esto no entraba en nuestro convenio —repliqué con acritud.

—Un convenio es un convenio, amigo, solo en la medida en que conviene a las dos partes.

Esto era *Realpolitik* alemana en toda su crudeza.

—¿Qué entiende usted por tareas adicionales? —pregunté.

—Su trabajo —dijo fríamente— le da acceso a un importante número de fábricas italianas de industria pesada. Se le ordena que incluya en los próximos informes no solo detalles de las actividades de Spartacus, sino también de las factorías que usted visite. No le resultará difícil. Como experto ingeniero probablemente tiene usted una memoria retentiva bastante buena. La información que pueda usted recoger en sus conversaciones con técnicos y directores de las fábricas será de un valor inestimable. No le resultará difícil satisfacer nuestros deseos. Eso es todo.

Me quedé callado durante unos momentos. No tenía nada que decir. Miré hacia la carretera. De frente, en dirección a Milán, venían dos coches que pasaron a toda velocidad. El ruido de sus motores se perdió en la lejanía. Me pregunté si sus ocupantes nos habrían visto. Pero, ¿qué habría de extraño en dos hombres fumando sentados en un coche aparcado en un arcén? Nada. Me di cuenta de que, externamente, no había la menor huella, la más leve prueba de la naturaleza fantástica de lo que se estaba tratando dentro. Cuando por fin abrí la boca fue para pronunciar una de las observaciones más desafortunadas que haya dicho jamás.

—Pero esto —dije— me convertiría en un espía.

—Mi querido Marlow —dijo el General subrayando las palabras con un énfasis de infinito desprecio—, usted ya es un espía... —Hizo una pausa y luego añadió—: Espero su próximo informe dentro de dos semanas.

Hizo ademán de abrir la portezuela para marcharse. De pronto tomé conciencia de la situación en todas sus dimensiones. Mi rabia era casi sincera.

—¿Se ha vuelto usted loco, General?

El general Vagas volvió la cabeza con la mano puesta en la manecilla.

—Le recuerdo que está usted hablando con un superior.

—¡Al infierno con el superior! —gruñí yo—. Como usted mismo me acaba de

recordar, *signor Vagas*, un convenio es un convenio en la medida en que conviene a las dos partes. ¡Usted lo ha dicho! Lo que voy a hacer, *signor Vagas*, es ir directamente al hotel ahora mismo, meter sus cinco mil liras en un sobre y devolvérselas por correo. Y en cuanto a su precioso informe, puede pedírselo a Mussolini. Tiene usted las mismas probabilidades de conseguirlo de él que de mí. Y a sus superiores les dice usted de mi parte que se vayan a paseo.

—Sospecho que está usted un poco chiflado.

Nunca le había oído hablar en un tono tan peligroso. Casi me dejó cortado, pero no del todo.

—¿Chiflado? —repetí irónicamente—. Oiga, General, le doy treinta segundos para salirse de este coche si no quiere que le saque yo a patadas.

—Creo que debo advertirle que tengo un revólver en el bolsillo y no dudaré en utilizarlo en caso necesario.

Hice todo lo posible por parecer acobardado; lo cual no era difícil, por otra parte. El General continuó en un tono conciliatorio:

—Ahora escuche un momento, Marlow. Comprendo su enfado, hasta cierto punto; pero le aseguro que yo lo único que hago es transmitirle una sugerencia que me han comunicado.

—Puede ser —dije fingiendo ablandarme un poco para mantener la ficción—. Pero supongo que no se habrá imaginado usted ni por un momento siquiera que yo iba a estar de acuerdo. Con dicha sugerencia, quiero decir.

—No es una sugerencia, Marlow —replicó tranquilamente—, es una orden. Escuche un momento antes de decir nada, por favor —dijo ante mi ademán de abrir la boca—. Parece que usted piensa que el mantenimiento de amistosas relaciones entre nosotros ya no le interesa. Permítame decirle que está muy equivocado.

—Si usted cree que por unas cuantas cochinas liras...

—¡Por favor! —dijo levantando la mano—. Lo que le iba a decir no tiene nada que ver con su salario. Porque a usted le *interesa* seguir manteniendo esta relación. Por una razón de mucho peso. Mis jefes de Belgrado me insinuaron que si usted se obstinaba en su negativa *podría* darles por enviar a Mr. Pelcher una fotocopia del informe que usted me ha enviado hace tres semanas. No puedo menos de pensar que esto le pondría en una situación bastante embarazosa.

Suspiré profundamente.

—¡Conque es esto! ¡Chantaje, eh!

—En absoluto —replicó tranquilamente—. Simplemente recordarle que entre asociados debe existir confianza mutua. Todo lo que se le pide nos lo puede facilitar sin molestarse y sin correr ningún riesgo. A cambio, nosotros cumpliremos nuestra palabra pagándole tres mil liras al mes. Todo es así de sencillo y razonable.

Guardé silencio por un momento. Cuando al fin abrí la boca, lo hice con la evidente intención de salvar la poca dignidad que me quedaba.

—Muy bien. Ya veo que no tengo otro remedio que aceptar. Pero le diré una cosa,

General. Si no estuviera convencido de que su actuación se limita a seguir unas instrucciones en las que no ha tenido arte ni parte, le aseguro que ni el revólver podría evitar que mi reacción fuera bastante violenta.

Se sonrió, no sin un cierto aire de triunfo, pensó.

—Mi querido amigo, los dos estamos a merced de unos cabezotas. Lo único que podemos hacer es aceptar lo inevitable con el mejor talante posible. Espero que no haya rencor entre nosotros.

—¡Oh, no! Nada de rencor.

—Démonos la mano, pues.

Nos dimos la mano. El General abrió finalmente la portezuela y salió.

—Mi mujer me ruega le transmita sus amables recuerdos, Marlow.

—Déle las gracias, por favor.

—Descuide. Espero su informe dentro de los próximos quince días. Supongo que habrá entendido lo que se le pide.

—Sí, entendido.

—*Arrivederci*, pues.

—Buenas noches.

Se fue, dejando tras él un leve olor a colonia. Observé como daba la vuelta con el coche y se dirigía hacia Milán. Al cabo de un rato le seguí lentamente. Sabía que podía estar satisfecho de mí mismo. Pero no lo estaba: me daba cuenta de que mi comportamiento de aquella noche habría sido exactamente el mismo aunque el informe enviado a Vagas días antes no hubiera sido arreglado, ni hubiera otros motivos para mi actitud. Fragilidades de la lógica humana.

Al cabo de unos diez minutos entré en el *caffè* donde había dejado a Zaleshoff y Tamara.

La mesa donde se hallaban sentados estaba llena de tazas de café vacías. Zaleshoff me observó cuidadosamente mientras me acercaba a ellos y ocupaba la silla vacía.

—¿Todo bien?

—Perfectamente —dije—, pero creo que me iría bien un café con coñac. Ha sido un día agotador.

Cuando volví al Parigi los dos detectives de paisano estaban sentados en el *caffè* situado frente al hotel. Parecían cansados y muy resfriados, y tenían cara de haber estado discutiendo entre sí.

Quince días más tarde «N. Marinetti» echaba al correo su segundo informe dirigido a «J. L. Venezetti».

La parte referente a Spartacus la había hecho yo. Lo demás lo puso Zaleshoff. La mayoría del informe consistía en una serie de extraños detalles acerca del trabajo que se estaba llevando a cabo en los talleres de tres grandes clientes nuestros. Según Zaleshoff, estos hechos eran conocidos desde hacía más de tres meses por todos los Departamentos de Inteligencia de Europa. Servirían de trasfondo un tanto monótono

pero necesario para crear un clima de confianza en torno a los puntos importantes, declaraba. No me molesté en preguntarle cómo había llegado a su poder toda esta información. Sabía que era perder el tiempo.

Los dos puntos clave resultaban especialmente anodinos. El primero se refería, en términos vaguísimos, a tres ascensores hidráulicos especiales para aeropuertos, diseñados a petición de las autoridades municipales del Trentino; el otro era la simple afirmación de que las mismas autoridades municipales habían contratado a un conocido ingeniero civil italiano, que ya trabajaba para el Ministerio del Aire. Observé el informe un poco decepcionado.

—Me parece muy poca cosa, Zaleshoff.

—No se preocupe. Es dinamita. Deje que lo lea, verá como reacciona.

Y ya lo creo que reaccionó. Dos días después de haber echado mi carta, recogí un sobre en la lista de correos. Dentro venían las tres mil liras y esta carta:

Estimado señor:

He recibido su informe. Le adjunto las tres mil liras que convinimos. Hay dos puntos de su carta acerca de los cuales desearía más detalles cuanto antes. Los puntos en cuestión son los referentes a los ascensores hidráulicos y al contrato del ingeniero Bochini. Los detalles que me interesan son los siguientes:

1°. ¿Cómo se ha efectuado el pago de estos ascensores? ¿Los paga el gobierno italiano? ¿Qué tipo de facilidades crediticias han concedido los fabricantes? Puede plantear usted la cuestión diciendo que ha oído que la municipalidad en cuestión se encuentra en apuros económicos.

2°. ¿Quién ha fabricado los ascensores? ¿En qué fecha han sido servidos?

3°. ¿Ha tenido algo que ver el ingeniero Bochini en el pedido de los ascensores?

Me doy cuenta de que para conseguir esta información tiene que volver usted a Turín. Por favor, hágalo lo más pronto posible. Estoy dispuesto a pagarle 5.000 liras de bonificación, aparte de lo acordado en nuestro convenio.

Suyo afectísimo.

J. L. Venezetti.

Zaleshoff lanzaba gritos de alegría cuando le vi.

—¿Qué le dije yo? —preguntaba con aire de triunfo.

—No lo entiendo.

—Pues es muy sencillo. Para guardar el secreto, el Ministerio Italiano del Aire ha cursado los pedidos de material para esos tres aeropuertos a través de la municipalidad. Oficialmente es la municipalidad la que recibe los pedidos. De hecho es el Ministerio del Aire. El tal Bochini es el que dirige la construcción de las pistas de los aeropuertos. Vagas ató cabos rápidamente. Ya sabía yo que comprendería. Pero es un asunto demasiado importante y no quiere dar un paso en falso. Por eso pide confirmación.

—¿Pero cómo voy a conseguir yo esa información?

—No se preocupe. Ya la tengo en mi poder. Aguardaremos un par de semanas antes de enviársela; lo necesario para aparentar normalidad. Y después, a esperar los acontecimientos.

Desde hacía cuatro días mi moral había subido considerablemente al descubrir que ya no me vigilaban, que habían desaparecido los dos detectives de paisano. Ahora el entusiasmo de Zaleshoff completó la cura. Aquella noche cenamos los tres en un sitio más caro de lo habitual. Yo pedí una botella de *Asti Spumante* y los tres brindamos por la confusión de Vagas. Zaleshoff y yo nos turnábamos en sacar a Tamara a bailar. Todavía hoy, al recordar aquella noche, vuelvo a experimentar aquella misma sensación de alivio igual que si me hallase echado al sol tras una tormenta especialmente desagradable. Estábamos realmente alegres; nuestra alegría, sin embargo, tenía un tono bastante patético. Por aquellos días mi desconfianza en las celebraciones rayaba casi en superstición. No era capaz de olvidar el horrible espectro de la desgracia que estaba acechando en la antesala.

Al día siguiente contesté a Vagas asegurándole que haría todo lo posible por obtener la información que deseaba. Y a continuación me dediqué al trabajo de la oficina.

Gracias a los esfuerzos de Umberto sobre todo, el trabajo comenzaba a adquirir proporciones más razonables. Bellinetti pasaba cada día menos tiempo en la oficina y más en el *caffè*. Para mí esto casi era un alivio. Su actitud hacia mí era sumamente cordial. Imagino que pensaría que la escoba nueva se había gastado y el polvo volvería a reposar en los rincones. No me molesté en desilusionarle. Las cosas iban marchando bastante bien. Fitch, en una de sus notas semanales, hacía referencia jocosa a la eficiencia creciente de la oficina de Milán. Casi me eché atrás de mi decisión de romper el contrato a finales de mes; casi, pero no del todo.

Aquella semana escribí a Claire y recibí su contestación. También escribí a Hallett preguntándole si sabía de algún empleo para mí. Estaba ansioso por volver a Inglaterra, le decía sin exagerar nada. También le conté el episodio de las cartas abiertas, pidiéndole que pusiera en su respuesta el mismo cuidado que Claire.

Efectué las visitas de ritual semanales al Consulado para preguntar por el pasaporte y a la *Amministrazione* para que me pusieran el sello del permiso de estancia. Los empleados del Consulado me atendieron con su simpatía y encanto habituales. El policía de la puerta de la *Amministrazione* ya me saludaba por el nombre y mantenía conmigo una pequeña conversación acerca del tiempo.

Por las tardes iba al cine o conversaba con Zaleshoff y Tamara. Si hacía calor, lo cual era ya casi habitual ahora, pescábamos por el parque nuevo. El domingo fui con Zaleshoff a ver un turbulento partido de fútbol entre un equipo de Milán y otro de Verona. Ganó este último y el árbitro recibió toda clase de injurias y malos tratos por parte del público. Tres días después me fui a Roma.

Recibí una llamada de la Ciudad Eterna el martes a última hora. Había habido un

incendio en la fábrica de uno de nuestros clientes situada en las afueras de la capital. El fuego se había extendido del almacén a un pabellón de talleres donde había una batería de máquinas S2. El incendio fue dominado, pero cinco de las máquinas resultaron dañadas. Dicha maquinaria se empleaba para pedidos del gobierno, pero la cuestión de accidentes no estaba cubierta por ningún seguro. Me pedían que consultase inmediatamente la rapidez con que se podían conseguir las piezas de recambio de Inglaterra, así como la posibilidad de aumentar el rendimiento de las máquinas no afectadas, aparte de efectuar el cálculo de los daños ocasionados.

Como de costumbre Bellinetti no estaba en la oficina. Dije a Umberto adónde iba y regresé al hotel. Metí en una maleta las cosas que podía necesitar para una noche, tomé un poco de cena y cogí el tren para Roma.

El día siguiente lo pasé entre las ruinas de la fábrica quemada. Los daños eran mayores de lo que me había imaginado. A los desafortunados firmantes de un contrato sin póliza de seguro les iba a caer el pelo. Envié a Fitch un largo telegrama y recibí al cabo de unas horas su respuesta con noticias tranquilizadoras respecto a las piezas de recambio. Los directores de la fábrica me besaron en ambas mejillas. Cuando les dejé era muy tarde y me encontraba molido de cansancio. Decidí, pues, pasar la noche en Roma y regresar a Milán al día siguiente.

Eran aproximadamente las seis y media de la tarde del día siguiente cuando el tren entraba en la estación central de Milán. El vagón venía lleno y empezó a vaciarse. En el pasillo se amontonaban los equipajes y la gente. Estaba esperando con impaciencia que se despejara el camino para salir del compartimiento cuando vi a Zaleshoff.

El andén estaba lleno de gente que esperaba el tren. Zaleshoff se encontraba casi en la orilla, examinando nerviosamente los pasajeros que bajaban del tren. Saqué la cabeza por la ventanilla y le hice una seña con la mano. El me vio, pero no hizo ningún esfuerzo por devolverme el saludo.

Vi como miraba rápidamente hacia uno y otro lado del andén. Luego se abrió camino a través de la gente hacia la ventanilla donde estaba yo. Al cabo de un segundo o dos lo tenía enfrente de mí. Iba a preguntarle a quién esperaba cuando él volvió a mirar a un lado y otro del andén. La expresión de su rostro me alarmó.

—¿Qué pasa?

—Quédese ahí y no salga del compartimiento.

En su voz había una urgencia extraordinaria. Le saltaban los ojos. Volvió a mirar a su alrededor.

—¿Pero qué...?

—Haga lo que le digo.

—Pero este tren sigue a Venecia.

—Eso no importa nada ahora. Quédese ahí y procure que no le vean. Abra la maleta haciendo como que busca algo. Yo voy a subir dentro de un minuto. Cuando el tren haya salido de la estación me reuniré con usted.

No había levantado la voz, pero su tono era tan vehemente que le obedecí sin replicar. Totalmente desconcertado me quedé en el compartimiento y abrí la maleta. Con el rabillo del ojo vi como, al cabo de un par de minutos, Zaleshoff se plantaba de espaldas contra la puerta de cristal del compartimiento. Permaneció allí sin moverse hasta que el tren arrancó. Luego sacó el pañuelo y se limpió la frente. No se volvió hasta que el tren abandonó la estación. Entonces abrió la puerta, entró en el compartimiento, cerró la puerta tras él y bajó la cortinilla. A continuación se volvió hacia mí y esbozó una sonrisa forzada.

—He estado esperando todos los trenes que llegaban de Roma hoy. Creo que empezaban a desconfiar de mí.

—¿Qué diablos pasa? —pregunté.

—Siéntese y se lo diré.

—¿Qué ha ocurrido?

Zaleshoff sacó sus cigarrillos y se sentó frente a mí.

—La cosa está que arde —contestó con calma.

—¿Qué significa *eso*?

Me sentía molesto y empezaba a irritarme.

—Ayer por la tarde Vagas se largó en avión a Belgrado. Se salvó por un pelo, porque su amigo el *Commendatore* Bernabò fue detenido a las siete de la tarde. Le estaban esperando cuando llegó a casa. Y hay una orden de detención contra usted. A eso de las ocho de la noche hicieron una incursión en su oficina. Fue la Oвра desde luego, no la policía regular. Durante todo el día de hoy estuvieron haciendo un registro en toda regla. Supongo que Bellinetti se habrá divertido muchísimo. El único contratiempo es que no sabían dónde estaba usted. Pero tenían vigiladas las tres estaciones. No hubiera salido usted de la central sin ser arrestado.

—Pero, ¿a qué viene todo esto?

—La acusación oficial es la de soborno a un funcionario del gobierno. Se trata de Bernabò, por supuesto. Pero la verdadera razón es que se han enterado de sus informes a Vagas.

Tragué saliva con dificultad. Sentí un miedo súbito, incontrolable.

—Pero, ¿quién...? —comencé.

Zaleshoff dejó escapar una risa corta y desagradable.

—Es muy fácil. La única persona que no hemos tenido en cuenta: su amiga *Madame Vagas*.

13— «No tiene usted opción»

El tren acrecentó la velocidad. Zaleshoff siguió hablando. Yo le escuchaba en un silencio total.

—Así lo veo yo, al menos —dijo—. La señora Vagas se la tenía jurada a su queridísimo marido. Así lo prueba aquella nota que deslizó en su mano la noche que fueron a la Opera. ¿Recuerda usted lo que decía? «Ha hecho matar a Ferning». Era evidente que sabía mucho. Creo que sabía más que Vagas. Y no hay más que un conducto por el que podía saber que Ferning había sido liquidado. Mis conjeturas son las siguientes: la Ovrá, enterada de que la mujer no quería a Vagas más que a un frasco de veneno, entró en contacto con ella y le convenció para que vigilase a su marido. Ella se avino a lo que le pedían, pero con reservas. No les dijo que Vagas era de hecho un agente alemán. Debía estar un poco loca. Por la nota aquella se puede deducir el estado de su mente. Sabía que no había sido su marido el que dio las órdenes para matar a Ferning. Pero comprendía que él era, en cierto modo, el responsable moral. Su odio convirtió esta responsabilidad moral en responsabilidad directa. Tenía que odiarle mucho —concluyó Zaleshoff en tono reflexivo.

Reviví mentalmente la atmósfera de la casa del Corso di Porta Nuova: las cortinas barrocas, las horribles pinturas de las paredes, Ricciardo, pálido y elegante, deslizándose por el hall con sus calzones de raso colorado. Y el olor a incienso. Me acordé del súbito estallido de odio velado entre marido y mujer. «Cualquier conversación sobre la muerte la deprime». Por un momento pensé que comprendía a la señora Vagas, su mentalidad me pareció horriblemente lúcida; pero este pensamiento se desvaneció rápidamente. Miré a Zaleshoff.

—¿Dice usted que Vagas se largó?

—Sí, se largó. No sé si hay alguna orden de detención contra él. Tal vez no. Probablemente lo que pasó fue que su mujer, una vez que se fue de la lengua ante la Ovrá, no pudo resistir la tentación de decir a su marido lo que había hecho. Cuando Vagas supo que los italianos conocían su condición de espía alemán, se dio cuenta de que tenía que largarse. Hasta ahora sus amistades le habían salvado el pellejo. Pero ya no confiaba en que pudieran seguir haciéndolo. El soborno tiene un límite. Más pronto o más tarde se encuentra uno con alguien que no ha recibido su tajada. Entonces ya no hay nada que hacer. Vagas actuó como hubiera actuado cualquier hombre inteligente. No tenía ninguna posibilidad de salir airoso del trance, y lo sabía.

—¿Por qué dice usted que descubrieron mis informes? La señora Vagas no sabía nada de eso.

—¡Ah! A eso iba. Ayer noche, cuando hicieron la incursión en su oficina, nos hallábamos Tamara y yo en la nuestra. Bellinetti estaba con ellos, como una especie de guía oficial, pero el chico ya se había ido a casa. Yo sabía que usted no estaba;

había llamado al Parigi la noche antes para salir a cenar juntos y me lo dijeron. Pues bien, como un honrado ciudadano que pregunta qué demonios está pasando allí, eché escaleras arriba y les amenacé con llamar a la policía. Era una pandilla de asquerosos asesinos. Me echaron con cajas destempladas, por supuesto; pero descubrí dos cosas. Una, que Bellinetti no sabía dónde estaba usted, lo cual era bastante raro. Otra, que habían descubierto lo de la lista de correos. Al acercarme oí como uno de ellos decía a los demás que buscasen toda correspondencia a nombre de un tal Venezetti. Era un argumento irrefutable. Nadie podía saber esto a no ser la señora Vagas.

Me acordé de algo que venía muy a cuento.

—Vagas dijo a su mujer que iba a verme la noche de la *autostrada*. Ella me envió amables recuerdos.

—¡Oh, y tan amables! Bien, pues ya está. Vagas debía estar un poco chiflado para confiar en ella. Pero su propia presunción la colocaba fuera de toda sospecha.

—¿Por qué no me avisó antes de hacer todo eso?

—Probablemente pensaría que al no haber hecho caso de su primera advertencia, se merecía usted un escarmiento. Y además, Vagas debió hacer algo que la pondría demasiado furiosa.

—Puede que tenga razón. Pero lo que no comprendo es cómo Bellinetti ignoraba mi paradero. Umberto lo sabía. A propósito, ¿quién le dijo a *usted* que yo iba a Roma? Intenté comunicar por teléfono con usted antes de salir, pero no contestaron.

Zaleshoff esbozó una sonrisa.

—¡Ah! Este es el otro capítulo. Ya le dije que volvieron esta mañana. Pues bien, Tamara y yo estábamos en el tercero muy temprano. No teníamos ni la más remota idea de lo que le habría podido ocurrir a usted. Perdón que le diga que estábamos terriblemente enfadados. Podía regresar usted directamente al hotel y le detendrían. Traté de acercarme al Parigi, pero estaba materialmente rodeado de agentes de la Ovla y podía ser una imprudencia quedarse allí. Decidimos que lo mejor era permanecer al pie del teléfono por si usted descubría por sí mismo lo que había pasado y nos llamaba. Entonces, a eso de las diez de la mañana, oímos un arañazo en la puerta; era el chico de su oficina, ¿se llama Umberto, dice? Tenía las piernas llenas de patadas y los ojos desencajados de miedo. Me preguntó si yo era amigo de usted. Le contesté que sí. Me dijo que le habían interrogado arriba y que luego le habían mandado a casa hasta que le volvieran a llamar. Había venido porque estaba preocupado por usted. Parece que le aprecia ese chico. Le preguntaron dónde estaba usted, y no con muy buenos modos porque tenía un corte en un labio y en la mejilla la huella de una mano que parecía bastante repugnante. Pero no soltó prenda. Les dijo que no lo sabía. Parece que conoce quiénes son y cómo actúan porque tenía miedo por usted.

—Le mataron a su padre —dije secamente.

—¡Ah! Bien, fue una suerte que se lo hubiera dicho usted a Umberto. Porque éste se había olvidado de decírselo a Bellinetti, el cual casi no había aparecido por la

oficina el día anterior. Umberto fue quien me lo dijo a mí; así pues, dejé a Tamara al pie del teléfono y acampé en la estación.

Guardé silencio por un momento. Mis pensamientos no eran muy agradables precisamente.

—Bien —dije al fin—. ¿Qué vamos a hacer ahora?

Zaleshoff estaba mirando por la ventanilla.

—Lo primero que tenemos que hacer es abandonar este tren —dijo lentamente—. No sé si para antes de Brescia, pero vendrá el revisor y ninguno de los dos tenemos billete. Además... —se interrumpió un momento y añadió—: ¿Cuánto dinero tiene usted?

Examiné mi cartera.

—Unas cuatrocientas liras, casi quinientas.

—¿Eso es todo? ¿Qué ha sido de las tres mil liras de Vagas?

—Las he metido en el banco casi íntegras.

—¿Qué tiene en esa maleta?

—Un pijama, una muda de ropa interior, una camisa sucia, un cepillo de dientes y las cosas del baño.

—Coja el cepillo de dientes y las cosas del baño y guárdelas en el bolsillo, y la muda interior también si quiere, y déme la maleta...

—Pero escuche una cosa, Zaleshoff...

—Después hablaremos —replicó con impaciencia—; el tren pronto reducirá la velocidad al pasar por la curva de Treviglio.

Hice lo que me dijo. Zaleshoff cogió la maleta y la examinó con cuidado.

—¿Tiene iniciales, nombre o alguna dirección?

—No.

—Bien. Vámonos.

Inició la salida hacia el pasillo.

—Ahora —dijo—, iré andando por el pasillo hasta el último vagón antes del furgón. Venga detrás, pero no muy cerca. Podrían preguntarle qué hago yo con una maleta en la mano si no nos acercamos a ninguna parada, y supongo que no le gustaría tener que dar explicaciones.

Desapareció hacia la cola del tren. Comencé a seguirle despacio. De pronto reapareció corriendo hacia mí con un gesto de contrariedad en su rostro.

—Dé la vuelta y métase en el lavabo del otro extremo del vagón. Viene el revisor. No se cierre porque esperará a que salga. Déle diez minutos para pasar y luego reúname conmigo en la cola del tren.

Se volvió y desapareció con la maleta dentro del lavabo. Yo hice lo mismo en la otra punta del vagón. Esperé nerviosamente durante cinco minutos, al cabo de los cuales oí cómo el revisor abría la puerta del compartimiento próximo al lavabo y pedía los billetes a los viajeros.

Hubo una larga pausa. Al cabo de un rato oí que la puerta volvía a deslizarse y el

ruido de pasos que se acercaban. Cuando llegó ante la puerta del lavabo el revisor se paró, evidentemente para observar el indicador de la cerradura. Pasó de largo. Al cabo de unos minutos me reuní con Zaleshoff en la cola del tren. Me sentía culpable.

—No veo por qué no podíamos pedirle los billetes al revisor —dije con amargura.

—Mañana verá usted por qué —dijo en tono misterioso.

Me di cuenta de que ya no llevaba la maleta.

—La tiré por la ventanilla cuando pasábamos por el túnel.

—No sé a dónde vamos a parar, Zaleshoff —dije—. Francamente, estoy de un humor de perros. Creo que lo mejor que puedo hacer es apearme en Brescia y telefonar al Consulado inglés en Milán. Si, como usted dice, hay una orden de detención contra mí, no voy a ganar nada haciendo el loco de esta manera. Cuanto antes entre en contacto con el Consulado, mejor.

—¿Tiene *ganas* de ir a la cárcel?

—Claro que no. Pero evidentemente no se trata de ir a la cárcel. Será una situación muy desagradable, muy pesada, seguro, pero al fin probablemente me darán veinticuatro horas para abandonar el país. Gracias a Dios, soy súbdito británico, conocido en el Consulado, de aspecto respetable y...

—De ordinario las autoridades británicas —me interrumpió— le ayudarían a salir del apuro tratándose de cualquier acusación, desde hurto a asesinato. Pero un cargo de espionaje cambia totalmente el cariz de la situación. Tan pronto sepan de qué se trata, se desentenderán del asunto como de la sarna.

—Pero si usted mismo dijo que se trataba de una acusación de soborno.

—Hasta que le cojan. Después le acusarán de todo.

—Bien —dije disgustado—, aunque tenga usted razón, todavía no veo ninguna salida para mí.

—El único lugar donde estará usted a salvo es fuera del país, y eso es lo que vamos a hacer.

—Parece que ya no se acuerda —repliqué desanimado— que estoy sin pasaporte.

—Me acuerdo perfectamente.

—¿Y qué?

—Hablaemos de eso luego...

—Y mientras tanto, supongo que...

—Mientras tanto —me interrumpió—, sea bueno y haga lo que le diga.

Me encogí de hombros.

—Bueno. Supongo que la diferencia no va a ser apreciable.

—La diferencia va a ser enorme. Tenga un cigarrillo. Le calmará los nervios.

—Mis nervios están perfectamente.

Zaleshoff asintió con la cabeza, tranquilo.

—Eso está bien. Dentro de un momento los va a necesitar. Nos vamos a bajar del tren cuando reduzca la marcha al pasar por la curva de Treviglio.

No le respondí. Los acontecimientos iban demasiado aprisa para mí. Veinte

minutos antes, yo era un inglés relativamente tranquilo que volvía de hacer lo que en conciencia me parecía un buen trabajo. Venía pensando en cenar tranquilamente, ir a ver una película y acostarme temprano leyendo una novela, hasta quedarme dormido. Ahora me veía convertido en un fugitivo de la policía secreta italiana, escondiéndome en un lavabo para huir del revisor y pensando en abandonar el tren de un modo poco corriente e ilegal. Todo había ocurrido demasiado rápidamente. No era capaz de adaptar mi mente a las nuevas y fantásticas circunstancias. Me preguntaba seriamente si no estaría soñando tranquilamente en mi cama de Roma y tal vez pellizcándome me despertaría. Pero no: allí estaba Zaleshoff fumando y mirando atentamente por la ventanilla, y en mi bolsillo tenía una maquinilla de afeitar, un tubo de espuma de jabón de afeitar y un par de calzoncillos americanos. Miré hacia el camino que corría junto a la vía del tren. Parecía un camino estrecho y peligroso. El tren iba demasiado aprisa y no podía ver si las piedras del camino eran grandes o pequeñas. Era una mancha gris marrón, alargada y llana. Me pareció que el tren empezaba a emitir un extraño zumbido. Traté de aislar este ruido, de identificarlo, y comprobé que se trataba del sonido de la sangre que se agolpaba en mi cabeza. Estaba asustado, terriblemente asustado.

Zaleshoff me dio un golpecito en el hombro.

—Ya empieza a reducir la marcha. Esperaremos un minuto todavía y luego nos pondremos en la puerta, preparados. No se olvide de dejarse ir con el impulso sin hacer esfuerzo por su parte, si ve que no es capaz de mantenerse en pie al tocar tierra.

Asentí con la cabeza sin decir palabra y volví a mirar hacia el suelo.

Para mí, el tren iba tan rápido como siempre. En aquel momento pasábamos por lo más alto de un tajo escarpado entre praderas cultivadas. Miré de nuevo hacia el suelo que corría a nuestros pies. Entonces vi que Zaleshoff ponía la mano en la manecilla de la puerta. ¡Era una locura, me dije, una locura! Nos íbamos a romper una pierna o un brazo, o resbalar bajo las ruedas del furgón de cola, que nos aplastaría irremisiblemente. De pronto se oyó un chirrido a nuestros pies.

—Está frenando —dijo Zaleshoff—. Vamos. Es mejor que salte usted primero.

Abrió la portezuela. El ruido del vagón de acero parecía perderse de pronto en las ráfagas del viento.

—Baje —dijo Zaleshoff—. ¡Rápido!

Miré hacia el suelo. Había cuatro peldaños y luego la vía. Me agarré a la barandilla y bajé tres peldaños. El viento me arrancó el sombrero, pero logré sujetarlo calándolo hasta las orejas. A continuación me colgué mirando hacia la dirección en que avanzaba el tren. Veía la larga fila de vagones que empezaban a dar la curva. El humo salía de la chimenea en un largo cono. Bajo mis pies el suelo parecía desaparecer a una velocidad de vértigo. Sentí que me mareaba y retrocedí un peldaño. Miré hacia arriba. Tuve que gritar a causa del viento.

—No puedo, Zaleshoff, me...

Pero no me entendió.

—Más tarde hablaremos —replicó—. Siga adelante.

Bajó un peldaño detrás de mí. Sentí la presión de sus rodillas en la espalda. Bajé hasta el último peldaño. Ahora podía ver las ruedas deslizarse sobre los raíles de la curva. Las observé fascinado. Me recordaban irremediablemente las máquinas de cortar jamón. De niño había visto cómo un tendero se cortaba la mitad del pulgar con una de estas máquinas. La cabeza de uno de los ejes rezumaba grasa. Sentí un golpe brusco en la espalda. Era el pie de Zaleshoff.

—¡Adelante! —vociferó.

Estiré el tronco, encogí las piernas y eché un pie levemente hacia fuera. Pero volví a titubear otra vez. No, no podía hacerlo. Íbamos demasiado aprisa. Si el tren redujera un poco la marcha... pero ahora parecía que estaba cogiendo más velocidad todavía. Zaleshoff volvió a golpearme con el pie. Respiré profundamente, apreté los dientes y salté.

A continuación, sentí que el suelo golpeaba con una fuerza increíble las suelas de mis zapatos. Me di cuenta de que me tambaleaba violentamente hacia delante y extendí los brazos para protegerme. Mis piernas se esforzaban ardientemente por alcanzar la velocidad del cuerpo. Pero no podía más. A las tres o cuatro zancadas di un traspies. Entonces me acordé del consejo de Zaleshoff y me dejé ir con el impulso sin hacer ningún esfuerzo, viendo cómo la tierra se deslizaba bajo mis pies. Luego tropecé contra el terraplén.

El impacto casi me dejó sin sentido y fui dando tumbos contra el terraplén antes de pararme. Quedé caído junto a un poste de la alambrada de púas. Permanecí allí apelotonado durante unos segundos. Luego, con mucho cuidado, me puse en pie y empecé a sacudirme el polvo. Zaleshoff se acercó corriendo paralelamente al terraplén desde el punto donde se había parado, unos veinte metros más adelante.

—¿Se encuentra bien? —gritó.

Yo no había recuperado todavía la respiración normal y esboqué una temblorosa afirmación.

—Tenemos que atravesar la alambrada —jadeó apresuradamente cuando llegó junto a mí—; ya nos quitaremos el polvo por el camino.

—¿Qué ocurre ahora?

—El guardia del tren nos ha visto —dijo secamente—, lo cual significa que dará parte del hecho en Brescia. No podemos arriesgarnos a entrar en Treviglio.

—Bueno. ¿A dónde vamos entonces?

—Ya veremos. De momento, salir de aquí.

Atravesamos la alambrada y empezamos a andar en silencio a través de los sembrados. El sol se estaba ocultando en el horizonte detrás de los árboles cuando casualmente desembocamos en una carretera. Cogimos la dirección contraria a Treviglio, hacia la derecha. Al cabo de veinte minutos entrábamos en un pueblecito. Al lado del edificio de correos había un *caffè-ristorante*.

—Esto puede valer —dijo Zaleshoff.

Entramos y nos sentamos.

—Bien —dije—. ¿Y ahora, qué?

Me sentía cansado y tembloroso.

—Ahora comeremos algo y nos cepillaremos una botella de un vino decente, si tienen. Luego hablaremos.

Era un bar pequeño y no demasiado limpio. El mostrador estaba cubierto con una chapa de cinc y el tablero de mármol de las cuatro mesas que tenía estaba protegido por manteles de papel. Detrás del mostrador, la pared estaba cubierta de estanterías llenas de botellas. En las otras paredes colgaban anuncios de Cinzano, litografías de Mussolini y un cartel de propaganda de Capri. El propietario era un tipo flemático, de mediana edad, con un gran bigote gris y unas manos asombrosamente sucias. Nuestra presencia no le extrañó lo más mínimo, lo cual me pareció bastante curioso. Pero en el curso de nuestra breve conversación me enteré que el buen hombre nos había tomado por empleados de una casa que envasaba agua mineral allí cerca. No hicimos nada por rectificar esta impresión.

Tomamos *spaghetti* acompañados de una botella de pasable *Barbera*. Cuando llegó el café empezaba a sentirme mucho mejor. Zaleshoff llamó al dueño y pidió una botella de coñac.

—No seremos capaces de bebérnosla toda —protesté.

—Ahora no beberemos nada. Pero más tarde nos hará falta.

No comprendí muy bien, pero asentí con la cabeza.

—¿Cómo haremos para encontrar una habitación? ¿Cree que este buen hombre nos la podrá facilitar? Sabe una cosa, si hubiera tirado la maleta solo unos metros antes de saltar nosotros, la hubiéramos podido recoger y ahora tendríamos un par de pijamas para dormir.

Zaleshoff dejó caer en su café tres terrones de azúcar, uno a uno.

—No vamos a necesitar ningún pijama, porque pasaremos la noche andando.

—¿Andando? ¿A dónde?

—Escuche. Mañana por la mañana toda esta zona estará infectada de policía, tanto de uniforme como de paisano, y no podremos dar un paso. Si pedimos alojamiento en alguna parte, le exigirán el pasaporte y no lo tiene.

—Tengo el permiso.

Zaleshoff se puso furioso.

—Lo que tiene es que andarse con muchísimo cuidado. ¿No se da cuenta de que las señas de ese permiso, incluido su nombre, irán a parar directamente a la policía?

—¡Al cuerno! ¡Tenemos que dormir en *alguna* parte! —grité.

—Tal vez mañana podamos descabezar un sueño en cualquier sitio.

—Muchas gracias —dije sarcástico. Luego me puse serio—. Oiga, Zaleshoff, demuestra usted una gran honradez al tratar de ayudarme de este modo, pero creo que mi plan era mejor que esto.

Zaleshoff exhaló un profundo suspiro.

—Ya se lo he dicho antes. El Consulado británico no moverá un dedo para ayudarlo. Si lo hiciera, podría comprometerse. Si fuera usted inocente, víctima de un complot preparado, tal vez hiciesen algo. Pero no es inocente; al menos, no lo es técnicamente. Es usted claramente culpable; pueden aportar pruebas que lo demuestran.

—¿Y suponiendo que no se trate de una acusación de espionaje?

—¿Cree usted —replicó Zaleshoff recalcando las sílabas— que se iban a molestar en conseguir una orden de arresto solo para acusarle de soborno? ¡No me haga reír! Si empezaran a molestarse por eso, las cárceles se llenarían en una semana, y la mayoría de los altos cargos irían a parar a ellas. Escúcheme una cosa: sabemos que han descubierto el juego de la lista de correos entre usted y Vagas. No cabe la menor duda de que la señora Vagas les ha informado de todo el asunto. Esto significa que ha llegado a manos de la Ovrá el informe redactado por mí. ¿Recuerda usted su escepticismo cuando lo leyó? Yo le dije que era dinamita, y dinamita resultó. Ya vio usted cómo reaccionó Vagas. Pues bien, créame, aquello no fue nada comparado con la reacción del departamento de contraespionaje de la *Organizzazione Vigilanza Represione Antifascismo* cuando se enteró. No soy muy aficionado a las apuestas, pero apostaría lo que usted quiera a que en este preciso momento hay una actividad verdaderamente impresionante entre los jefazos de Roma y Milán para ultimar los detalles del nuevo plan de ataque. Vagas se les ha escapado de las manos; no van a cometer el mismo error por segunda vez. Si no le cogen a usted, revientan.

—No comprendo por qué soy tan importante.

—¿No? Lo primero que harán —ya lo habrán hecho a estas horas— es acercarse volando a la factoría de Turín donde se están haciendo los ascensores, para descubrir cómo se ha filtrado la información y cómo ha podido husmear usted tan impunemente.

—Pero si yo no he estado allí nunca.

—Precisamente. Usted no ha estado allí. Ha tenido que recibir la información de un tercero. Además, el resto de la información de la carta era vieja antes de que usted llegase al país, por lo tanto no pudo haberla conseguido por sí mismo. En otras palabras, van a empezar a dar más tumbos que si se les hubiera caído encima un saco de patatas. Esta es la razón por la que tiene que largarse del país, y sin perder un segundo.

Me quedé mudo durante un rato. Estaba francamente impresionado, muy impresionado. Sentía que una cosa fría me apretaba las costillas. «Y sin perder un segundo». Había una urgencia angustiosa en estas cinco palabras. Súbitamente, comprendí que me había metido en un lío muy gordo. Sin darme cuenta, mi mente se olvidó de mis perseguidores. ¡Cielos, qué lío!

Empecé a pensar que era lamentable, que tal vez la situación no fuera tan desesperada. Finalmente, traté de rebatir los argumentos de Zaleshoff en un esfuerzo por hacerle modificar sus conclusiones. Deseaba que minimizara el peligro. El miedo

se lo hacía ver mayor de lo que era. Nada más.

—Es inútil —replicó Zaleshoff—. No voy a decir que lo blanco es negro porque usted lo prefiera. Está en un apuro y creo que yo puedo sacarle de él. Para ello haré todo lo que pueda, porque reconozco que, en gran parte, soy responsable de lo que le ocurre. Pero usted tiene que hacer lo que le diga. No crea que va a ser fácil. Si tenemos que pasar una noche o dos sin pegar ojo, lo daremos por bien empleado con tal de que lo logremos. Si eso es todo lo que perdemos en el lance, no habremos perdido mucho.

Las palabras de Zaleshoff no me hicieron ninguna gracia. Traté de rebatirle:

—Bueno, en cualquier caso —repliqué con muy poco convencimiento—, lo peor que me puede caer son unos cuantos años de prisión.

Era tanto una afirmación como una pregunta. Sospechaba, no más haberlo dicho, que Zaleshoff respondería a la pregunta. Y respondió:

—¿Prisión? Sí, quizá.

—¿Quizá? ¿Cómo quizá?

—Por aquí hay una fórmula para estos casos. Se llama: «Muerto por intento de fuga».

—¿Y si uno no intenta fugarse?

—Entonces —contestó Zaleshoff con calma— le mandan arrodillar, le pegan un tiro en la nuca y dicen «Muerto cuando intentaba escapar».

Me reí, no con mucha convicción, pero me reí. Preferí pensar que trataba de asustarme.

—¡Cuentos de periódicos! —repliqué.

Zaleshoff se encogió de hombros.

—Mi querido amigo, cuando uno está por encima de la ley, cuando uno es la ley, la frase «el fin justifica los medios» adquiere todo su sentido. Póngase en su lugar. Si usted cree que el Estado, al que valora por encima del mismo Dios, está en peligro a causa de la vida de un hombre insignificante, ¿dudaría en liquidarle? Creo que no. Este es el peligro del fascismo, la mitificación del Estado. El Estado se convierte en un absoluto, en una unidad egocéntrica. La idea del Estado no clava sus raíces en la masa, no pertenece al pueblo, es una abstracción, una idea-Dios, un basurero psíquico erigido para apuntalar un sistema económico en bancarrota. Cuando uno se baila en la cumbre de este tipo de basurero, no tiene importancia que los fines sean buenos o malos en realidad. El hecho de que sean los fines de uno *los hace buenos*, para uno, claro.

Yo apenas prestaba atención. Trataba de poner un poco de orden en mis pensamientos. ¡Claire! ¿Qué habría hecho ella en mi lugar? Pero Claire no estaba aquí. De todos modos, era demasiado precavida para dejarse arrastrar a semejante lío. Mis pensamientos trataban de abrir una brecha en otra dirección, pero siempre venían a dar a lo mismo. Estaba pensando en círculos. Desesperado, me volví hacia Zaleshoff.

El americano se dedicaba a machacar un terrón de azúcar contra el fondo de la taza de café.

—Bueno. ¿Qué?

Levantó la vista inmediatamente. Dejó la cucharilla, metió la mano en el bolsillo y sacó un mapa del Norte de Italia, extendiéndolo sobre la mesa delante de mí. Con el lápiz indicó un punto al Nordeste de Treviglio.

—Nosotros estamos aproximadamente por aquí. Podíamos intentar llegar hasta Como y alcanzar la frontera suiza. Pero si hacemos esto, haremos precisamente lo que esperan de nosotros. Incluso si llegamos a Como, las patrullas del lago nos detendrían. Propongo que lo intentemos por la frontera yugoslava, entre Fusine y Kranjska. Podemos hacer la mayoría del camino en trenes nocturnos, así lograremos dormir. De día podemos volver sobre nuestros pasos y coger la línea férrea en otro punto. Ahora bien, esto necesita mucho dinero. En Italia los trenes son muy caros, a no ser que uno obtenga el descuento de turista, pero con esto no podemos contar. Yo tengo un poco más que usted, pero entre los dos apenas llegamos a las mil quinientas liras y no nos llega ni para empezar. Antes de salir de aquí, he de telefonar a Tamara para que mande un poco de dinero a Udine. A continuación haremos un poco de campo a través en dirección a la línea férrea que pasa al Sur del lago Garda y Desenzano. ¿Qué le parece?

Hubo una pausa.

—Bueno —dije en tono bastante hostil—, si realmente desea saberlo, le diré que me parece uno de los planes más incompletos que jamás haya visto. Se parece mucho a los que hacen los niños de un colegio cuando salen un día de excursión. En Udine la tía Tamara nos espera con el bocadillo.

Sus cejas se arquearon. Abrió la boca y tomó aliento para hablar.

—Pero dejemos esto de momento —continué con firmeza—. Lo que me gustaría saber es por qué demonios eligió usted la frontera yugoslava. ¿Por qué no la francesa? ¿O la alemana?

Zaleshoff suspiró y se encogió de hombros:

—Eso es precisamente lo que esperan que hagamos.

—Comprendo. Las fronteras francesa, alemana y suiza estarán fuertemente vigiladas, mientras que la yugoslava estará como el desierto del Sahara.

—Yo no dije eso —replicó frunciendo el entrecejo.

—No, pero se deduce —contesté—. Supongo que la decisión de elegir la frontera yugoslava no tiene nada que ver con el hecho de que Vagas esté en Belgrado, ¿o sí? ¿O tal vez está relacionado con el hecho de que como no tengo pasaporte no podría entrar en Yugoslavia desde Francia, Suiza o Alemania sin que antes prestase en Londres varias declaraciones juradas y el cielo sabe qué otras cosas?

Zaleshoff se ruborizó.

—No hay que ponerse furioso por eso.

—¡Ponerse furioso! —exploté yo de rabia—. ¡Un cuerno, Zaleshoff! Hay

límites...

Zaleshoff se echó hacia delante enfadado.

—¡Un momento! No olvide que Vagas le debe a usted doscientos cincuenta dólares. Sería perfectamente natural que usted se presentase en Belgrado para recogerlos. Las informaciones que Vagas ha recibido le pueden costar a usted la vida. De todos modos, se habrá quedado en la calle cuando llegue a Belgrado. Además, ¿qué importa? Si le cogen, no va a conseguir nada explicándoles que después de todo había decidido no causarles más trastornos. Tiene usted un buen trabajo empezado. ¿Por qué no terminarlo?

Le fulminé con la mirada.

—Hice el loco en una ocasión. No veo ninguna razón para hacerlo por segunda vez.

Zaleshoff miraba el mantel.

—¿Se da usted cuenta —dijo tranquilamente— que sin mi ayuda le cogerían? No tiene dinero bastante. No tardaría más de cuarenta y ocho horas en caer. ¿Se da usted cuenta o no?

—No voy a dejarme coger.

Zaleshoff seguía mirando el mantel.

—¿Nada le hará cambiar de opinión?

—Nada —repliqué decidido.

Pero estaba equivocado.

El dueño del establecimiento había salido; en un rincón del bar una radio lanzaba al aire lentamente las notas de un tango. De pronto, la música se paró. El altavoz emitió un leve silbido y a continuación se oyó la voz del locutor:

Interrumpimos nuestro programa a ruegos del Ministerio del Interior para rogar a todos nuestros oyentes que presten atención a un extranjero que se ha escapado de la jurisdicción de la policía de Milán. Se le busca como presunto culpable de graves acusaciones que afectan a cuestiones de importancia para todo italiano leal. Se pagará una recompensa de diez mil liras, diez mil liras, a quien dé informes que conduzcan a su detención. Se cree que en la actualidad se encuentra en los alrededores de Treviglio. El individuo en cuestión se hace pasar por un inglés llamado Nicholas Marlow. He aquí una descripción...

Zaleshoff se acercó al aparato y lo puso en otra emisora. Volvió a la mesa, pero no se sentó.

—¡No es un mal precio, Marlow, ni mucho menos! Estará usted orgulloso.

No me digné responder. Zaleshoff suspiró.

—Bien —continuó—. Supongo que estará deseando saber dónde está el cuartel de la policía. Que se divierta.

Excepto el de la radio, no había el menor ruido en el bar. Zaleshoff estaba

examinando el cartel de Capri.

—Si tiene que telefonar a su hermana antes de que nos vayamos —dije lentamente—, es mejor que lo haga ahora, ¿o no?

Mientras hablaba tenía la vista fija en mi plato vacío. Un inesperado golpe de su mano en mi hombro me hizo dar un salto.

—¡Buen trabajo, camarada!

Me encogí de hombros.

—No tengo opción.

—No —contestó, bajando la voz—, no tiene usted opción.

14— Carrera a campo traviesa

Zaleshoff no fue muy lejos a telefonar.

—En Udine nos esperan cinco mil liras —dijo al volver.

—Y su hermana, ¿qué va a hacer?

—Tiene que arreglar algunas cosas. Luego partirá hacia Belgrado para localizar a Vagas. Se reunirá allí con nosotros.

—Lo tenía todo muy bien planeado, ¡eh! —dije no sin cierta amargura.

—Naturalmente. Es mejor así.

Pagó la cuenta y salimos.

Volvimos sobre nuestros pasos unos doscientos metros; luego cogimos un camino en dirección Nordeste.

Era una noche fría y nublada. Yo llevaba un abrigo fino y no tenía bufanda; sin embargo, el paso que Zaleshoff imprimió a la marcha suplió con creces estas deficiencias.

Al principio intercambiamos ocasionalmente algunas observaciones. Pero pronto quedamos en silencio total. Nuestros pasos resonaban al unísono en el duro pavimento de la carretera. Me sentía exhausto emocionalmente. Todo lo que experimentaba era un resentimiento vago e irracional contra Zaleshoff. Él era el culpable. Si no fuera por él, estaría durmiendo cómodamente en mi cama del Parigi. Absurdamente pensé en una de mis camisas preferidas entre las cosas que había dejado allí. Nunca la volvería a ver. Traté de recordar dónde la había comprado en Londres. Tal vez ya no habría más como aquélla. La culpa la tenía Zaleshoff. Era

inútil que me dijera a mí mismo que Zaleshoff no me había hecho más que sugerencias, que lo que ahora me estaba ocurriendo se debía a un ataque de mal genio, a la baladronada que me empujó aquella noche a telefonar a Vagas desde la oficina de Zaleshoff. Éste solo era el villano de la obra.

Le observé con el rabillo del ojo. Vi su perfil oscuro avanzando a mi lado, las manos en los bolsillos, sus anchos hombros. Me pregunté si se habría dado cuenta de mi aversión, de mi desconfianza hacia él. Probablemente, sí. Zaleshoff difícilmente se equivocaba.

Ocurrió entonces una súbita revulsión de mis sentimientos. No era cierto que le odiara; no se le podía odiar. Sentí un deseo súbito de sacar la mano del bolsillo y tocarle el brazo, sacudirle como prueba de que no le guardaba rencor. Con una perfecta indiferencia, me pregunté si me prestaría la misma ayuda que me estaba prestando, caso de que Vagas hubiera recibido ya mi segundo informe, o Zaleshoff pudiera transmitírselo de otro modo que no fuese a través de mí. Probablemente no. Probablemente se desentendería de mi suerte. Zaleshoff era un agente soviético — había llegado por mí mismo a dar el hecho por seguro— y lo único que le importaba era llevar a cabo su misión, cumplir las órdenes de su gobierno. Hablando con propiedad, pensé, también yo estaba al servicio del gobierno soviético. Era bastante raro, pero esta idea lo peor que me pareció fue curiosa. Sin embargo, la sugerencia de Vagas de que me hallaba al servicio de su gobierno, me pareció totalmente desagradable. Tal vez esto se debía a que Zaleshoff me caía simpático y Vagas me resultaba repugnante, o porque éste me pagaba y aquél se había limitado a ofrecerme dinero. A pesar de todo, era extraño. Al fin y al cabo, ninguno de los dos países me resultaban especialmente simpáticos. No conocía ninguno. Cuando pensaba en Alemania me imaginaba grandes desfiles, enormes banderas con la svástica ondeando en altos mástiles, altavoces, robustos mariscales, rígidos soldados con casco de acero, campos de concentración. Cuando pensaba en Rusia, pasaban por mi imaginación los Romanov, siniestros y estúpidos, el palacio de invierno, los cosacos, la multitud corriendo aterrorizada, curas bajo palio balanceando sus incensarios, Lenin y Stalin, el trigo ondulado por la brisa, la prisión de la Lubianka. Sí, era extraño. De pronto, me di cuenta de que aminorábamos la marcha. Zaleshoff carraspeó y dijo con un murmullo que torciéramos a la derecha. Al pasar la bifurcación de la carretera volvimos al ritmo rápido. Por un momento brilló la luna a través de un pequeño claro en las espesas nubes, luego desapareció de nuevo. El silencio avanzaba con nosotros como un fantasma en la oscuridad.

Hacia el Este el cielo era pálido y humeante. En el horizonte se recortaban las siluetas de los árboles y la de una hilera de torres del tendido eléctrico; parecía el decorado de un ciclorama levemente iluminado. El cielo se fue poniendo amarillo. Las siluetas se convirtieron paulatinamente en figuras de tres dimensiones. Se levantó una ligera brisa.

Miré el reloj. Eran las cinco y media. Habíamos estado andando sin parar durante

seis horas. Mis zapatos tenían un piso delgado y las carreteras eran ásperas. Tenía los pies doloridos e hinchados. Me escocían los ojos y sentía que las rodillas me flaqueaban. Zaleshoff me vio mirar el reloj.

—¿Qué hora es?

Se lo dije. Era la primera cosa que decíamos desde hacía varias horas.

—¿Qué le parece si echamos un trago de coñac y nos fumamos un cigarrillo?

—No vendría mal.

En la débil claridad de la madrugada pude ver que estábamos andando por una carretera estrecha, entre campos sin cultivar. Se parecía mucho al tipo de paisaje en el que habíamos aterrizado cuando saltamos del tren. Nos sentamos en un montón de piedras que había junto a la carretera. Zaleshoff sacó el coñac y tomamos unos tragos de la botella. Encendimos un cigarrillo.

—¿Dónde estamos? —pregunté.

—No lo sé. Había un poste indicador un kilómetro más atrás, pero estaba demasiado oscuro y no se podía leer. ¿Cómo se encuentra?

—No muy mal. ¿Y usted?

—Cansado. Habremos hecho unos treinta y cinco kilómetros o así. No está mal para empezar. Debe haber un pueblo o alguna aldea un poco más adelante. Seguiremos andando un rato. Luego, usted se esconde en alguna parte mientras yo voy a ver si consigo algo para comer. Tenemos que comer.

—Sí, y tenemos que dormir.

—Habrá que pensar en eso también.

Terminamos los cigarrillos y nos pusimos en marcha otra vez. El coñac me había sentado bien, pero, al descansar, mis pies estaban peor. Comprobé que avanzaba a tropezones. Se oyó en alguna parte, no muy lejos, el canto de un gallo.

Seguimos andando durante hora y media. Llegamos a un tramo de carretera que atravesaba un bosque de abedules. Zaleshoff aminoró el paso.

—Creo que no sería mala idea pararnos aquí. Supongo que ahora debemos estar cerca de algún pueblecito y tal vez no encontremos ningún escondrijo tan bueno más adelante. Será mejor que se quede usted con el coñac. A lo mejor tiene frío y, además, no quiero llevármelo conmigo. Tardaré bastante. No se mueva de aquí y, sobre todo, no se asome a la carretera. Muy pronto empezarán a pasar campesinos por aquí. ¿Tiene bastante tabaco?

—Sí.

—Muy bien. Hasta luego.

Desapareció carretera abajo. Observé cómo se perdía tras una curva y luego me dirigí hacia los árboles a través de un claro cubierto de maleza. Me alejé unos veinte metros de la carretera y me senté en el suelo con gran alivio, dispuesto a esperar. Zaleshoff tardó unas dos horas.

Había salido el sol y sus rayos brillaban por entre los árboles; sin embargo, seguía haciendo frío. Pronto me cansé de estar sentado en el suelo y me puse a pasear entre

dos árboles como un centinela. Miré al reloj cincuenta veces y cincuenta veces me pareció que las agujas no se movían. Pasó un hombre silbando por la carretera. El corazón se me detuvo hasta que se alejó. Continué paseando. Al cabo de un rato, volví a echar otro trago de la botella. Tenía el estómago vacío y el alcohol no me sentó nada bien. Empecé a pensar si tal vez habrían detenido a Zaleshoff, pero me di cuenta de que no había ningún motivo para ello. Luego decidí que tal vez se habría arrepentido de su intento de sacarme del país y optaría por coger el tren de Milán en la estación más cercana. Esto era absurdo también. Probablemente, pensé, estaría tomando un buen desayuno caliente, con sus bollitos de mantequilla y su café calentito. Sentí de pronto un hambre atroz. Casi percibí el leve olor de los bollitos calientes. ¡El muy cerdo! Lo menos que podía hacer era traerme un poco de comida. Entonces empecé a pensar en Claire. Tenía que encontrar el modo de contarle lo que estaba pasando. Y a Pelcher también. Tal vez tendría ocasión de mandarles un telegrama. No, esto sería una imprudencia. Las autoridades italianas podían buscar la oficina desde donde había sido enviado, y descubrir dónde estábamos. Tenía que ser muy prudente, muy discreto. Lo mejor sería enviarles una carta a cada uno. Esto era más sensato. Zaleshoff no tendría nada que objetar. O mejor, no decirle nada, pensé. Pero no tenía ni cuartillas ni sobres. Habría que decírselo. Mientras me paseaba de un lado a otro, mi mente iba dando vueltas a todo esto. Pero de todas las razones que tenía para compadecerme de mí mismo, la única que hacía palidecer a todas las demás era la falta de esos bollitos calientes. Sin duda era justo que así fuera, además.

El chasquido de una rama me sacó de estas reflexiones. Salí corriendo como una fiera asustada, Pero al oír que Zaleshoff me llamaba en voz baja, me detuve. Aparté la protección de maleza que me ocultaba y le vi luchando con un montón de paquetes.

—¡Ah! Está usted ahí —me dijo.

—Me hizo correr. ¿Dónde ha estado todo este tiempo?

—Se lo diré en un momento. Écheme una mano.

—¿Qué es esto?

—Yo lo verá.

Me pasó dos pesados paquetes y nos pusimos otra vez detrás de la maleza. Zaleshoff se sentó con un suspiro de alivio. Comprobé que en su cara había huellas de cansancio y fatiga. Me miró y esbozó una sonrisa forzada.

—Antes de nada —dijo—, le traigo algo para desayunar.

Sacó del bolsillo del abrigo una bolsa con bollos de leche. Al tocar el paquete noté que todavía estaban calientes del horno. Abrí la bolsa y empecé a comer con voracidad. ¡Bollitos calientes! ¡Este Zaleshoff se hacía querer!

Del otro bolsillo sacó una botella de leche. Le ofrecí la bolsa. Zaleshoff negó con la cabeza:

—No, gracias. He comido mientras esperaba que abrieran las tiendas. Gracias a Dios estamos en el campo y abren temprano. Le hubiera traído café, pero habría llegado totalmente frío.

—¿Cómo se llama esto? —pregunté con la boca llena.

—Reminini. Es pequeño y está a media hora de aquí. Me... —se interrumpió de pronto—. ¿No le gustaría ver lo que hay en los otros paquetes?

Asentí con la cabeza y él abrió los dos paquetes más pesados. Me quedé mirándole con los ojos desmesuradamente abiertos.

—¿Botas?

—Sí, un par para cada uno y unos calcetines gordos de lana. He notado que andaba usted con dificultad esta mañana y cuando nos paramos en la carretera medí su pie con el mío. Gastamos el mismo número.

Miré con un cierto recelo las feas suelas llenas de clavos y la dura pieza. Zaleshoff interpretó correctamente mi mirada.

—Tenemos mucho que andar todavía y serán menos molestas que las ampollas.

—Así lo espero. ¿Qué hay en el otro paquete?

—Una bufanda entre otras cosas. Necesita una. Y un sombrero.

—¿Un sombrero? Si ya tengo.

—Es otro tipo. Eche un vistazo.

Eché un vistazo y lo que vi no me hizo ninguna gracia. Era un sombrero italiano muy barato y muy blando, de color negro, copa alta y ala ancha.

—¿Para qué demonios es esto?

Zaleshoff se sonrió con sarcasmo.

—Para hacerle menos sospechoso. Ese sombrero que lleva es muy elegante, pero traiciona su condición de inglés a la legua. Nada mejor que un sombrero nuevo para hacerle cambiar de aspecto.

Me lo puse y con gran sorpresa comprobé que me iba bien.

Zaleshoff asintió con la cabeza:

—Ayer noche me fijé en el número de su sombrero.

Me sentía incómodo.

—No puedo menos de pensar —dije de mal humor—, que tengo un aspecto muchísimo más sospechoso con esta birria, que huele a disfraz de la baja comedia, que con mi sombrero inglés.

—Es porque no está acostumbrado. Traiga aquí.

Se lo di de buena gana. Inmediatamente vi cómo lo estrujaba entre sus manos como si fuera un trapo. A continuación se limpió los zapatos con él, luego lo arrastró por el suelo con fuerza hasta que lo dejó asqueroso. Luego le quitó la tierra, le dio forma otra vez, le hundió un poco la copa y me lo entregó de nuevo.

—Así es como debe estar. No, no lo limpie más. Póngaselo y déme el suyo.

Le obedecí. Me observó con él puesto.

—Sí, mucho mejor. Es una gran suerte que no sea usted rubio. Esa barbilla sin afeitar va muy bien con el sombrero.

Encendí un cigarrillo y empecé a bostezar. La comida me había dado sueño. Los ojos se me cerraban.

—Bueno —dije—. Creo que tengo sueño. ¿Qué le parece? ¿Nos quedamos aquí o tratamos de encontrar otro sitio?

Zaleshoff no contestó, se limitó a observar mi cigarrillo. Me miró tranquilamente por un momento.

—Nada de dormir hoy —dijo lentamente—. Tenemos que seguir.

—Pero...

—No se lo he querido decir antes porque pensé que debía dejarle desayunar en paz, pero estamos en un sitio muy malo.

El corazón me dio un vuelco.

—¿Qué quiere decir?

—Hay patrullas por todas las carreteras.

—¿Cómo lo sabe?

—Me di de narices con una en las afueras del pueblo. Policía y una pareja de milicianos de camisa negra. Estamos todavía en el área de Treviglio, comprende. He tenido que enseñarles el pasaporte y el permiso de estancia, y, aún así, desconfiaban. Tuve que inventar una historia para salir del paso. Les dije que había salido temprano de Treviglio para acudir a una cita de negocios en Venecia y que se me había estropeado el coche. No pegaba mucho, pero fue lo mejor que se me ocurrió para explicar qué hacía a aquella hora en la carretera y con esta ropa. Me dejaron ir, pero anotaron mi nombre y el número de mi pasaporte. También me indicaron el garaje más próximo. No podía volver tranquilo por la carretera con todos estos paquetes (tendría que dar demasiadas explicaciones), así que hube de dar un rodeo por el campo. Si se acuerdan de mí y se les ocurre hacer comprobaciones en el garaje, darán una batida en regla por los alrededores dentro de poco. Y además otra cosa —sacó un periódico del bolsillo interior del abrigo—. Eche un vistazo a eso. Es de esta mañana.

Cogí el periódico y examiné la primera página. Era la edición temprana de un rotativo de Milán. No me costó mucho trabajo encontrar lo que Zaleshoff quería que viese. En el centro de la página había dos fotografías con un recuadro, de unos ocho centímetros de largo cada uno; eran dos fotografías mías.

Encima de ellas, en negras mayúsculas, se podía leer: «ATTENTI, L. 10.000». Al pie, en tipos destacados también, el mensaje levemente cambiado que había sido difundido por la radio la noche anterior. Examiné las fotos con cuidado. Una había sido obtenida de la que entregué con la solicitud del permiso de estancia. Era una foto «mate», con mucha luz. Como consecuencia, la reproducción, a pesar de la pobreza del papel, era casi tan clara como el original. Era fácil reconocerme en ella. La otra era menos nítida, pero tenía un gran interés para mí porque evidentemente había sido hecha sobre la foto de mi «extraviado» pasaporte. Se notaban un poco todavía las negras impresiones del sello del Ministerio de Asuntos Exteriores. Levanté la vista del periódico.

—Bueno —dijo Zaleshoff—, ahora comprende por qué no quise que el revisor viera su cara ayer. Todos los periódicos habrán publicado estas fotos.

—Sí, comprendo —contesté. Me quedé callado unos segundos. Sentí que el miedo me agarrotaba los músculos del estómago—. ¿Qué diablos podemos hacer? Si vigilan las carreteras y todo el mundo tiene esas fotos *no podemos* hacer nada. Ya sabe, supongo que... —Zaleshoff me interrumpió.

—Seguro que lo sé. Usted piensa que lo mejor es entregarse. ¡Por amor de Dios!, no perdamos las energías discutiendo eso otra vez —dijo sacando el mapa—. Todas las carreteras están vigiladas, pero no pueden vigilar los campos. Veamos, Reminini no está señalado en este mapa, es demasiado pequeño; pero según mis cálculos debe quedar por aquí —señaló un punto con el dedo—, y esto significa que estamos solo a unos treinta kilómetros al Sur de la línea férrea que une Bérgamo con Brescia. Si echa una mirada a este mapa verá que en esta parte todas las carreteras importantes están trazadas casi en perpendicular desde el Norte. En otras palabras, si avanzamos a través del campo, podemos llegar hasta la línea férrea hoy mismo, sin gran riesgo de tropezar con una patrulla.

—Pero, a la luz del día...

—Ya le he dicho que las únicas carreteras que podrían preocuparnos las cruzaremos simplemente, y se trata de vías secundarias. Por lo demás, lo único que tenemos que hacer es mantener los ojos abiertos.

Recogí con amargura la última frase.

—¡Un cuerno, Zaleshoff! Si apenas soy capaz de mantener los ojos abiertos ahora. Estoy francamente cansado. Y usted también, según parece. No lo conseguiremos nunca. Es inútil que se enfade. No es razonable. En cualquier caso, suponiendo que consigamos llegar hasta la vía férrea, ¿qué?

—Nos subiremos a un mercancías, que nos llevará hasta Udine.

—Suponiendo que pase un mercancías.

—Pasará. Es la línea principal de la mercancía que sale de Turín. No tenemos más que escondernos hasta que anochezca. En cuanto a su cansancio, verá como al dar una fuerte carrerilla se le pasa.

—¡Una fuerte carrerilla! —no podía dar crédito a lo que estaba oyendo.

—Sí, una fuerte carrerilla. Venga, cámbiese los zapatos por las botas y vámonos. Esto no es sano.

Yo ya no tenía fuerzas para seguir discutiendo. Me quité los zapatos, calcé los calcetines de lana por encima de los míos y me puse las botas. La piel era muy dura, parecían botas de buzo. Escondimos entre las hojas mi sombrero, los zapatos, la botella vacía y los papeles de los paquetes.

Echamos a andar por entre los árboles hacia el campo, alejándonos de la carretera. Zaleshoff sacó del bolsillo una brújula de juguete que había comprado en el pueblo. Tras algunas dificultades con la aguja (la cual, hasta que descubrimos que tocaba en el cristal, parecía marcar el Norte en todas direcciones), nos fijamos como objetivo unos árboles que había en la cima de una loma, a un kilómetro de distancia más o menos, y nos pusimos en marcha.

Al cabo de un minuto o dos, Zaleshoff inició inesperadamente un rápido trote.

—A ver quién llega antes al extremo del sendero —gritó hacia atrás.

Siempre he detestado que me desafíen a ver quién llega antes al final del sendero. Le increpé con una negación, pero hizo como si no me oyera. Con deseos de estrangularle, empecé a correr pesadamente tras él. Pronto aflojamos, jadeando, y continuamos a buen paso.

—¿Se siente mejor?

Tuve que reconocer que sí. La brisa de la mañana había despejado los jirones de nubes que quedaban. En medio del valle se levantaba una especie de neblina que presagiaba calor. Se oía el ruido no lejano de un tractor trabajando, pero no se divisaban más que vacas. Durante un buen trecho caminamos bastante rápidos. Luego, al empezar a calentar el sol, comprobé que volvía a sentirme fatigado.

—¿Qué le parece si descansamos un poco?

Zaleshoff movió la cabeza negativamente.

—Es preferible continuar. ¿Quiere tomar un poco de coñac?

—No, gracias.

Seguimos arrastrándonos pesadamente. Caminábamos a través de sembrados, con pocos árboles y sin sombra. Enjambres de moscas despertadas por el calor empezaban a molestarnos. A eso de las doce empecé a sentir una sed horrible y me dolía la cabeza de mala manera. Según Zaleshoff, debíamos estar cerca de alguna carretera secundaria que iba de Este a Oeste, pero ante nosotros no aparecía el menor rastro de ella. Las botas nuevas me habían «agotado» los pies y me resultaban intolerablemente cálidas. Empecé a sentir que las piernas me flaqueaban. La situación no mejoró cuando tuvimos que perder veinte minutos agachados en una zanja, para no ser vistos por un campesino que estaba comiendo junto a un camino de carro que nosotros teníamos que cruzar. Cuando al fin pudimos seguir, se me habían hinchado los pies y los tobillos. Nuestro ritmo se hizo más lento. Me di cuenta de que Zaleshoff me iba dejando atrás.

Al cabo de un trecho, me esperó y continuamos juntos.

—Si no tomo pronto un trago de agua —declaré—, creo que voy a desmayarme. Y además, estas malditas botas...

Zaleshoff asintió con la cabeza.

—A mí me pasa lo mismo. Pero dentro de muy poco llegaremos a la carretera. ¿Puede aguantar un rato más?

—Supongo que sí.

Pero no llegamos a la carretera hasta las dos. Parecía un oasis en el desierto en vez de una cinta seca de piedras polvorientas. Zaleshoff lanzó una ronca exclamación de júbilo.

—Sabía que no podíamos estar lejos. Ahora escóndase entre estos arbustos y échese mientras yo voy a ver si encuentro algo que se pueda beber. No se mueva de ahí.

El consejo era innecesario. Solo la extrema necesidad podía inducirme a moverme. A pesar del ruido de la sangre que se agolpaba en la cabeza, oí como los pasos de Zaleshoff se perdían en la lejanía.

Cuando ahora recuerdo aquellos días que pasé en compañía de Zaleshoff, solo una cosa me maravilla: mi fe completa e indudable en su superior capacidad de aguante. Siempre era él quien me animaba a realizar un último esfuerzo cuando ya parecía imposible ningún tipo de esfuerzo ulterior. Siempre era él el que, cuando los dos nos hallábamos en el límite de nuestras fuerzas, andaría un kilómetro o dos más para conseguir comida o bebida para ambos. Se suponía que era más prudente que lo hiciera Zaleshoff que yo; pero, de todos modos, pronto resultó tan peligroso para él como para mí. Mi aceptación de los hechos se basaba en el supuesto tácito de que Zaleshoff se hallaba en mejor forma física que yo. Solo ahora me doy cuenta de que la superioridad de Zaleshoff no era de orden físico, sino moral. Recuerdo con afecto y con la conciencia un poco dolorida el gesto inexpresivo de su rostro cansado, la costumbre de pasarse por los ojos la parte exterior de la mano y un pequeño incidente que ocurrió más tarde. Se había detenido de pronto para apoyarse contra un árbol. Con irritación mal disimulada le pregunté qué pasaba. Tenía los ojos cerrados. Recuerdo que los músculos de su cara adquirieron una tensión súbita. Luego aparentó enfadarse y dijo que tenía una piedra en una bota. Esto era todo. Hizo como si se sacara la piedra y seguimos andando. No, a Zaleshoff no se le podía guardar rencor.

Cuando regresó casi me había quedado dormido. Me sacudió. Abrí los ojos y vi su cara cerca de la mía. El sudor corría a chorro por sus mejillas sin afeitar, llenas de polvo y de mugre.

—Vamos a comer algo —dijo.

Trajo pan, embutido y una botella de agua mezclada con un poco de vino. Se lo había comprado todo a una mujer que vivía en una casita a unos trescientos metros. Su marido estaba trabajando en el campo. No encontró a nadie más que al conductor de un camión que pasaba.

—Hubiera preferido agua sola —añadió—, pero la buena mujer me dijo que era mejor con un poco de vino y no quise discutir. No vamos a hacernos mala sangre por estas cosas.

Me sentía demasiado cansado y no comí mucho. Al terminar guardamos en los bolsillos lo que nos sobró y también media botella de agua que nos quedaba. Fumamos un cigarrillo y nos pusimos en marcha de nuevo.

La tarde resultó peor si cabe que la mañana. Fue el primer día realmente cálido desde que había llegado a Italia. Caminábamos con la chaqueta y el abrigo encima de los hombros. Las moscas nos molestaban hasta hacerse insoportables. Por dos veces tuvimos que dar un rodeo bastante grande por los sembrados para no ser vistos por los campesinos. Cruzamos otra carretera secundaria. A eso de las cuatro, Zaleshoff se detuvo.

—Si seguimos así —jadeó—, vamos a reventar. Ahora no podemos estar muy

lejos de la línea férrea. Por amor de Dios, tomemos un trago y esperemos a que refresque un poco.

Descansamos una hora a la sombra de un árbol, diciendo tonterías para no quedarnos dormidos. Cuando nos pusimos de pie, el sol había empezado a ocultarse en el horizonte tras los árboles. Las moscas parecían menos pesadas. Zaleshoff sugirió que al andar cantáramos algo que nos ayudara a mantener un buen ritmo de marcha. Al principio, la sugerencia me pareció una tontería bastante inútil, pero con gran sorpresa comprobé que el sordo zumbido que tratábamos de entonar me animaba considerablemente. Mis piernas parecían moverse automáticamente como si no fueran mías. Solo sentía el dolor de los músculos de las piernas y que las plantas de los pies me ardían. Empezamos a descender una pendiente larga y suave.

Eran las seis y media aproximadamente cuando oímos el silbido del tren.

Zaleshoff exclamó jadeando:

—¿Ha oído, Marlow, ha oído?

—Parece que ha sonado bastante lejos.

—El silbido de los trenes eléctricos engaña mucho. Un par de kilómetros más y ya es nuestro.

Veinte minutos más tarde cruzamos la tercera carretera. Era un poco más ancha que las demás. Esperamos a que pasase un coche particular y un camión. Luego salimos de entre la maleza y cruzamos.

Ahora el terreno resultaba más escabroso. Antes habíamos estado atravesando campo abierto, en parte entre cultivos, con ocasionales cercas o muros bajos de piedra que señalaban los límites de las fincas. Hacia la vía, las propiedades eran más pequeñas y a veces estaban divididas con alambradas. Pasamos a poca distancia de una fábrica de proporciones bastante considerables con dos altas chimeneas. Luego, cuando ascendimos por una ladera no muy empinada, Zaleshoff apuntó a lo que parecía una estrecha franja de nubes grises en el horizonte, justo enfrente a nosotros. Eran las colinas de Bérgamo, dijo. Poco después, apareció la línea del tren.

Surgió en medio de un tajo, a unos trescientos metros de nosotros. No sé por qué, su vista me sumió en una honda depresión. Habíamos llegado, pero lo peor aún estaba por venir. Los curvos raíles me parecieron extraordinariamente hostiles.

—Bueno, y ahora, ¿qué? —dije desanimado.

—Ahora, a esperar que anochezca.

Encontramos un hoyo cerca de la vía, oculto por la hierba y por montones de piedras pardas, y allí terminamos los restos de comida que nos quedaban, remojándolos con un poco de coñac. Los ojos me ardían y los tenía medio cerrados, pero me sentía muy despierto.

—Será mejor que nos pongamos los abrigo y las bufandas —dijo Zaleshoff—; pronto empezará a refrescar.

Nos echamos en silencio mientras el sol se iba poniendo rojo al caer entre las abigarradas nubes azul negras que parecían estar esperándole. La claridad se fue

apagando poco a poco. Cuando ya casi había oscurecido, salimos de nuestro escondite, nos dirigimos hacia la vía y empezamos a andar paralelamente a ella, pero sin entrar en el tajo. Cuando por fin vimos las luces en una estación, era noche cerrada. Nos acercamos lentamente. Era una estación muy pequeña, sin andenes, como la mayoría de las estaciones italianas del campo. Solo el blanco edificio de la estación, las vallas de madera y los setos recortados. Un poco más allá había un paso a nivel y una caseta de señales. Un reflector eléctrico suspendido en un alto poste de cemento derramaba un haz circular de luz frente al edificio de la estación. Había dos hombres hablando de pie a la luz. Uno era un funcionario de la estación; el otro un miliciano fascista con un rifle colgado a la espalda.

—¿Qué hace ahí ese tipo con el rifle? —susurré estúpidamente.

—¿A *usted* qué le parece? —replicó Zaleshoff—. El desvío está al otro lado. Tenemos que retroceder y cruzar la vía un poco más abajo.

Desandamos un trecho de camino a lo largo de la alambrada que protegía la vía, luego nos arrastramos por debajo de la misma y cruzamos corriendo los raíles. Cuando llegamos al otro lado nos quedamos por dentro de la alambrada y empezamos a avanzar lentamente hacia la estación.

La vía solo estaba a unos dos pies de altura del suelo y prácticamente teníamos que avanzar a gatas para mantenemos a cubierto. Luego la alambrada se separaba hacia la izquierda y ante nosotros apareció la voluminosa silueta de unos vagones de mercancías cubiertos con lona. Al cabo de un rato podíamos ponernos de pie, porque teníamos los vagones entre nosotros y la estación.

Eran unas veinte unidades y todas parecían estar cargadas. Anduvimos hasta llegar al final. Entonces Zaleshoff se detuvo.

—Esto parece muy a propósito para nosotros —susurró—. Todo cargado y listo para arrancar. Probablemente está aquí desde anoche. Venga.

Retrocedió unos pasos y se detuvo de nuevo.

—Páseme las cerillas —murmuró.

Se las pasé en silencio. Encendió una y, protegiendo la llama con la mano, la fue pasando por la pared del vagón. Vi que había un recuadro de metal con un cartel completamente lleno de letras. Pero Zaleshoff apagó la cerilla casi al momento y solo pude leer una línea:

TORINO A VENEZIA — DIRETTORE PROV. MAR.

—Director de suministros navales, Venecia —murmuró Zaleshoff—. No nos llevará hasta Udine porque lo desviarán antes, pero nos pondrá en camino.

Eché mano a una de las cuerdas que aseguraban la lona y la desató. Luego, agarrándose a una grapa de hierro, trepó por los peldaños empotrados en el vagón y levantó la esquina suelta de la lona. Yo le seguí y un segundo después me deslizaba bajo la lona. Mis botas tropezaron con algo duro y resbaladizo.

—¿Qué diablos es esto? —susurré.

Le oí reír entre dientes en la oscuridad.

—Una caja de huevos. Póngase de rodillas y toque: le resultará algo familiar.

Me puse de rodillas. Entonces comprendí por qué se había reído Zaleshoff. El vagón estaba cargado con grandes balas para cañones navales, metidas en una especie de entramado de madera. Sentí perfectamente la superficie fría y lisa que se alargaba en forma de huso hacia el pestillo redondo, atornillado para el transporte, donde luego iría la espoleta. Olían a grasa y a aceite de máquina.

Mientras me acomodaba entre dos filas de cajas, oí como Zaleshoff ponía la lona en su sitio otra vez.

—Ahora puede usted echar un sueñecito —dijo.

Cerré los ojos sin esperar a que me lo repitiera.

Me pareció que no habían pasado más de cinco minutos cuando medio me despertó el traqueteo del vagón. En realidad, debía llevar dormido bastante tiempo. Cuando el tren cogió velocidad, volví a quedarme profundamente dormido.

La siguiente cosa que recuerdo es una luz deslumbrante brillando ante mis ojos, unos dedos que me cogen violentamente por un brazo y una voz que me da gritos en italiano.

15 — *La hoz y el martillo*

En circunstancias normales suelo tener un sueño bastante pesado y no despierto con facilidad. Para mí, despertar es un lento retorno a la consciencia; un viaje a través de un paisaje de fantásticas confusiones y extrañas imágenes. Pero aquella mañana me desperté rápidamente. Ya antes de abrir los ojos, ante el primer destello de linterna del capataz, recordé dónde me hallaba y por qué estaba allí. Un escalofrío de terror me devolvió súbitamente a la realidad.

El que me sacudía por el brazo era Zaleshoff. Sentí una patada en las piernas. Sin poder abrir los ojos, oí que Zaleshoff hablaba rápido y enfadado:

—Déjele ya. Saldremos inmediatamente.

Sentí que la claridad se alejaba de mis párpados y los abrí. Todavía era de noche;

una estrella brillante hacía guiños en un cielo azul oscuro. Por encima de la pared del vagón se veía la cabeza y los hombros de un hombre de uniforme.

—Dése prisa —gritó.

Me puse de pie tambaleándome. Zaleshoff tenía ya una pierna colgando por encima de la pared del vagón.

—¿Dónde estamos? —murmuré.

—Brescia. Hable italiano —susurró.

Gateé tras él. Había cuatro hombres esperándonos en la oscuridad. Tres de ellos llevaban monos de trabajo; el cuarto, el del uniforme y la linterna, era un capataz. Cuando nuestros pies tocaron tierra, los cuatro nos rodearon y nos cogieron por el brazo.

El capataz pasó la linterna sobre nosotros y dijo con voz dura:

—A la oficina de pesaje; tenedlos allí hasta que consulte con el jefe de almacén y con la policía. Y cuidado que no se escapen. ¡Venga, andando!

Me cogió por el brazo y nos pusimos en marcha hacia un edificio amplio y oscuro a través de una intrincada red de raíles y postes.

Me pareció que estábamos en un gran almacén de mercancías. Al otro lado del edificio, por la parte de la fachada, había una fuerte claridad procedente de una fila de reflectores que no veíamos. Se oía el ruido del motor de una máquina Diesel arrastrando una larga hilera de vagones y el *clink-clink* de los topes al dar marcha atrás. A lo lejos se veía en el cielo el reflejo de la claridad de una calle iluminada. Hacía frío y empecé a temblar; mi cuerpo conservaba todavía el calor del sueño. Uno de los hombres que llevaba a Zaleshoff dijo algo y el otro se rió. Fueron las únicas palabras que hubo.

Dimos la vuelta al edificio oscuro hasta llegar a un depósito de máquinas. Unos cincuenta metros más allá, un grupo de obreros trabajaba bajo la luz de los reflectores. Cargaban chasis en vagones de dos pisos con una grúa móvil. Giramos hacia la izquierda por un sendero de cemento. El sendero hacía una curva junto a una caseta de señales. Luego cruzamos otra vía y nos acercamos a una casucha pequeña con una amplia ventana a través de la cual se veía una bombilla eléctrica sin foco, suspendida encima de una especie de tablero de mandos. El capataz abrió la puerta y nos hicieron entrar allí.

No era realmente mucho más que una garita. Ante el tablero había un joven sentado en un taburete. El tablero era en realidad el indicador de la báscula que estaba en la vía de al lado. Al entrar nosotros, el joven se levantó del taburete y se quedó mirándonos.

Ahora pude ver bien la cara del capataz. Era de piel morena, con las sienes un poco canosas y un bigotillo puntiagudo. Frunció el entrecejo hacia el joven.

—¿Has terminado de comprobar la carga de cemento?

—Sí, *Signore*.

—Entonces vete a trabajar a tu mesa. Este no es asunto tuyo.

—Sí, *Signore*.

El joven nos miró con ojos asustados y se fue.

—¡Vamos a ver! —dijo aflojando la mano con la que me cogía el brazo y haciendo una seña al que asía a Zaleshoff para que lo soltase. Señaló la pared del otro lado de la oficina diciendo—: Poneos allí de pie los dos.

Obedecimos. Sus labios estaban rígidos. Nos miró con desprecio.

—¿Quiénes sois? —gritó. Y sin darnos tiempo a contestar, continuó—: ¿Qué estábais haciendo en el vagón? ¿No sabéis que está prohibido viajar en los mercancías? Estáis estafando al Estado. Y eso está castigado con la cárcel.

No parecía que hubiera nada que responder a esto. Evidentemente, en el momento en que la policía me viera, el juego se habría terminado. Era extraño, pensé, que todavía no me hubieran identificado con el hombre de la fotografía del periódico. Tal vez era por el sombrero. Pero solo era cuestión de tiempo. Deseé que se dieran prisa. Tal vez sería mejor que yo se lo dijera.

—Bien —gruñó—. ¿Qué tenéis que decir?

Entonces, con gran sorpresa por mi parte, Zaleshoff dio un paso al frente.

—No hacíamos nada malo, *Signore* —gimió—: solo queríamos llegar a Padua. Oímos que allí había trabajo y no tenemos dinero. No nos entregue a la policía, *Signore*.

Resultaba abyecto. Pero Zaleshoff con su cara sucia y la barba de tres días tenía un aspecto totalmente despreciable y solo inspiraba piedad. No me sorprendió que el capataz gritase amenazador:

—¡Basta! Conozco mi deber. ¿De dónde sois?

—De Turín, *Signore*. Solo intentábamos conseguir trabajo.

—A ver el carnet de identidad.

Zaleshoff dudó un momento y luego contestó con decisión:

—Lo he perdido, *Signore*; lo tenía pero me lo han robado.

Era una inútil exhibición de astucia. El capataz lo cortó con un gesto y se volvió hacia mí.

—Enséñame tu carnet de identidad.

—No lo tengo, *Signore*. Yo...

El capataz dejó escapar una carcajada burlona.

—¿Tú también eres de Turín?

Pensé con rapidez. Este era el momento de entregarme. Zaleshoff debió adivinar lo que estaba pasando por mi mente porque carraspeó en tono de aviso. Titubeé.

—¡Responde! —gritó el capataz.

—No, *Signore*. De Palermo.

Mi italiano no era tan bueno como el de Zaleshoff y pensé que sería mejor dar una respuesta que diese cuenta de este hecho.

—Comprendo —frunció los labios—. Uno de Turín y el otro de Palermo. Los dos sin carnet de identidad. Es un asunto de clara incumbencia de la policía.

—Pero... —gimió Zaleshoff.

Los obreros habían estado observando la escena con la lividez reflejada en sus caras. El capataz se volvió a dos de ellos:

—Vosotros dos quedaos aquí y cuidado de que no traten de escapar; voy a consultar con el jefe de almacén y con la policía —se volvió hacia el otro—: y tú ve a ver si han hecho algún daño en el vagón. Si todo está en orden ata la lona con cuidado otra vez. Esos vagones continuarán a Verona hoy.

Un segundo más tarde la puerta se cerró y nos quedamos en compañía de nuestros guardianes. Nos cambiamos miradas durante un segundo o dos.

Eran dos hombres fuertes, con el rostro colorado y manchado de grasa. Llevaban sucios monos azules y boinas negras. Uno de ellos tendría mi edad; el otro parecía diez años mayor y tenía en la mano un martillo para comprobar ruedas. El más joven era engrasador, a juzgar por el estado de sus manos. Los dos parecían muy decididos. Era evidente que si tratábamos de hacer cualquier tontería no solo no lograríamos nada, sino que, además, probablemente saldríamos muy mal parados.

Miré a Zaleshoff tratando de encontrar sus ojos. La expresión de su cara resultaba totalmente indefinible, pero arqueó las cejas y esbozó una débil sonrisa. Su gesto me hizo pensar que se resignaba ante lo inevitable.

Pero me equivoqué.

Cuatro hombres de pie en una habitación pequeña, mirándose en silencio unos a otros, provocan, al cabo de un rato, una tensión nerviosa insoportable. El deseo de romper el silencio y establecer algún tipo de comunicación, resulta inaguantable. El del martillo fue el primero en preparar el camino. Su cara se arrugó súbitamente en una tímida sonrisa.

Zaleshoff le contestó inmediatamente con otra.

—¿Os importa que nos sentemos, camaradas? —dijo.

La sonrisa se borró en la cara del otro con la misma rapidez con que había aparecido. Vi que dirigía a su compañero una mirada fugaz y aprehensiva. El más joven frunció el entrecejo. Me di cuenta de que la palabra «camaradas» había provocado cierta incomodidad. Era una falta de tacto por parte de Zaleshoff, pensé.

El del martillo asintió lentamente:

—Sí, podéis sentaros —dijo.

Había unas cajas en un rincón y nos sentamos en ellas. Zaleshoff empezó a canturrear suavemente.

Yo miré malhumorado hacia el suelo de madera. ¡Esto era el fin de nuestros planes para salir del país! Podíamos habernos ahorrado esas veinticuatro horas de caminata, reflexioné con amargura. Siempre supe que era inútil, me decía; Zaleshoff solo había retrasado el momento final; sin embargo, ahora que había llegado, me sentía defraudado. Lo que pasaba es que había esperado otra cosa: simplemente que me reconocieran. Reconstruí la escena mentalmente, como si ya hubiera pasado. Me imaginé el brillo súbito que hubiera iluminado los ojos de mi aprehensor al darse

cuenta de que había ganado diez mil liras. Luego vendrían las formalidades en la comisaría de policía y la vuelta a Milán fuertemente escoltados. Me imaginé la afligida cortesía del joven del Consulado. «Naturalmente, Mr. Marlow (¿u omitiría el *mister*?), haremos todo lo que podamos, pero...». A lo mejor ni siquiera llegaba tan lejos. «Muerto cuando intentaba huir». Esta había sido la frase utilizada por Zaleshoff. «Le hacen arrodillarse y luego le pegan un tiro en la nuca». Era horrible. Uno se arrodillaba como si fuera a rezar. Un hombre de rodillas es la imagen misma del desamparo y la compasión. Bostecé. Volví a bostezar. Era absurdo. No estaba cansado. Ni aburrido, ¡por Dios no! Estaba cansado, tremendamente cansado, sumido en la más desesperante cobardía, y bostezaba. Grotesco. Entonces empecé a temblar.

Zaleshoff seguía canturreando. Era no sé qué marcha. Seguía sin parar; y cuando terminaba, volvía a empezar con un ritmo lento y machacón. Sin darme cuenta, empecé a marcar el compás con el pie.

—¡Basta ya!

Era el del martillo el que había hablado. Lo dijo en tono enfadado, con irritación; pero sus ojos tenían una expresión atenta y preocupada que me desconcertó. Tuve el repentino pensamiento de que algo estaba pasando; pero no sabía qué. El engrasador observaba atentamente a Zaleshoff. Pasó lentamente una máquina haciendo un ruido ensordecedor. Fue entonces cuando ocurrió.

Zaleshoff sacó la botella de coñac del bolsillo.

—¿Podemos echar un trago, camarada?

El engrasador hizo un movimiento hacia él para detenerle, pero el otro asintió.

—Está tramando algo —exclamó el joven de pronto. Se volvió a su compañero en tono acusador—: ¡Cochino rojo!

El otro levantó el martillo en tono amenazador. Los músculos de su cara mostraron una súbita tensión.

—Cierra el pico —dijo lentamente—, o te aplasto los sesos.

Yo estaba desconcertado. Miré a Zaleshoff. Éste, como si no hubiera pasado nada, estaba descorchando la botella. Me la ofreció. Rehusé con la cabeza y le miré perplejo.

—No tendrá ocasión de tomarlo en adelante —dijo encogiéndose de hombros—. No crea que en la cárcel se lo van a dar.

Se llevó la botella a los labios y la empinó. Ya no había mucho y me di perfecta cuenta de que el líquido no entraba en su boca.

—Está bueno —exclamó.

Se puso lentamente de pie y alargó la botella hacia el engrasador.

—¿Quieres un trago, camarada? —dijo.

El otro le miró con aspecto amenazador y abrió la boca para declinar la invitación. Pero de pronto, Zaleshoff dio un paso hacia delante y la botella se movió rápidamente en su mano.

Súbitamente vi cómo el engrasador retrocedía llevándose las manos a los ojos

mientras el coñac le corría por la cara. Casi al mismo tiempo, Zaleshoff hizo un movimiento rápido con la botella y la bombilla saltó hecha pedazos.

Aunque estaba amaneciendo, al apagar súbitamente la luz pareció que habíamos quedado completamente a oscuras. El engrasador gritaba y juraba como un condenado. Se oyó un corto forcejeo seguido de un ronco gruñido. El engrasador dejó de gritar. Hubo un silencio súbito. Por una décima de segundo, me quedé de pie, desconcertado; pero inmediatamente cobré conciencia de la situación y salté en la dirección donde sabía que estaba la puerta. Era una locura, lo sabía. El del martillo nos aplastaría antes de que lográramos salir. Sentí que una mano me cogía por el hombro. Me giré en redondo, alcé el puño y lo lancé hacia la sombra que se movía detrás de mí. Pero me cogieron la muñeca en el aire.

—¡Soy yo, imbécil! —siseó Zaleshoff—. ¡Salga rápido!

Abrió la puerta y salimos al aire libre.

—Pero...

—¡Cierre el pico! —gruñó—. ¡Corra!

En el momento en que hablaba, vi la linterna del capataz moviéndose hacia nosotros en el extremo del sendero de cemento.

Salimos corriendo furiosamente a través de las vías. Yo tropecé en una traviesa y seguí a trancas y barrancas. Zaleshoff me empujaba literalmente. Se oían gritos tras nosotros.

—¡Rápido, Marlow! Por el depósito de las máquinas.

Vi la silueta del depósito recortado contra el cielo azulado. Atravesamos con gran estruendo el disco giratorio de acero que había delante y torcimos por una vía llena de carbonilla, pegados a una hilera de vagones. Zaleshoff se metió por entre dos de ellos. Yo le seguí. Al otro lado nos detuvimos un segundo. Según mi modo de ver, corríamos hacia la estación propiamente dicha. Frente a nosotros se veían luces y un largo espacio cruzado por una serie de raíles. Zaleshoff se volvió en redondo.

—Por aquí no llegaremos a ninguna parte. No podríamos protegernos. Nos verían antes de llegar a la estación.

Los gritos sonaban cada vez más cerca. Oí que alguien pedía más luces.

—Vamos. Solo tenemos una posibilidad —dijo Zaleshoff—. Sígame y haga exactamente igual que yo; y por lo que más quiera, hágalo en el mayor silencio posible.

Empezamos a volver sobre nuestros pasos rápidamente, pegados a la fila de vagones, hacia el depósito de las máquinas y hacia los hombres que se aproximaban por el otro lado. Ahora distinguíamos sus pasos y oíamos la voz del capataz exhortando a sus hombres a que se dieran prisa. Zaleshoff siguió andando silenciosamente durante un rato y luego se detuvo. Nos paramos durante un minuto junto a un vagón. Al cabo de unos segundos, vimos como nuestros perseguidores pasaban a nuestra derecha.

—¡Vamos! —dijo Zaleshoff.

Seguimos andando junto a la fila de vagones. Hacia el final de la hilera había cuatro furgones de ganado. Se paró frente al primero de ellos.

—Nos esconderemos en el techo —dijo.

Alargó el brazo, se agarró al primer peldaño y subió. Yo fui tras él. Al cabo de un par de segundos nos hallábamos estirados sobre el techo del furgón. Miré hacia atrás y vi destellos de linternas junto a los primeros vagones. Mi corazón dio un brinco.

—Están registrando los vagones —susurré.

—Ya lo sé. Échese.

Obedecí. Mi nariz estaba pegada a un ventilador cónico. No había duda ninguna de que era un vagón de ganado, pero yo apenas percibía el olor. Solo prestaba atención a las voces que se acercaban cada vez más. Podía oír los latidos de mi corazón contra la superficie curva y áspera del vagón. Serían unos ocho, pensé. Ahora podía distinguir ya la voz del capataz y de otro que era evidentemente una autoridad. Sería un policía, deduje.

—Los volveremos a coger —oí que decía el capataz—, pierda cuidado. De eso no le quepa la menor duda. No han podido escapar en tan poco tiempo. Si han vuelto hacia atrás, sus hombres les habrán cogido. No hay ninguna salida. Cuando sea un poco más de día...

El policía lanzó una exclamación de impaciencia.

—No podemos esperar a que sea más de día —dijo. Hubo una pausa—. Si yo los veo, dispararé sin pensarlo dos veces. No creo que se trate de dos crápulas. Que no tengan carnet de identidad es muy sospechoso —otra pausa—. Vigile que sus hombres registren todo. Ni un centímetro de este tren debe quedar sin registrar. ¿Me oye?

Otro silencio. Mi corazón latía cada vez con más fuerza. Entonces, con el rabillo del ojo vi que la mano de Zaleshoff se movía lentamente hacia su costado. La mantuvo allí por un momento y luego empezó a separarla de nuevo. A la débil luz del amanecer pude ver que en la mano había aparecido un revólver.

Instintivamente estiré mi brazo y le cogí de la manga. Se soltó de un tirón y se deslizó lentamente hacia el borde del techo.

En este momento nuestros perseguidores estaban solo dos vagones más atrás. Venían por ambos lados. Se les oía jadear de fatiga al subir a los vagones, atando y desatando lonas. Inmediatamente se oyó el ruido de un golpe contra el vagón donde estábamos nosotros. Un segundo más tarde fue abierta la puerta corredera del mismo. Hubo una pausa. Estaban iluminando el interior con una linterna. Uno de ellos murmuró *niente*. Luego se oyó la pisada de una bota en el primer peldaño. Un hombre empezó a trepar,

El ruido de las pisadas en los peldaños resultaba bastante siniestro. Uno, dos, tres, cuatro... otro peldaño más y su cabeza se haría visible. Estábamos cogidos. Esperé su grito. Me pregunté si no sería mejor ponernos de pie y rendirnos. De este modo, evitaríamos que el policía disparara. Intenté tragar la saliva que llenaba mi boca. En

este momento, comprobé que Zaleshoff se había movido hacia el sitio por donde iba a aparecer el hombre. Un segundo más tarde la cabeza del que subía empezó a sobresalir. Subió otro peldaño y apareció la forma blanca de su cara. En aquel momento el brazo izquierdo de Zaleshoff salió disparado y lo agarró por el cuello. Al mismo tiempo le ponía el revólver en la sien.

Todo ocurrió en una fracción de segundo. Con las manos en las grapas que servían de peldaños al vagón, el hombre no pudo ni siquiera tratar de defenderse. Se le oyó lanzar un sollozo ahogado de terror. Luego Zaleshoff le susurró algo en un tono tan bajo que no pude oírlo. A continuación el hombre trató de pasar lentamente al techo del vagón. Zaleshoff levantó el brazo derecho. Al mismo tiempo hizo girar el revólver alrededor del dedo del gatillo y lo cogió por el cañón. Inmediatamente le propinó con la culata un golpe de una fuerza tremenda en la nuca.

El hombre abrió la boca y cayó de bruces sin sentido.

—Tire por él —susurró Zaleshoff.

Agarré sus brazos extendidos y tiré. Zaleshoff trató de retirar sus pies del borde. Era difícil hacer fuerza en la posición en que estábamos, con la cara pegada al suelo, pero lo conseguimos. Abajo se oyó un ligero movimiento y el policía preguntó si se veía algo en el techo de los otros vagones.

Zaleshoff se arrastró hasta el borde y dijo:

—*Niente.*

Pronunció la palabra en un tono tan ronco que no fue más que un gruñido.

La cuadrilla avanzó al vagón siguiente. Se oyó el ruido de la puerta corredera. La cabeza inconsciente del hombre empezó a sangrar profusamente; la sangre corría lentamente por el techo curvo y empapaba el hombro de mi abrigo. Intenté moverme, pero Zaleshoff me detuvo con un gesto. Oímos como registraban el tercer y cuarto vagones. A continuación Zaleshoff me hizo una seña y me deslicé hasta él. Acercó sus labios a mi oído y susurró:

—Vamos a largarnos de aquí. Usted bajará primero. Cuando ponga el pie en tierra gire a la derecha en dirección contraria a la de ellos y vaya andando, *andando* despacio y sigilosamente, pegado a los vagones. Dentro de unos minutos echarán de menos a este tipo y tenemos que alejarnos. Yo iré detrás de usted.

Poniendo infinito cuidado y con la sensación de ser más vulnerable que un avión descubierto por los reflectores, descolgué las piernas por el vagón, me dejé resbalar hasta que mis pies tropezaron con los peldaños y bajé. Al cabo de un par de segundos llegué al suelo. Eché una mirada a las linternas que brillaban a unos veinte metros de nosotros y sentí unas ganas locas de correr. Detrás de mí un ligero ruido me avisó que Zaleshoff se hallaba a mi espalda. Llegamos sin novedad al depósito de las máquinas. Ahora ya podíamos distinguir bastante bien el sitio en donde nos encontrábamos. Hacia la derecha, a una distancia considerable, estaba la cabina de la báscula. Enfrente del depósito, unos cien metros más allá, había un edificio alargado que parecía un almacén. Me acordé de lo que había oído.

—El capataz dijo que eso estaba vigilado — susurré rápidamente al ver que Zaleshoff dirigía la vista hacia allí.

—Ya lo sé. No vamos a ir en esa dirección. Tenemos que cruzar estas vías del lado de la estación, y creo que no hay más que un modo de hacerlo. Vamos a ver qué pasa.

Sentí una súbita irritación. Mis nervios estaban a flor de piel. Zaleshoff me trataba como a un niño, pensé. Y además sentía pena por el hombre al que había golpeado.

—¿Qué supone que va a pasar? ¿O está planeando coger una máquina y pasar con ella?

—No diga disparates. Vamos.

Echamos a andar hasta el final de la vía de carbonilla y luego giramos hacia el depósito otra vez. Era un amplio cobertizo construido en leve curva, de tal modo que las vías por donde corrían las máquinas en el interior convergían en el disco giratorio. En el interior había cinco o seis máquinas.

Zaleshoff evitó el disco giratorio y se dirigió hacia ellas. Oí que lanzaba un gruñido de satisfacción. Nos detuvimos. Zaleshoff se inclinó buscando algo a tientas en la oscuridad. De pronto se incorporó y puso en mis manos algo grasiento y blando.

—¿Qué es esto?

—Lo que estaba buscando. Un mono de conductor. Sáquese el abrigo y póngaselo. También está la gorra.

Me saqué el abrigo. Cuando mis ojos se acostumbraron a la oscuridad me di cuenta de que él estaba haciendo lo mismo. En la cabeza tenía una gorra. Me entregó a mí otra con la punta caída. El mono despedía un fuerte olor a carbón, a grasa y a sudor.

—¿Se ha quitado la bufanda?

—No.

—Bien. Déme el abrigo y el sombrero.

Se los di y los metió en un cubo de hierro.

—No creo que lleguemos muy lejos. ¿Se imagina que vamos a conseguir pasar a través de la policía por habernos quitado los abrigos?

—No me imagino nada. De momento lo que vamos a hacer es cruzar esas vías hasta la estación y...

—Escondernos en los lavabos, supongo —corté irónicamente.

—Tal vez. Andando.

Un minuto después habíamos atravesado el cobertizo cruzando las vías hacia el final de la hilera de vagones de mercancías que nos separaban de las vías principales.

El éxito de la empresa dependía del temple de nuestros nervios. Con el rabillo del ojo pude ver que habían encontrado a la víctima de Zaleshoff. Lo habían bajado del techo del furgón y estaba sentado en el suelo con las manos en la cabeza. A su alrededor un grupo de ellos, incluido el capataz, hablaba nerviosamente. El policía, revólver en mano, se dirigía con paso apresurado hacia el almacén. Un funcionario de

los ferrocarriles le seguía con dificultad. Pasamos la hilera de vagones sin ser vistos y empezamos a cruzar las vías principales en diagonal hacia la estación. No sé si eran los nervios, o que el mono de conductor resultaba mucho más fino que mi abrigo, la verdad es que cuando llegamos a la estación estaba temblando como una hoja zarandeada por el viento.

Los andenes de la estación estaban prácticamente desiertos, pero en cada salida había una pareja de milicianos apoyados contra la pared con cara de aburrimiento. En el extremo de un andén, un vendedor con su carrito-bar hablaba con un mozo de estación. Zaleshoff cambió de dirección y se dirigió hacia ellos.

—¿Qué va a hacer?

—Ese carrito significa que está al llegar un tren. Si lleva tercera podemos subir.

—¿Y los billetes?

—Vamos de uniforme y en tercera no tenemos que pagar.

Llegamos al andén. Creo que aquellos diez minutos que estuvimos esperando fueron los peores de toda nuestra odisea.

El cielo estaba gris y empezaba a lloviznar tenuemente; ya era día del todo. El almacén de mercancías parecía ahora más cerca. En la estación reinaba una tranquilidad absoluta; solo se oían débiles ruidos que resonaban en el techo curvo: el sonido de unos pasos, alguien que tosía. Mi excitada imaginación me hacía creer que todos nos miraban con recelo: el mozo de estación, el vendedor del carrito y las dos parejas de milicianos.

—¡Por amor de Dios! —murmuró Zaleshoff—, no ponga esa cara tan siniestra. Parece que está usted pensando en volar el edificio. No les mire a ellos, míreme a mí; y adopte el mismo aire despreocupado que yo. Venga, vamos a ir paseando hasta el carrito. Podemos quedarnos allí hasta que venga el tren. Nos viene al pelo. ¿Le quedan cigarrillos?

—Sí.

—Rompa uno por la mitad en el bolsillo, ponga un trozo entre los labios y enciéndalo. Si esos dos nos dirigen la palabra, no abra la boca, déjeme a mí. Su acento podría traicionarle.

Mis dedos temblaban de tal modo que me llevó casi un minuto el encender la colilla. Mientras tanto, Zaleshoff siguió andando despacio y con aire despreocupado hacia el vendedor y el mozo de estación. Le seguí poco a poco, aguantando las ganas de echar a correr tras él. Le alcancé poco antes de que llegara junto al carrito. El mozo y el vendedor habían dejado de hablar y observaban como nos acercábamos. El miedo me agarrotó todos los músculos. El mozo hizo una seña a Zaleshoff.

—Parece que hay jaleo en los almacenes, me han dicho —comentó.

Era un chico joven, de ojos azules y vivarachos.

Zaleshoff se encogió de hombros.

—Han pescado a un par de vagos ocultos en un vagón de mercancías —dijo—. Uno de ellos golpeó a uno de nuestros chicos con una botella y se han largado.

Tienen que haberse escondido en otro vagón. No creo que salgan de los almacenes.

Habló con una voz ronca, como si estuviera resfriado, disimulando las palabras. Hubiera sido difícil detectar cualquier acento.

El mozo se inclinó hacia delante en actitud confidencial.

—Nos han puesto aquí para detenerles, si aparecen. Dicen que pueden ser los dos extranjeros que escaparon de Milán.

Zaleshoff le susurró algo al oído, y el mozo hizo un chasquido con los labios.

—¡Diez mil liras! Es bastante, ¿no?

—No está mal. Pero yo tenía entendido que no era más que uno —dijo un poco extrañado.

El mozo sacó un periódico del bolsillo.

—No, dos. La policía cree que hay otro tipo con el extranjero ese. Les vieron en un *caffè* cerca de Treviglio la noche de ayer. El *padrone* reconoció a uno de ellos por la foto del periódico. Mire, aquí está. Del otro tipo no hay ninguna foto, solo una descripción. Sabe lo que le digo: no creo que sean ingleses sino franceses, o quizá espías ingleses que trabajan para Francia. Los franceses nos zurrarían la badana si pudieran. Ayer le subí el equipaje a un francés, tres maletas más pesadas que el plomo, y le busqué un asiento con el respaldo hacia la máquina tal como deseaba. ¿Y sabe lo que me dio? Cinco liras. Nada más que cinco liras.

Nos miró poniendo cara de asco.

—¡Ah, los franceses! —dijo Zaleshoff. Miró el periódico con indiferencia y se echó a reír—. Bueno, las diez mil liras no serán para mí ni para ti, serán para un policía. Fíjate bien en lo que te digo. Para un policía.

—¡Para un policía! —recalcó el del carrito de pronto. Y continuó, bajando la voz—: Ayer noche dijeron en el *caffè* que no fue a la policía a quien se les escaparon esos tipos de Milán, sino..., ya sabéis a quién me refiero.

Nos miró, a Zaleshoff y a mí sucesivamente, con una expresión muy significativa. Zaleshoff se encogió de hombros otra vez.

—Quizá —dijo. Se giró y me dio un golpecito en las costillas con afectada jovialidad—. ¿Eh, Beppe, qué te parecen las diez mil liras? —se giró de nuevo hacia los otros dos y continuó—: Está de mal humor. Ha dejado a su mujer sola en Udine y cree que va a encontrar a alguien bajo la cama de la parienta cuando llegue.

Los tres se rieron a carcajadas. Yo puse cara de enfado. Zaleshoff volvió a golpearme en las costillas con la punta de los dedos.

—¿De dónde dices que sois? —preguntó el mozo de pronto.

—De Udine; allí nos dirigimos.

—Entonces, ¿adónde vais por aquí? —replicó el otro extrañado.

Mi corazón dejó de latir por un momento. Zaleshoff siempre terminaba metiendo la pata.

—Tenemos que llevar unos vagones frigoríficos desde Padova. Misión especial.

Lo dijo con bastante convencimiento. Pero percibí una expresión de cautela en

sus ojos.

El mozo asintió con la cabeza, pero me di cuenta de que se lo estaba pensando. Sus ojos azules se pasearon de Zaleshoff a mí. Cuando en el tablero luminoso apareció la señal de entrada del tren sentí un profundo alivio en mi interior. Zaleshoff preguntó indicando la señal:

—¿Adónde va éste?

El que contestó fue el de la carretilla:

—Belgrado y Sofía *direttissimo*, con un coche cama para Atenas. Trae tercera desde Trieste.

—Nos irá bien hasta Venecia.

El mozo abrió la boca para hablar, pero volvió a cerrarla. Le vi encogerse de hombros como si tratara de apartar un pensamiento de la cabeza. Echó a andar por el andén y empezó a maniobrar con una carretilla, colocándola en posición adecuada para trasladar al furgón del tren los equipajes que tenía encima. Pero me di cuenta de que nos miraba de reojo de vez en cuando. Apareció otro mozo con un montón de sacos de correspondencia acompañado por un funcionario de correos. El del carrito empezó a probar la cafetera automática de su diminuto bar. El aroma del café caliente era una exquisita tortura.

—¿Ya habéis desayunado? —preguntó el vendedor.

—Hace una hora o así —contestó Zaleshoff.

—¿Un café?

Zaleshoff se sonrió sarcástico.

—A lira la taza. ¿Por quién nos ha tomado?

El otro se rió y empezó a empujar su carrito hacia el extremo del andén. Nos quedamos solos.

—Este mozo... —comencé en voz baja.

—Ya sé —murmuró—; dentro de un minuto estaremos fuera de su alcance. ¡Cielos!, me hubiera tomado un café —levantó la vista hacia el reloj—. Las seis y dos minutos. Probablemente viene con retraso —miró como por casualidad al mozo de estación que nos seguía vigilando—. Hubiera sido una verdadera catástrofe para nosotros —murmuró en tono vengativo— tropezar con un hijo de perra que tuviera ojos en la cara. El único consuelo es que le queda la sospecha de que ha cometido una locura.

—No creo que hayamos tenido muy mala suerte.

—Ha sido una verdadera mala jugada del destino, de lo contrario no nos hubieran encontrado. Desde dentro no pude atar bien la lona y se conoce que el viento la levantó. Cuando nos paramos en el almacén, se dieron cuenta y tuvieron que subir a recogerla para volver a atarla. De otro modo no nos hubieran descubierto.

Le miré de reojo.

—No me refería a eso, usted lo sabe. ¿Por qué el individuo del martillo no nos detuvo? Además fue él quien hizo callar al otro, ¿no?

—¿Por qué iba a hacerlo? Estoy deseando que llegue ese tren.

—Será mejor que hablemos —dije lleno de rabia—. ¿Qué clase de juego era el que hacía usted en la oficina, Zaleshoff?

—¿Juego?

—Sí, juego.

Nuestros ojos se encontraron por un instante.

—Este no es el momento... —comenzó; luego se encogió de hombros y continuó—. Antes de mil novecientos veinte, una gran cantidad de obreros italianos tenían la costumbre de tatuarse una hoz y un martillo en el brazo. Era para demostrar que no les importaba que la gente supiera que eran comunistas. Una especie de distintivo de honor. Cuando aquel sujeto me agarró, me fijé que tenía una cicatriz redonda en el brazo. Por lo tanto deduje que en algún tiempo habría llevado uno de esos tatuajes, pero que después juzgaría más seguro cortarse la piel todo alrededor de la marca. Pensé que era fácil descubrir si estaba en lo cierto o no. Por eso le llamé camarada. Esto le asustó, porque el compañero era demasiado joven para recordar otra cosa que no fuera *fascismo* y podía hablar. Pero yo comprendí que ya lo tenía de mi parte. Una vez que uno se hace comunista, no deja de serlo tan fácilmente. Por eso empecé a canturrear el *Bandiera Rossa*, el viejo himno de los trabajadores italianos; luego, cuando hice que tomaba aquel trago, me hizo un guiño. Aquello fue suficiente para mí. Cuando apagué la luz fue él quien atizó al más joven un gancho en la mandíbula que lo dejó frito. Desgraciadamente, tuve que hacer lo mismo con él, así tenía algo que enseñar cuando los interrogasen. ¡El pobre diablo!

Me quedé pensando durante un momento.

—¿Sabe una cosa? —dije—. Yo no le llamaría pobre diablo, y usted tampoco, si no tuviera que comportarse como el tradicional americano bien pensante.

Pero no obtuve ninguna respuesta. El tren estaba entrando.

Por las ventanillas de los coches cama se veían las sábanas blancas de las literas superiores. Su vista me hizo bostezar otra vez. Volvía a sentirme muy cansado.

Desde los vagones de tercera, que iban en cabeza del tren, un verdadero griterío llamaba al hombre del carrito. Nosotros subimos por un vagón de segunda y luego por el pasillo nos dirigimos hacia delante.

Los tres vagones de tercera venían abarrotados de gente y en ellos no se podía estar de calor. Los pasillos estaban literalmente cubiertos de soldados con sus macutos. A través de los empañados cristales de los compartimientos se veían mujeres sudorosas y despeinadas tratando de hacer callar a sus niños de pecho. El aire olía a ajo, naranjas y sueño.

—Nos quedamos en el pasillo —murmuró Zaleshoff.

Al cabo de cinco minutos, el tren arrancó. Nos asomamos por una ventanilla. El mozo de ojos azules estaba en el andén mirando hacia arriba. Nuestros ojos se encontraron con los suyos y su cabeza se volvió lentamente cuando nuestro vagón pasó por delante de él. Zaleshoff le saludó con la mano. Pero el mozo no respondió al

saludo. Levantó levemente la mano como si fuera a hacerlo, pero se detuvo a medio camino. Estalló los dedos y giró sobre sus talones.

—¡Diablos! —dijo Zaleshoff lentamente—. Se ha decidido.

16 — *Dos caballeros de Verona*

—¿Qué vamos a hacer ahora? —pregunté.

Era la segunda vez que decía lo mismo; parecía que no supiera decir otra cosa. La primera vez Zaleshoff hizo como que no me había oído. Miraba por la ventanilla despreocupadamente con los ojos fijos en el borde de la vía mientras el tren ganaba velocidad. Tampoco esta vez me contestó.

—Supongo que nos estarán esperando en Verona.

Por toda respuesta, se limitó a asentir con la cabeza.

—Entonces, ¿no hay nada que hacer?

—Hay un montón de cosas que hacer, seguro. Pero no ahora.

—Cállese la boca y déjeme pensar.

—No entiendo...

Me callé y encendí un cigarrillo. Me dolía el estómago, no sabría decir si a causa de los nervios o del hambre. Entonces me di cuenta de que Zaleshoff estaba examinando mi cara.

—Está usted muy asqueroso —me dijo.

—Tampoco usted está muy limpio que digamos —repliqué. No sé por qué me sentí de pronto muy susceptible y agresivo—. Siempre he oído decir que los rusos son una raza muy sucia —añadí con venenosa intención—. Pero usted, naturalmente, es americano, ¿no?

A pesar de la mugre me di cuenta de que los músculos de su cara se ponían en tensión.

—Nunca hubiera creído, Marlow, que el niño pudiera persistir en el adulto hasta un extremo tan absurdo. Me pregunto si no es usted el inglés típico. Tal vez lo sea. Así se explica que la mentalidad continental no logre comprender nunca a los ingleses. Siempre he sospechado algo de eso. El inglés no es más que un Peter Pan intelectual, un Peter Pan de ancho cuello rojo, con un roñoso cerebro pequeño y unas mezquinas y falsas pretensiones. Totalmente ridículo.

Le respondí no sé qué tonterías para pincharle. Seguimos discutiendo como dos muchachos, lanzándonos indirectas el uno al otro durante más de cinco minutos. Resultaba infantil, absurdo, y fue Zaleshoff el que puso punto final. De pronto se volvió hacia mí, sonriendo con una sonrisa bonachona.

—Bueno. Gracias a Dios, hemos conseguido desahogarnos.

Le observé sorprendido durante un segundo y luego me vi obligado a sonreír también.

—¿Vale? —dijo.

—Vale —repliqué.

—Bien. Entonces dejemos de pincharnos mutuamente.

—¿Cree realmente que el mozo de la estación hará algo?

—Me temo que sí. Sospechaba, desde luego. Alguna vez tiene que equivocarse uno. Fue la mención de Udine lo que le puso alerta. Probablemente no hay trenes de mercancías que vayan directos a Udine. En cualquier caso, no podemos correr el riesgo. Tenemos que deshacernos de estas ropas y adoptar un aspecto diferente antes de llegar a Verona. Y no tenemos mucho tiempo para conseguirlo.

—Pero, ¿cómo...?

—Escuche.

Estuvo hablando de prisa durante cinco minutos. Cuando terminó, fruncí los labios con ademán dubitativo.

—Bueno. Supongo que habrá que intentarlo. Pero le digo que no me hace mucha gracia, Zaleshoff.

—Sabía que no se la haría. A mí lo único que me hará gracia es cruzar la frontera.

—Si es que llegamos a cruzarla alguna vez. Si nos cogen ahora, nos...

—Olvídelo.

—Sí, ya sé, pero... —me interrumpí desanimado. En aquel momento me tenía sin cuidado todo lo que había pasado. Lo único que deseaba era comer y dormir—. Supongo que esperaremos aquí hasta que pase el revisor.

—Sí, exacto.

Esperamos. Desde Brescia a Verona hay menos de una hora de tren y ya habíamos recorrido más de la mitad del trayecto cuando apareció el revisor. A cada minuto que pasaba, Zaleshoff se ponía más nervioso.

—Tal vez no pase en este trayecto —sugerí.

—Peor —replicó con acritud—; nos fastidiaría de todos modos, porque esto significaría que nos pedirían los billetes a la salida de la estación de Verona.

Cuando al fin apareció el revisor al fondo del pasillo, Zaleshoff exhaló un suspiro de alivio.

—Mantenga la cara de tal forma que no le vea de frente —murmuró.

Me puse a mirar por la ventanilla con fingida curiosidad. Pero la precaución resultó innecesaria. El revisor pasó junto a nosotros sin hacer más que un vulgar asentimiento con la cabeza. Esperamos a que estuviera unos cuantos compartimientos

más adelante. Entonces Zaleshoff me hizo una seña.

—Vale. Andando.

Nos trasladamos lentamente hacia el final del pasillo hasta que le perdimos de vista; luego empezamos a andar rápidos y cruzamos velozmente los vagones de segunda. Cuando llegamos a primera, empezamos a caminar despacio otra vez. Al final del primer coche nos detuvimos.

—En el tercer compartimiento empezando por el final he visto un sombrero y un abrigo —informó Zaleshoff en voz baja—, pero hay una mujer dentro. El hombre probablemente está en el restaurante tomándose un café. Tenemos que probar el siguiente.

Seguimos andando. A la mitad del segundo vagón oí que Zaleshoff se paraba detrás de mí.

—Quédese donde está —murmuró— y no vuelva para nada la cabeza.

Diez minutos más tarde me dio un golpecito en la espalda.

—Dé la vuelta —susurró.

Volvimos al final del vagón y nos detuvimos junto al lavabo. Abrí la puerta y al entrar me di cuenta de que Zaleshoff me deslizaba un bulto bajo el brazo. Un segundo después me encontraba dentro del lavabo con la puerta cerrada.

Dejé escapar un fuerte ¡uf! para recobrar el ánimo. Eché una mirada alrededor, pero salté hacia atrás violentamente. Me estaba mirando un hombre con el aspecto más desagradable que había visto nunca. Luego me di cuenta de que era mi propia imagen reflejada en el espejo. Ahora comprendí las dudas del mozo de ojos azules. Tenía una barba espesa y negra; y en mi cara se reflejaban las huellas de dos noches sin dormir. Estaba realmente asqueroso; Zaleshoff tenía mucha razón. El polvo del día anterior, la grasa de las balas trasladada por mis dedos, el hollín del techo del vagón de ganado y el sudor: todo había contribuido a ello. Y debajo de todo esto, mi cara macilenta. Tenía los ojos irritados y velados por la fatiga. El tinte de la bufanda, absorbido por el sudor, había dejado un cerquillo azul en torno a mi cuello. La gorra grasienta de maquinista completaba el efecto. No era nada sorprendente que nadie me identificara con la fotografía del periódico.

Pero tenía faena. Me saqué el mono y la gorra de maquinista, los enrollé en una pelota y los tiré por la ventanilla. Luego me quité la chaqueta, el chaleco y la camisa, saqué la maquinilla y el jabón de afeitar del bolsillo de la chaqueta y me puse a trabajar en la cara.

Según las instrucciones de Zaleshoff, me dejé una suave línea de bigote y unas largas patillas que me llegaban hasta la mitad de la mejilla. A continuación me lavé y me peiné hacia atrás.

El resultado era sorprendente. Tal como Zaleshoff había predicho, las largas patillas alteraban las proporciones de mi cara. La boca y la barbilla parecían un poco más estrechas. La frente resultaba más alta y más estrecha también, debido al peinado hacia atrás. El débil bigotito me hacía la nariz más prominente.

Me puse la camisa, el chaleco y la chaqueta y me volví hacia el bulto que Zaleshoff había robado. Consistía en un sombrero blando de muy buena calidad y un impermeable, ambos grises. Me los puse y volví a mirarme en el espejo. Si no fuera por el sucio cuello de la camisa y por la corbata arrugada, podía pasar por un caballero «respetable». Animado, abrí la puerta y salí al pasillo.

Zaleshoff estaba mirando por la ventanilla hacia fuera. Se giró en redondo y vi como sus ojos penetrantes me examinaban rápidamente de pies a cabeza.

—No está mal —comentó—; pero ha tardado mucho tiempo. Dentro de diez minutos habremos llegado. Déme la maquinilla y el peine y vuelva ahí dentro hasta que el tren empiece a frenar.

Le di lo que me pedía.

—¿Y sus ropas?

Se tocó el estómago y entonces advertí una extraña protuberancia en su mono azul.

—Mientras me espera —dijo—, sería conveniente que hiciera algo con sus botas. Límpielas lo mejor que pueda. Es lo único que no tiene aspecto presentable. Y el sombrero le queda un poco grande. Póngase un periódico en la copa.

—¿Cómo nos haremos con las maletas?

—De eso me encargo yo. Le daré tres golpecitos en la puerta cuando llegue el momento oportuno.

Desapareció por el pasillo hacia el vagón de segunda. Volví a introducirme en el lavabo y me apliqué a las botas. En el depósito de las máquinas me había desdoblado el bajo del pantalón. Pero ahora que tenía que volver a doblarlo, la caña de las botas resultaba de muy mal efecto. Eran de un material malo y poco trabajado, y tenían muchos arañosos. Las froté furiosamente con la bufanda, pero con poco éxito. Mi parte de arriba era la de un respetable hombre de negocios italiano; los pies, los de un campesino. Al cabo de un rato me di por vencido. Aflojé los tirantes para que el pantalón me las cubriera lo más posible y encendí un cigarrillo dispuesto a esperar.

Al cabo de ocho minutos interminables el tren empezó a reducir la marcha. Aplasté el cigarrillo contra el suelo y me preparé para salir al oír los golpecitos de Zaleshoff. Sentía una ansiedad febril. El pensamiento que me daba vueltas en la cabeza era que a Zaleshoff le habían cogido robando las maletas, o que el dueño del sombrero y del abrigo le había visto con ellos puestos y había dado la alarma. El tren ya casi se había parado; oí la campana de la estación y el ruido de los pasajeros dirigiéndose por los pasillos hacia la salida. Entonces oí los tres golpecitos en los paneles de acero.

Abrí la puerta y por poco caigo sobre una maleta que estaba justo al lado de la misma. Zaleshoff estaba de pie en la puerta de salida, pero tardé un momento en reconocerle.

Tenía puesto un abrigo verde oscuro y un sombrero del mismo color; pero era su cara lo que más cambiado estaba. Se había afeitado completamente, pero la forma de

la misma había cambiado; resultaba más redonda. Tenía el labio superior proyectado sobre el inferior de un modo bastante curioso.

En aquel momento estaba dando una maleta a un mozo que la recogía en el andén. Luego medio se giró y sus ojos se encontraron con los míos por un momento. Inmediatamente, dirigió una significativa mirada a la maleta que estaba a mis pies y desapareció. Yo recogí la maleta y avancé hacia la puerta.

En el andén otro mozo me miraba expectante. La maleta era pesada y la cogí por el asa para pasársela. Poco faltó para que la dejara caer en su cabeza. De pie, a ambos lados del mozo, había dos milicianos de camisa negra, vigilando la salida del tren.

Mi titubeo solo duró una fracción de segundo; pero en ese tiempo mi cerebro trabajó a toda velocidad. Vi que sus manos reposaban sobre las pistolas Mauser y me di cuenta de que hubiera sido inútil dar la vuelta. Me dispararían por la espalda y, aunque fallasen, probablemente habría más por el otro lado del tren. Zaleshoff, ¿había pasado por entre ellos, o le habían cogido también? Sentí que me empezaba a resbalar un sudor frío por la frente.

El mozo agarró la maleta y yo descendí al andén. Entonces ocurrió lo increíble: miré la cara de los milicianos, pero éstos no me prestaron la menor atención; tenían la vista fija en el interior del tren. Me detuve un momento sin dar crédito a lo que veían mis ojos.

—¿A dónde vamos, *Signore*? —preguntó el mozo.

Yo estaba con la boca abierta.

—A consigna —murmuré.

Las piernas me temblaban mientras le seguía por el andén. Había dos milicianos en cada puerta del tren. Cuando se hubo apeado el último pasajero del primer vagón de tercera, vi que dos de ellos subían al tren. Les acompañaba un funcionario. Las cabezas se amontonaban en las ventanillas. Los demás pasajeros se habían dado cuenta de que estaba pasando algo raro.

Vi ante mí a Zaleshoff precedido por un mozo, que desapareció por la puerta de la calle, en la cual había otros tres milicianos. Seguí andando. Mi pensamiento estaba centrado ahora en las botas. Me parecía que hacían más ruido que un regimiento, produciendo un sonido sordo y hueco contra el asfalto. Me di cuenta por vez primera de que una de ellas emitía un pequeño chirrido. Para apartar mi mente de las botas, traté de pensar en lo que haría, caso de que el dueño de la maleta que llevaba el mozo la identificase desde una ventanilla del tren. Era una maleta grande y parecía cara, por lo tanto no resultaba difícil de identificar. ¿Debía echar a correr o mostrarme extrañado como si tal cosa? Pero no. Si me enfrentaba, notaría mi acento. Querrían ver mi pasaporte...

Pero ya me estaba acercando a la salida. Me hallaba solo a unos cuantos metros de ella. Vi que las caras de los milicianos se volvían hacia mí. Estaba seguro de que uno de ellos se fijaría en mis botas.

Cuando sus miradas se clavaron en mí, me entró tal pánico que no sabría decir si

era yo el que me acercaba a ellos, o ellos los que se acercaban a mí para detenerme. Sentí los pies torpes y lentos como si llevara botas de nieve. Instintivamente, alteré un poco la dirección para dejar que el mozo pasara entre ellos y yo. Las pantorrillas se me ponían cada vez más rígidas. Los milicianos me miraron; estaba ya casi a su altura; podía ver los detalles de su uniforme, la forma de sus negras pistoleras de cuero, el broche brillante de las mismas. Yo estaba viendo un brazo negro que se extendía y me bloqueaba el paso. Me preparé para hacer la última farsa. Sería bochornoso. Instintivamente, mi cara hizo un gesto de desprecio. Un segundo más tarde, había pasado.

Por un momento no podía creer en mi buena fortuna. Seguí andando, con el temor de que en cualquier momento me cogieran por el brazo para detenerme. Pero no me cogieron. A continuación, me hallé de pie ante el mostrador de consigna; a mi lado estaba el mozo de estación esperando una propina. Metí la mano en el bolsillo y saqué la primera moneda que encontré. El mozo se la quedó mirando cuando la tuvo entre las manos; me di cuenta, demasiado tarde, de que había cometido una equivocación: le había dado una moneda de diez liras. Me quiso dar las gracias. Hice un gesto con las manos, irritado, y me di la vuelta para seguir andando. Pero el encargado de la consigna me llamó. Había olvidado el recibo. Lo recogí y seguí andando hacia el almacén de la estación. Sudaba a chorros.

Zaleshoff me estaba esperando unos metros más adelante. Le dije lo que había hecho y se encogió de hombros.

—¡Qué le vamos a hacer! ¿Ha recogido el recibo de consigna? Bien, rómpalo y tírelo. He cogido maletas con nombre y dirección. A lo mejor los dueños pueden recuperarlas. Ahora vamos a desayunar algo. Las tiendas no abrirán hasta dentro de una hora o más.

Cuando por fin nos sentamos en un *caffè* bastante apartado de la estación, empecé a reaccionar. Me puse a temblar de pies a cabeza. Lo que menos deseaba era comer. Zaleshoff se sonrió con benevolencia.

—Se sentirá mejor si toma un poco de café. No fue tan peligroso como se imagina; no olvide que buscan a dos individuos vestidos de maquinistas.

—Quizá. Pero no puedo evitar el nerviosismo.

—Bien. Tenemos mucho tiempo. Podemos estar tranquilos un rato. Tan pronto como abran las tiendas nos compraremos zapatos, otros sombreros, un par de camisas y dos maletines. Y un par de gafas para usted. No es que sean un disfraz muy bueno, pero le darán confianza. Nos cambiaremos en un lavabo en cualquier parte y meteremos en las maletas lo que tenemos puesto. Luego cogeremos billetes para Vicenza como personas responsables. Tenemos que llegar a Udine esta tarde.

—Si no nos cogen antes aquí —repliqué. De pronto me di cuenta de que su cara volvía a tener la forma normal—. ¿Qué se hizo en la cara?

—Rompí el pañuelo en tiras y me hice una especie de relleno como el que ponen los dentistas. Luego lo coloqué entre las encías y la piel. Por poco me hace vomitar

cuando salí del tren. Además me afeité un poco las cejas —dijo poniéndose de pie—. Vuelvo en un momento, voy a por un periódico.

Cuando volvió yo había tomado un poco de café y me sentía mucho mejor, tanto física como mentalmente. Zaleshoff me miró con solemnidad.

—¿Qué pasa? —pregunté.

Me pasó el periódico. Tal como dijera el mozo de ojos azules, habían añadido una descripción de él a mis fotos. Todavía nos creían en los alrededores de Treviglio. Claro que el periódico había sido impreso unas horas antes.

—No veo ningún elemento nuevo que empeore la situación —dije.

—No, si no se trata de nada peor. Lo que me preocupa es lo que no han puesto.

—¿De qué se trata?

—Dentro hay algo que puede interesarle —dijo por toda respuesta—; página tres, segunda columna, casi al principio.

Encontré una notita cuyo título decía:

LA POLICIA CREE QUE SE TRATA DE UN SUICIDIO

Seguí leyendo:

Milán, viernes. — Ayer, a horas avanzadas de la noche, fue recogida con heridas de gravedad una mujer en la parte trasera de una casa del Corso di Porta Nuova. Según se cree, había caído desde una ventana del cuarto piso. Murió camino del hospital. Un criado, Ricciardo Fiabini, identificó el cadáver. Se trata de la señora Vagas, esposa del *Maggiore Generale* J. L. Vagas, de Belgrado, muy conocido en los círculos musicales de Milán. En estos momentos, el General se halla en el extranjero.

Levanté la vista.

—¿Por qué lo haría?

Zaleshoff se encogió de hombros.

—Estaba chiflada. Y al ver que Vagas se largaba... Pero no se puede tratar de explicar cómo funciona la mente de una mujer así —se detuvo y me miró—. ¿En qué está pensando? ¿Va a enviarle una corona?

Moví la cabeza negativamente.

—No —dije lentamente—. Me pregunto si Ricciardo se habrá encargado del funeral.

Tan pronto como abrieron las tiendas hicimos nuestras compras. Poco después de las nueve subimos a un «ómnibus» lentísimo que nos llevó hasta Vicenza a donde

llegamos a eso de las diez y media. En Vicenza cogimos un autobús hasta Tavernelle y aquí, un tren hasta Treviso. Repetimos la misma operación entre Castelfranco y Casarse, llegando a Udine a las nueve y media de la noche.

Fue un día pesadísimo. La mayoría de las estaciones estaban fuertemente vigiladas y viajamos con el miedo constante de que nos pidieran la documentación. De vez en cuando echamos un sueñecito. La llovizna de la madrugada había desaparecido durante la mañana, resultando un día de sol bastante caluroso. Cuando el tren arrancaba de una estación, inclinábamos la cabeza y nos quedábamos dormidos al cabo de un minuto o dos, despertando con un movimiento brusco únicamente cuando el tren reducía la marcha en una señal o en un desvío. Los ojos me dolían y los tenía velados por el cansancio. Esta incomodidad se vio aumentada debido a las gafas oscuras y gruesas que Zaleshoff me había comprado en un puesto de venta callejera; cuando tenía que mirar a través de ellas no veía prácticamente nada. Y aún vino a aumentar mi sensación de incomodidad un rabioso ataque de bilis. Zaleshoff se vio obligado a comer en solitario unos bocadillos que traía en una bolsa de papel. El único consuelo del viaje fue que la mayoría del tiempo tuvimos los compartimientos para nosotros solos.

En Udine dejamos los maletines en consigna.

—¿Tiene ganas de comer algo? —preguntó Zaleshoff cuando salíamos cautamente de la estación.

—Podría tomarme una tortilla.

—Entonces buscaremos un buen sitio. Tenemos tiempo para eso y aún nos sobraré.

—¿No habrá por ahí algún hotelito de mala muerte donde podamos pasar la noche sin que nos pidan el pasaporte? Ya sé que hoy hemos descabezado algún sueñecillo, pero lo que yo necesito es una cama. Me parece como si tuviera la espalda abierta.

—Y a mí también. Pero tenga usted en cuenta que cuanto más malo es un hotel, más puntillosos suelen ser con lo de los pasaportes. De todos modos, si usted sabe de algún sitio, podemos ir a ver. De otro modo... —se encogió de hombros—. Hemos gastado un montón de dinero hoy con esto de tanto viaje. Tenemos que esperar a que abran los bancos o de lo contrario no iremos muy lejos.

—Suponiendo que la policía no...

—No pasará nada. Tengo una cuenta a nombre supuesto en la central del Banco Industrial de Roma. He dicho a Tamara que escribiese una carta a dicho nombre a la oficina de Roma ordenándoles que cursaran un permiso a la sucursal de aquí para cualquier operación.

—Eso me hace suponer que Tamara tuvo que falsificar una firma.

—Supone usted bien; eso es exactamente lo que hizo.

Encontramos un restaurante y allí estuvimos hasta que cerró a medianoche. A continuación nos pasamos dos horas en un bar tomando café. Luego nos dedicamos a pasear un buen rato. A eso de las tres nos acercamos a la estación, donde nos

enteramos de que se esperaba la llegada de un tren Viena-Roma a las seis menos cuarto. El resto de la noche lo pasamos en una taberna cercana a la estación con el pretexto de esperar dicho tren. Jugamos a las cartas, a un juego llamado *scopa*, con el propietario y dos empleados de los ferrocarriles, para quienes se mantiene abierta la taberna toda la noche. A eso de las cinco pedimos unos *spaghetti*, los comimos y nos marchamos como si tuviéramos intención de coger el tren de Roma. En realidad, nos fuimos a dar otro paseo. Por dos veces tuvimos que introducirnos por callejuelas estrechas para no tropezar con patrullas de policía. Por fin, un poco antes de las siete, encontramos un *caffè* abierto.

A aquella hora la presencia y el olor del café nos resultaba insoportable y nos deshicimos de las tazas que habíamos pedido vaciándolas en unas macetas que había frente a la mesa. Me sentía enfermo y desdichado. Zaleshoff tenía un aspecto cadavérico. Estuvimos allí sentados media hora. Me estaba preguntando qué diablos íbamos a hacer hasta que abrieran los bancos cuando vi que su rostro se iluminaba al mismo tiempo que hacía estallar los dedos.

—¡Ya lo tengo!

—¿El qué? —gruñí.

—Un baño turco.

Me animé un poco.

—Pero, ¿habrá baños turcos por aquí?

—Seguro. Y bastante grandes, supongo. Udine es una ciudad bastante importante... —se interrumpió y llamó al camarero.

En Udine *había* baños turcos. Abrían a las siete y media y nos pasamos en ellos cuatro horas. Dimos instrucciones al encargado de que nos llamara a las once y media. Nos quedamos dormidos como dos troncos. Creo que hubiéramos sido capaces de dormir veinticuatro horas seguidas. Cuando nos despertaron todavía nos sentíamos cansados, pero nos encontrábamos inmensamente mejor, y una ducha fría hizo desaparecer el deseo de seguir durmiendo.

Decidimos que sería más prudente que Zaleshoff se acercara solo hasta el banco mientras yo daba una vuelta por el parque. Poco después de las doce Zaleshoff se reunió allí conmigo exhibiendo su abultada cartera con una sonrisa. Después de comer, expuso su plan de campaña.

—Lo primero que tenemos que hacer —dijo— es cambiarnos otra vez de ropas. No creo que nos hayan seguido la pista hasta aquí, pero ninguna precaución es excesiva. Además, esta indumentaria llamaría demasiado la atención en el sitio donde vamos a ir.

—¿A dónde vamos a ir?

—A la montaña.

Sacó el mapa de nuevo. Con el mango del tenedor trazó una línea en dirección Nordeste hacia la frontera yugoslava.

—Todo eso está muy bien —objeté—; pero, ¿por qué ponernos a subir montes si

podemos ir hacia el Este en dirección a Laibach?

—Se lo voy a decir. La carretera Gorizia-Laibach puede ser más directa, pero entonces tendríamos que cruzar la frontera entre Godovici y Planina. En este tramo la frontera es totalmente recta y hay una carretera pegada a la línea divisoria por territorio italiano. Esto quiere decir que es un trozo muy fácil de vigilar. Si vamos en dirección Nordeste, la frontera Fusine y Kranjska no cae más lejos de Udine y el recorrido a través del campo es mucho mejor desde nuestro punto de vista. Una frontera montañosa es estupenda desde el punto de vista militar, pero en la realidad resulta sumamente difícil de vigilar a base de patrullas. Iremos como si se tratara de dos excursionistas. ¿Habla usted alemán?

—Ni una palabra.

—Lástima. Los excursionistas alemanes son más frecuentes. Así tendremos que arreglarnos como podamos con nuestro italiano. En cuanto a las ropas, necesitaremos pantalones de montañero, botas y jersey de esquí, y palos, ¡ah!, y mochilas.

—¡Mochilas!

—¡Sí, sí, de acuerdo! Las llenaremos con periódicos. Hablando de periódicos: los de esta mañana citan mi nombre. ¿Qué le parece? Han detenido a Saponi. Le hace gracia, ¿no? Supongo que creyeron que tenía algo que ver conmigo porque encontraron su nombre en la puerta de mi oficina. Le soltarán, pero —añadió riéndose entre dientes— le estuvo bien a ese traidor.

Estaba más contento que un chiquillo con un juguete nuevo. Le miré con desconfianza.

—Creí haberle oído que toda su desdichada historia era mentira.

—En lo referente a Saponi, no. Me hizo una verdadera perrada. Yo sabía que estaba haciendo el primo cuando le compré la agencia, pero seguí adelante. Me convenía hacerlo así.

—¿En su papel de respetable ciudadano americano? —repliqué con sarcasmo, pensando que iba a conseguir que se ruborizase.

Zaleshoff, sin responderme, sacó una tarjeta del bolsillo.

—He llamado a la estación. Hay un tren a Villach (Alemania) a las tres y cinco. Tiene parada en Tarvisio, que está a unos veinte kilómetros de la frontera yugoslava. Es un tren lento, no llegaremos a Tarvisio antes de las cinco. Podemos empezar la marcha inmediatamente. Cruzaremos la frontera después de anochecer —dijo sonriéndome—. Lo peor ya está hecho. Le dije que le haría pasar la frontera, ¿se acuerda? Lo que falta será fácil.

—Bien.

Pensé que su alegría era un poco prematura y por una vez no me equivoqué; pero no dije nada de lo que pensaba. Hubiera sido igual aunque lo *dijera*. Me acordé que no había hecho nada por entrar en contacto con Claire y se lo dije.

—Mañana puede telefonarla desde Belgrado. Es más rápido que una carta; yo cargo con la conferencia.

Ante esto no había objeción posible.

Una hora después salíamos de los lavabos municipales con nuestras nuevas ropas. Zaleshoff había añadido al equipo unos gorros de pico. Nuestro aspecto resultaba sumamente extraño y sospechoso, pensé. Y así se lo dije a Zaleshoff. Pero éste desechó la sugerencia con un ademán.

—Lo que pasa es que, como buen inglés, es usted muy tímido —afirmó—; cuando estemos subiendo la montaña nos vendrá muy bien todo esto.

Durante la primera parte del viaje iba en nuestro compartimiento un matrimonio de edad acompañado por su yerno. No nos prestaron la menor atención. La suegra y el yerno, un joven desagradable con una fea verruga en la mejilla, se pasaron la mayoría del tiempo intimidando al pobre viejo. El infeliz no hacía más que mascar con sus encías sin dientes, mientras escuchaba primero a uno y después a otro. Hablaban un dialecto y no entendía muy bien lo que decían, pero el pobre viejo me daba pena. Se bajaron en Pontebba. Aquí subió un hombre con aspecto de campesino y dejó un bulto en la baca.

Habíamos estado atravesando un valle junto a un río, pero ahora empezábamos a subir lentamente. A través de quebradas, entre colinas bajas, se podían ver empinadas cuestas cubiertas de pinos, que se perdían lentamente entre jirones de niebla. Parecían moverse cual largas y delgadas cortinas grises que colgaran de un techo muy alto. Vi que Zaleshoff fruncía el entrecejo. El campesino había salido al pasillo y estaba asomado por una ventanilla fumando. Zaleshoff se levantó y se fue tras él. Yo me quedé donde estaba. El paisaje me fascinaba. Las nubes se movían constantemente, adquiriendo nuevas formas; sus movimientos me recordaban los de las manos de un hechicero agitándose misteriosamente para invocar el conjuro mágico. Tenía un cierto dramatismo flotando sulfurosamente en la cumbre de las colinas. Me hacían pensar en las ilustraciones de *El Paraíso Perdido*. No lucía el sol, el cielo era plomizo. De pronto me di cuenta de que empezaba a hacer mucho frío. El tren entró en un túnel.

En el pasillo Zaleshoff hablaba con el campesino. A la luz amarilla de la lámpara veía moverse sus labios, pero el ruido del tren me impedía oír sus palabras. Vi que asentía con la cabeza. Luego volvió al compartimiento, cerró la puerta tras él y se sentó mirándome con las manos en las rodillas.

—¿Qué pasa?

—Malas noticias —dijo torciendo la cabeza.

—¿Qué ha ocurrido?

—Ese hombre viene de Fusine. Dice que ha estado nevando los dos últimos días.

—¡En mayo!

—En las montañas, el verano se retrasa dos meses. Mal asunto, Marlow. Dice que hay un metro de nieve por cada cien metros de altura. Han tenido que quitar la nieve de las carreteras, pero algunos de los pueblos más altos todavía siguen incomunicados. La noche pasada ha caído una fuerte nevada y la nieve se ha congelado. Y no ha hecho sol suficiente para fundir la nieve congelada —miró hacia

el cielo, enfadado—. Todo eso va a caer esta noche probablemente. Es una verdadera catástrofe para nosotros, Marlow.

—Cien metros es una altura considerable.

—Si se parte del nivel del mar, sí. Pero los alrededores de Fusine están a más de ciento cincuenta. Aunque pudiéramos coger las carreteras importantes que van a la frontera, estaríamos por encima del nivel de nieve. Pero ni eso podemos hacer siquiera. Tenemos que mantenernos apartados de las carreteras y esto significa subir todavía más. Si hiciera buen tiempo, la caminata no haría más que despertarnos un buen apetito para desayunar mañana, pero con una profunda capa de nieve en las montañas y una nevada en perspectiva, nos vamos a meter en un buen lío.

—No vamos a morirnos por un poco de nieve, supongo.

—¡Un poco de nieve! —bufó Zaleshoff—. Se cree que estamos en Inglaterra. ¿Ha estado alguna vez en la montaña cuando nieva?

—No.

—Bien, entonces no hable sin saber lo que dice. Si pudiéramos ir por la carretera no sería una excursión precisamente. Pero fuera de la carretera será un suicidio seguro. Y otra cosa. ¿Ve esas nubes? Pues si no nieva esta noche, tendremos que tratar de abrirnos camino a través de ellas.

—Bueno, ¿qué planes tiene?

Zaleshoff se encogió de hombros con desesperación.

—No lo sé. Maldito si lo sé. Si hubiera un tren de vuelta a Udine esta noche, le diría lo que íbamos a hacer. Pero el único tren de vuelta es uno que cruza la frontera y puede haber revisión de pasaportes en ruta. A lo mejor nos salía bien, pero no podemos correr el riesgo. Si pasamos la noche al aire libre, cogeremos una pulmonía seguro. Aunque nos detengamos antes de llegar a la línea de nieve hará un frío de mil demonios, si tenemos en cuenta esas nubes.

—¿No hay baños turcos en Tarvisio?

—¿Se ha vuelto usted loco? —gruñó.

—¿Por qué no podemos hacer lo que hicimos anoche?

—Tarvisio no es mucho más que un pueblucho. Todo estará cerrado a las diez. En estos sitios la gente se acuesta muy temprano.

—Bueno, si no podemos volver atrás ni nos podemos quedar en Tarvisio, tendremos que seguir adelante.

—Hay veces en que este tipo de lógica, Marlow —gruñó—, resulta bastante desagradable. Tendremos que gastarnos un poco de dinero en Tarvisio —concluyó, encogiéndose de hombros.

—¿Para qué?

—Ropa y comidas. Gorros de lana para conservar calientes las orejas, guantes, botas altas para mantener los tobillos secos, un jersey más para cada uno, bufandas de lana, una botella de ron y un mapa mejor que éste. Traté de sonsacar a este tipo para enterarme de qué caminos hay. Naturalmente, no le pude hacer ninguna pregunta más

que la que haría un excursionista, pero me enteré que hay una carretera abandonada que llega hasta la frontera, y está trazada al Sur de la carretera actual. Parece que está cubierta de árboles y casi no es más que un sendero. Me lo dijo para avisarme. Dice que el verano pasado cuatro montañeros se metieron por dicho sendero y, cuando se dieron cuenta, estaban al otro lado de la frontera ante una patrulla yugoslava que abrió fuego contra ellos. Este sendero nos servirá.

—Siempre me ha hecho mucha ilusión que una patrulla yugoslava abriera fuego contra mí.

—¡No diga tonterías! Será de noche. Además, son los italianos los que nos preocupan y... —se interrumpió. Se abrió la puerta y el campesino volvió a sentarse. Durante el resto del viaje me dediqué a examinar las nubes en silencio.

Poco después de las seis salimos de Tarvisio por una carretera secundaria que pasa al Sur de Fusine.

Casi inmediatamente, empezamos la subida. La carretera estaba trazada por las laderas de una serie de montañas de piedra gris. Por debajo de nosotros, los pinos y los fresnos crecían en la falda de la montaña como púas de un puerco espín. A través de la densa bruma que se elevaba del valle, echaba ojeadas furtivas a la nieve, medio oculta por las nubes, que se veía en lo alto de la falda del monte frente a nosotros. No soplaba el viento, pero hacía mucho frío. El aire me producía picazón en la cara. Había un fuerte olor a pino y a resina. Si no fuera por el frío, no hubiera tardado en tener sueño. Hasta casi las ocho, no encontramos los primeros rastros de nieve. Poco antes de llegar a la altura de Fusine, la carretera torcía a la izquierda y nosotros giramos a la derecha monte arriba.

Según el mapa y la brújula de Zaleshoff, íbamos a coger el sendero mencionado por el campesino. Zaleshoff calculaba que lo encontraríamos antes de que anoheciera. Durante un buen trecho trepamos lentamente a través de un denso bosque de pinos entre los cuales la bruma se movía y retorcía cual largos dedos fantásticos que buscasen torpemente algo perdido. No se movía una hoja. De vez en cuando, el graznido ronco y desagradable de los cuervos rompía el silencio. Ni un sonido más. El eco de nuestras pisadas acentuaba el silencio. Cuando hablábamos lo hacíamos con un murmullo. Al cabo de un rato vimos ante nosotros una mancha blanca entre los árboles.

Las manchas se fueron haciendo más frecuentes. Al principio eran finas y, cuando nuestras botas las pisaban, parecían como de azúcar granulado. Luego se hicieron más densas, y aparecían una tras otra de tal modo que pronto lo veíamos todo blanco entre los árboles. El aire se hizo más frío.

Inesperadamente, tuvimos que abrirnos camino a través de un grueso montón de nieve acumulada en un pequeño barranco. Sin embargo, al otro lado de la hondonada la nieve seguía siendo casi tan profunda. Había pensado que cuando pasáramos el caprichoso montón sería más fácil; sin embargo, ya no vendría ningún trecho fácil. Cada vez resultaba más difícil. Ahora venía un montón detrás de otro. Nos

enterrábamos en la nieve casi hasta la rodilla. Era un polvo seco y molesto que entorpecía nuestros pies. El bosque se había llenado de ruido, un ruido sordo y susurrante; era el cargado techo de las ramas de los pinos que cedía bajo el peso de la nieve y ésta caía suavemente en blancas cascadas a través de las ramas más bajas. La bruma se hacía cada vez más densa.

A eso de las nueve menos cuarto llegamos a la cima de lo que parecía una larga cresta. Los dos estábamos exhaustos; Zaleshoff se detuvo. Cuando hubo recuperado sus fuerzas, dijo:

—Debemos estar por encima de Fusine, algo más allá, poco más o menos por aquí —dijo señalando en el mapa. Yo no me molesté en mirar—. Si seguimos subiendo un rato, encontraremos el sendero en lo más alto de la cresta. Caso de que logremos verlo siquiera. Si esta maldita bruma aumenta...

Seguimos andando. A pesar del ejercicio que hacíamos para subir, a pesar de los dos jerseys, empecé a sentir un frío terrible. Sentía que la nieve me empapaba los calcetines de lana por encima de las botas y se fundía al contacto con el calor de mi cuerpo. La cumbre de la cresta era rocosa y avanzábamos con esfuerzo a través de montones de nieve que nos llegaban casi a la cintura. En este momento empezó a nevar débilmente. La bruma nos envolvió por completo. El pánico se apoderó de mí.

Al hacerse de noche, la bruma desapareció súbitamente. Fue como si se hubiera disuelto en la oscuridad. En un momento nos envolvió totalmente; treinta segundos más tarde había desaparecido y podíamos ver a lo lejos las luces de los caseríos aislados en las laderas del valle. No había estrellas. La noche se extendía sobre nuestras cabezas como un negro telón de niebla. Al cabo de unos pocos minutos empezó a nevar fuerte. La cumbre de la cresta estaba prácticamente cubierta de árboles, pero el abrigo que ofrecían era casi nulo. La nieve no caía en copos, sino en enormes jirones congelados. Era un espectáculo terriblemente brutal. No hacía ningún viento y caía en vertical, pero al andar nos golpeaba la cara con fuerza inusitada. Protegiéndonos el rostro con los brazos, dimos unos cuantos pasos torpemente, parándonos para recuperar fuerzas.

Anduvimos así durante unos veinte minutos antes de que nos diéramos cuenta de que la cresta empezaba a descender levemente. Zaleshoff me cogió por el brazo.

—Debemos estar cerca del sendero ahora —jadeó—, mantenga los ojos bien abiertos.

Mantener los ojos bien abiertos era más fácil de decir que de hacer. Hacía bastante tiempo que me había deshecho de mis gafas, pero ahora me hubiera gustado tenerlas. Intentar ver en la oscuridad con los ojos entornados y a través de la blanca masa de nieve que caía ante nosotros provocaba una tensión insoportable. La cresta se hundía y se elevaba de nuevo, pero el sendero seguía sin aparecer. Empecé a sentir que las piernas me pesaban demasiado. Continuamos andando durante diez minutos, al cabo de los cuales me detuve. Delante de mí, a unos pocos pasos, estaba Zaleshoff. Le llamé y se dio la vuelta hacia mí.

—¿Qué pasa? —preguntó.

Esperé para tomar aliento y luego dije:

—Zaleshoff, nos hemos perdido.

Zaleshoff se quedó quieto durante un momento. Luego vi que asentía con la cabeza. Nos quedamos allí de pie, en silencio durante un minuto, mientras la nieve resbalaba por los árboles y nos caía encima. Recuerdo que, si volvía la cabeza, la que se me había amontonado en los hombros me tocaba en las mejillas. Empecé a tiritar.

—Echemos un trago —dijo—; la botella está en mi mochila.

Aparté la nieve de la mochila y saqué el ron. Tomamos un buen trago cada uno. Sentí cómo me caía en el estómago, caliente y empalagoso.

—¿Qué podemos hacer? —pregunté mientras volvía a poner la botella en su sitio.

—No podemos estar muy lejos del sendero. Si descendemos por la falda de esta cresta, tal vez encontremos algún sitio entre las rocas donde podamos protegernos hasta que amanezca.

—¿Quiere decir que vamos a pasar la noche a la intemperie con este tiempo?

—Tenemos el ron.

—Vale. Cualquier cosa, menos quedarnos helados aquí de pie.

Empezamos a bajar por la falda de la colina. La pendiente era mayor que por donde habíamos subido y resbalábamos continuamente. Al cabo de un rato nos paramos a descansar bajo el saliente de una roca.

—Así no llegaremos a ninguna parte —murmuró Zaleshoff—; terminaremos en el fondo del valle. Tratemos de avanzar en horizontal.

Nos pusimos a andar a lo largo del saliente de la roca. Pronto apareció un corte a pique y tuvimos que retroceder hacia la cima de la cresta.

La nieve seguía cayendo con la misma intensidad. Estábamos empapados y entumecidos de frío. Al detenernos para recuperar fuerzas y examinar nuestra posición, vimos una luz ante nosotros un poco más hacia arriba.

La ladera estaba cruzada por una serie de barrancos que parecían enormes dentelladas. Nos encontrábamos al borde de uno de ellos. El saliente de la roca torcía a la izquierda en un corte a pique y la luz solo podía venir de alguna parte más alejada de lo alto de la cresta, por donde ésta hacía una curva hacia el Sur.

La luz parecía hacer guiños.

—¿Qué es eso? —pregunté.

—Puede ser alguien con una linterna. Pero no parece que se mueva. Tal vez no estamos a más de un kilómetro de Fusine. Puede ser una casa. Vamos a ver.

—¿Y de qué nos servirá?

—Si es una casa, quiere decir que estamos cerca del sendero del que habló aquel campesino; me dijo que partía de Fusine. Vamos.

Empezamos a subir otra vez. El camino era pendiente y peligroso. A cada paso difícil sentía que las fuerzas me fallaban. El frío y la altura estaban a punto de acabar conmigo. Mi corazón latía con furia. Seguí avanzando torpemente tras Zaleshoff con

el temor de quedarme atrás.

La luz desapareció de pronto. Un sentimiento de cansancio empezó a invadirme. La cabeza me empezaba a dar vueltas. Oí que me gritaban que me detuviera. Entonces me di cuenta de que mis pies tocaban suelo firme bajo la nieve. La luz reapareció mucho más cerca. Pude ver la forma de una ventana.

Sentí la mano de Zaleshoff en el hombro. Le oí decir que me quedara donde estaba. Luego le vi desaparecer hacia una mancha oscura que aparecía tras la nieve. Me silbaban los oídos y no podía oír nada, pero al cabo de un minuto vi aparecer un rectángulo de luz frente a mí. El rectángulo fue creciendo hasta convertirse en el hueco de una puerta. En él apareció una mujer con un candil de aceite en la mano. Mi cabeza se despejó rápidamente y oí que Zaleshoff cruzaba por la nieve hacia mí.

Me cogió por el brazo.

—¿Cómo se siente?

—Mejor.

—Bueno. Vamos a entrar.

—Pero...

—Creo que no pasará nada. Probablemente hace más de dos días que no llegan los periódicos aquí. Estamos muy cerca del sendero, pero la chica quiere que entremos a descansar un rato. Le dije que somos un par de montañeros que nos hemos perdido, lo cual es casi cierto. Vamos.

Asentí con la cabeza. Segundos más tarde, mis pies tocaban suelo de madera y vi el parpadeo de un gran fuego al fondo de una habitación.

17 — «*Reductio ad absurdum*»

Desde fuera no había visto bien a la mujer; la casa no me había parecido más que una mancha negra en la nieve. Había pensado que se trataba de algún hotelito de montaña y que la mujer era la patrona. Pero con solo entrar, me di cuenta de que estaba equivocado.

Nos encontrábamos en un pasillo con puertas a ambos lados. Las paredes estaban toscamente rebozadas y pintadas de blanco; en ellas colgaban varios dibujos a lápiz, muy bien arreglados en marcos estrechos de madera con amplias monturas blancas. Todos representaban caras dibujadas por el mismo artista.

La mujer tendría unos treinta años. Tenía en la mano un gran candil de aceite con una pantalla de cristal de ópalo; la luz le iluminaba extrañamente la cara. Sus rasgos eran toscos e irregulares, pero tenía una piel pálida y suave; sus ojos eran oscuros e inteligentes. Tenía el cabello recogido hacia atrás al viejo estilo. Vestía una falda gruesa y una blusa de seda amarillenta que le llegaba hasta el cuello. Tenía un chal de lana por los hombros. Echó el cerrojo y luego se volvió. Me di cuenta de que me había quedado mirándola con la boca abierta y volví los ojos hacia mis ropas.

—Quítense las botas y dejen las mochilas aquí —dijo— mientras voy a llamar a mi padre y a ver si les encuentro unas zapatillas.

Hablaba un italiano suave y sin entonación. Traté de darle las gracias.

—No tiene importancia, *Signore* —dijo rápidamente.

Dejó el candil sobre una mesita y abrió una puerta detrás de la cual pude ver los primeros peldaños de unas escaleras que llevaban al piso de arriba. La mujer desapareció silenciosamente escaleras arriba. Miré a Zaleshoff, que me sonrió complacido.

—Es una suerte —murmuró—. No quiso saber nada de que continuáramos. Dijo que nos volveríamos a perder —se interrumpió mirándome a la cara—. Parece que necesita usted otro trago de ron. Venga, ayúdeme a quitarme la mochila y siéntese. Yo le quitaré las botas. Vamos a inundar el piso.

Miré hacia el suelo y vi que la nieve fundida corría por las grietas del suelo. Me ardían las manos y la cara. Busqué a tientas los lazos de la mochila de Zaleshoff y luego casi aterricé más que me senté en una silla cerca de la puerta. Zaleshoff me puso la botella en las manos.

—Beba un poco. Es el calor súbito lo que le hace sentirse mal. Siga sentado y no tenga miedo.

Mientras Zaleshoff se quitaba las botas, mi cabeza se había despejado. Me quité las mías mientras él tomaba un poco de ron.

Cuando la mujer bajó las escaleras los dos estábamos en calcetines. Vio la botella en las manos de Zaleshoff.

—¿Ron? —preguntó.

—Sí, *Signorina*; estábamos bastante húmedos.

—Ya veo —dijo asintiendo con la cabeza—. Aquí tienen unas zapatillas viejas. Creo que sería mejor que entraran junto al fuego. Les traeré unas mantas. Mi padre bajará dentro de un minuto.

Desapareció tras otra puerta. Nos pusimos las zapatillas y nos dirigimos hacia el fuego que había en la habitación del fondo del pasillo. Era una estancia amplia, de techo bajo y ventanas pequeñas. En las cerradas contraventanas había unos pequeños agujeros en forma de corazón que servían para ventilar. Había sido a través de uno de estos agujeros por donde nosotros habíamos visto la luz del candil de aceite colgado del techo. El suelo de madera pulida estaba cubierto con una alfombra de lana. En un rincón había un aparador de pino con platos de barro; en el centro, una mesa de

comer desnuda y tres sillas de roble con respaldo alto. A ambos lados de la chimenea de piedra, dos butacas de mimbre tapizadas. Había muchos libros amontonados descuidadamente en un rincón y en el brazo de una butaca estaba abierta boca abajo una traducción italiana de las fábulas de La Fontaine. En las paredes colgaban más dibujos.

No osé tocar el libro para sentarme y nos quedamos de pie ante el fuego recibiendo el calor del montón de tizones resplandecientes. Encima de todo, había dos leños de pino medio consumidos chisporroteando y produciendo un murmullo. Mis calcetines empezaron a despedir vapor.

La mujer entró en la habitación con unas mantas dobladas bajo el brazo. Titubeé un momento; luego, se dirigió a la butaca, recogió el libro y lo tiró sobre la mesa.

—Les sugiero que se quiten los jerseys —dijo— y que los pongan a secar al fuego; mientras tanto se pueden poner estas mantas por los hombros —hizo una pausa y añadió—: ¿Tienen hambre? ¿Les apetece un poco de sopa?

Miré a Zaleshoff. Este se sonrió hacia ella.

—Es demasiada amabilidad por su parte, Signorina. No tiene por qué molestarse tanto. Le estamos profundamente agradecidos.

Hice un murmullo de aprobación.

Los labios de la mujer se entreabrieron en una levísima sonrisa.

—Comprendo. Sí que les apetece un poco de sopa.

—Más que ninguna otra cosa en el mundo, *Signorina*.

Se dio la vuelta y salió. Ejecutaba todos sus movimientos con una extraña decisión. Zaleshoff dijo lo mismo que yo estaba pensando.

—Esta mujer —murmuró pensativo— nunca ha tenido la menor duda acerca de nada. Estoy pensando si...

Se interrumpió. Pero yo no le pregunté qué era lo que estaba pensando. Estaba ocupado en quitarme mis húmedas ropas. Al cabo de un rato nos hallábamos sentados cómodamente en las butacas, envueltos en nuestras mantas. Zaleshoff se apretó la manta en torno al cuerpo con delectación.

—*Perfetto!* —exclamó.

—Me alegro que piense usted así, *Signore*.

Los dos nos pusimos de pie. Las palabras procedían de un hombre que estaba de pie en la puerta. No le habíamos oído llegar. Evidentemente, se trataba del padre.

Parecía tener unos sesenta años. Era alto y delgado y de hombros redondos. Su cabeza era larga y estrecha y estaba casi completamente calva en la parte superior, a no ser por un mechón de pelo blanco que tenía encima de la frente. Tenía aspecto de un fantástico pájaro tropical. Su nariz parecía el pico de un ave y sus ojos eran azules, pequeños y brillantes. El único rasgo por el que se podía adivinar el parentesco con la hija era la boca estrecha y triste. Vestía una bata gruesa y una bufanda. Nos miraba con una leve sonrisa.

—Me temo que hayamos turbado su descanso, *Signore* —dijo Zaleshoff en tono

de disculpa.

El hombre entró en la estancia meneando la cabeza.

—En absoluto, *Signore*. Esto —se tocó la bata— es mi ropa de trabajo. Cuando ustedes llegaron estaba trabajando.

—Entonces le hemos interrumpido en su trabajo.

—De ningún modo. He sido lo suficiente mal educado como para terminar la tarea de hoy antes de bajar a saludarles —sus ojos nos observaron detalladamente—. Espero que mi hija les haya atendido convenientemente. Siéntense por favor. Estarán cansados.

—Es usted muy amable con nosotros, *Signore*.

Acercó una de las sillas y se sentó entre nosotros frente al fuego.

—Es un placer para mi hija y para mí. Viene tan poca gente por aquí. En el invierno, solo se acercan los comerciantes de Fusine. En los meses de verano, las fincas de recreo que hay en la montaña están ocupadas y vemos un poco del mundo exterior. A mi hija le gusta esto. Tiene temperamento de artista y sus deseos de encontrar nuevos modelos son insaciables. Todo esto es obra suya —dijo indicando las paredes—; me sorprenderá que se vayan de aquí sin haber posado para ella.

En este momento entró la hija con una bandeja. El padre le sonrió por encima del hombro.

—Simona, querida, les estaba avisando a estos señores que seguramente les pedirías que posaran para ti.

—Estoy segura de que estarán demasiado cansados para estas cosas ahora. Parece que te olvidas que han estado en la nieve.

El padre nos sonrió con embeleso.

—Mi hija siempre está dispuesta a mantener la ficción de que un matemático tiene que ser por necesidad un hombre tremendamente despistado. Esto ha sido materia de desavenencia entre nosotros durante años. De hecho, mi memoria es mucho mejor que la de ella. Dígame, *Signore*, ¿cómo es que han tenido la mala suerte de encontrarse a la intemperie en una noche tan espantosa como ésta?

—Sospecho que hemos sido muy estúpidos —dijo Zaleshoff rápidamente—. Salimos de excursión sin pensar en la nieve y cuando nos cayó la tormenta no estábamos preparados. No queríamos quedar aislados en un hotel. Nos hablaron de un sendero, una antigua carretera que atraviesa las montañas, y nos pusimos a buscarla. Finalmente, al caer la noche nos perdimos. Estuvimos dando vueltas tratando de llegar a Fusine, pero sin éxito. Confieso que cuando tuvimos la suerte de llegar aquí estábamos en una situación bastante apurada. Su hija me ha dicho que la antigua carretera pasa solo a unos pocos metros de aquí, así que no estábamos tan lejos de nuestro camino como habíamos pensado.

—¡Ah! —replicó el anciano—, pero en la nieve hubieran estado horas dando vueltas y más vueltas sin poder encontrar la carretera.

La mujer nos trajo dos tazones de un humeante caldo espeso con hortalizas y

pasta.

—Pensaban bajar a Fusine a pasar la noche —afirmó ella—. Yo les, dije que sería muy imprudente intentarlo a no ser que conocieran muy bien el camino.

—Naturalmente, Simona. La idea es ridícula. Tienen que quedarse —se volvió a nosotros en actitud complaciente—. Si ustedes quieren, naturalmente. Siento tener que decirles que no tenemos grandes comodidades que ofrecerles.

—Le quedaremos más que agradecidos, *Signore* —dijo Zaleshoff—, si nos permite quedarnos aquí sentados junto al fuego hasta que amanezca.

Hubo un pequeño forcejeo cortés. Los dos estaban dispuestos a cedernos sus camas si dábamos la menor señal de aceptarlas de buena gana. Formaban una pareja muy curiosa, pensé para mí. Había algo raro en su trato, que no sabría decir en qué consistía. Ambos eran encantadores y corteses; pero no se podía ir más allá de sus modales. Traté de analizar qué era lo que me desconcertaba. El anciano, por ejemplo. Uno se encontraba totalmente a gusto con él, no había más que verlo; sin embargo, se sentía la impresión de que en sus palabras había una especie de restricción mental. Una y otra vez sus ojos se extraviaban y perdían su brillo; pero sus pensamientos nunca daban la impresión de extraviarse con ellos. Resultaba un poco misterioso. La hija era distinta. Era una mujer muy atenta, se diría que estaba siempre en guardia. Mientras comíamos la sopa estaba sentada cosiendo, sin mirarnos; pero me di cuenta que escuchaba con atención todo lo que decíamos, con su inteligencia decidida y dispuesta a la acción.

—Así pues —decía su padre—, ustedes se quedan aquí, *Signori*; para nosotros es un gran placer su compañía.

—Son ustedes muy amables, *Signore* —dijo Zaleshoff.

Consciente de mi acento, había permanecido silencioso la mayoría del tiempo, pero ahora me pareció que debía decir algo. Sin pensarlo, utilicé una frase italiana bastante florida:

—Le estamos profundamente agradecidos, *Signore*.

El anciano hizo un gesto con la mano.

—Por favor, *Signore*, no tiene importancia —y continuó, cambiando de tema—: Estoy seguro de que sabrán perdonarme la impertinencia, *Signori*, pero, aunque su italiano es perfecto, no puedo menos de preguntarme de qué parte del país son ustedes.

Estaba seguro de que en aquel momento la hija dejaría de coser.

Zaleshoff le contestó riendo:

—Nunca hemos supuesto que nuestro acento fuera lo suficientemente bueno como para engañar a un italiano, *Signore*. Somos suizos, de la Suiza italiana. Mi amigo y yo pasamos nuestras vacaciones en Italia todos los años. Mi amigo se llama Maurer y yo Dietz. Ambos de familia alemana, como ve, pero nacidos en Locarno.

El anciano asintió con la cabeza.

—¡Ah, sí! Suiza es un país estupendo. Desgraciadamente no lo conozco. Mi

nombre es Cario Beronelli y esta es mi hija Simona.

—*Fortunatissimo* —dijo Zaleshoff.

Pero yo me quedé pensativo. ¡Cario Beronelli! Aquel nombre me sonaba. Entonces me acordé que el anciano había dicho que era matemático y descubrí por qué me resultaba familiar.

—Me parece, *Signore* —dije con una sonrisa—, que yo tengo mucho que agradecerle, aparte de su hospitalidad de esta noche. Creo que es usted el profesor Beronelli de la Universidad de Bolonia.

Su cara se iluminó con una expresión de complacencia.

—¿Se acuerda usted de mí, *Signore*? Hace muchos años que me he retirado de la Universidad. No comprendo como...

—Mi tutor me recomendó su obra de mecánica clásica, cuando preparaba el examen de grado, profesor.

Una extraña impresión de vehemencia cruzó por sus ojos.

—¿En qué Universidad, *Signore*?

En aquel preciso instante me acordé que yo era el *signor* Maurer de Locarno.

—Zürich, profesor.

Me di cuenta de que a Zaleshoff no le gustaba el giro que estaba tomando la conversación.

—¿Es usted físico, *Signore*?

—No, profesor, ingeniero.

—Pero, ¿tiene usted algunos conocimientos de matemáticas?

—Sí, yo...

En aquel momento mis ojos tropezaron con los de Simona. Estaba medio vuelta en su silla y me miraba fijamente. Tenía sus ojos negros muy abiertos. Por un momento no pude adivinar lo que expresaban. Cuando lo conseguí, por poco doy un salto. Estaba asustada, algo de lo que yo había dicho la había asustado. Era extrañísimo. Con un esfuerzo volví a fijar la atención en su padre sin poder desechar un sentimiento de confusión.

—Por supuesto —dije titubeando—, pero hace ya mucho tiempo.

—Sí, sí, claro —asintió. Tenía una expresión de nerviosismo contenido; de pronto pareció quedarse perplejo—: no recuerdo que mi libro fuera traducido al alemán; al inglés, sí. Los alemanes tienen un manual muy útil, aunque elemental, escrito por ellos. Dígame cómo se llama...

—Yo leí su libro en el original.

—¡Claro! Era una gran ventaja para usted.

—La mayoría de las lenguas son más fáciles de leer que de hablar.

—Sí, no cabe duda.

Sus dedos jugueteaban nerviosamente con el cinturón de la bata. Parecía que deseaba decir algo y no sabía cómo empezar. El silencio me molestaba. Evité mirar hacia Simona. Al cabo de unos segundos el anciano empezó a hablar de nuevo,

escogiendo las palabras con mucho cuidado.

—Sí, hace mucho tiempo que he escrito ese libro y —añadió con una sonrisa nerviosa— las ideas de uno cambian muchísimo en el espacio de veinte años. Uno siempre es un estudiante. Hay muchas cosas que ahora me gustaría cambiar en ese libro. Es curioso, *signor Maurer*, pero siempre se tiene la sensación de que la próxima semana, el próximo mes, el próximo año se llegará a conclusiones definitivas. Y, sin embargo, siempre se termina por cambiarlas. Mañana es un día como otro cualquiera. Que un matemático que opera con abstracciones como cero y raíz cuadrada de cantidades negativas pueda, al mismo tiempo y con tanta urgencia, insistir en la existencia de la verdad matemática, es una paradoja que supera toda comprensión. Sí, me gustaría volver a escribir ese libro.

—Permítame que le diga, profesor, que como libro de texto posee todas las ventajas que un estudiante puede desear. Me lo recomendaron como el mejor libro en la materia. La única cosa que se podría mejorar era la calidad del papel en que estaba impreso. Resultaba demasiado transparente. Por lo demás, se trata de una obra que no necesita revisión.

El profesor se sonrió con benevolencia.

—¡Ah, *Signore!* Yo no he hablado de revisión. He hablado de volver a escribirlo —sus ojos brillantes se quedaron fijos en los míos—. Ese libro, *Signore* —dijo en tono de reflexión— no es más que una sarta de fantasías absurdas.

Me sonreí. Probablemente había algunos errores de imprenta. La exageración académica era notable.

—Entonces, profesor, es usted la única persona en el mundo que ha descubierto semejante hecho.

—Sí —asintió en tono sombrío—, soy la única persona en el mundo que ha descubierto semejante hecho. Y lo he descubierto de un modo muy curioso. Yo...

—¡Padre!

La exclamación resultó casi un grito histérico. Simona se puso de pie al mismo tiempo que hablaba. Tenía su mirada clavada en nosotros. Yo estaba totalmente desconcertado.

—¿Qué pasa, Simona? —dijo el profesor con irritación.

La hija pareció controlarse.

—Creo que estos señores estarán cansados. Es hora de que los dejemos y nos vayamos a dormir.

El profesor frunció el ceño.

—Tonterías, Simona. Solo pasa un poco de las diez y estoy seguro de que el *signor Maurer* está interesado —dijo volviéndose hacia mí con expectación.

—Sí, claro, profesor —contesté. Vi que Zaleshoff sacudía la cabeza casi imperceptiblemente.

Pero el anciano había adelantado un poco la silla hacia mí. Parecía que se hubiera olvidado de la existencia de Zaleshoff. Evidentemente, tenía que escucharle, no podía

hacer otra cosa.

Empezó a hablar rápidamente con excitación. Parecía que estuviera haciendo la demostración de un teorema especial a uno de sus alumnos preferidos.

—Fue realmente muy curioso —dijo en tono confidencial—. Supongo que muchas verdades científicas fueron descubiertas de un modo semejante, a causa de verdaderos accidentes. Poco después de renunciar a mi cátedra en la Universidad, me distraía con una investigación acerca de un tema muy poco científico. Un estudiante había elegido como tema de su tesis, una crítica de las viejas teorías del movimiento continuo. Era un joven brillante y había desarrollado la tesis con lucidez académica y no sin ciertos rasgos de humor benévolo. Citaba a Stevinus, Leibnitz y Newton para probar su tesis. Resultó bastante aceptable. El tema me atrajo como materia de meditación. Sin embargo, lo que me llamó la atención no fue tanto lo que el estudiante dijo sino, sobre todo, aquello que omitió. Considerando la cosa desde un punto de vista puramente académico, me pareció que tan solo planteaba la cuestión. Simplemente demostraba la estupidez de la física medieval; nada más. En este sentido, su conclusión era acertada; pero, como le digo, no quedé satisfecho. Me di cuenta de que una consideración más amplia del tema resultaría entretenida e instructiva. Me imaginé una gigantesca *reductio ad absurdum* basada en la consideración seria del movimiento continuo. Era como si tratase de demostrar en términos de física newtoniana que la tierra ha de ser plana echando mano para ello de argumentos sacados de la física de Einstein.

Hizo una pausa y sus ojos brillantes se encontraron con los míos.

—¿Comprende usted mi método, *signor* Maurer? Iba a partir del supuesto de que el movimiento continuo era posible. Trabajando sobre esta hipótesis, sería capaz de construir una inmensa estructura de absurdos matemáticos. Intenté demostrar imposibles como la duplicación del cubo, la trisección de un ángulo y la cuadratura del círculo. Era para haber llegado a una simple broma intelectual, a una sátira matemática que hubiera dado que reír a todas las universidades del mundo.

Titubeó y de pronto sus ojos dejaron de brillar.

—Fue una broma que retrocedió en mi propia cabeza —dijo tranquilamente.

Hubo un momento de silencio. En la habitación no se oían más ruidos que el tictac de un reloj y los crujidos de los troncos de pino al arder. El profesor suspiró y siguió hablando despacio.

—La mejor sátira tiene sus raíces en el reino de lo probable. Será todo lo fantástico que usted quiera, pero también tiene que haber una lógica de lo fantástico. Yo sabía que, para que la broma tuviera más sabor, necesitaba dotar a mi hipótesis de una especie de prueba. Pensé que no podría ser una prueba que resistiera el análisis de una inteligencia rápida y penetrante, sino que tendría que ser superficialmente convincente. Mis colegas de Berlín, Bonn, Oxford, Cambridge, París y Harvard tendrían que encontrar algo que les desconcertara. Pensé cuánto se divertirían buscándole los fallos a mi argumentación. Sería una broma muy divertida. Así pues,

emprendí la tarea de demostrar la posibilidad del movimiento continuo con auténtica seriedad. Empecé por el principio.

Juntó la punta de los dedos.

—Pronto me di cuenta, sin embargo, que las bufonadas medievales no iban a servirme para nada. La mayoría de sus esfuerzos tendían al objetivo práctico de hacer una rueda que pudiera girar indefinidamente alrededor de un eje, sin la ayuda de ninguna fuente exterior de energía. La mayoría de estas ruedas fueron construidas mediante el sistema de momentos discontinuos. Se suponía que el estado de discontinuidad podía ser mantenido mediante la caída de pesos y otros artificios ingeniosos parecidos.

Hizo una pausa para sonreírse con benevolencia.

—Usted y yo, *signor* Maurer, sabemos, naturalmente, que semejante idea está basada en una lamentable falacia. El principio más elemental de la Dinámica nos dice que, aunque supongamos la ausencia total de fricción (una suposición bastante temeraria, por cierto), la rueda no girará por sí misma. Si el trabajo que una rueda efectúa es igual al que necesita para girar, dicha rueda permanecerá inmóvil. Una máquina en movimiento continuo necesita *crear* energía en forma de movimiento. ¿Me comprende?

—Está claro.

Casi sin darse cuenta, Beronelli había adoptado un tono de lección magistral. Pronunciaba las palabras despacio y con claridad. En su voz había un aire de autoridad. Estaba recostado en la silla y tenía los ojos fijos en un punto encima de mi cabeza. Detrás de él podía ver a su hija. Simona había dejado de coser y en su cara había una palidez mortal; tenía la vista fija en el suelo, bajo la mesa que estaba delante, de ella. Brilló la llama de una cerilla al encender Zaleshoff un cigarrillo.

—Sin embargo, *signor* Maurer, en este triste recuento de estupideces, había un caso que me llamó poderosamente la atención. Era como un trozo de tierra firme en medio de un cenagal.

El profesor empezó a acariciarse suavemente la barbilla y carraspeó.

—A principios del siglo dieciocho, un suizo que se hacía llamar Orffyreus construyó una máquina de movimiento continuo. Su verdadero nombre era Johan Ernst Elias Bessler. La rueda construida por él tenía un diámetro de casi cuatro metros y estaba montada sobre un eje visible. El interior lo tenía cubierto por una tela extendida sobre la armazón de madera. No hay nada notable en esto. Un poco de misterio siempre convence a los crédulos. Pero la rueda de Orffyreus era diferente de todas las demás en una cosa muy importante: ¡funcionaba! Fue examinada por el señor de Bessler, el landgrave de Hesse-Cassel, en una estancia de su castillo de Weissenstein. El landgrave comprobó que la rueda no dependía de ninguna fuente de energía exterior y entonces fue puesta en movimiento con la mano. A continuación la estancia fue sellada. Al cabo de ocho semanas abrieron las puertas y encontraron la rueda girando todavía.

—¿Electricidad u obra de relojería? —sugerí.

El profesor se sonrió y meneó la cabeza.

—Nada de eso, *signor* Maurer. Naturalmente, esas fueron las primeras explicaciones que se me ocurrieron a mí, pero descubrí que a principios del siglo dieciocho no se conocía ninguna fuente de energía eléctrica que tuviera capacidad suficiente para realizar semejante trabajo. Incluso suponiendo que Bessler hubiera conseguido diseñar un motor eléctrico elemental, tendría que haber inventado, además, una batería eléctrica capaz de proporcionar energía suficiente y constante durante ocho semanas. Esto no es verosímil. En cuanto a un aparato de relojería, he comprobado experimentalmente que ni con los pesos más intensos y los engranajes más perfectos es posible hacer girar realmente una rueda de semejante tamaño más allá de unas cuantas horas, teniendo en cuenta que la caída del peso tendría lugar desde solo cuatro metros de altura. De muelles no cabe hablar. Se puede pensar en una trampa. Tal vez el testimonio del landgrave no sea de fiar.

—Así lo creo yo.

—Por fortuna tenemos otro testimonio más responsable. El matemático Gravesande tuvo ocasión de examinar la rueda. No encontró el menor rastro de trampa, pero por desgracia Bessler no le permitió examinar el interior de la misma. Parece que Gravesande presionó fuertemente para conseguir que atendieran sus deseos, porque Bessler terminó enfadándose ante su curiosidad. Sin duda sospechaba que a Gravesande le movían intereses ajenos a la curiosidad científica. En cualquier caso, terminó por destruir su ingenio. Los trozos hallados más tarde en el castillo del landgrave no arrojaron ninguna luz sobre el problema.

»He estado considerando el asunto con detenimiento. O Bessler era un embaucador con una inteligencia fuera de lo común, o tuvo lugar un milagro. Aunque esta conclusión no constituía ninguna prueba, supuse que la primera alternativa era la correcta. Pero el problema seguía sin resolver. Recuerde usted que lo que yo trataba de encontrar era una prueba de algo que se suponía imposible. Todas las cosas raras me llamaban la atención. Entonces otro fenómeno despertó mi interés. Partículas diminutas en suspensión en un fluido a temperatura constante permanecen en movimiento constante. Este hecho es muy conocido y se ha utilizado anteriormente para confirmar leyes de la termodinámica que prueban la imposibilidad del movimiento continuo. Dichas leyes, se dice, valen para todos los fenómenos observables. Pero aquí había, pensé, una grieta en la coraza de la ortodoxia, que yo podía utilizar para mis propósitos. La gracia de mi broma dependía de las circunstancias de presentación de mi hipótesis. Me puse a trabajar.

Sus ojos volvieron a encontrarse con los míos.

—A menudo he pensado, *signor* Maurer, que hay una gran afinidad entre la Matemática pura y la Música. Una idea musical tiene tantas cosas en común, estéticamente hablando, con una concepción matemática que algunas veces me he preguntado si no sería posible escribir una sinfonía en términos de notación

matemática. El simple cálculo integral, por ejemplo, es de una naturaleza esencialmente orquestal, ¿no cree, *signor* Maurer?

—El uso que yo hago del cálculo desgraciadamente siempre está en función de aplicaciones prácticas inmediatas.

—Sí, claro. Es natural. Es usted ingeniero. Pero para mí el cálculo está dotado de color y movimiento. Cuando estoy enfrascado en un problema, éste me absorbe por completo. Lo mismo ocurrió con la prueba que estaba buscando. Perdí de vista que se trataba de una broma. Mis pensamientos se dirigían únicamente hacia la posibilidad de probar lo imposible. He estado trabajando en esto durante casi dieciocho meses. Al cabo de ellos, encontré lo que me proponía.

Hizo una pausa. Cuando continuó, lo hizo midiendo las palabras.

—Entonces, *signor* Maurer —dijo—, entonces ocurrió lo increíble.

Yo guardé silencio.

—Dieciocho meses es mucho tiempo —continuó el profesor—; mis pensamientos se apartaron un poco de mis propósitos primitivos. Pero esto era lo de menos. Una gran concentración siempre puede ocasionar una falsa perspectiva en la mente. El intelectual debe estar siempre en guardia contra esto. Pero —se inclinó hacia mí, subrayando cada palabra con un movimiento de sus manos— la verdad es que yo me enfrentaba con lo increíble. Había encontrado una base lógica a mi hipótesis. Esto era lo que me había propuesto encontrar. Había demostrado la posibilidad del movimiento continuo. Ahora bien, cuando quise descubrir la falacia en la que necesariamente debía apoyarse la prueba, no fui capaz.

Respiró profundamente y luego suspiró.

—Al principio me enfadó conmigo mismo. No sabía exactamente por qué. Dejé el trabajo a un lado. Pero no podía quitármelo de la cabeza. Estaba obsesionado. *Tenía* que haber un error, estaba convencido de ello. Un día me senté de nuevo y empecé por el principio otra vez. Me devanaba los sesos en cada vericuetto del argumento, examinaba cada partícula minuciosamente. Pero aguantó la prueba. Lo intenté de nuevo. Me pasé días y noches tratando de descubrir la cadena de lógica matemática. Me sentía agotado físicamente, pero mentalmente no. Me daba cuenta de que nunca había razonado con tanta lucidez. Mi mente era tan aguda como una navaja de afeitar. Hacía pruebas y más pruebas.

»Entonces, una tarde, me senté en mi cuarto de trabajo y comprobé que no había ninguna falacia, ningún error. Había tropezado con la verdad por accidente. Me encontraba cara a cara con la increíble proposición de que las leyes de la termodinámica estaban basadas en una gigantesca equivocación, de que el inviolable principio de la conservación de la materia era violado, de que gran parte de nuestra ciencia no era más que una casa de papel mojado.

Su voz había subido de tono. La sangre se le agolpaba en las mejillas y sus ojos tenían más brillo que nunca. Hizo una pausa y continuó en un tono más tranquilo:

—Durante varias semanas guardé el descubrimiento para mí. Resultaba una

concepción demasiado amplia. No podía comprenderla en toda su amplitud. Entonces me acordé del experimento de Michelson y Morley y cómo sus resultados habían dado lugar a una larga serie de falacias que solo Einstein había logrado resolver. ¿Era posible que en el pasado falacias semejantes se hubieran colado insospechadamente en el limbo de la mecánica clásica? Mi teoría insinuaba que así había sido. Y solo un hombre antes que yo lo había sospechado: Orffyreus, es decir, Johan Bessler.

Se pasó la punta de la lengua por los labios. Vi que le corrían por la frente gotas de sudor. Sus dedos jugueteaban con el cinturón de la bata.

—Sin embargo —continuó—, todavía tenía miedo de mi teoría. Era para poner a prueba el valor de cualquiera. Resultaba terriblemente absurda. Pero allí estaban los argumentos. Decidí entrar en acción y someter todo el asunto a la consideración de un colega de la Universidad de Roma.

»Era un brillante matemático y filósofo. Creo que lo han enviado desterrado a las islas ahora. Pero eso no viene a cuento en este momento. Le escribí pidiéndole que viniera a pasar unos días con nosotros a Bolonia. Vino. Al principio no le dije nada. Preferí esperar a que se me presentase una buena oportunidad. Mi cerebro estaba en ebullición y deseaba que mi colega examinara los hechos con calma y de un modo científico. Al tercer día de estar con nosotros le empecé a hablar del asunto. Le conté el itinerario que había seguido para llegar a mis conclusiones. Le describí lo que intentaba hacer y lo que en realidad había hecho. Vi que sus cejas se arqueaban, que sus ojos se exorbitaban asombrados. Entonces comprobé que tenía miedo. Y comprendí. Comprendí inmediatamente. Mi colega pensaba que yo estaba loco y yo no podía censurarle por ello. La teoría era demasiado profunda para mentes ordinarias. La imaginación sentía vértigo. ¡Era sublime!

Se detuvo de repente. Esperé con el corazón apretado. Las dudas que todavía me quedaban desaparecieron. Me di cuenta de que el profesor había perdido el juicio.

—Le di mis cálculos —continuó— y dejé que él mismo los leyese. No quería influir en su juicio, ¿comprende? Era verano y hacía calor, así que preferí esperar en el jardín. Teníamos una parra y me sentí debajo, observando a través de sus hojas dos nubecillas blancas que cruzaban lentamente el cielo de la tarde. Sabía que le llevaría como mínimo tres horas examinar mis notas, aunque fuera por encima. Era importante que las examinase con cuidado, pero esto vendría después. En principio sería suficiente con que viera las líneas generales de la teoría. ¿Comprende usted? Y entonces —titubeó—, entonces oí que se reía. Fue una carcajada horrible. Yo no podía comprender por qué. En mi trabajo no había nada que pudiera provocar la risa. Usted ya se habrá dado cuenta. Una serie de cálculos no resultaba nada divertida. Pensé que quizá las cabriolas de uno de los perros le habrían hecho gracia. Pero entonces le vi salir por la puerta, riendo y agitando el manuscrito en la mano. No llevaba más de un cuarto de hora examinándolo. Llegó junto a mí riendo. Le pregunté qué pasaba y...

De repente su cara se contorsionó con rabia.

—Estaba asustado con mis conclusiones, como lo estaban todos los demás. Temen por su reputación, temen que parezca que se han vuelto locos a los ojos del mundo. Pretendía que yo había incurrido en no sé qué estúpidos errores elementales como un vulgar estudiante de primeros cursos. Afirmaba que había querido gastarle una broma. Incluso llegó a señalar algunos cálculos y, riendo, dijo que yo los había falsificado de un modo muy ingenioso.

»Debí haberme sonreído y no decir nada. Ahora lo comprendo. Pero estaba furioso. Perdí el control de mis nervios y le acusé, no sin razón, de envidioso y de traicionar su conciencia de universitario. Se quedó callado; pero pronto comenzó a sugerir diabólicas insinuaciones. Me dijo que había trabajado demasiado. Incluso tuvo la impertinencia de sugerir a mi hija que yo atravesaba una crisis nerviosa. Comprendí sus intenciones. Deseaba deshacerse de mí mientras proclamaba las excelencias de mi obra. Le dije que se fuera. Luego cogí mis cálculos y volví a examinarlos. Sabía que mi colega había mentido, pero necesitaba estar seguro. Bolonia me ahogaba. Fue entonces cuando nos trasladamos aquí a la montaña y me puse a trabajar de nuevo. Esto significó un gran alivio para mí. He pasado cinco años haciendo comprobaciones y más comprobaciones y sé que mi obra no tiene un fallo. Pronto la tendré acabada. Todo debe estar perfecto, inatacable, antes de tomar la importante decisión de publicarla. Mi hija está de acuerdo conmigo y espero que usted también, *signor* Maurer.

Su mirada estaba ahora fija en mi barbilla. Las pupilas de sus ojos se habían vuelto opacas. Su cabeza se movía lentamente de un lado para otro.

Controlé mi emoción con un esfuerzo y dije:

—Sí, profesor, estoy de acuerdo con usted.

El anciano se sonrió.

Su hija se puso de pie quedándose detrás de la silla. No nos miró siquiera. Habló con gran tranquilidad:

—Es hora de que te vayas a la cama, padre. Has trabajado mucho hoy, y necesitas descansar para seguir trabajando mañana.

El profesor se puso de pie y dejó que su hija le condujera hasta la puerta. En aquel momento yo hubiera lanzado un grito de alivio.

Pero entonces, de repente, el profesor se volvió y se nos quedó mirando. En sus ojos volvió a aparecer el brillo de siempre. Se reflejaba en ellos una cierta astucia.

—Simona —dijo con toda intención—, voy a enseñarle a este caballero mis cálculos. ¡No! No me interrumpas —sus labios se separaron de los dientes—. Ya sé que tú piensas que estoy loco, Simona, lo sé pero me lo callo, sé que tú piensas que ya no puedo seguir trabajando, crees que no me doy cuenta de que tus propósitos de retrasar la publicación proceden del miedo simplemente.

La hija echó mano de toda su energía.

—¡No, padre! ¡Eso no es cierto!

Su voz no era más que un grito agudo y tembloroso.

El profesor se sonrió.

—Aunque fuera cierto, Simona, mi decisión es inquebrantable. Cuando llegue la hora de publicarlo, lo publicaré. Ardo en deseos de mostrar mi obra a este caballero. Él comprenderá y la respetará. Tal vez no logre captarla a fondo, pero te dirá que tus dudas son infundadas —se sonrió hacia mí—. Voy a buscar el manuscrito. Discúlpeme un momento, por favor.

La hija se quedó mirando como desaparecía. Luego se acercó a nosotros. Su mirada se detuvo fijamente primero en Zaleshoff y luego en mí. Tenía los brazos en jarras. De pronto empezó a hablar, rápidamente, casi sin tomar aliento.

—*Signor* Maurer, el sendero que conduce a la frontera le será muy difícil de encontrar bajo la nieve si usted no conoce muy bien por dónde pasa. No, no me interrumpa. Pierde usted el tiempo. Le será muy difícil encontrar el sendero. Se volvería a perder. Daría vueltas y más vueltas entre los árboles un día entero sin encontrarlo. Pero yo lo conozco bien. Yo puedo guiarles. En dos horas les pondré a salvo. Y lo haré. Pero —se irguió rígidamente—, *signor* Maurer, encontrará usted el manuscrito de mi padre un poco extravagante. Le suplico que no se lo dé a entender. El pobre es totalmente... inofensivo, y no quiero causarle ningún sufrimiento innecesario. Yo puedo ayudarle a usted, *signor* Maurer. Tengo muy poco dinero, pero si lo necesita, se lo daré. Solo le pido que olvide lo que ha oído esta noche y que recuerde solamente la gran obra que mi padre hizo una vez. Y si encuentra alguna palabra de elogio para lo que va a enseñarle, le suplico que...

Se detuvo. De sus labios escapó un sollozo.

Yo me había incorporado en la silla. Me volví a echar hacia atrás. Me sentía incómodo y atemorizado.

Zaleshoff arrojó al fuego una colilla.

—Entonces, ¿ha visto usted un periódico, *Signorina*? —dijo apretándose la manta en torno a los hombros—. Nosotros esperábamos que no hubieran llegado hasta aquí.

—Esta mañana despejaron la carretera desde Tarvisio hasta aquí y los periódicos —añadió intentando sonreír— llegaron al mismo tiempo que las hortalizas que ustedes comieron en la sopa. Reconocí al *Signore*... *signor* Maurer tan pronto como le vi a la luz. Pero no hubiera dicho nada. Estamos lejos de la policía y tenía miedo. Pero ahora... —se volvió hacia mí con gesto suplicante—. No le pido gran cosa, *Signore*, yo...

Se oyó ruido de pisadas en el pasillo y Beronelli entró en la habitación. Traía bajo el brazo un grueso libro con tapas de cuero.

—¿Qué estabas diciendo, Simona? —preguntó secamente.

—Su hija nos decía, *Signore* —contestó Zaleshoff—, que esperaba usted completar el manuscrito dentro de tres meses.

Sin responder, siguió andando hacia mí y acercó su silla a la mía.

—Usted, *signor* Maurer —dijo—, es la primera persona que ve este manuscrito. Es decir, a excepción de mi hija, que no tiene conocimientos de Matemáticas. El

primer manuscrito lo destruí después de la perfidia de mi colega. Este es el que he estado elaborando para la imprenta. Es más sencillo, más claro. Como le dije antes, no está completo —sus ojos se encontraron con los míos—. Al principio mi método de trabajo puede parecerle un poco extraño. Me he visto obligado a inventar un sistema de notación ligeramente modificado para expresar alguna de las abstracciones a que me refiero. Pero no creo que encuentre ninguna dificultad en captar lo esencial.

Me puso el libro cuidadosamente entre las manos. Sus gestos eran tranquilos y dignos. Hablaba despacio y con la mayor seriedad. Por un instante cruzó mi mente la increíble idea de que tal vez no estaba demente, de que quizá, una vez más en la historia de la humanidad, el genio había florecido ocultamente en el alma de un hombre. Entonces abrí el libro por la primera página.

Mi corazón dio un brinco desesperado. Tuve deseos de levantar la vista hacia Zaleshoff y hacia Simona. Pero no me atreví porque sabía que el profesor me estaba observando. Sentí que mis mejillas enrojecían y apoyé la cabeza en la mano izquierda para ocultar la parte de la cara que tenía hacia él. Miré fijamente hacia la página.

Estaba cubierta hasta el borde con infantiles garabatos de lápiz. Y, sin embargo, no eran totalmente infantiles. En el centro de la hoja había un enorme ocho bajo el signo de la raíz cúbica. El espacio cerrado por el ocho había sido llenado con círculos concéntricos. Los círculos habían sido unidos formando una espiral. El resto de la página estaba lleno de espirales trazadas más cuidadosamente, del tamaño aproximado de un penique. En una esquina había una cara pintada. El contorno del rostro había sido trazado a base de arcos hechos con compás. Los ojos eran pequeñas espirales.

El profesor acercó sus labios a mi oído.

—La raíz cubica de ocho es Dios —murmuró.

Asentí con la cabeza y volví la página. La siguiente era lo mismo, solo que había más cifras. Todos los intersticios estaban llenos de espirales. En una esquina, escrita con letras de imprenta, estaba la palabra italiana *Dio*. Pasé a la página siguiente. Había más cifras, más espirales, más caras. Intentaba pensar desesperadamente algo que decir. En la habitación reinaba un silencio total. Para ganar tiempo, seguí pasando páginas lentamente. Una vez pasé dos juntas y Beronelli se inclinó hacia mí para volver una atrás. Al fin, no pude aguantar más. Me recosté en la butaca, cerré el libro y levanté la vista.

El profesor me miraba con la misma atención que un gato vigila el agujero de un ratón.

Traté de sonreír y dije, intentando que mi voz sonara lo más natural posible:

—Profesor, si yo fuera mucho mayor de lo que soy y me hubiera pasado la vida estudiando matemáticas, tal vez fuera capaz de comentar esta obra suya. Pero, en las actuales circunstancias, creo que ha sobrevalorado usted mis conocimientos. Sus enseñanzas me inspiran un profundo respeto, pero esto no está a mi alcance. A nadie le gusta hacer el ridículo, y...

Se me puso un nudo en la garganta. Sentí que la sangre se agolpaba en mis mejillas. Entonces su cara se relajó y una sonrisa cortés apareció en sus labios.

—Sería demasiado —dijo—: esperar que en un tiempo tan corto pudiera comprender lo que a mí me ha llevado años desarrollar. Pero usted ha quedado impresionado. Lo he notado —se sonrió de nuevo—. ¿Ha encontrado usted algo, *signor* Maurer, que le sugiera que yo he olvidado los principios elementales de la Matemática?

Lo dijo en un tono de suave burla.

—Nada —repliqué. Y con un esfuerzo añadí—: Ha sido para mí un privilegio poder ver el manuscrito.

El profesor recogió el libro de mis manos y se puso de pie. Se pasó la mano por la frente.

—Espero me disculpen, *Signori*, pero quisiera retirarme. Empiezo a trabajar por la mañana temprano, que es cuando tengo la cabeza despejada. Creo que ustedes también tendrán ganas de descansar. Supongo que no les será posible quedarse con nosotros más días.

—Es usted muy amable —dijo Zaleshoff—; desgraciadamente tenemos que volver a Suiza mañana.

El profesor Beronelli hizo una reverencia cortés con la cabeza y dijo:

—Una verdadera pena. Pero, naturalmente, no vamos a retenerles.

Nos dio la mano con aire un poco ausente y luego se inclinó para besar a su hija.

—Buenas noches, Simona.

—Buenas noches, padre.

El eco de sus pasos desapareció en el pasillo. Vi que de pronto los labios de su hija temblaban mientras las lágrimas empezaban a deslizarse por su cara. Zaleshoff se levantó de su butaca y se acercó a ella. Simona me miró y luego levantó la vista hacia Zaleshoff.

—Ha sido usted muy amable, *signor* Maurer —dijo.

Se estremeció con un sollozo. Sacó el pañuelo y lo acercó a sus ojos negros. Al cabo de un momento empezó a hablar de nuevo.

—Era muy feliz en la Universidad. La enseñanza era su vida. De pronto le echaron. Nunca había estado interesado por la política; pero cuando quemaron un libro escrito por otro profesor, se volvió contra los fascistas. Al día siguiente dijo en clase que sin libertad intelectual el espíritu universitario moriría; a continuación realizó una dura crítica contra los fascistas por su intromisión en las universidades. Uno de sus propios estudiantes le delató. Fue detenido por violar un decreto de mil novecientos veinticinco, acusado de criticar a Mussolini. Le impusieron una multa de dos mil liras y le dijeron que tenía que firmar una declaración en la que consideraba al fascismo como la religión sagrada de toda Italia. Pagó la multa pero se negó a firmar la declaración. Fue expulsado de la Universidad por presiones de la policía, prohibiéndole enseñar en cualquier parte de Italia. Le obligaron a retirarse a la edad

de cuarenta y cuatro años.

Titubeó un momento y luego continuó:

—A veces me pregunto si no hubiera sido mejor que le hubieran desterrado a las islas, como a muchos de sus colegas, o que le hubieran echado del país sin un céntimo. Al menos le hubieran ahorrado este horror. Pero tenía un poco de dinero y le pareció mejor quedarse. Lo peor fueron los dos primeros años. Había sido un golpe demasiado terrible. Estaba en un estado continuo de ansiedad y preocupación. Enfermó y no podía dormir. Solía preguntarme, en un tono totalmente desconcertante, por qué no le dejaban trabajar. Cuando tuvieron que abandonar la nueva enciclopedia italiana por falta de intelectuales pro-fascistas suficientemente preparados, le dio un ataque de risa y empezó a decírselo a todo el mundo, hasta el punto que temí que nos detuvieran. Luego, cuando empezó a trabajar en eso que les ha dicho, parece que se calmó un poco. Hasta el día en que se puso tan furioso con aquel amigo suyo de Roma, no me di cuenta de lo que había pasado, de que... de que tenía esta neurosis. Su amigo fue muy amable. Entre los dos le persuadimos para que entrara en una casa de salud. Pero allí terminaron por decir que no podían hacer nada. Mi madre murió cuando yo nací. No tenía a nadie en el mundo más que a mí y pronto comprobé que mientras creyese que estaba trabajando era feliz. Eso es todo. Por eso vinimos aquí.

Se puso de pie. Parecía que había recuperado el control de sus nervios. Una vez más, su cara resultaba impasible. Ya no éramos más que un par de extraños a quienes se da alojamiento por una noche.

—Espero que no se sientan muy incómodos en esas butacas —dijo—. Les dejaré aquí este candil. Se apaga apretando esta ruedecilla. Creo que hay bastante leña para alimentar el fuego. Tan pronto amanezca les despertaré. Si quieren ir al lavabo, lo encontrarán al fondo del pasillo. Buenas noches, *Signori*.

Le dimos las buenas noches y se fue, cerrando la puerta tras de ella. Zaleshoff se acercó a la ventana y miró por uno de los agujeros que servían para ventilar.

—Ha parado de nevar —comentó.

Se dio la vuelta y apagó el candil. A la luz del fuego vi como se volvía a sentar en su butaca.

—No comprendo cómo pudo reconocerme, Zaleshoff.

—¿Ha observado con atención alguno de esos dibujos hechos por ella? —gruñó.

—No. ¿Por qué?

—Sus ojos solo se fijan en los huesos y en los músculos. Unas patillas y un bigote son poca cosa para engañar a una mujer así.

—Entiendo.

Durante un momento observé como las llamas lamían un tronco que se consumía lentamente chisporroteando. Deseaba decir algo y no sabía cómo.

—Lo ha hecho usted muy bien con el viejo, Marlow —dijo Zaleshoff.

—Tenía la sensación de estar robando algo —repliqué. No sé si fue a causa del humo procedente de la chimenea, pero los ojos empezaron de pronto a escocerme—.

¡Dios mío, Zaleshoff! ¡Qué tragedia! ¡Volverse loco un hombre así...!

—¡Desde luego!

Se giró en la butaca mientras se apretaba la manta en torno a los hombros. Hubo un rato de silencio; creí que se había quedado dormido. Luego continuó en voz baja, como si hablara consigo mismo:

—¡Desde luego! Tiene usted razón. ¡Qué tragedia! ¡Es horrible, cielo santo! Beronelli se ha vuelto loco porque tenía que ser así; era demasiado doloroso para él estar cuerdo en un mundo que se ha vuelto loco. Tenía que encontrar una válvula de escape, crearse un mundo propio, un mundo con el que pudiera contar, un mundo en el que un hombre pueda trabajar según sus conocimientos, con la confianza de que nadie puede estorbarle. Su mente le ha creado esa ficción y ahora es feliz. Ha escapado a la demencia de los demás refugiándose en la suya propia. Pero usted y yo, Marlow, tenemos que enfrentarnos con la guilladura de los demás. La única diferencia entre nuestras obsesiones y la de Beronelli es que las nuestras las comparten los demás europeos. Todavía oímos tan tranquilos a quienes nos dicen que la única manera de mantener la paz y la justicia es la guerra y la injusticia, que el trozo de tierra donde vive una nación es místicamente superior al trozo donde viven sus vecinos, que el hombre que utiliza un juego de sonidos diferentes para rezar a Dios es un enemigo por naturaleza. También nosotros escapamos valiéndonos de mentiras. Si uno repite una cosa muchas veces, si le gusta creer en lo que dice, termina por afirmar que *tiene* que ser cierto. Este es el método. Se elimina el pensamiento. Lo que importa es la barriga. Abajo la inteligencia. No se puede cambiar la naturaleza humana, chico. ¡Pamplinas! La naturaleza humana forma parte del sistema social donde el hombre se desarrolla. Cámbiese dicho sistema y se cambiará al hombre. Cuando la honestidad es realmente un buen negocio, uno es honesto. Cuando ayudar al vecino significa ayudarse también a uno mismo, la hermandad de los hombres es un hecho. Pero usted y yo no lo creemos así, ¿verdad, Marlow? Nosotros todavía soñamos con la pipa de la paz. Usted es inglés. Usted confía en Inglaterra, en salir del paso a duras penas, en los negocios y en la limosna que hará callar a los pobres diablos que se mueren de hambre y no tienen nada que perder. Si fuera usted americano confiaría en América y en hacer fortuna, en las colas para recibir alimento gratuito y en los dirigentes americanos. Beronelli está loco. ¡Pobre hombre! Una tragedia curiosa. Cree que las leyes de la termodinámica son todas falsas. ¿Loco? Desde luego, pero nosotros estamos más locos todavía. ¡Nosotros creemos que las leyes de la jungla son *válidas*!...

Siguió hablando pero, aunque oí otras cosas que dijo, no recuerdo ahora las palabras. Mis ojos se cerraron y muy pronto me quedé dormido.

Alboreaba cuando Simona Beronelli nos sacudió ligeramente, señalándonos en silencio unas tazas de café caliente con tostadas que había dejado sobre la mesa. El

fuego había secado nuestras ropas. Poco después de las seis reapareció con un abrigo puesto diciendo que estaba preparada. Salimos a la nieve. Era una mañana brillante y clara.

Nos despedimos de ella en el punto en que la vieja carretera salía de debajo de los árboles e iniciaba una leve pendiente. Estábamos a un kilómetro de la frontera. Nos dijo que no era prudente que continuara más adelante con nosotros.

Cuarenta y cinco minutos después nos detenía una patrulla yugoslava.

18 — «No hay motivo de alarma»

Nos llevaron a un puerto fronterizo a varios kilómetros de donde nos recogieron.

Los empleados yugoslavos se mostraron desconfiados pero corteses. El tono de escasas formalidades en los procedimientos me resultó bastante chocante. Los guardias que nos habían detenido nos interrogaron de pie, fumando y escupiendo. Más tarde me enteré de que lo único que les interesaba era el hecho de que no se trataba de italianos. Al parecer, los refugiados italianos resultaban una cosa casi ordinaria.

Zaleshoff sacó su pasaporte y le dejaron libre al cabo de una hora. A mí me permitieron telefonar al vicedcónsul británico de Zagreb. Tardaron mucho tiempo en darme la conferencia y nos ofrecieron café mientras esperábamos calentándonos en la estufa del puesto fronterizo. A las once las cosas se habían arreglado satisfactoriamente y, con la condición de presentarme a la policía inmediatamente, nos dejaron partir hacia Zagreb. Aquella noche dormí en una cama por vez primera después de cinco días.

A la mañana siguiente, vestido con un traje yugoslavo de marca y provisto de una tarjeta de identidad proporcionada por el Cónsul, salí hacia Belgrado en compañía de Zaleshoff. El lujo de poder mirar a la cara a un revisor sin titubear resultaba una sensación deliciosa. Me sentía extraordinariamente excitado y satisfecho conmigo mismo. Había telefoneado a Claire, explicándole que me había visto obligado a abandonar Italia por pies (sin decirle exactamente cómo) para escapar a una acusación de soborno relacionada con un contrato de Spartacus. Le prometí que llegaría antes de una semana. Claire se portó como un hombre y no me preguntó más detalles. Comenté el hecho con Zaleshoff no sin cierto orgullo y éste se sonrió burlón.

—Si yo estuviera en su lugar, Marlow, haría todo lo posible para llegar a Londres cuanto antes. Si no se anda usted con vista y se casa con ella, algún tío listo se la llevará.

—Eso es precisamente lo que estaba pensando.

También había telefonado a Wolverhampton. Mr. Fitch no se mostró tan complaciente en la cuestión de los detalles. A Spartacus habían llegado noticias de la orden de arresto contra mí a través de las autoridades británicas. Bombardeado a preguntas, tuve que decirle que había estado en casa de unos amigos esperando a que pasara la tormenta, que ahora estaba sano y salvo y que llegaría a Wolverhampton lo más pronto posible. En este momento la telefonista nos avisó que ya habían pasado seis minutos. Le sugerí rápidamente que dieran poderes a Umberto para que se hiciera cargo temporalmente de la oficina de Milán.

Spartacus me debía dos meses de sueldo, reflexioné. Pero me preocupaba una cosa que había dicho Fitch. Según sus noticias, el gobierno italiano había iniciado los trámites para pedir la extradición. Se lo conté a Zaleshoff, que no pudo contener la risa.

—¿Extradición? Ni aunque supieran que estaba usted aquí podrían hacer nada. Por una parte, saben que es demasiado tarde para evitar que se ponga en contacto con Vagas. Por la otra, tienen que responder a demasiadas preguntas y no les compensaría. ¿Qué me dice de la fotografía del pasaporte que salió en el periódico? Supóngase que las autoridades británicas desean saber cómo llegó a su poder. No, creo que el único que va a pagar los platos rotos es Bellinetti. No me quisiera ver en el pellejo de ese pájaro ni por todo el oro del mundo.

Zaleshoff había entrado en contacto con Tamara evidentemente, porque ésta nos estaba esperando en la estación de Belgrado. Se besaron mutuamente las manos, lo cual me pareció bastante chocante. Tamara se sonrió hacia mí.

—Tiene usted un magnífico aspecto, Marlow.

—Ha caminado mucho —apuntó Zaleshoff—; no hay nada como unas buenas caminatas para estar en forma. ¿Dónde está Vagas? ¿Le has encontrado ya? —dijo cogiéndola del brazo.

—Sí. Su casa está cerrada, pero he puesto a Fedor vigilándola. Vagas entró allí ayer y volvió a salir al cabo de cuarenta minutos con una maleta. Fedor le siguió hasta el Hotel América. Tiene alquilada una *suite* allí, en el segundo piso, número doscientos diez.

—Bien —respondió Zaleshoff guiñándome un ojo.

—¿Fedor? —dije yo—. Suena a muy americano eso.

Pero Zaleshoff no hizo el menor comentario.

—¿Dónde vamos a alojarnos nosotros?

—He tomado habitaciones para nosotros en el Acacia, y en el América para Marlow, en el segundo piso.

—Vamos primero al Acacia.

En el Hotel Acacia estuvimos hablando una hora. O mejor, habló Zaleshoff y yo escuché. Tamara nos dejó solos, pero al cabo de un rato reapareció con una gran maleta de aspecto caro que contenía un pijama, un cepillo de dientes, cosas de baño y una serie de libros usados para añadirle peso. A eso de las seis, me subí con mi maleta a un taxi y me dirigí al Hotel América.

Mientras me estaban inscribiendo en el registro eché un vistazo al estante de las llaves y vi que la doscientos diez estaba colgada. Vagas estaba fuera. Subí a la habitación, me quité el sombrero, desempaqueté la esponja y el pijama y bajé al hall. Me senté en una mesa desde la cual podía ver la entrada principal; pedí una copa y me dispuse a esperar.

Supuse que Vagas volvería al hotel para cambiarse de traje por la tarde. Y no me equivoqué. Acababa de terminar la segunda copa cuando le vi atravesar la puerta giratoria, recoger la llave y dirigirse al ascensor. Dejé la copa sobre la mesa rápidamente y cogí las escaleras. Tuve el tiempo exacto para llegar a la puerta del ascensor del segundo piso y apretar el botón como si fuera a bajar, cuando la puerta se abrió.

Vagas salió del ascensor y nos encontramos frente a frente.

Sus cejas se arquearon. Era evidente que la sospecha era tan grande como la sorpresa. Yo fingí asombro y alegría. Antes de que el General pudiera decirme una palabra yo le había cogido la mano y se la estrechaba cordialmente.

—¡General! ¡El mismo a quien yo ando buscando!

—¡Marlow! Es lo que menos me esperaba.

—Sí que es casualidad —dije—. Llevo toda la tarde dando vueltas tratando de encontrarle. He buscado su dirección en la guía, pero su casa está cerrada. Ya estaba desesperado. ¡Y resulta que estábamos en el mismo hotel y en el mismo piso!

El General esbozó una sonrisa.

—Bueno. Ahora que me *ha* encontrado tal vez no tenga inconveniente en tomar una copa conmigo.

—Será un placer. Es curioso esto —murmuré con entusiasmo mientras avanzábamos por el pasillo—. Cuando vi que no había nadie en su casa, naturalmente pensé que estaría usted fuera.

El General escuchaba con Ja sonrisa en los labios. Sus sospechas hacia mí eran casi palpables.

Al entrar en su habitación abrió un armario y sacó dos vasos y una botella.

—¿Cuándo ha llegado, Marlow? ¿Coñac con *Évian*?

—Gracias. Esta tarde después de comer.

—¿De Italia?

Pero Zaleshoff me había preparado cuidadosamente.

—No, de Viena —reí—. El asunto de la transacción aquella no terminó muy bien, ¿verdad, General? Yo estaba en Nápoles, y si mi ayudante no me hubiera telefoneado avisándome de lo que pasaba cuando llegué a Roma, creo que realmente

me hubieran detenido al regresar a Milán. Naturalmente, el Cónsul hubiera arreglado *las cosas* rápidamente, pero pensé que era mejor ponerse a salvo. Conseguí coger un barco en Villefranche. Traté de comunicar con usted, pero su criado me dijo que había salido de Milán.

A continuación me despaché a gusto en una serie de inventivas contra la interferencia de la policía italiana en los negocios privados.

El General me escuchó cortésmente.

—Tengo entendido que han detenido al *Commendatore*. Mala suerte. Lo dijeron los periódicos. A propósito, ¿ha visto usted los periódicos italianos estos últimos días?

—No. ¿Por qué?

—Creí que habría seguido las informaciones del caso. Muy interesantes.

Me pregunté si el General no sabría que los periódicos italianos habían guardado silencio total respecto al *Commendatore*. Pronto descubrí que *sí* lo sabía.

Me pasó un vaso y se inclinó para llenar el suyo.

—Marlow —dijo por encima del hombro—, tengo verdadera curiosidad por saber por qué ha venido usted a Belgrado en vez de regresar a Inglaterra y por qué está usted tan interesado en verme.

Yo fingí asombro.

—¿Quiere usted decir que ya se ha olvidado de aquellas preguntas que me hacía en su carta? Me he tomado una serie de molestias para enterarme y no tuve tiempo de escribirle antes de salir de Nápoles. Después, como le dije, me encontré con que usted había abandonado Milán y yo...

Su mano, que se dirigía con la botella de *Évian* hacia el vaso, se paró en el aire. El General se incorporó.

—Un momento. ¿Quiere usted decir que ha conseguido la información antes de salir de Italia?

—Lo digo, General. Con una bonificación de cinco mil libras, ¿puede usted reprocharme que haya hecho esta excursión hasta Belgrado? No creo que Spartacus esté muy satisfecho conmigo después del asunto del soborno. No ha sido culpa mía, por supuesto. Pero los italianos pueden echarse atrás del contrato. Creo que esas cincuenta libras no me vendrán nada mal.

El General me miró en silencio un momento.

—¿Trae usted la información consigo?

Me sonreí.

—Aquí, General —dije tocándome la frente.

Esperaba dar la impresión del tipo estúpido y astuto que sabe que tiene ventaja y está dispuesto a sacar partido de ella.

El General me contemplaba pensativo. En sus ojos había una mirada peligrosa. Sentí que mi supuesta confianza se esfumaba, dejando tras de sí la huella de una flácida sonrisa. Entonces el General metió la mano en el bolsillo interior de la

chaqueta y sacó la cartera. Lentamente contó cinco billetes de *mille* y los tiró sobre la mesa que estaba delante de mí.

—¿Y bien, Marlow?

Le repetí la segunda parte de la lección de Zaleshoff y tuve la satisfacción de ver cómo sus ojos brillaban de interés. Se dirigió a una mesa de trabajo, cogió una hoja de papel y me dijo que repitiera lo que acababa de decirle. Tomó un par de notas y luego se puso de pie otra vez.

—Me complace decirle que esta información tiene todos los visos de ser exacta y puede ser de gran utilidad. Creo que debo recordarle, sin embargo, que ésta será nuestra última transacción. Me sería totalmente imposible persuadir a mis superiores de que hay alguna razón para continuar pagándole su salario ahora que usted ya no es *persona grata* en Italia. ¿Me comprende?

—¡Oh, sí, General! —repliqué. Dudé un momento mirándole furtivamente—. Respecto a la cuestión que discutimos aquella noche en la autopista, me gustaría tener alguna garantía de que la información relativa a los negocios de mi Compañía no va a ser utilizada en un sentido... perjudicial.

Un destello de burla apareció por un momento en sus ojos. Me aseguró con toda seriedad que podía estar tranquilo.

—¿Tiene usted inconveniente en cenar conmigo esta noche, Marlow? —preguntó.

—Me gustaría mucho, General, pero tengo que salir mañana por la mañana para Londres y necesito escribir unas cartas esta noche.

Era una excusa bastante floja, pero la dio como buena. Evidentemente no esperaba que yo aceptara la invitación.

—Una pena. De todos modos —dijo ofreciéndome la mano—, *bon voyage*, Marlow, y muchas gracias. Mi mujer sentirá mucho no haberle saludado.

Poco me faltó para que no diese un salto. ¿Era posible que Vagas no supiese lo de la muerte de su mujer? Pero me di cuenta de que se trataba de una trampa. Ya había dicho que no había visto los periódicos italianos de los últimos días, por lo tanto no debía saber nada de su suicidio. El General me tenía la mano cogida y tuve miedo por un momento que notara la contracción involuntaria de mis músculos; por eso me había cogido la mano antes de mencionar a su mujer.

Yo logré mantener el mismo tono de voz.

—Por favor, preséntele mis respetos a la señora.

En aquel instante ocurrió una cosa curiosa. Hasta entonces no le había visto nunca a la luz del día. Su maquillaje no era tan fuerte como el que llevaba por la noche. Y en el momento en que sus mejillas se arrugaron en la primera sonrisa auténtica que vi en su cara, me di cuenta de que bajo el maquillaje había marcas de viruela.

La sonrisa desapareció; pero cuando habló su voz estaba impregnada de una cierta hilaridad, la hilaridad de quien se divierte con una buena broma.

—Haré todo lo posible por presentar sus respetos a mi mujer —dijo con intención—; pierda usted cuidado que así lo haré la próxima vez que la vea. *Arrivederci*.

Así con la mano la cerradura; me sentía ligeramente mareado.

—Buenas noches, General.

Cuando la puerta se cerró, oí una carcajada dentro de la habitación.

Entré en mi cuarto a coger el sombrero y bajé por las escaleras para informar a Zaleshoff. No estaba muy seguro de haberlo hecho bien. Me paré en recepción para dejar la llave y, en aquel momento, oí algo que me hizo cambiar de idea. La centralita telefónica estaba al lado de recepción y oí que la telefonista repetía por dos veces la palabra «Berlín» y luego «Danke». Alguien del hotel ponía una conferencia con Berlín.

Me volví al empleado de recepción.

—¿No será para mí esa conferencia con Berlín? —le dije en italiano.

—¿Qué nombre, *Signore*?

—Marlow.

El recepcionista se dirigió a la telefonista y le dijo algo en alemán. Lo que ésta le contestó no lo entendí, pero hubo dos cosas que sí entendí perfectamente: su impaciente negación con la cabeza y el nombre de «*Herr Vagas*». Era suficiente.

—No, *Signore* —contestó el recepcionista—; no es para usted.

A la mañana siguiente Zaleshoff y Tamara fueron a despedirme al tren de París.

Estábamos en el andén esperando cuando me acordé de algo que me había olvidado de preguntarle.

—Zaleshoff, ¿qué quiso decir el otro día cuando murmuró que le preocupaba más lo que el periódico omitía que lo que ponía?

—Tenía miedo que me hubieran detenido —respondió Tamara—. Siempre se preocupa mucho por mí.

—Comprendo —dije. Titubeé un momento—. Oiga una cosa, yo tengo una mente bastante retorcida. ¿Le importaría decirme qué hizo usted con todos aquellos extraños archivos? Supongo que no los habrá dejado allí para que la policía los viera, y no creo que haya podido quemarlos sin llamar la atención.

Los dos me miraron un poco incómodos.

—Bueno —dijo Zaleshoff airosamente—, aquéllos eran los archivos del viejo Saponi.

—Pero, ¿y las fichas aquellas que...? —me detuve. Empezaba a comprender—. Supongo que las dos fichas que yo he visto, la de Ferning y la de Vagas, no serían las únicas que había.

Por primera vez, Zaleshoff no pudo contestar.

—Comprendo —asentí ceñudamente.

En aquel momento sonó el silbido de la locomotora y subí al tren. Los dos se quedaron de pie en el andén mirándome. La chica sonreía. Pero Zaleshoff proyectaba su mandíbula en actitud desafiante. Sentí ganas de reírme de él. El tren empezó a

moverse.

Me asomé por la ventanilla.

—No se olvide de enviarme una postal desde Moscú.

Los dos empezaron a andar junto al tren. Zaleshoff esbozó una sonrisa.

—Descuide —dijo—; bueno, si es que alguna vez llego hasta allá.

Entonces, cuando el tren cogió velocidad, Zaleshoff empezó a correr. Por poco choca contra la carretilla de un mozo, pero la evitó y siguió corriendo. Cuando dejó de verle estaba en el extremo del andén, saludando con un pañuelo rojo. No, uno no podía guardarle rencor a Zaleshoff.

Pasé dos días con Claire antes de ir a Wolverhampton.

Cuando llegué a casa tenía una carta esperándome. Era de Hallett. Contenía las cinco libras que me había pedido poco antes de irme a Italia y, lo que es más importante, la oferta de un nuevo empleo con él en su nueva casa. Le telefoneé aceptando su oferta encantado y partí animado hacia el Norte.

Primero me entrevisté con Fitch, que me recibió alborozado.

—Ha estallado el globo del mercado de exportación —dijo—; y además ha ocurrido cuando habíamos encontrado al hombre que necesitábamos para dirigir la oficina de Milán. Me duele, Marlow. Hemos estado utilizando la asignación especial desde que empezamos a colocar allí las primeras máquinas. Ferning nunca tuvo ningún problema. Alguna escoba nueva, supongo. Estábamos muy preocupados por usted. ¿Tuvo dificultades para salir?

—Bueno, fue un poco delicado porque me habían retirado el pasaporte, pero me dirigí hacia la parte de Yugoslavia y no me fue difícil colarme a través de la frontera.

—Y supongo que en Yugoslavia no tendría dificultades, al menos. Bueno, bien está lo que bien termina. Pero no sé lo que pasará ahora. Lo que no veo nada claro es cómo esta tensión que ellos han provocado podría ayudarles a deshacerse de nuestros contratos aunque quisieran. Pelcher irá a Milán dentro de unos días para tratar de suavizar las cosas. Aquí todo marcha bien, excepto el departamento de exportación —continuó con sombríos presentimientos—; hemos empezado a tener pedidos de factorías rivales. Pelcher está encantado.

—¿Qué piensa de este asunto de Milán?

—Dice que son cosas de la guerra. No sé muy bien qué es lo que quiere decir con eso, pero la frase le ha gustado y no hay quien le saque de ahí. Le encontrará de muy buen humor. Aparte de lo de las factorías rivales, su alegría se debe a la punta del nuevo palo de golf; calcula que con eso podrá rebajar su *handicap* a dieciocho. Piensa que podrá acertar casi un hoyo por golpe; pero yo ya le dije que, si San Andrés no lo remedia, tendrá que prestar menos atención a la punta del palo y más a la pelota. Nunca llegará a ser un buen jugador de golf.

Pronto recibimos una llamada anunciándonos que Pelcher estaba desocupado y

que deseaba verme.

Me hizo un recibimiento arrollador. Me empujó literalmente a un sofá, pidió té y me ofreció un puro. Luego se sentó, estirándose el cuello de la camisa como siempre y sonriendo mientras yo repetía una vez más la versión preparada de mis experiencias.

—Bien, Mr. Marlow —dijo aliviado cuando terminé—, le felicito por haber sabido zafarse con habilidad y discreción de una situación realmente muy delicada. Francamente, estábamos un poco preocupados hasta que tuvimos noticias tuyas; pero ya le decía yo a Fitch que tenía una fe considerable en su habilidad y en su tacto. Nunca hubo, creo, ningún motivo real para alarmarse.

—Es una gran amabilidad por su parte que así lo crea, señor.

—Y ahora —continuó— tenemos que pensar en el futuro. No se puede hablar siquiera de que vuelva a Italia.

—En absoluto, sospecho.

—Bueno, bueno. Cosas de la guerra, ya sabe —se estiró el cuello de la camisa—. Veamos. Fitch necesita un ayudante con urgencia y me atrevería a decir...

—Un momento, Mr. Pelcher —le interrumpí—, creo que debo decirle antes de nada que he aceptado la oferta de un empleo como ingeniero de producción en una de las fábricas de Cator & Bliss. Tal vez debí habérselo dicho antes. Se me ocurrió pensar que...

—¿Que le íbamos a dejar en la calle?

Parecía un poco molesto, pero pude distinguir un destello de alivio en sus ojos.

—No exactamente, señor; pero he llegado a la conclusión de que me va mucho mejor un puesto en los talleres.

—Un ingeniero siempre es un ingeniero, ¿no? Bueno. No tengo nada que objetar —por un momento creí percibir una sombra que cruzaba su cara; sin duda eran imaginaciones mías. Se puso de pie—. Bueno, joven, lamentamos perderle tan pronto, pero, claro, no podemos estorbarlo en su carrera. Y además —añadió jovialmente—, precisamente acabamos de empezar a servir S2 a Cator & Bliss.

—Me alegro que lo tome usted así, señor.

—¡Tonterías, mi querido amigo! Póngase de acuerdo con Fitch en los detalles económicos, claro. Podrá pasar con él algún tiempo del que le queda con nosotros, dándole detalles de la oficina de Milán para que luego Fitch me redacte un informe. De todas formas —dijo ofreciéndome la mano—, permítame que le desee mucha suerte.

Nos estrechamos la mano con gran cordialidad. Le di las gracias de nuevo y nos dirigimos hacia la puerta.

—A propósito —dijo de pronto—, me gustaría conocer su opinión de técnico acerca de mi nuevo palo de golf. Fitch se muestra escéptico; pero ya sabe usted que los jugadores de golf suelen picarse unos a otros. Usted no juega, por eso podrá apreciar lo ingenioso de la idea.

Cené con Fitch aquel día. Cuando salí de Wolverhampton era noche cerrada. En mi compartimiento viajaba un caballero bien vestido, de recia musculatura. Encima de él tenía una voluminosa maleta, colocada con bastante descuido en la rejilla. Del asa colgaba una etiqueta de una agencia de viajes. El caballero iba leyendo un periódico de Birmingham. Miré por la ventanilla. A lo lejos se veía el destello de los altos hornos.

El periódico crujió.

—Es bonito verlos funcionar de nuevo, ¿no?

—Sí, mucho.

—¿Es usted de Birmingham?

—No

—No lo estamos haciendo muy mal aquí en el Norte. Casi no les dan abasto de material.

—Debe ser muy divertido.

—Sí. Yo voy a dar una vuelta por Italia. Primera clase desde Londres, todo incluido. Sin tener que preocuparme siquiera por el idioma.

—No está mal.

—Estuve allí un par de días por Semana Santa. Italia es un sitio estupendo para las vacaciones. Ahora con Mussolini en el poder, los trenes van casi tan bien como los ingleses. Debía usted probarlo.

Me recosté contra el rincón. Me sentía bastante cansado.

—Sospecho que Italia resultaría un sitio demasiado caluroso para mí.

El otro asintió comprensivo.

—Sí, hay personas que no aguantan el calor. Mi difunta esposa era una. Aunque usted no pueda quedarse allí, solo con verlo de pasada no se le olvidará tan pronto. Me parece a mí, vamos.

Epílogo — El tercer factor

He aquí el corto extracto de un artículo aparecido en un periódico francés durante el verano del mismo año en que ocurrieron los hechos narrados por Nicholas Marlow. El artículo se titulaba *Las arenas movedizas de Europa*.

«... cualquier juicio... acerca de la situación política actual ha de basarse en el

conocimiento de los hechos producidos durante los últimos meses.

»Han aparecido algunos factores que provocaron la presente distensión. El primero y más importante ha sido el endurecimiento de la opinión financiera americana respecto a los posibles Estados agresores. La inequívoca manifestación por parte de personas responsables de que la falsificación de las cifras de la balanza de pagos nacional no es mejor por ser nacional en vez de privada, resultó muy oportuna. El segundo factor ha sido la decisión con que hasta el momento ha funcionado el *bloque* anglofrancés, que no ha dado lugar a ningún equívoco en su actitud. Y el tercero y más inesperado ha sido la frialdad con la que se han desarrollado últimamente las relaciones entre los dos asociados del Eje. Se supone que las divergencias son de tipo militar y se refieren al paso de Brenner. No se conocen muy bien los detalles, pero parece que las garantías dadas por Roma no hace mucho han tenido una vida bastante más efímera de lo que esperaba la parte afectada.

»Una cosa es clara. La extensa cooperación entre las tres grandes democracias europeas, Francia, Inglaterra y nuestra aliada, la Rusia Soviética, reforzada por el apoyo moral de los Estados Unidos, constituiría una fuerza de paz irresistible. Pero...».